



# JOAQUÍN M. BARRERO

## LA TIERRA DORMIDA

Por el autor de *El tiempo escondido* y *La niebla herida*.

Lectulandia

La Coruña, 1955. Dos hermanos asturianos se embarcan rumbo a República Dominicana. Ambos jóvenes forman parte de los cinco mil campesinos españoles que, acuciados por la miseria, acuden a la llamada del dictador Trujillo, que busca trabajadores expertos para los yermos campos de su país. Cincuenta años después, el detective Corazón Rodríguez es testigo de un intento de asesinato, convirtiéndose en objetivo de una peligrosa mafia internacional. Su única escapatoria es esclarecer la trama en que se ha visto envuelto antes de que los sicarios le encuentren. Y la clave puede ser algo que sucedió muchas décadas atrás.

**Lectulandia**

Joaquín M. Barrero

# **La tierra dormida**

**Corazón Rodríguez - 5**

ePub r1.0

Mangeloso 04.06.14

Título original: *La tierra dormida*

Joaquín M. Barrero, 2014

Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Jesús Fernández, aquel gigante asturiano de Lluís Companys que conocí en mi tiempo de Venezuela y que nunca volví a ver. Él me prestó su imagen para el personaje de Martín. Ojalá que su estrella siga brillando.

A Loles León, la artista auténtica, versátil e ilustrada que engrandece las artes escénicas españolas.

*El tiempo no es sino el espacio entre nuestros recuerdos.*

*HENRI-FRÉDÉRIC AMIEL*

# Parte previa

## Figueras (San Román), Asturias, noviembre de 2005

Llovía perezosamente en la madrugada avanzada, las gotas posándose con suavidad en el asfalto acharolado. Ya estaba ahí el Puente de los Santos sobre la ría del Eo, línea divisoria entre Asturias y Galicia. En el retrovisor apareció de repente un destellar de luces. Se acercaban a gran velocidad. Al momento, un coche me adelantó rugiente. Segundos después las otras luces me sobrepasaron con la misma prisa. Esa urgencia compartida podía deberse a que algo perentorio reclamaba la presencia de ambos conductores. Mi olfato decidió que era una persecución. De pronto, el primer coche dio un bandazo. Le vi golpear el guardarraíl central, dar dos vueltas de campana, cruzar patinando hasta el arcén y quedar insólitamente apoyado en la parte trasera, el morro hacia arriba como si fuera un árbol recién plantado. El otro vehículo se detuvo, los faros iluminando la escena. De él salieron dos hombres. Estacioné mi 320 detrás del coche perseguidor y salí a la llovizna.

El siniestrado era un BMW X5 y estaba clavado al suelo, en posición rampante, sus luces delanteras proyectándose hacia el cielo como si fueran reflectores y las cuatro ruedas girando en el aire. No se apreciaban movimientos dentro. Parecía albergar solo al conductor, al que apenas se veía por estar acoplado al asiento como un astronauta, la espalda sentada sobre el respaldo, el rostro enfocado al espacio. Hice una rápida valoración. No había quitamiedos lateral. En su lugar, una cinta de plástico aferrada a los enclavamientos de hierro. Seguramente un apaño provisional. El desnudo arcén se unía a un pequeño terraplén que se desplomaba al acantilado. Abajo, camuflado en la oscuridad, se oía al mar Cantábrico romper con furia. La situación era extrema. Había que sacar al conductor sin demora. Y la única solución consistía en acostar el vehículo en el asfalto, aunque el golpetazo añadiría más conmoción al ocupante. Es lo que debieron de pensar los dos hombres porque empezaron a empujar el coche. Pero lo hacían desde la parte contraria. El vehículo caería al vacío.

—¡Eh! —grité, mientras corría—. ¡No! ¡Es al revés!

Uno de ellos se volvió al llegar a su lado y me dio un tremendo puñetazo. Caí, inconsciente. Segundos. Abrí los ojos, aturdido. Recobré los reflejos al advertir que el tipo me arrastraba por una pierna hacia el despeñadero. No había duda de que pretendía arrojarme al mar. Le pateé con fuerza el vientre, el borde ahí mismo, lanzándole al suelo. Me levanté con presteza y muy enfadado. Era un tipo grande. Se irguió torpemente, desconcertado por mi reacción. No tuve ninguna consideración con él. Bastaron dos golpes contundentes al mentón para tumbarle anestesiado. El otro sujeto había dejado de empujar y me miraba con alarma mientras llevaba la mano derecha a la parte lumbar de su cintura. No le di cuartel. Tampoco imaginaba



mi rapidez. Cuando enfiló el brazo armado, lo aferré y se lo partí. Luego le castigué el cuello. Se desplomó inconsciente. De inmediato volví mi atención al BMW siniestrado, que empezaba a oscilar. El motor seguía zumbando y las ruedas de tracción giraban obstinadamente, como queriendo impulsar el vehículo hacia las nubes. Me situé de espaldas al mar. Afiancé los pies y apoyé con cuidado las manos en el metal, que pareció una piel animada. Empujé. El coche cayó sobre los neumáticos, rebotó, se revolvió como algo vivo y quedó al borde del arcén, el morro enfilado al precipicio. Abrí la portezuela. El ocupante parpadeaba. Estaba impedido de movimientos. Busqué el botón del cinturón. No respondió. Noté que el vehículo se movía lentamente hacia delante. Presioné al máximo el freno de mano pero el suelo se había convertido en un tapiz resbaloso. No podría retener el peso. El hombre me miraba, consciente del trance. Probé con el volante. No giraba. El motor se había apagado al recobrar la horizontalidad. Giré la llave para ponerlo en marcha. No arrancó. El deslizamiento del coche era imparable. Saqué mi navaja multiusos y corté la cinta. Agarré al hombre. Noté que hacía esfuerzos para hablar. Incliné un oído.

—... bolso... el bolso...

Miré. No había casi tiempo. Estaba en el suelo del copiloto. Lo cogí con presteza y saqué al herido justo antes de que el coche se precipitara al abismo con estruendo. Tendí al desconocido en la hierba y lo observé. Llevaba gabardina sobre un traje oscuro. Mantenía los ojos cerrados. El cernidillo comenzó a diluir la sangre que le salía por el rostro y la boca. No era aconsejable cargarlo sobre la espalda por si tenía lesiones en el pecho. Lo llevé en brazos hasta el 320, el bolso colgado de una mano. Al acomodarlo en el asiento trasero noté que portaba un arma, enfundada a un lado de la cintura. Busqué sus ojos en la luz temblada. Estaban mezclados de sufrimiento e incertidumbre. Movié una mano desmayadamente, el vigor agotado. Pensé rápido. Le desprendí la pistolera del cinto y registré con presteza su cuerpo y ropas, sin obviar huecos. Le quité cuanto había, móvil incluido. Lo guardé todo en el bolso, que dejé fuera de su alcance. Volví a los abatidos, aún en el sueño. Tenían un aire elegante con sus trajes azul marino y sus corbatas de clase, a pesar del desacomodo. Los coloqué juntos en el arcén y les sometí a otra apresurada requisa. Solo portaban billeteras, móviles y euros sueltos. Lo cogí todo, dejando sus bolsillos vacíos. No olvidé las pistolas, una en el suelo y la otra enfundada a un costado del primer durmiente. Fui a su automóvil, un Audi A6, negro como la noche. En el asiento posterior vi dos bolsos de mano y dos gabardinas. Registré las prendas. Nada en ellas. Tampoco en la guantera, salvo los documentos del coche, que dejé. Metí las armas, los móviles y el dinero en uno de los bolsos y llevé los dos a mi coche. La llovizna tomó intensidad. Volví al Audi. Miré en el maletero. Ningún equipaje. Significaba que los tipos no venían de lejos. Entré, encendí el motor, giré el volante y lo aproximé al mar. Lo dejé en el borde, la palanca a cero. Salí, quité el freno de mano y empujé. El coche cayó al

vacío. Oí sus crujidos en el despeñar, como antes con el X5. Regresé al mío. Los tipos empezaban a moverse. Empapados y con charcos formándose alrededor de sus cuerpos, ya no parecían tan lucidos. Monté y me alejé de allí.

**Constanza, República Dominicana, julio de 1959**

*Ya conozco las nubes que no están,  
pero aun la esperanza rugiente  
pelea en la naturaleza que impulsa  
a no detenerse...*

JAVIER R. CINACCHI

Cuando días atrás prosiguió la huida, esta vez solo, no tuvo dudas de que le sería fácil encontrar las sendas ocultas que le permitirían escapar del acoso. A pesar de sus largas caminatas nunca había pisado esos parajes, tan alejados de la colonia hogar. Pero era hombre de bosques y cumbres, tan eficaz en la búsqueda de cauces como los lobos y jabalíes de su tierra lejana. Sabía de sus posibilidades. Solo tenía que dejarse llevar por su instinto de cazador nato, no diferente del que guiaba a las presas. Y no dejarse ver por ningún campesino, que sin duda le delataría. Los campesinos. Ellos fueron la gran decepción para sus ocasionales compañeros en su fugaz contacto porque esperaban un levantamiento de la población, como ocurriera en la isla Siboney. Pero, a pesar de constatar el hecho contrario, su advertencia de que se mantuvieran lejos de los lugareños no fue tomada en cuenta. Se confiaron, lo que él no hizo, quizá porque además de extenuados estaban vinculados a la pelea revolucionaria, donde, según decían, latían sentimientos de confraternidad y la piedad encontraba algún resquicio. Eran combatientes y albergaban la seguridad de que si finalmente fracasaban en sus objetivos, deberían ser tratados según las reglas internacionales respecto a los prisioneros de conflictos bélicos. Esos hombres, que hablaban de solidaridad y de acabar con las desigualdades del mundo, habían sido entrenados en la lucha de guerrillas. Pero carecían del primitivismo necesario para sostenerse en los momentos realmente adversos. Además de que el enemigo actuaba con un enorme despliegue de efectivos y medios. Los tremendos bombardeos indiscriminados sobre las aldeas y bosques de los primeros días era algo con lo que tampoco contaba el pequeño grupo invasor, que se vio forzado a escindirse a los pocos días en pequeñas unidades.

No pudo disuadir a sus dos últimos acompañantes de que era un gran riesgo el pedir ayuda. Al margen de su sexto sentido para detectar situaciones de alto riesgo, tenía el convencimiento de que los lugareños no eran de fiar. Intentó hacer suyas las palabras de don Manuel. Más que aceptación del poder personal del Jefe, el pueblo llano, principalmente el campesinado, había llegado a una sumisión abyecta como consecuencia del terror impuesto. No le creyeron. Les costaba creer que estuvieran

tan sobornados a un régimen tan oprobioso, aun admitiendo que vivieran atemorizados. Desconectados de las otras unidades, ignoraban el destino de los demás compañeros y las decisiones que habrían tomado. Además, y eso fue lo que más les decidió, estaban ateridos, hambrientos y demasiado cansados. Los vio acercarse al bohío, llamar y desaparecer en el interior. Esperó. Desde la espesura y a despecho de la penumbra pudo ver que un labriego escapaba furtivamente y echaba a correr sin que él tuviera posibilidad de interceptarle. No le cupo duda de que iría a chismearse. Se alejó de allí avanzando entre las trochas, ayudado por los guiños de luz que se filtraban del firmamento. Tiempo después oyó el ronquido de motores. A través de un claro de la floresta asistió a la orgía de focos, gritos y disparos convergiendo sobre la chabola. Los prismáticos que le dejó el comandante de los expedicionarios le permitió ver el epílogo del acto o quizás el principio de la tragedia para los vencidos. Entre una nube de militares eran arrastrados hasta un camión mientras les pateaban y les golpeaban con las culatas de los fusiles. Luego vio que el ejército se dividía en patrullas y se esparcía por el entorno, prosiguiendo la búsqueda de infiltrados.

Por el agua no debía preocuparse dada la cantidad de riachuelos cristalinos que espejeaban entre los verdores del valle. Pero fue consciente de que debía racionar los pocos alimentos. Aunque era de comer escaso, enseñado en la frugalidad forzosa desde los iniciales albores, sabía que sus fuerzas se le debilitarían poco a poco si no encontraba sustento. Confiaba en que su energía no le abandonara antes de llegar al otro lado y que sus abarcas no se rindieran. No conocía el límite de su naturaleza porque nunca oyó sonarle las alarmas internas. Siguió subiendo y bajando en la noche enmudecida y helada, siempre orientado al noroeste, hacia la frontera. Estaba muy lejos, a más de doscientos cincuenta kilómetros. Debía cruzar el resto de la provincia de La Vega, y las de San Juan y Elías Piña, las tierras más accidentadas y montañosas del país. Acosado y sin medios para alimentarse con normalidad. Algo cercano a lo sobrehumano para cualquiera. Él tendría que hacerlo porque era su única alternativa. Y lo haría.

# Primera parte

# 1

## Navegando hacia Canarias, mayo de 1955

*Tornó la golondrina al viejo nido,  
y al ver los muros y el hogar desierto,  
preguntole a la brisa: —¿Es que se han muerto?  
Y ella en silencio respondió: —Se han ido,  
como el barco perdido  
que para siempre ha abandonado el puerto.*

*ROSALÍA DE CASTRO*

El camarote, inhóspito como una mazmorra y con ronchas de orín por todos lados, albergaba a seis ocupantes, tres a cada lado. El hecho les hizo barruntar que las promesas y las realidades podían no caminar paralelas. Porque les aseguraron que los camarotes serían de lujo y para una o dos personas. No importaba. Allí estaban sus ansias juveniles para aceptar los chascos como lances sobre los que construir anécdotas.

No hubo sorteo previo de cama en el apretado espacio. Amigos y extraños buscaron acomodarse con la mejor disposición para compartir sus sudores, sus ruidos y sus silencios.

Polín se despegó de la litera procurando molestar lo menos posible en el agobiado espacio. El sueño no le alcanzaba. Su cuerpo esbelto funcionaba con los movimientos pausados de quien está acostumbrado a caminar entre penumbras. Los tres gallegos bufaban como si estuvieran en un concurso. Miró a Martín, echado boca abajo y sin emitir sonido. Vio brillar uno de sus ojos. Tampoco dormía. O sí, pero habría activado sus reflejos internos al sentirle. Siempre la conexión protectora. Pero esa misma comunicación sensorial le hizo saber que no participaría de su necesidad de conversación. El hueco de José Luis Charcán estaba vacío. Era la segunda noche desde el embarque y la primera que todos podían descansar sin el impedimento del nerviosismo de la partida. Salió al lóbrego pasillo y subió hasta cubierta, aferrándose bien a los pasamanos para no escurrirse en las resbaladizas escalerillas. El aire fresco le alivió. La causa del desvelo no estaba en el roncar mezclado. En su aldea todos voceaban sus respiraciones concienzudamente y en los veranos de puertas abiertas se las lanzaban de una casa a otra como si hubiera apuestas de por medio. Su desasosiego provenía del movimiento del buque. Él era de tierra serrana donde el suelo estaba quieto bajo los pies y donde las aguas de los ríos corrían límpidas entre verdes y tenían escala humana. Pero el mar era otra cosa. Algo fuera de medida y carente de solidez. Las olas rompiendo en las rocas o en las playas le intimidaban y

nunca se bañó en esas aguas saladas las veces que viajó a la costa. Y ahora estaba flotando en medio de esa vastedad amedrentadora sobre un barco que emitía sonidos, para él desconocidos y preocupantes. Era muy diferente a cuando el día anterior lo viera en el puerto de La Coruña con su chimenea empenachada de vapor, su porte majestuoso y sus dos largos mástiles llenos de flameantes banderas de España y de la República Dominicana. Entonces quedó deslumbrado, como si portara el sol de la tierra imaginada y no el mustio de esa mañana impaciente. Y más cuando horas después pisó la limpia cubierta entre una doble fila de impolutos uniformes blancos mientras desde alguna parte llegaban dulzones y extraños sonos musicales. Nunca había subido a un buque. Y esa primera vez se tejió de inolvidable dentro de él. Porque el grupo de emigrantes cargados de maletas de madera, mantas y temblores estaba siendo recibido a bordo como gente importante. Y quizá lo fueran realmente porque según dijeron iban a colonizar una tierra despoblada y a dotarla de huertas productivas, creando riqueza y participando de ella. En ese momento experimentó la sensación de que estaba renaciendo a una nueva vida, que ya no volvería a ser el mismo.

Nunca antes oyó hablar de la República Dominicana. Cuando empezaron a circular las noticias y tomó interés le dijeron que estaba en América, cerca de México, Cuba y Venezuela, lugares fabulosos que describían con nostalgia los indios que retornaron con fortunas. Escuchándolos, soñaba que algún día él iría a esas tierras en busca de lo que le negaba la propia. Y no podía evitar la comezón de la envidia cuando veía a algún paisano abandonar la aldehuela para enrumbarse hacia aquellos deslumbres. Hacían falta documentos y dineros de los que él no disponía y posiblemente nunca conseguiría. Pero ahora estaba desposeído de ese pesar irreprimible porque, como si fuera un milagro, navegaba hacia ese mundo con todo pagado y los gastos cubiertos. Una vez allí dispondría de una casa amueblada y cómoda, solo para él y su hermano, además de un trabajo seguro y la cobertura de una subvención de entre sesenta y ciento cincuenta dólares mensuales hasta conseguir la primera cosecha o pudieran mantenerse por sus propios medios.

Las luces de posición del barco dejaban grandes zonas de sombra que daban cobijo a muchos desprovistos de sueño. Entre los sonámbulos atisbó a José Luis apoyado en la barandilla derecha, la que daba a mar abierto. Era un castellano de miradas rápidas, elástico, atractivo, viril, de verbo sonoro, que le causó sensación por su personalidad diferente. Recordó cuando unas horas antes se vieron por primera vez al ocupar el mismo camarote. Nunca nadie le había llegado antes tan adentro, como si en su interior se hubiera formado una brasa. Descubrió la disposición que el burgalés tenía para el mando al elegir litera para sí sin consultar, e indicar cómo colocar las maletas en forma idónea para que no estorbaran, además de establecer turnos de limpieza del cuchitril. También hizo imposición más que sugerencia de que el aseo se

extendiera a sus cuerpos y atuendos. Puesto que debían permanecer obligadamente juntos, deberían lavarse para eliminar los malos olores, los pies al menos. Fue algo que no le sorprendió por tener muy arraigado desde pequeño lo del lavado personal, pero sí extrañó a los otros, para quienes esa cuestión no era ni prioritaria ni frecuente. No obstante lo aceptaron sin rechistar, incluso Martín. José Luis demostraba estar muy habituado a moverse entre la gente. Al contrario que él, que pocas veces había salido del Concejo y que, además de haberse criado entre prolongados mutismos, nunca antes compartió dormitorio con desconocidos.

—¿Le importa que me ponga aquí, con usted?

—No me importa —contestó el otro después de reconocerle—. Pero nada de usted ni Cristo que lo fundó. Háblame de tú o no me hables.

Estuvieron en silencio mucho tiempo, él un tanto atemorizado por la sequedad del otro. El buque seguía emitiendo lamentos por ahí dentro, pero no parecía que afectaran a su desplazamiento. Polín miró el piélago tenebroso. No había luna y daba la sensación de que allá lejos, en el borde final, el mar estaba devorando las estrellas.

—Este no es un buque de transporte civil —indicó José Luis, sin mirarle—. Pertenece a la Marina de Guerra dominicana. ¿Te has fijado?

—Verdaz que... —balbuceó él, cogido por sorpresa y apreciando lo muy ignorante que era al no haberse percatado de ese hecho—. ¿Cómo sabe..., sabes eso?

—Porque los tripulantes son militares. ¿No ves sus uniformes?

—Pos... Bueno, ¿qué significa?

—Demuestra que esta es una emigración especial, de Estado, como nos dijeron. Me informé. Trujillo, el presidente del país adonde vamos, lo compró para que los españoles viajáramos gratis. Antes se llamaba *Camberra*. Fíjate que todavía hay salvavidas donde aparece ese nombre mal borrado. Lo rebautizó como *España* en nuestro honor.

—¿Lo compró? ¿Lo pagó de su bolsillo?

—Eso dicen, pero dudo que asumiera ese desembolso. Seguramente sería su Gobierno quien cargara con el invento.

—¿Él mismo fue a comprarlo?

El otro volvió el borrón de su rostro hacia él. Polín se inquietó. Quizás había dicho una tontería. Era consciente de su inmadurez, que en ocasiones le impedía formular las cosas adecuadas.

—Habrá enviado a sus agentes, joder. Pero la elección última sería la suya. Tiene fama de verificar personalmente las cosas.

—¿Por qué no usaron un barco propio?

José Luis tardó en responder, como si dudara en ilustrar sobre lo evidente. Lo hizo lentamente, con el tono de quien reprende a un niño que no se sabe la lección.

—La República Dominicana no posee industria naval. Tiene unos astilleros



simples, donde solo hacen reparaciones. Todos sus buques fueron comprados fuera del país. Para cumplimentar la misión no disponían de ningún trasatlántico. Este se adquirió expresamente, creo que a los británicos, para estar a la altura de la urgencia del acuerdo. Si te fijas, no hay turistas ni gente de otros países. Solo españoles.

—No entiendo de barcos. Pero este no pareceme nuevo. Los camarotes...

—Por supuesto que no lo es. ¿Cómo coño va a ser nuevo? Supongo que querría gastarse lo menos posible si el fin único de su utilización es el de transportarnos a los emigrantes.

Él sintió el rubor encenderle el rostro. Agradeció la noche para que el otro no le viera. Se obligó a hacer un comentario.

—Bueno... Aunque sea viejo, habrá costao sus buenas perronas. ¿Por qué ese Trujillo tiene tanto interés en nosotros?

El otro hizo una nueva pausa valorativa. Contestó con el tono pacienzudo de quien piensa que hay cosas que todo el mundo debería saber.

—Quiere dotar a su país de zonas agrícolas tan buenas como las de España. Allí no tienen nuestras huertas. Dicen que está dispuesto a gastarse lo que sea. De ahí esta emigración de agricultores y que sea su Ministerio de Agricultura quien lleve el proyecto.

—Ustez..., bueno, tú. No pareces agricultor.

—¿Tú lo eres?

—Sí, claro... Sé hacer los trabayos de la huerta y los praos.

—¿De qué parte de Galicia?

—No, no soy gallego. Nací en Asturias, en una aldea del Conceyo de Tineo.

—He conocido a varios asturianos por ahí, buscándose la vida. Ninguno me habló de cambiar una huerta por otra —dijo el otro, echándole una mirada larga como si quisiera traspasar las sombras de la noche y desnudar sus facciones.

—Muchos asturianos emigraron...

—Pero no para trabajar en el campo. La mejor tierra es la de uno.

—No ye nuestro caso. Ojalá fuéralo.

—¿Cuántos años tienes? —dijo el otro, y él tuvo la impresión de que su tono había cambiado, como si se hubiera conmovido.

—Deciocho.

—Joder, eres un chaval. ¿Cómo te permitieron si la edad mínima son veinticinco?

—El padre Santiago y...

—Un cura, ¿eh? —interrumpió el otro—. Ya me extrañaba que la Iglesia no estuviera metida también en esto.

—Yo... No sé qué quieres decir. Ye el cura de la parroquia y siempre ayuda a la gente.

—Claro.

—Él encargose de todo con los agentes de reclutamiento. Yo y mi hermano Martín solo tuvimos que firmar los papeles. ¿Cuántos tienes tú?

—¿Tu hermano es ese grande mudo que duerme debajo de ti?

—Sí. Pero no ye mudo. —Adivinó la pregunta—. Ye que habla poco.

—Ahora que lo dices, tenéis la cara aproximada y las mismas greñas pero no os debieron de regar con la misma agua. Él se llevó toda la chicha.

—Sí, ye el más fuerte de los hermanos —concedió Polín la evidencia. Él medía sobre el metro setenta y cinco pero Martín le sobrepasaba en más de veinte centímetros y unos veinte kilos.

—¿Cuántos sois?

—Cuatro —dijo Polín, no sabiendo cómo interrumpir el chorro de preguntas, que no consideraba oportunas. A él no le interesaba lo que el otro dejó atrás. Pero el deseo de estar con él venció sobre su timidez.

—¿Qué edad tiene el Martín?

—Vintiuno.

—Debería estar haciendo el servicio militar.

—Librose, igual que yo... Nuestra madre ye viuda...

—Joder, qué suerte. No lo de tu padre, claro, sino por no ir a comer rancho. Yo tuve que pagar el fondo al Ejército. Un dinero perdido porque no pienso volver.

Polín no sabía a qué se refería pero se abstuvo de preguntar.

—Tengo planes —añadió el castellano tras coleccionar otro silencio—. Por lo pronto me he librado de la mili, como muchos de los que viajamos aquí. Hubiera tenido que alistarme en unos meses. Eso también indica el gran interés de Franco en este asunto porque pocos se libran de pasar por el aro, con fondo o sin él.

—Ye una suerte conseguir estas plazas —dijo él tras una pausa, para que viera que tenía criterio sobre las cosas.

—Hay mucha gente apuntada. ¿Por cuánto habéis firmado?

—Por tres años, con opción a cinco. Y luego...

—Opción.

—Eso, opción.

José Luis se puso de perfil, como dando a entender que ya lo habían hablado todo por esa noche.

—Supongo que sí has reparado en que solo viajamos hombres, todos jóvenes menos los chupones —dijo, de pronto—. Esas pocas mujeres que has visto son de algunos tripulantes. ¿Te imaginas por qué?

Polín se reservó la respuesta. No había reparado en ello de forma consciente y no quiso aventurar una opinión. Dijera lo que dijese demostraría lo inculto que era.

**Burela, Lugo, noviembre de 2005**

No había dejado de llover. Instantes después crucé el viaducto y entré en Ribadeo. Eran las tres de la madrugada. La ciudad dormía. Busqué en el móvil la dirección de un centro sanitario. El buscador GPS me guio hasta él. Más tarde, un médico se me acercó en la sala de espera.

—¿Es usted familiar?

—No le conozco. Vi derrapar su coche y pude rescatarlo antes de que cayera al mar. A punto estuvo de irse abajo con él.

—Acertó en traerle sin esperar. Pero esta es una unidad de atención primaria y no podemos dar al herido la asistencia requerida. Una ambulancia le lleva ahora mismo hacia Burela, al Hospital Da Costa. Ya hemos avisado a Urgencias. Estarán preparados.

—¿Es grave?

—Puede serlo. Está consciente pero tiene traumatismo torácico con fracturas costales múltiples, contusión pulmonar y derrame pleural. También una pierna rota.

—Voy allá también. Les seguiré en mi coche.

Hay unos cincuenta kilómetros hasta esa localidad costera. La carretera no tiene exceso de curvas y la ambulancia hizo el recorrido en menos de media hora, después de cruzar el río Masma, que entrega sus aguas en la ría de Foz. Me dijeron que ese complejo asistencial, dependiente del Servicio Gallego de Salud, cubre las necesidades sanitarias de al menos catorce municipios del área. Está situado en zona despejada con cuidado césped e iluminado casi como un aeropuerto. Después de ver cómo ingresaban al herido, esperé en la sala donde algunas personas se refugiaban en la paciencia. Tiempo después citaron mi nombre. Pasé a una sala más pequeña. Un médico se me acercó y me preguntó por lo ocurrido. Le repetí lo que al otro, ocultando la presencia de los dos matones y lo sucedido realmente. Fue amable y explícito.

—Ahora está hemodinámicamente estable. Le hemos puesto un tubo de tórax y le hemos hecho analíticas sistemáticas de sangre y gasometrías seriadas. Hay que esperar.

Me aconsejó el hotel Palacio de Cristal, por estar a cinco minutos a pie del hospital. Dejé el coche en el garaje del establecimiento. Ya en la habitación, me relajé con una ducha. Luego, mientras tomaba los frutos secos y el agua del minibar, procedí a secar concienzudamente la chupa, dejándola colgada en el armario abierto para que se orease. Repetí la acción con los zapatos, lustrándolos con los útiles que siempre llevo al efecto. El pantalón, empapado y sucio, no tenía solución, pero disponía de repuesto, igual que del resto de la ropa. Después me puse unos guantes de

cirujano y volqué sobre la cama los bolsos de los agresores para examinar el botín requisado. Además de lo que metí en ellos bajo la llovizna, contenían llaves, bolígrafos, papeles, dos pares de guantes, un ordenador, prismáticos y una cartera con documentos. También dos silenciadores y varios cargadores con munición para las armas. Estaba claro que constituía un equipamiento ajustado para una pareja de acción violenta.

Los tipos, en la cuarentena, eran nacidos en Vizcaya y residían en Oviedo. Sus tarjetas de visita les definían como viajantes de una empresa de joyería radicada en Málaga. Estaban las licencias especiales de armas, que les permitían su uso. Llevaban tarjetas oro de varias entidades y todos esos euros. Habida cuenta de las tarjetas, el cargar con tantos billetes significaba que deberían hacer pagos al contado por servicios no facturables. Los papeles, notas de consumo en su mayoría, no aportaban ningún dato especial. Conecté el ordenador, que pidió las claves de acceso. Pasé a los móviles. Una serie de números telefónicos que quizá sirvieran para una investigación posterior. Llegó el turno de las pistolas. Las dos eran Walther PPK 380 con la base del peine plana, lo que afirmaba una misma procedencia. Es un arma de precisión, muy usada tanto por policías como por facinerosos y avalada por datos de relevancia propagandística. Se dice que son las que usaba James Bond y como la que llevaba Adolf Hitler cuando se suicidó. Las limpié bien para borrar mis huellas. Metí todo en los bolsos, excepto los DNI, para fotocopiarlos, y el dinero, que introduje en una de las bolsas de plástico negro con cierre que siempre llevo.

Procedí con los trastos del herido. Su pasaporte y otros documentos le acreditaban como ciudadano venezolano. Se llamaba Éldo García Vargas. Había ingresado a España un mes antes por el aeropuerto de Barajas, según indicaba el sello de entrada. Cargaba con bastantes dólares y euros. No llevaba tarjetas, lo que indicaba que pagaría al contado. El mejor procedimiento para no dejar pistas. Tenía una pequeña libreta con anotaciones de gastos en dólares y euros, nombres, signos y fechas; ninguna dirección. Examiné la pistola. Una Beretta 9000, de doce cartuchos de 9 milímetros. Un arma compacta, de poco peso y muy efectiva. No son de uso habitual, por lo que deduje que el portador era un especialista. Alguien acostumbrado a las armas. Y no habría podido pasarla por los registros del aeropuerto. Por tanto, se la debió agenciar a través de algún contacto en España, quizá también el coche. El móvil era uno de última generación. En el listado de nombres aparecían denominaciones como «Afilo», «Bola», «Carpa» y otras muchas de la misma índole. Ninguna con lógica, lo que significaba que estaban en clave. Los prefijos, salvo el de España, me eran desconocidos. Supuse que americanos. Lo comprobaría. Encendí el ordenador. Me pidió la contraseña, como antes el de los matadores. Lo cerré. Saqué de mi maletín otras bolsas de plástico y puse en ellas todo lo del herido, ordenadamente y sin excepción, metiéndolas luego en su bolso. Me quité los guantes,

puse el despertador y me eché en la cama en busca de un sueño corto.

Temprano en la mañana, camino del comedor, el recepcionista me llamó.

—Señor Rodríguez. Tiene una nota de la Guardia Civil. Le piden que se presente.

Después de desayunar me acerqué al cuartel, que se define como Dirección General. Estaba cerca y como no llovía fui caminando. Me atendió un agente de nueva hornada, muy en su papel, que me acompañó a la oficina del sargento. El suboficial se quedó un rato mirando mi documentación, como si el hecho de ser detective privado le encandilara. O quizá fuera mi nombre lo que le sorprendía, al igual que a tantos otros.

—Corazón Rodríguez. Curioso nombre. —Me exploró con la mirada, como buscando la causa de tal desatino—. ¿Investiga usted algo, señor Corazón?

—Siempre hay algo que investigar. Es mi trabajo.

—¿Por aquí?

—No. Pasaba de largo y vi el accidente.

—Por eso le hemos llamado. En este momento se está procediendo a sacar el coche, que localizó la Guardia Civil de Figueras hace unas horas. Como usted dijo a los médicos del hospital, estaba entre las rocas, en el mar. Pero había otro coche, un Audi A6. ¿Lo sabía? ¿Puede detallar lo que ocurrió?

Se me da muy bien poner cara de panoli. Estaba claro que los asesinos se esfumaron oportunamente sin dejar huellas. Repetí la falsa descripción de los hechos que dije a los médicos.

—¿Saben algo del herido? —pregunté.

—Es ciudadano venezolano, según dice, y viaja de turista. No lleva documentos. Seguramente estarán en el coche. No tiene familiares en España. Hemos hablado con el Consulado General, que está en Vigo, para que se encarguen.

El hombre permanecía en la UCI. El diagnóstico no le favorecía porque sus pulmones habían quedado muy tocados. Estaba en tratamiento con mórficos, heparine y antibióticos. Había salido del *shock* hacía tres horas y sus primeras palabras fueron para preguntar cómo llegó allí. Manifestó su deseo de verme con urgencia. Subí a la sala, donde varios pacientes compartían sus angustias, cortinas por medio. Él estaba lleno de tubos y vendas, pero sus ojos brillaban. El médico de guardia me había aconsejado que le hiciera hablar lo menos posible.

—Este señor es quien lo sacó del coche y quien posibilitó que usted esté aquí —dijo, a modo de presentación.

Al quedar a solas me pidió con un gesto que acercara mi cabeza. Me incliné sobre él.

—Como que no ha dicho lo que ocurrió realmente —dijo, en un susurro—. ¿Por qué se mezcló?

—Soy muy curioso. No pude dejar que esos dos se salieran con la suya. Me

gustaría saber quién eres y por qué querían matarte.

—¿Qué hubo con esos coño e madres?

Se lo dije. Me miró con incredulidad.

—¿Me miente? —musitó entrecortadamente—. ¿Cómo es que los chingó si son profesionales del crimen? ¿Quién carajo es usted?

—En estos momentos un amigo.

—Hombre de averías, ¿ah?... ¿Y dónde es que están mis corotos?

—A buen recaudo. No te preocupes. Te los devolveré cuando salgas de aquí. Creo que nadie debería saber que ibas armado. Lo dirían a la policía y tendrías que contestar muchas preguntas.

Me miró desde unas cuencas inundadas de fatalismo. Era evidente su esfuerzo en mantenerse consciente.

—Debió haber botado al mar a esos bujarrones, con el carro... Insistirán en su propósito.

—Les destruí el coche. Sin él, sin los teléfonos ni las documentaciones tardarán en encontrar la pista y dará tiempo a que te repongas. En unos días puedes pedir traslado a otro hospital.

—¿Qué... mamaera es esa? No lo entendió... —Sus ojos destilaban convencimiento. Se esforzó en mostrarlo verbalmente—. Son cayapa de asesinos... Indagarán en los centros médicos cercanos al accidente... Pondrán a otros tras esas pistas... Me encontrarán... Intenté despistarles desde mi aterrizada en Madrid... Por eso no vine a Galicia directamente... Busqué ruta disuasoria... Me llegué a Gijón... Viajé la costa para entrar por Ribadeo... No sirvió... Ya ve lo que ocurrió... Tienen las rutas controladas... Ahora vendrán también por usted... Si no le encuentran aquí, le seguirán la pista... Seguro que saben ya la matrícula de su carro... Siempre hay ojos que miran... Está metido en la broma, compañero... No podrá escapar...

El sujeto tenía razón. Inmerso en la investigación del caso propio no tomé conciencia del lío en que me había metido. Empecé a considerar la verdadera magnitud del mismo.

—No me has contestado. Por qué esos tipos quieren eliminarte.

—Es una misión... muy importante. Y secreta...

—Vale. —Me puse en pie—. Te traeré tus cosas y seguiré mi camino. Deseo que salgas de esta.

—Espere, espere... —jadeó—. Escuche... —Me incliné—. Vengo... a matar a un hombre... Y esos quieren impedirlo.

Así, de golpe. Y a renglón seguido, sin pausa, me pidió que le protegiera hasta que saliera del hospital. No hubo ruego. Como si mi expresada curiosidad o el haberle salvado la vida fueran una obligación para seguir en la ayuda. Luego cerró los ojos y pareció dormir.

Fui a la sala de espera y dejé que las horas se escurrieran. Mientras sometía a vigilancia la puerta me di a cavilar y determiné mis próximos movimientos. Prescindi de salir a una cafetería y me contenté con sándwiches y agua de las máquinas expendedoras. Así consumí el día viendo a gente llegar y marcharse. Por la noche me acomodé en un rincón. Otras dos personas se preparaban a pasar las horas en la misma guisa. Esperé a que el silencio se posara y el sueño les hiciera mella. Salí al pasillo. Ni un alma. Busqué una consulta. Entré. En un perchero había dos batas blancas. Cogí la más grande y la escondí bajo mi cazadora. Volví a la sala y dormité a ratos.

Al llegar la mañana me acerqué a un enfermero. Le pedí, un billete por medio, que no quitara ojo al herido y me informara si alguien preguntaba por él. Fui al hotel, me duché, mastiqué algo y dispuse el equipaje. Pagué la cuenta. Una hora después estaba de nuevo haciendo guardia, esta vez con el maletín. Dentro, la bata. Nadie se había presentado a interesarse por el venezolano. Tiempo después apareció uno de los facultativos con gesto serio. El enfermo volvía a llamarme pero la visita debería ser muy breve. El hombre tenía los ojos muy metidos dentro, como si tuvieran un peso excesivo. Me hizo una seña como la vez anterior.

—Estoy... jodío de vaina, don. Como que se me acabó el camino. —No parecía apenado sino lleno de frustración—. Esos coño e madres me chingaron duro. Tendrá... tiene usted que terminar la misión. Siempre cumplí... Soy un profesional...

El médico se aproximó y en silencio me señaló la salida. El herido agarró mi cazadora y tiró de ella, aplastando sus labios contra mi oído.

—¡Tiene que acabarlo...! ¡Matar al hijo e puta! ¡Debe... hacerlo por mí...! ¡Usted se obligó al salvarme...! Escuche... —susurró, espasmódicamente

—¡Apártese! —dijo el médico, solicitando ayuda—. Salga.

Lo hice. Pero ya había memorizado las cuatro palabras que me dijo el moribundo. Volví a la sala y las escribí en mi libretita. Tiempo después llegó el médico con cara de circunstancias y no muy propicio a extenderse en explicaciones.

—El hombre ha muerto. Lo siento —dijo, dando el asunto por zanjado e iniciando la retirada.

—Eh. —Se volvió. Mi rostro no incitaba al monosílabo—. Familiar o no, llevo dos noches velando a ese hombre. Merezco mejor explicación.

—Tiene razón. Disculpe. Hemos hecho todo lo posible. Le habíamos intubado. Experimentó aumento de dolor torácico y sufrió disnea. No pudo ser. El tromboembolismo pulmonar masivo ha sido irremediable.

Bajé a la planta de salida. Al llegar al vestíbulo, me asomé con precaución desde el pasillo. Uno de los asesinos de la noche anterior, el fornido que me golpeó, hablaba con una empleada en el mostrador de recepción. Sin duda que estaba informándose sobre su perseguido. Y sobre mí. A su lado, otro tipo del mismo corte no perdía

detalle del trasiego de gente entrando y saliendo. Daba impresión de estar en alerta máxima. Mi estatura e impedimenta me impedirían pasar desapercibido ante él porque el compinche le habría dado mi descripción. Pero no contaban con mi previsión nocturna. Retrocedí. Pasé a un baño. Me quité la cazadora, que guardé en el maletín, y me puse la bata. Vi un matrimonio de mediana edad dirigirse hacia la salida. Les abordé, interesándome por su estado. Me atendieron con la deferencia que siempre se presta a los médicos, dando por hecho que yo lo era. Caminamos juntos de palique. Sin mirar de frente a nadie, al cruzar el vestíbulo atisbé al sicario de reemplazo. Movía la cabeza de un lado a otro, inquisitivo. El de Figueras habría subido a la UCI. Ya en el exterior me despedí de mis oportunos colaboradores. Era consciente de que no tenía mucho tiempo. Mientras caminaba cambié la chupa por la bata, que dejé en la habitación del hotel. Recogí las cosas. Subí al coche y partí de inmediato, retrocediendo hasta alcanzar la nacional 634 para seguir hacia el destino inicial de mi viaje.

Había venido a Galicia a realizar gestiones para un nuevo caso encomendado. Pero por azar, por mi disposición a echar una mano al prójimo o por la tendencia a meterme en camisa de once varas, había entrado en un asunto desconocido y peligroso. Era razonable pensar que ese club de criminales no se contentaría con saber que su presa había perecido. Estaba claro que buscaban al curioso que les noqueó y que a su entender podría haber recibido información secreta del moribundo. El hecho de estar allí demostraba la diligencia que imprimían a sus actuaciones. Se habían apañado para darse alarma y en tan pocas horas los de Figueras habían sido rescatados y el del brazo roto sustituido por el tercer hombre. Eso evidenciaba que había una organización detrás, como aseguró Élideo García. Y poderosa, sin duda.

Ahora el perseguido era yo, como también vaticinó el venezolano.



### Atravesando el Atlántico, mayo de 1955

*Partid, y Dios os guíe..., pobres desheredados,  
para quienes no hay sitio en la hostigada tierra;  
partid llenos de aliento en pos de otro horizonte,  
pero... volved más tarde al viejo hogar que os llama.*

ROSALÍA DE CASTRO

Cuando aclaró el día, Polín divisó a don Torcuato, uno de los veinticinco maestros nacionales que integraban la numerosa expedición. Procedían de Madrid aunque eran originarios de diversas regiones de España. Estaban en edades asentadas y casi siempre permanecían juntos, diferenciados por sus ropas y sus modales. También por sus objetivos. No iban como emigrantes propiamente, sino de voluntarios contratados para ayudar a mejorar la enseñanza. Según José Luis, el país adonde iban tenía un volumen insoportable de analfabetos, palabra que entristecía a Polín por entender que él pertenecía a ese nivel, ya que leía con gran dificultad y no sabía escribir. De vez en cuando algunos de esos maestros se mezclaban con el resto de los viajeros para estimular sus esperanzas y ofrecerles datos tendentes a mejorar su estancia futura. Daban sensación de ser gente amable, bien dispuesta en su misión y evidenciaban estar firmemente asentados en la convicción de que los regímenes de los Generalísimos Franco y Trujillo representaban una luz de progreso sobre otros mal llamados democráticos. Según ellos, la aparición de esos prohombres para regir los destinos de ambas naciones fue providencial.

Alguien había filtrado que los maestros dormían en camarotes mejores y no apelotonados, al igual que el médico, el cura y otras personas de la expedición que nunca hablaban con la masa y cuyas fachas inequívocas les delataban como pertenecientes a la Administración del Estado. Sin duda que era algo injusto pero inevitable, como ocurría con la enorme diferencia de clases que regía en España. También que se alimentaban como la tripulación. Es decir, mejor que el resto de los pasajeros, quienes comían sin excepción, día tras día, el mismo menú: sancocho. Llamaban así a un estofado de carne eclipsada y cachos de plátano; piezas que, aunque con el mismo nombre, no eran como los de España sino más largos y verdes, parecidos a calabacines y no adecuados para el consumo crudo. Ahora estarían hambrientos si no hubieran llevado precautoriamente provisiones en sus maletas, coleccionadas amorosamente por las madres, esposas y demás familiares durante los emocionados preparativos.

Don Torcuato manejaba un cuerpo estirado dentro del pulcro traje. Su pálido

rostro aparecía siempre afeitado y emitía la sensación de placer que da el saberse poseedor de un destino grato y exento de grandes incomodidades. Había mirado las listas de viajeros para saber quiénes procedían de Asturias. No eran muchos. Cuando vio que Martín y Polín venían de Tineo, donde según les dijo nació su padre, profesó hacia ellos una atención especial desde el primer día, especialmente hacia Polín debido a su juventud y a su gesto abierto. Por su medio se enteraron de que el contingente lo formaban un total de setecientos sesenta y tres hombres, todos agricultores o destinados a las tareas de la tierra, salvo los maestros, el cura, el médico, los enchufados y una docena con otros oficios. Y también que ese proyecto migratorio nació de la mente de Trujillo cuando en mayo del año anterior visitó España. Franco le mostró entonces, entre otras zonas agrícolas, los campos de cereales de Castilla y las huertas de Valencia. El Generalísimo dominicano se admiró del hacer laborioso y productivo de los agricultores españoles. Lo habló con el Caudillo español, quien se adhirió a la idea porque suponía una oportunidad de trabajo y riqueza para unos miles de súbditos desperdiciados.

—Que yo sepa, es un caso único en la historia —afirmó con admiración don Torcuato en una de sus primeras charlas—. Ha habido países que han aceptado inmigrantes en grandes cantidades, pero es la primera vez que un Estado patrocina la idea y les paga todos los gastos de desplazamiento, les da comida, casa y trabajo. Y una subvención. ¿Qué mandatario compra un trasatlántico para ponerlo gratuitamente al servicio de un proyecto migratorio? Ahí el Excelentísimo Trujillo ha demostrado su visión de gran estadista. Porque más tarde la República Dominicana recogerá los frutos de esa generosa iniciativa. Sabe que los emigrantes llevan energía, ideas y contribuyen al crecimiento general y a la creación de riqueza del país que les acoge.

Él podía aceptar como verdad lo afirmado por el educador pero no en su totalidad. Porque tanto en el transporte como en la alimentación, por el momento únicas acciones en ejecución, los hechos demostraban una clara distancia con los panfletos propagandísticos. El barco estaba en deplorables condiciones de conservación, aparte de los ruidos desconocidos y preocupantes; viajaban como sardinas en lata y las comidas, además de notoriamente escasas y repetitivas, eran tan apetecibles como el agua sucia.

—Si fuéramos menos, iríamos más cómodos —opuso el enseñante—. Es mucha gente para el espacio disponible. Las peticiones han desbordado lo previsto. Muchos quedaron en tierra llorando, esperando el próximo viaje. ¿Hubieras preferido ser uno de ellos? Por la misma razón las comidas son frugales. Y en cuanto al buque, bueno. Al fin, el viaje es una etapa mínima en el proyecto. Lo importante es comenzar allá.

Así razonado, parecía lógico lo que estaban experimentando. No obstante, y aunque carecía de las condiciones intelectuales para gestionar una crítica en profundidad, a él le parecía sorprendente que tantos cerebros conjuntados en el

proyecto no hubieran manejado previsiones más certeras, sobre todo en cuanto a los alimentos. Porque si bien los camarotes no podían ensancharse, sí pudieron haber hecho algo respecto a los víveres una vez que concretaron la lista de pasajeros. Y más si antes hubo otra expedición que se supone ofreció experiencias.

El educador había apreciado su inclinación a escuchar con tímida atención cuando le hablaba sobre asuntos relacionados con la Geografía, la Historia o la Gramática, materias en las que nunca tuvo posibilidad de entrar por no formar parte de sus urgencias habituales. Lo fundamental era trabajar cada día para poder comer, lo que venía haciendo desde muy pequeño al igual que sus hermanos y que todos los de las míseras aldeas. Para los cabezas de familia de esos villorrios no había tiempo que desperdiciar por nadie en tareas no productivas. Don Torcuato le regaló un libro, del que llevaba una buena provisión de ejemplares como fondo de ayuda a su misión pedagógica. Se trataba de la *Enciclopedia Álvarez*, primer grado, que explicaba con sencillez y claridad las materias básicas del conocimiento humano. En los primeros días se sentó con él en cubierta y empleó parte de su tiempo en iniciarle en los temas y saber cómo interpretarlos. Después le marcó unos tiempos, que él, con impulsiva predisposición, se obligó a cumplir. De esa forma, y ante la impasibilidad de Martín, fue aficionándose a leer durante horas, lo que le introdujo en mundos que siempre creyó inalcanzables.

—Podías hacerlo tú también —le dijo.

Su hermano tardó en hablar, lo que era innato en él. Hablaba tan poco que Polín y la familia a veces dudaban de si se le había olvidado cómo hacerlo.

—¿Pa qué?

—Pa saber más, tener cultura. Nos ayudará a ser ricos. Porque vamos a ser ricos, ¿no?

—Puede. Pero no ye necesario saber tanto pa eso. Solo pa escribir a madre cuando la enviemos dinero. La cultura no hace rico a nadie. Mira los de la nuestra tierra, indianos incluidos. ¿Qué saben los señorones de Ovieu, los amos de las quintanas? Tien buenas perres y ninguna cultura. Solo soberbia.

Aunque a trompicones, era todo un discurso, algo absolutamente insólito. Polín estaba asombrado y aprovechó para darle cuerda. Y Martín, con gesto de quien está acosado de vómitos, hizo razón de lo que pensaba. Los ricos tenían dinero, poder y un desprecio permanente hacia los campesinos, pero no cultura. Los hombres cultos eran los maestros de toda la vida, que pasaban la misma hambre que los pobres de los pueblos. A su entender, los maestros nuevos que viajaban con ellos se daban mucha jactancia pero, como los viejos, no tenían ni mierda en las tripas. Con ese razonamiento incontestable su hermano estableció que ambos solo necesitarían trabajar según lo firmado y regresar al viejo hogar con el bolsillo bien apretado. Sin duda que era el argumento que movía a todos los emigrantes del barco, sobrados de

esfuerzos y necesidades. Ninguno estaba allí para ser más culto, sino por dinero, lo único que les arrancaría de la pobreza. Además, el libro de marras en concreto daba una gran preponderancia a la Religión y hacía una marcada propaganda del franquismo. Ambas cuestiones estaban lejos del agrado de Martín, aunque raras veces liberaba del colete su distanciamiento de ellas. Para Polín su hermano estaba equivocado, no en cuanto a la finalidad del viaje sino a su concepto sobre el estudio. Porque era preferible pasar el tiempo en instruirse y no gastarlo en deambular y mirar el movimiento de ese mar que parecía no tener fin.

Don Torcuato se le aproximó.

—¿Qué tal mi alumno preferido?

—Me gustaría preguntarle una cosa —dijo él, dándose cuenta de que había copiado inconscientemente la forma empleada por José Luis en el tratamiento de las preguntas—. ¿Sabe por qué viajamos solo hombres en esta expedición?

—Sois como nuevos descubridores. Al igual que hace siglos, estos viajes son cosa de hombres. Así no tendremos la responsabilidad de cuidar de nuestras esposas, novias y hermanas mientras nos situamos. Pero allí hay muchas mujeres para quienes no quieran estar solos. —Acentuó la mirada sobre él—. ¿Estás casado? ¿Tienes novia?

—¿Cómo son las mujeres allá? —dijo él, sonrojándose y deseando que no se notara su secreto.

—Como en todas partes. Las mujeres son iguales en todos los sitios.

—No señor, perdone —se atrevió él—. Conozco las aldeanas del mi Conceyo y las señoritas de Ovieu. No son iguales.

—Quiero decir que están para lo que están. ¿Qué más te da? Lo importante es relacionarse y hallar acomodo. En unos días las verás por ti mismo. Pero no respondiste a mi pregunta. ¿Dejaste un amor en el pueblo?

—Y usted, ¿lo dejó?

—Sí, mi señora. Se reunirá conmigo más adelante.

Polín se apoyó en la barandilla y escondió sus ojos. No se sintió obligado a seguir con ese tema y menos a responder preguntas que le llevaban a la inseguridad.

## Melide, Lugo, noviembre de 2005

La carretera es buena y cuidada, con tramos transformados en autovía. Tiene mucho tránsito porque es la vía principal que une Ribadeo y Foz con Lugo o La Coruña, y una de las rutas del Camino de Santiago. Veía peregrinos solos o en pequeños grupos con sus chubasqueros intentando contemporizar con la lluvia, tenaces en el cumplimiento de sus promesas. Nunca hice el Jacobeo quizá porque hay otros muchos lugares de penitencia más duros, fundamentalmente el que nos lleva al interior de uno mismo. Ese es el más difícil e intrincado porque no nos atrevemos seriamente a emprenderlo. Rehuimos atisbar que hemos podido ser culpables de infligir daños, aun inconscientemente, a alguien que se nos cruzó en algún punto de nuestro albur.

Aldeas y viejas casonas con tejados. Arboleda abundosa donde los eucaliptos hacían ostentación de sus estaturas ajirafadas. Ningún coche parecía seguirme.

Estuve meditando sobre lo ocurrido con el venezolano. Y en las consecuencias. Élido sabía de lo que hablaba. Era un hecho que los pistoleros encontraron la pista siguiendo la lógica que describió. Dieron con él, aunque tarde. A partir de ese momento yo era el blanco a abatir. Habrían hecho sus cálculos. Desde Burela yo podía estar yendo a La Coruña pasando por Ferrol. O a Lugo y luego a Santiago. Incluso a Orense y Vigo para pasar a Portugal. Barajarían todas las hipótesis porque todos los caminos estaban abiertos desde que crucé el Puente de los Santos. La cuestión era simple: les importaría un bledo que mi paso por la escena del siniestro fuera circunstancial o que Élido no hubiera tenido tiempo de participarme su secreto. Sé cómo funciona la cosa. No se andarían por las ramas. Intentarían despacharme, sin que ello lo motivara un afán de venganza por la leña que les di ni por haberles hecho quebranto. Nada personal había en el asunto. Lo harían para eliminar rastros de su actuación. Yo era un testigo y ellos profesionales de la aniquilación. Así de sencillo. Cubrirían todas las rutas para interceptarme, incluso las que llevaran a Madrid. Porque a través de la matrícula del 320 habrían obtenido mis datos al detalle. Me encontrarían. Y si por circunstancias no lo conseguían en esos días, lo intentarían más tarde en la capital. Así que era cuestión de tiempo tenerles encima. Pero yo estaba en Lugo para un trabajo marcado por mi agenda. Lo primero era centrarme en él. Ya me ocuparía de esa amenaza en su momento, aunque no descuidaría la guardia.

En Villalba llené el depósito del 320. Me gusta llevarlo siempre completo desde una noche que en Soria la nieve me dejó bloqueado. Circulé por la autopista hasta Lugo y allí, bordeando la ciudad, pasé a la carretera 540. Hice cambio en Guntín a la 547. A unos treinta kilómetros llegué a mi destino.

Melide, llamada Mellid todavía en los mapas, es una creciente localidad donde el

Camino francés se junta con el procedente de la costa cantábrica. Significa que siempre hay abundancia de caminantes. Aparqué cerca de la Casa do Concello. Allí me informaron de que la familia buscada no constaba entre las empadronadas en el pueblo. Quizá por ser detective, por las artes seductoras que aplico en mi trabajo o porque los gallegos son normalmente obsequiosos, el caso es que una joven funcionaria se tomó interés y me orientó hacia donde pudo estar la casa.

Había viviendas de moderna construcción en el lugar, a las afueras, por la carretera general de Lugo. Pregunté a varias personas. No les sonaba el nombre. Detrás y alrededor el paisaje se abría hacia extensos prados donde punteaban numerosas vacas y ovejas. Sabía que la población se asentaba en una zona tradicional de explotaciones agrícolas y ganaderas, de carácter familiar en general. Localicé varias casonas adentradas en el campo y flanqueadas por establos y cobertizos. Dejé el coche a un lado y por un camino embarrado me dirigí a una de ellas a preguntar. Y luego a otra. El mismo resultado negativo. Era gente joven. Tiempo después un hombre de años acumulados, auxiliado por un bastón y seguido por una mujer de la misma quinta, se me acercaron.

—Le vemos dar vueltas, como perdido. ¿Podemos ayudarle?

Les dije el objeto de mi búsqueda. Se quedó un momento dudando pero la mujer fue más rápida.

—Sí, claro que recuerdo a os Trabada. ¿No tacuerdas que él marchara de la casa y nunca apareciera? —azuzó al marido, que empezó a oscilar la cabeza de arriba abajo a medida que reunía imágenes—. Pero pase a tomar un café, señor; aquí hay frío.

Me llevaron a una casa arreglada que conservaba rastros de edificación antigua.

—Las fillas no quisieron seguir cuando murió la madre —dijo el hombre en castellano mezclado, ya acomodado en el recuerdo, mientras la mujer trasteaba en la bien abrigada cocina—. To lo abandonaron cuando llegaron esos contratistas ofreciendo buenos cuartos por el terreno. No fueron las únicas.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace muchos años, allá por la mitad de los cincuenta. —Tosió un acceso quejumbroso—. Les prendió el reflejo de la gran ciudá, como en su día a aquellos que emigraran a las Américas. Renegaron del campo, como el padre que las abandonó. Un error. Esta es tierra dura, siempre lo fue. Pero aquí tenían trabajo, propiedá, alimentos... Bien que ahora vale poco... y los impuestos... Pero por ahí no atan los perros con longaniza, no señor.

—No es verdá que abandonaran el campo —intervino la mujer, lanzando una mirada de reproche al marido. Hablaba con el mismo lenguaje aleado y musical. Puso una bandeja con el humeante café, una jarra de leche y un plato de queso cortado y pan—. No haga caso con eso de la gran ciudá. Este home dice cosas que ve en la televisión. Ellas solas no podían salir adelante, eran casi niñas. ¿Traballo? Sí. To el

día, sin descanso, agachados sobre la tierra pa comer siempre lo mismo.

—Veo que se dedican a la fabricación de quesos —derivé, para evitar una discusión familiar.

—Todos por aquí lo hacemos, en mayor o menor cantidá —se adhirió el hombre—. Cuando los gerifaltes de Europa nos obligaron a producir menos leite, hubimos de dar salida al esceso. Los quesos han salvado la economía destes pueblos.

—Habló de la gran ciudad. ¿Sabe dónde puede estar esa familia?

—Los padres murieron, e también la filla, Carmiña. Las netas, esas que busca... cualquiera sabe.

—Necesito encontrar a esas chicas.

—¿Chicas, dice? Si viven, dejaron de serlo hace tiempo. —Ensayó una sonrisa, mostrando anchas encías con unos dientes náufragos.

—Marcharon pa Coruña, creo recordar. No estoy segura —intervino la mujer—. Pero hicieron bien. Salieron de este agujero, habrán visto mundo. Seguro que han vivido una vida mejor. Puede que hayan acertado al elegir marido —añadió, mirando desafiante al hombre. Luego, con un atisbo de tristeza se dirigió a mí—. Quedamos pocos de aquella. Hay una familia... Eran muy amigas. Venga. Le indicaré la casa. A lo mejor pueden darle mais información...

**Cruzando el Atlántico, mayo de 1955**

*Quemad las naves  
para que no nos sigan  
las sombras viejas  
por la tierra nueva,  
para que los que van conmigo  
no piensen que es posible  
volver a ser lo que eran  
en el país perdido.*  
HOMERO ARIDJIS

Polín desnudó los ojos en la noche profunda. Otra vez el sueño raptado. No acababa de acostumbrarse al balanceo del buque. Pero su inquietud reciente la causaban los extraños quejidos que emitían las entrañas de la nave, como si procedieran de seres vivos sometidos a suplicio. Eran sonidos que habían ido creciendo cada día, tornando las esperanzas en preocupación. En la penumbra vislumbró a sus compañeros hundidos en los camastros y orquestando sus soplidos. Su hermano tenía un ojo abierto, con el que le atrapó. Estaban todos menos José Luis, lo que no era noticia. En las horas claras siempre había alguno rendido en la colchoneta runflando su agotamiento, el cuerpo aplanado por la espera, el deambular restringido, las ansias devoradoras. Pero era en las noches lentas, el habitáculo lleno de humo por el fumar impetuoso, cuando afloraban los ronquidos despiadados y los sorteados insomnios, alargando los tiempos de impaciencia.

En cubierta había grupos de emigrantes arrebujados en las mantas e inmóviles como bultos de cualquier cosa. Muchos preferían dormir al aire libre y no en los sórdidos cuartuchos. Algunos estarían insomnes y mirarían las estrellas ansiando ver el horizonte imaginado. Seguro que les rondaba como a él la preocupación por los ruidos del buque, que parecía un gigantesco estómago haciendo mal la digestión. A la mayoría les invadió el temor de que algo pudiera impedirles arribar a la tierra nueva prometida. En los primeros días llenaban las horas haciendo concursos de fuerza: luchas y pulsos, que celebraban con regocijo. Polín sabía que Martín no tendría oponentes si se prestase a participar. Pero su hermano era incapaz de aplicar su descomunal fuerza a otra tarea que no fuera el trabajo. También entonaban cantares de las tierras alejadas, apoyados en los acordeones y gaitas que algunos cargaban para sostener el ánimo en las brumas cernidas. Pero al cabo de tantas horas lisas se habían quedado sin ganas y sin lágrimas. Solo de vez en cuando persistía el lamento de una



armónica. El mar estaba siempre calmo y durante el día la mayoría se apostaba en la proa y oteaba la extensión infinita y atemorizante. No se cruzaron con otros barcos ni les golpearon las tempestades ni la lluvia. Parecía que hubieran sido abandonados en esa inmensidad sin senderos ni referencias.

Vio a José Luis y su corazón se aceleró. Estaba solo, como casi siempre. Quizás es que no encontraba motivos para juntarse con los demás, como si temiera que descubrieran sus pensamientos. Curiosamente, todos los del camarote habían seguido sus instrucciones en cuanto a la limpieza personal, y más cuando le vieron lavarse sus propias ropas. Lo extraño para él es que Martín hubiera aceptado sin rechistar sabiendo lo reacio que era a seguir directrices de otros. Por otra parte, a él, que embarcó sabiendo apenas leer, le maravillaba el dominio de la escritura y del lenguaje que mostraba el castellano. También que conociera el habla de los ingleses y que hubiera vivido en Madrid. Y la sensación que daba de estar considerando siempre las cosas y dotarlas de una relevancia insospechada.

Se le aproximó un tanto inseguro y se acodó a su lado sin que el otro moviera la cabeza. No tuvo dudas de que lo había detectado en la oscuridad, como si lo reconociera por su rezumar o por sus movimientos. Dejó que el burgalés marcara los tiempos. Entendía que muchas veces los silencios eran más expresivos que la conversación porque él procedía de una tierra donde las palabras eran tan escasas como los dineros. Siguieron apoyados en la barandilla hasta que mucho después unas lejanas nubes empezaron a teñirse de ámbar con el resplandor que nacía a sus espaldas.

—Un día más —señaló de golpe José Luis, como si despertara con el día anunciado.

—Sí —dijo él, cogido por sorpresa como otras veces, sin saber qué añadir.

—La próxima parada, América. En cinco días.

—Tú, que conoces tanto, ¿sabes algo del sitio adonde vamos?

—Es uno de los países más pobres de América y de los menos poblados. Algo más de un millón de habitantes. No hay muchos españoles allá.

—No entiendo —arguyó el norteño, desconcertado—. No hay países probes en América. Tos son ricos.

—¿Te han dicho eso? —se sorprendió José Luis, tras el acostumbrado lapsus de silencio—. Por lo que veo te han llenado el coco de bolas. Mira, chaval: la riqueza o la pobreza de un país se mide por cómo viven sus habitantes. Tengo entendido que en República Dominicana no hay un alto nivel de vida y desarrollo, más bien al contrario. Además, carece de materias primas. Por eso es un país pobre.

—Pero será bueno pa nosotros, ¿verdad?

Ya estaba habituado a las pausas de José Luis, pero esta fue más larga.

—No sé si te fijaste el otro día, cuando paramos en Santa Cruz de Tenerife para

recoger a los canarios.

—No...

—Claro, estarías deslumbrado con los discursos del cónsul dominicano y del delegado de Inmigración, tan llenos de colores que a algunos se les caía la baba.

—Yo no...

—Salía otro buque del puerto. Iba cargado de emigrantes. Su destino, Venezuela. Aquel es un buen lugar.

Polín volvió a quedar desconcertado. El burgalés no había respondido a su pregunta, lo que era muy habitual. O acaso sí lo había hecho de una forma indirecta. A cambio dejó flotar cierta inquietud al establecer comparación en lo elegido por los buscadores de sueños.

—Bueno..., ellos viajan a la aventura y nosotros...

—Claro —continuó el castellano, como si no le hubiera oído—. Ellos han tenido que pagarse el pasaje y mostrar los documentos imprescindibles, tan difíciles de conseguir. Y una vez allí tendrán que buscar un trabajo rápido porque los contratos y cartas de llamada que lleva la mayoría son falsos. Deberán pagarse el sustento y lo necesario para vivir. Y buscarse un techo.

—Sí... Nosotros no tenemos esos problemas.

—¿Estás seguro? Has firmado por tres años, lo que significa que no podrás hacer otro trabajo. Estás limitado por ese contrato. Si no te gusta, o no es todo como lo pintado, tendrás que volver a España. ¿Lo has pensado? Los que viajan en ese otro barco pueden trabajar en cualquier cosa hasta encontrar lo que mejor les cuadre.

—Pero si no encuentran...

—Naturalmente que encontrarán, tarde o temprano. Tienen la vida por delante. Arrostrarán dificultades, sin duda. Pero ese es el espíritu y la carga fundamental que acompañan a un emigrante. El hambre espabila. Siempre ha sido así.

Había cosas que Polín no entendía en el discurso del otro; algo contradictorio. Se esforzó en formular su parecer.

—A mí me gusta lo que voy a hacer. Estaré bien. Nos han asegurado que seremos ricos.

El burgalés se volvió como si le hubiera picado una avispa.

—¿Con una huerta? En el campo los únicos que se hacen ricos son los latifundistas. No creo que vosotros podáis llegar a serlo con un mísero pedazo de tierra. Eso solo lo consiguen los que recibieron grandes posesiones por herencias o por chanchullos con los gobernantes en momentos determinados. Y no veo que seas uno de esos.

Una vez más, Polín no supo qué responder. Intentó argumentar.

—Prometieron...

José Luis se acogió a un silencio y luego habló como si estuviera solo, sin

mirarle. Sus palabras estaban llenas de convencimiento.

—¡Quién coño se hace rico agachado sobre la siembra! Tendrás que hacer otra cosa si realmente quieres llegar a serlo.

—Solo sé trabajar en la huerta.

—Todos podemos hacer diferentes cosas. Nada hay que no pueda lograr una persona sin pereza. Cada día aprendemos algo. Solo hace falta juventud y empuje. Te diré más: tampoco es necesario el impulso de la juventud para según qué cosas. Cualquier edad es buena para aprender.

—Pero tú firmaste un contrato también. Tendrás que hacer lo que dice en él.

José Luis volvió a enmudecer. Se guareció en otro largo mutismo, que Polín no se atrevió a romper. Dejaron que el tiempo pasara, cada uno enredado en sus pensamientos. De pronto sintieron un fuerte estremecimiento en el buque. Se miraron, mientras a su alrededor la gente gritaba y se convulsionaba. Vieron a los tripulantes correr hacia los sótanos. Pero la nave recuperó la estabilidad y siguió su rumbo como si no hubiera sido afectada.

—Espero que lleguemos sin problemas —apuntó Polín.

—Si este barco ha llevado otra tanda, podrá cumplir con nosotros. Estaría cojonudo que se hundiera ahora.

—Siempre que despierto veo tu cama vacía —dijo el asturiano, despistando hacia otro lado para ofrecer una calma que no sentía—. A lo mejor es que tas más preocupao de lo que pareces.

—Te equivocas. No es necesario dormir mucho. Es la impaciencia. Estoy deseando llegar para organizarme. Llevamos diez días de navegación y se me hace largo.

—Eso... Bueno, nos pasa a todos.

—Supongo que sí, pero no es lo mismo. Tú tienes un destino elegido. Yo tengo que descubrir el mío.

**Melide, Lugo, noviembre de 2005**

—Oh, sí, ya lo creo que sé de eso. Eran os Trabada. Así los llamaban. Por estos pueblos todas las casas tenemos un apodo —dijo con notoria amabilidad la mujer, de nombre Irene Velasco. Ofrecía unos ojos como si se los hubiera aclarado con agua añilada—. Los recuerdo, no por ser un caso excepcional, porque desgraciadamente en casi todos los pueblos ocurrieron hechos semejantes, sino porque yo era muy amiga de Paula y Blanca, y esa tragedia me dolió mucho; bueno, a todos. También a mi madre, que era amiga de Carmina, la madre de ellas... Pero ¿por qué las busca?

—Alguien quiere saber de ellas. No puedo decirle quién pero sí asegurarle que el propósito es noble y que no pretende buscar que ellas hubieran hecho algo malo.

—¡Cómo iban a hacer mal a nadie! —soltó otra mujer mayor, apenas vislumbrada, que se acercó desde el fondo—. Pobriñas. La Carmiña era una santa y las niñas no habían salido del cascarón. ¡Qué mal podían haber hecho...!

—Mi madre —presentó Irene—. Pero pase usted y siéntese. ¿Quiere un café? Quédate tú también, María —ofreció a la vecina que me había llevado allí, lo que significaba una disposición hacia una larga charla.

»Eran una familia numerosa —inició Irene—, pero los hermanos de Carmina marcharon por ahí cuando ella casó con ese hombre. Quedó sola con la madre, porque al padre lo mataron en guerra, por el Ebro...

—Ese miserable llegara e les hiciera la vida imposible a todos —metió baza la madre, que no me quitaba ojo desde las presentaciones—. Se fueron poco a poco pa que no hubiera una tragedia porque tuvieron muitas peleas. Ya sabe cómo son las cosas cuando se mete en casa alguien con gran maldá y ganas de bronca. Él era dun pueblo cercano. Conoció a la tonta da Carmiña en una fiesta. La preñó y tuvieron que casase, los dos con deciocho años.

La anciana no tenía un rasgo definitorio salvo una rala colección de pelos surgiendo de los pliegues de la barbilla y debajo de la nariz. Estaba aposentada en un cuerpo de horma repetida en mujeres mayores de los viejos pueblos, con sayal negro hasta los pies y el cabello blanco enroscado en un moño tirante para equilibrar sus arrugas. Como la familia anterior, hablaba un castellano mezclado con palabras gallegas, a veces atropelladas, en el tono normalmente cadencioso característico de las gentes de esa tierra. Dejó clara su voluntad de interferir en la narración para asegurarse de que se ajustaba a los hechos.

Irene Velasco había sabido favorecerse de los beneficios de su diferente generación. Aunque debía de andar por los sesenta no estaba rendida a la inevitabilidad del paso de los años, aceptación más acusada en mujeres de los pueblos por regla general. Era delgada y erguida, de modales medidos y bien puesta de ropa.

El cabello, abundante y cuidado, subrayaba un rostro diseñado en la simpatía y de belleza conservada. Su habla estaba participada de ese son nostálgico. Se expresaba en perfecto castellano y sin acritud, evidenciando que tenía los sentimientos aplacados.

—Esas chicas... Su padre, ese canalla, las abandonó después de haber desbaratado la familia —prosiguió la anciana—. Las abandonara a ellas e a Carmiña. Dijo que iba a la Argentina o a Méjico, yo qué sé lo que contara el sinvergüenza. Prometiera que mandaría a buscarlas. Pero nunca escribió, como si le hubiera tragado la tierra. La Carmiña hizo veriguaciones a través de los Consulados...

—Bueno, las hizo el párroco, don Benigno, porque ella no sabía escribir —aclaró Irene—. Escribió a todas las Embajadas después de ir a ver a la familia de él, que tampoco tenían noticias. Mucho después le contestaron. Estaba en Venezuela, creo recordar que en Caracas. Don Benigno le escribió, le mandó varias cartas, que él nunca contestó. Uno de esos hombres desnaturalizados que viven para sí mismos, sin importarles mujeres, hijos, padres ni nietos. Sigue ocurriendo porque hay mucho machismo todavía, aunque, claro, no es como antes, que las mujeres dependían totalmente del marido y cuando las dejaban quedaban abandonadas del todo, como si fueran viudas.

Sin duda que Irene había recibido una educación aceptable. Aunque no le faltaba razón en lo del machismo, no quise argumentar que esos hombres sucumbieron y siguen sucumbiendo a la tentación de otras mujeres. Nadie deja una familia para irse al monte. En esos comportamientos injustificables casi siempre hay otra mujer por medio, lo que no es una cuestión de machismo sino de infamia connotada de poderosa atracción amorosa o sexual. A veces, hoy puede decirse sin menoscabo, la «otra» es otro hombre. Pero ni el lugar ni el momento eran los adecuados para que hiciera tal razonamiento. No estaba allí para argumentar sino para recoger información. Además había un punto indiscutible que singularizaba el caso y avalaba el vituperio que hacían de ese hombre: él nunca escribió. Y en sus primeros días de lejanía no parece probable que hubiera mujer u hombre para obnubilarle, a no ser que los hubiera conocido en el barco. Por tanto, su disposición de marcharse parecía obedecer al deseo de olvidarse de personas, haciendas y tierras.

—Así quedó Carmina, como una viuda. Ella fue guapa, por eso él se encandiló. Pero aquí la vida es dura. Al marchar los hermanos, todo el trabajo que hacían tuvieron que realizarlo ellos dos, Carmina y Juan, con la poca ayuda de la madre de ella. Por eso cuando él marchó Carmina ya había perdido la belleza y la figura aunque tenía treinta años; no, veintinueve. Era un año menor que mi madre.

—¿En qué año fue eso?

—En el cuarenta y ocho.

Hice los cálculos. La anciana tenía ochenta y siete años y al parecer con ánimos

combativos.

—Paula y Blanca eran muy buenas —dijo Irene, mostrando gran generosidad hacia lo que extraía de sus recuerdos—. Siempre estábamos juntas. Teníamos casi la misma edad. Yo era un año mayor que Blanca y uno menor que Paula, que era muy guapa y muy simpática. Blanca también era guapa, pero más concentrada. Sufría más la dureza de las condiciones en que vivíamos. Le gustaba mucho aprender de los libros. Era muy estudiosa. Guardaba todos los cuentos que caían en sus manos. Recuerdo el día que el padre marchó. Había desaparecido y la buscamos. Estaba al pie de la carretera, sentada junto a un perro que tenían, los dos mirando los coches y carros que pasaban. Lloraba. Carmina la abrazó. Ella dijo: «Padre marchó, pero volverá, ¿verdad?» La madre dijo que sí. Durante el camino a casa vi a Carmina hurtar la mirada para que la hija no viera las lágrimas. Fíjese. No se me olvida.

—Habla usted en tiempo pasado, pero quizás estén vivas. Al menos debían estarlo por la edad.

—Sí... —Me miró, aferrándose a la esperanza sugerida—. Para mí sería... Y saber de ellas. Y volver a reír juntas otra vez... Jugábamos mucho, a pesar de que desde bien pequeñas teníamos que estar en la huerta. Carmina era muy trabajadora; bueno, todos trabajábamos, hombres y mujeres. Sacó adelante a las hijas, una vez desaparecido el marido. Cuando murió la madre, quedó sola con ellas y con todo. No se amilanó. Pero la pena fue venciénola. Y un día se marchó, de golpe, pero no como el marido sino al otro barrio.

—¿Cuándo ocurrió?

—En el cincuenta y cuatro. Ellas eran ya adolescentes, mujeres adultas en lo físico para esta tierra, aunque con las mentes limpias de niñas. Paula tenía diecisiete años y Blanca quince. ¿Qué vida les esperaba? ¿Cómo iban a poder con el trabajo de la huerta ellas solas? Vino el hermano mayor. Vendieron la casa pero apenas les quedó beneficio. Aparte de que hubo que repartir entre muchos, tenían deudas que cubrir. Don Benigno habló con unos familiares para que se hicieran cargo de ellas.

—Espero que tan prolija memoria le permita recordar adónde fueron Blanca y Paula.

—A Coruña. Esa familia que le digo se las llevó y se encargó de administrar el poco dinero recibido. Paula me escribió, dos o tres cartas solo... No sé por qué no volvió a escribirme, ni Blanca, con lo unidas que estábamos... Yo seguí haciéndolo. Mis cartas no fueron devueltas, pero no recibí respuestas. No era normal. Lo dejé... Algo grave debió de pasarlas.

—Supongo que guardará la dirección.

—Sí, pero no le servirá de nada. Han pasado más de cincuenta años. Esa familia ya no existe.

—¿Cómo lo sabe? ¿Intentó verlas?

—Sí... —dijo, con azoramiento, como si se sintiera culpable de desafección—. Pero no fue sino años después. No había salido nunca de Lugo, trabajando, estudiando a ratos... Ahora parece fácil viajar pero entonces el dinero suponía una barrera tremenda. Mucha gente iba en carro, o andando, por no poder pagar el tren o el autobús. Luego me casé y... Era la primera vez que visitaba Coruña. La huerta de los Valadouro ya no estaba...

—A pesar de ello, si no le importa, me gustaría tener esa dirección. —Vi sus dudas—. Por favor.

—Espere un momento.

Salió del cuarto, lo que aprovechó la anciana para escrutarme sin mengua. La vecina no había abierto la boca durante la conversación, limitándose a beber su café y escuchar.

—Las abandonó. Ese mal home las abandonó —repitió la anciana, convencida de que debía insistir en la denuncia.

Irene volvió con un maletín. Empezó a buscar entre los papeles y fotos con sumo cuidado, casi con mimo, como temiendo que fuerana deshacerse. Dio con lo que buscaba. Me lo tendió. Era un sobre con matasello del año 1955. El remite señalaba una calle y un nombre: Huerta Valadouro. Camino de la Torre. Monte Alto. La Coruña. Miré a la mujer.

—Les llamaban así porque según me contó Paula eran originarios del sur de Lugo. Los antepasados buscaron oro por el río Sil, allá abajo. Les quedó el apodo. Para buscarlas es mejor que el nombre verdadero.

—Ya que la veo con esos recuerdos, ¿tendría una foto de ellos? Me refiero a una del matrimonio y otra de las hijas.

Volvió a buscar y me mostró varias piezas pequeñas y amarillentas. Fue asignando nombres a las caras. Había varias de la boda de Carmina. Indagué en ellas.

—¿No hay ninguna del hermano de él?

—¿Del marido, de Juan? No tenía hermanos, solo hermanas. Véalas. Nunca aparecieron después. Ninguno de ellos. Nadie volvió.

Le pedí que me dejara fotografiar algunas. Luego me levanté.

—Me gustaría ir al cementerio, ver la tumba de Carmina. Ha sido usted muy generosa con su información. ¿Sería mucho pedir que me acompañara para indicarme el lugar? —Miró por la ventana. Llovía machaconamente—. Puedo llevarla en el coche y traerla de vuelta.

—Voy por un paraguas.

—Ese mal home las desamparó —reiteró la anciana, en la corta espera—. Hacer una cosa así... Merece estar en el infierno.

De camino pasamos por delante de un Albergue de Peregrinos. Por la escalinata ya bajaban caminantes con sus pertrechos para seguir en la promesa.

El Cementerio Municipal se llama O Castelo. Es pequeño, de muros viejos. Está acompañado de una ermita dedicada a la Virgen del Carmen, igual de vetusta y cerrada a la sazón. Aparqué en un espacio reducido y terroso, quizás adecuado a ese fin aunque no había ningún otro coche. Justo enfrente de la entrada, en el estrecho sendero aboscado que se pierde hacia más allá, hay dos castaños longevos y frondosos. Entre ellos un hito de piedra añeja de un metro de altura, con la concha amarilla. Señala los kilómetros que restan para Santiago. Porque, curiosamente, es el lugar del pueblo por donde pasa el Camino para los que van a pinrel. Hay otros, pero este es el primitivo y el comúnmente usado. Como si el que diseñó la ruta hubiera querido indicar que un cementerio es necesario para recordar la brevedad de los sueños.

Salí del coche. Vi llegar una pareja, chica y chico, abrumados por los arreos.

—Cincuenta kilómetros y medio —dijo él señalando el mojón, ensayando una sonrisa animosa.

Ella puso cara de circunstancias y se arrebujó en el chubasquero. Me miré en el chico, que puso un gesto compasivo. Tuve el impulso de sondear sus ánimos.

—¿Cómo lo lleváis?

—Bien —dijo él, sin ceder la sonrisa—. Ya apenas queda camino.

—Cincuenta kilómetros es algo más que un paseo —señalé, para acomodarme al desencanto de la chica.

—No, si se llevan tantos a la espalda. Venimos de Sevilla.

—¿Andando todo el tiempo?

—Claro, tío. Si no, no vale.

—¿Cómo funciona eso del Jubileo? —dije, para ver de qué pie cojeaban—. ¿Cuánta pena se perdona por los pecados cometidos?

—Ni idea —se sinceró, ensanchando la sonrisa—. No soy religioso. No creo en esas cosas.

—No me digas. Esa determinación...

—Una prueba, un reto. Como subir a una montaña.

Me pareció que la muchacha no tenía muy claro lo de esa prueba. Quizá creyó que encontraría rosas por el camino. Levantaron las manos y se alejaron absorbidos por la llovizna.

Nada hay más deprimente que un cementerio en un día lluvioso de invierno, sin nadie caminando sobre la tierra silenciosa. Solo el ruido monocorde de las gotas golpeando la tierra abrumada. Es como el fin de cualquier esperanza. El paraguas de Irene, aunque de gran diámetro, nos dejaba un hombro sin cubrir. Ella se apretó contra mí pero intuí que no lo hacía para evitar el agua sino para guarecer su temblor y aliviar su pena. Todo el camposanto es un catálogo de nichos, instalados en largas paredes de tres alturas. Hay unos pocos panteones, cargados de abandono. En la parte



alta vi media docena de tumbas a ras de suelo, casi tragadas por la hierba. Estaban aisladas, la piedra ennegrecida y los signos medio borrados.

—¿Lápidas, dice? Antes había muchas, incluso en las calles. El Ayuntamiento las fue quitando. Solo quedan las que usted ve y alguna otra por ahí. Los que tenían familiares se hicieron cargo de los restos al pasarlos a nichos. Los que no, se incineraron directamente. No hay espacio. Está lleno. Ya no entierran aquí. Hay otro cementerio que usted habrá visto si llegó desde Lugo.

La placa es de mármol blanco donde unos signos grabados resisten el desgaste: «Carmina Pondal Rivas 1919-1954». Unas flores desparramadas y marchitas intentaban aportar algún color a la indiferencia.

—Todos los años, por el Día de los Santos, venimos mi madre y yo a traer un ramo y arreglar un poco. Durante los primeros años ella venía cada mes, también otras vecinas. Pero el tiempo... Nunca vino ninguno de los hermanos, ni siquiera al entierro. Mi madre se hizo cargo del nicho pero la placa la mandó poner el padre Benigno. Está ahí, sola con su madre, porque al padre lo enterraron por Aragón. Cuando mi madre muera no sé si yo seguiré manteniendo este pobre testimonio.

Hice unas fotos al nicho. Durante el corto trayecto de vuelta, Irene permaneció con los ojos fijos en un punto. Al salir para despedirse se agarró a mí con fuerza y refugió sus lágrimas en mi cazadora.

—Eran tan guapas y tan buenas... Tenían tanta vida... ¡Cuánto las he echado de menos...! —Se separó y me miró con sus ojos garzos, sin soltarme los brazos—. Prométame que volverá para decirme si las encontró o qué fue de ellas.

Noté su inmensa soledad. Di por sentado que tenía la vida arreglada, cualquiera que fuera su situación familiar. Pero adiviné que en momentos de ensimismamiento un eslabón irrompible seguía aferrándola a una niñez truncada, que yo había actualizado.

Le hice la promesa. Volvería cuando tuviera algo y no solo los recuerdos de otros. La vi caminar bajo el paraguas, esquivando los charcos. Se volvió al llegar a la casa y agitó una mano hacia mí.

Di una vuelta por el pueblo para observar si me seguían. Paré en la plaza de San Roque y vigilé durante un rato para apreciar si había algún coche o personas ajenas al paisaje, atento a captar detalles significativos. Solo percibí gente de la zona además de peregrinos con mochilas, chubasqueros y bastones porfiando bajo la lluvia. Esperé durante un rato, sabiendo que en algún lugar volvería a encontrarme con mis perseguidores. Puse el coche en marcha. Y de pronto los vi. Aparecieron, rodando despacio. Otro Audi, esta vez un A3, más discreto. Vi sus miradas escrutadoras cayendo sobre mí, muy sobrados de sí mismos. Pararon el coche pero no el motor, como el león antes del ataque. Cavilé. Luego examiné el plano y me decidí.

Enfilé con normalidad la carretera en dirección Santiago, ellos detrás. En Arzúa

aproveché el barullo de circulación e hice desvío a la autopista 54, que corre paralela. Di suelta a mi 320 tuneado, indiferente a las limitaciones de tráfico. Entre una multa por exceso de velocidad y una balacera, la opción era clara. No volví a verles. Delante del aeropuerto de Santiago cambié a la carretera 634. Veinticinco kilómetros más allá, tomé la comarcal 524 hasta Órdenes. Allí giré a la nacional 550 y no paré hasta La Coruña. Fui a la Estación de Autobuses y aparqué junto a otros coches. Anochecía. Con paciencia ejercitada estuve dentro del 320 observando hasta que el cielo se atosigó de estrellas. Estimé que les había despistado. Arranqué y busqué acomodo en el hotel Tryp Coruña, cerca de allí.

**Ciudad Trujillo, República Dominicana, mayo-junio de 1955**

*No vi sino el camino.*

*Todo siguió celeste.*

PABLO NERUDA

Martín y Polín subieron a cubierta notando el retemblar del buque, lo que había llegado a ser constante, día y noche, y que ningún tripulante aclaraba. Estaba llena de impacientes. Buscaron un asiento cerca del puente y echaron un cigarro. Polín divisó a José Luis.

—Voy a hablar con él —dijo, mirando a su hermano. Como siempre, daba la sensación de que nunca se conmovía por nada. Eso le convirtió en una razón de seguridad para la familia, y en concreto para él, sobre quien tendía un permanente halo protector. Ahora fumaba con gesto aparentemente distanciado, como si estuviera en el prado cuidando las roxas—. No te importa, ¿verdad?

—Ve tranquilo.

Polín caminó entre los grupos. En ese momento se oyó una fuerte explosión allá abajo, en el vientre del buque, que empezó a escorarse hacia estribor. Sin tiempo para reaccionar, una segunda explosión conmovió a los emigrantes. Los situados en superficie rodaron por la pendiente producida. Un oficial empezó a gritar señalando al otro costado del buque.

—¡Hacia allá todos, carajo! ¡Corran, corran, tírense todos allá!

Polín se esforzó en escalar la inclinada cubierta sin escurrirse. Llegó a babor y se agarró de la barandilla. Pudo ver la roja carena de esa parte del barco surgir como si algo gigantesco la empujara por abajo. Desde los camarotes subían los pasajeros llenos de susto y desconcierto, tropezando y escurriéndose. Observó a la gente desplazarse torpemente y en masa hacia la parte donde él estaba. El peso de tantos desequilibró el navío hacia el lado contrario, empujando para abajo el costado. Vio cómo la carena se hundía tirando de la cubierta hacia las profundidades. Sintió el vahído del descenso. Durante unos instantes de espanto y mudez general, se vio tan cerca del agua que le pareció un vuelco sin retorno. Su mente entró en confusión y se notó imantado hacia la tenebrosidad, colgado de la escurridiza barandilla. Iba a caer. De pronto una mano de hierro le aferró de un brazo. Miró hacia arriba. Su hermano le izaba sin esfuerzo aparente al otro lado de la barandilla. No era sorprendente para él, acostumbrado a las proezas de Martín. Lo que le pasmó fue ver a tantas personas escurriéndose o agarradas a salientes en la cubierta en rampa, algunos colgando del barandal como antes él. Al momento, y mientras estallaba el griterío de pavor

contenido durante la impresión, el lateral fue rebotado hacia arriba y osciló de nuevo hacia la otra banda buscando la estabilidad perdida. Sorprendentemente nadie cayó al mar y la mayoría buscó con desespero el costado contrario, en una repetición de la escena anterior. Los oficiales se desgañitaban tratando de hacer comprender al ofuscado pasaje que debían repartirse para nivelar el vapor, lo que consiguieron poco a poco y parcialmente, entre carreras y caídas en los resbaladizos vómitos. En eso estaban cuando se oyeron disparos. De repente dejaron de percibirse los ruidos y desaparecieron las vibraciones. Era como si hubieran matado al barco, que siguió marchando oscilante cada vez con menos fuerza hasta detenerse por completo. Tiempo de voces y temores. El capitán pidió hacerse oír desde los altavoces.

—Señores pasajeros, presten atención. Reventaron dos calderas. Hemos tenido que disparar contra las otras, que amenazaban con explotar por la presión, lo que hubiera hundido el buque. Estamos varados. El transmisor de radio también rompió y como que no tenemos comunicación. Pero nos encontramos en el Canal de la Mona, cerca de la República Dominicana, un lugar de mucho tránsito. Además, al no tener noticias nos buscarán. Quédense tranquilos. Pronto seremos auxiliados. Mientras, cuiden sus alimentos y agua porque las bodegas se inundaron y todo se arruinó.

Polín se acercó a José Luis.

—Según el jefe de máquinas, el buque está en las últimas —dijo el burgalés, como desganado—. No volverá a recorrer los océanos. Si no se hunde, será desguazado.

—¿Nos hundiremos? El otro día dijiste...

—No lo sé, amigo. Depende de cómo sea la vía de agua y de lo que tarden en venir a auxiliarnos. —Miró a lo lejos, como si pudiera detectar en la distancia algo distinto al agua—. Esta mierda de barco ha resultado ser un cascajo. Se ve que el gran hombre no fue muy riguroso a la hora de examinar la mercancía. Espero que, si nos salvamos, las otras promesas no naufraguen.

Esa noche divisaron unas luces brillando por oriente. El capitán informó que procedían de Puerto Rico, otra isla-país situada a unas tres millas. Pero nadie llegó en su ayuda. El día trajo de nuevo el intenso calor, sin brisa consoladora. La falta de agua dulce empezó a producir desmayos e indisposiciones. Muchos sufrieron deshidratación y pérdidas de la realidad, sin que los médicos, el del barco y el de la expedición, tuvieran posibilidad de impedirlo. Polín pensaba en el agua que emplearon en los lavados de ropa. Ante la enorme necesidad le hubiera gustado disponer de ella. Ningún barco aparecía en la lejanía. La mayor parte de los pasajeros y tripulantes se subordinaron a una avasalladora preocupación. Porque a la terrible sed se añadía el escorado del buque, cada vez más pronunciado. Estaban en aguas de tiburones y los veían rondar como apercibiéndoles de cuál podía ser su destino. Los emigrantes se preguntaban por qué no hacían nada las autoridades del buque. ¿No

había medio de reparar los aparatos transmisores? ¿Acaso no podían utilizar el código Morse o algún sistema de comunicación de urgencia? Si llegaban a hundirse, ¿habría botes para todos?

Las horas se hicieron agónicas. Dado el calor reinante, los camarotes se habían convertido en celdas de castigo donde ni los enfermos podían aguantar. Todos se refugiaban en cubierta, disputándose las zonas de sombra, guardándose de hacer movimientos para no incentivar el sudor. Polín resistió gracias al agua de su hermano, que demostraba estar al margen de las necesidades humanas ya que ni bebía ni se quejaba. Él sabía de su estoicismo pero nunca antes tuvieron que afrontar prueba tan dura.

No vieron ningún barco, ni de lejos. ¿Dónde estaba el tráfico indicado? Al tercer día una avioneta les sobrevoló. Temieron que el aviador no hubiera sabido interpretar las señales desesperadas que hicieron desde el buque, todos enarbolando telas y gritando, porque el aeroplano siguió su rumbo. Pero tiempo después vieron acercarse una gabarra con bandera de Puerto Rico, que les llevó el agua ansiada. Y luego aparecieron dos fragatas de la Marina dominicana y un remolcador.

Más tarde, el *España* entró remolcado en Ciudad Trujillo. A los extenuados expedicionarios se les hacía insoportable el permanecer más tiempo en la nave, tres semanas para los embarcados en la península. Polín contempló el puerto junto a Martín. Solo conocía el de El Musel y, por la derrota de ese viaje, los de La Coruña y Santa Cruz de Tenerife. Y había vislumbrado los puertos de Buenos Aires y La Habana en las fotografías que mostraban los que allí estuvieron. La comparación le apesadumbró. El que ahora les acogía estaba situado a un lado de lo que parecía el estuario de un ancho río y en ambas riberas hacia el interior grandes árboles agobiaban pequeñas cabañas de paredes de madera y techos parcheados de hojalata. No parecía de gran calado y no tenía las grandes grúas que se alzaban en el muelle de Gijón. Los edificios de la administración portuaria daban sensación de cochambre y desidia. Había mucha luz, que estallaba en una sinfonía de colores nuevos. El aire tenía un olor raro e intenso, entre aceitoso y de fritanga, y estaba ocupado por una humedad bochornosa en la que pululaban plagas de mosquitos devoradores. Sin embargo, los coches eran haigas en su mayoría, escasos de ver en España salvo a algún indiano, lo que constituía un contraste sorprendente. Quizás el país no fuera el lugar de promisión imaginado, pero no todo era negativo. Buscó con los ojos a José Luis y no lo encontró entre el barullo.

Unas ambulancias esperaban en el tórrido muelle. Por las escalerillas subieron varios médicos y enfermeros con camillas. Los afectados por desnutrición, disentería y otros males fueron trasladados al hospital. Solo entonces permitieron el desembarco.

Luego, en el mismo muelle, un funcionario español, subido a una tarima y

presentado a sí mismo como Inspector de Emigración, les dijo que había dirigido la primera expedición, arribada en enero de ese mismo año. Se enorgulleció de haber viajado en el mismo buque «viviendo las mismas ilusionadas estrecheces de la gozosa travesía». Soltó una arenga en la que mezcló su satisfacción por recibirles con una exhortación a cumplir como españoles con el mayor entusiasmo para corresponder a la generosidad del Generalísimo Trujillo. Habían llegado a un país de futuro y solo tendrían que integrarse en la feliz tarea. A continuación habló un funcionario del Gobierno dominicano, que dijo ser de la Oficina de Asentamiento de Inmigrantes. Parecía muy consciente de su papel como organizador de las colonias, sin reparar que el auditorio estaba al borde del desplome. Polín observó que en los dos discursos, como en los anteriores de los cónsules dominicanos en La Coruña y Tenerife, Trujillo era mencionado constantemente y de tal forma como si él fuera todo su Gobierno, el único que hacía las cosas en ese país. Igual que en España con Franco.

Más tarde les condujeron andando a la catedral, cada uno cargando con sus bártulos. Estaba a unas pocas manzanas y una vez en ella agradecieron el aire fresco que se respiraba dentro. El templo era grande, de una sola nave. Ante el altar, un sacerdote, que luego supieron era el propio arzobispo, les dio la bienvenida. No se olvidó de resaltar la generosidad del Generalísimo Trujillo por su humanitaria decisión de abrir las puertas del país a tantos hermanos españoles necesitados de oportunidades. Después ofició una misa durante la que casi todos aprovecharon para hacer las paces con sus déficits de sueño. Al salir a una gran plaza, vieron una estatua en bronce de Cristóbal Colón encaramada a un pedestal de piedra. Señalaba briosamente con su mano izquierda hacia el noroeste, como indicando que la tierra dormida y feliz estaba mucho más allá, como que no habían llegado todavía. Polín tuvo un estremecimiento. Miró el barullo esperanzado y tropezó con los ojos de Martín. El inquebrantable sosiego de su hermano invitaba siempre al optimismo. Pero algo paralizaba su adhesión a esa visión tranquilizadora. De entre lo profundo de su ser le brotó la sospecha de que quizá nunca llegaría a disfrutarla, en caso de que llegaran a ella.

Los trasladaron a unos barracones y les obsequiaron con un vaso de leche y una fruta desconocida llamada mango. Una parte de los exhaustos emigrados fue destinada a un colegio, que dirigían sacerdotes, y donde habían dormido también los setecientos de la primera expedición. Después de otra bienvenida tabarrera, un alto cargo del Gobierno les informó de que en esos momentos se estaba trabajando en la Feria de la Paz y la Confraternidad del Mundo Libre, una exposición para que todas las naciones vieran las maravillas de la República Dominicana y los logros y magnificencia conseguidos en todos los órdenes por Rafael Leónidas Trujillo Molina, Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. Ese inigualable certamen se

vinculaba a la jubilosa efeméride de cumplirse los veinticinco años de su exaltación a la jefatura de la Nación. Por ello, invitaba a los que no tuvieran oficio de agricultores que se adhirieran como obreros a ese magno proyecto. Habían llegado a un país en expansión que ofrecía trabajo para todos y en el que nadie quedaría insatisfecho.

Finalmente, los emigrantes quedaron divididos en dos grupos. El más numeroso iría a la colonia San Rafael, situada en Baoba del Piñal, provincia de María Trinidad Sánchez, al norte de Ciudad Trujillo, en la costa. El resto, donde se integraban Polín y Martín, serían asentados en la colonia Villa Angelita, en Constanza, provincia de La Vega, salvo unos pocos que eligieron quedarse en la capital para trabajar en la construcción de la Feria, que debería inaugurarse en diciembre de ese año. Pero antes de la partida deberían rendir presencia ante el mismísimo Trujillo, el Benefactor de la Patria, quien les recibiría en audiencia especial.

Dos días después, a las nueve de la mañana, el contingente, ya con todos los indispuestos recuperados, atravesó las verjas del Palacio Nacional conducidos por el inspector de Emigración y por el hombre de la Oficina de Asentamiento de Emigrantes. Un jardín grande y cuidado servía de antesala a un palacio blanco con una gran cúpula en el centro. Fueron recibidos en un lujoso vestíbulo por un español de verborrea, que se identificó como delegado de Inmigración del Gobierno dominicano y representante personal de Trujillo ante las autoridades españolas como jefe de las Unidades de Reclutamiento. Les dijo que se quitaran las gorras de inmediato a quienes las llevaban y puso énfasis en la necesidad de observar un absoluto silencio cuando estuvieran ante el Benefactor de la Patria. No debían formular preguntas. Y aquellos afortunados que fueran invitados a tomar la palabra, responderían de manera breve, sin olvidar referirse a él como «Excelencia». Trujillo era un hombre muy ocupado, el más trabajador del país, y el hecho de prestarles esos momentos de su precioso tiempo hablaba de la gran implicación a ese gran proyecto de oportunidades salido de su creatividad y generosidad.

Subieron por una amplia escalera de mármol alfombrada en rojo y desembocaron en un salón enorme refulgente de luces. Polín estaba sobrecogido. Nunca había visto nada igual, no solo por el edificio en sí. Todo el interior impresionaba pero la vasta sala, que luego supieron se llamaba «de las Cariátides», deslumbraba. Un alto balcón corrido se apoyaba en decenas de ménsulas perimetrales de mármol blanco con torsos desnudos de mujer. Los grandes espejos intercalados entre las pilastras multiplicaban los brillos combinados de grandes lámparas de cristal y del soleado día que se precipitaba por los ventanales. Al fondo, unos sillones vacíos forrados de rojo, como la alfombra que cubría el suelo, señalaban el lugar reservado a las autoridades. Polín observó a sus compañeros y vio que la mayoría tenía sus bocas descolgadas ante tanto resplandor, percatándose de que él había suscrito el mismo gesto de estupefacción.

Por un lateral apareció con diligencia un hombre no muy avanzado de vientre, pulcramente vestido con chaqueta de faldones traseros. Detrás, un séquito de estirados prohombres en el que brillaban los uniformes militares. Supieron luego que uno de ellos era Héctor Bienvenido, apodado Negro, hermano de Trujillo y a la sazón presidente del Gobierno. Los otros respondían como secretarios de Estado de las carteras implicadas en el proyecto de inmigración: Agricultura y Recursos Hidráulicos; Educación, Bellas Artes y Cultos; Obras Públicas y Fomentos, destacando entre ellos el de Relaciones Exteriores señor Joaquín Balaguer. El militar que hacía sombra al Perínclito era el mayor general Arturo Espaillat, su ayudante personal. De inmediato se acabaron los murmullos, las toses y los estornudos. Hasta el respirar se hizo misterio. El español de labia radiofónica que les recibió a la entrada los había distribuido previamente en abanico. Se acercó al grupo capitosté y presentó al rebaño con voz no exenta de servilismo y petulancia. La misión que Su Excelencia le había encomendado estaba siendo cumplida con eficacia y allí tenían la prueba: una segunda expedición a la que se unirían otras que vendrían en los meses sucesivos. Miles de españoles para el desarrollo del país. Polín miró de reojo a sus enmudecidos compañeros. No daban sensación de salvadores de nada. Nadie rechistaba ni se movía, como si fueran momias; la mayoría sudando copiosamente. Salvo los maestros y los otros funcionarios, parecían una pandilla de recién excarcelados. Les habían advertido de llevar sus mejores ropas, consejo que a muchos les desconcertó porque no tenían más que la puesta. Una minoría se afanaba en mostrarse al nivel de la convocatoria, intentando cumplir con sus trajes deformados, corbatas engurruñadas y zapatos marchitos. Los demás exponían lo único que llevaban en sus equipajes: trapos sin remedio para acompañar sus carnes resumidas y sus ojos inquietos. Eran una muestra de la España empobrecida y de futuro incierto, aún con secuelas de la guerra fratricida incrustadas por todos los paisajes. Pero constituían una fuerza de trabajo magnífica, avezados obreros del campo por práctica y herencia. Martín tenía razón. Una gran parte eran analfabetos y muy pocos tenían instrucción suficiente para expresar adecuadamente sus ideas. Pero todos poseían lo importante para triunfar en la vida si les brindaban un resquicio: ganas de trabajar y el arte para hacerlo.

Del grupo mandatario se despegó el hombre con ropajes de etiqueta. El Jefe, a quien se le daba alguna relación con lo Divino ya que en los pocos sitios visitados pudieron ver carteles que eliminaban cualquier duda al respecto: «Dios y Trujillo» o «Dios en el cielo y Trujillo en República Dominicana». Tenía el cabello plateado apretado al cráneo y orejones aplastados. Avanzó por la impecable alfombra con paso lento y estudiado, exquisito en el andar, el lustroso cuerpo estirado hacia atrás como si tuviera un palo en la espalda. Parecía un general revisando a sus tropas y, como tal, se detenía ante algunos situados en primera fila del arco para hacer una observación y



darles la mano, mientras que el ayudante tomaba notas en una libreta. Llegó al extremo de la curva, donde estaban Polín y Martín, y se detuvo ante ellos. Polín se llenó de nerviosismo. Sacaba estatura al famoso Jefe, lo que podía ser una afrenta para él. Buscó la osadía para mirarle de frente a pesar de estar advertido de no hacerlo. Observó su jeta algo oronda y congestionada, quizá por la apretada corbata que más parecía un dogal sobre el que se desplomaba una generosa papada. Entre la rotunda nariz y la boca gestuada, un cogollo de pelucios simulaba un bigote sin esquinas. Pero eran sus ojos, de mirada fija y profunda, los que intranquilizaban. Se parapetaban bajo cejas de espeso trazo y parecían mirar más allá, adentro del cerebro, expropiando los pensamientos y las voluntades, imponiendo un tintineo de temor indefinido. Les observó a ambos, el rostro alzado, desplazando la dominante mirada de uno a otro, catalogando sus rostros calcados y la desigualdad de cuerpos pese a ser hermanos. Había marcadas diferencias entre los enfrentados; tantas, que nunca podrían llegar a ser alcanzadas por ninguna de las dos partes. El hombrecillo era uno de los amos del mundo, dueño de vidas y haciendas, poseedor de un país entero, de sus riquezas y del vasallaje de todo un pueblo. Una excepción. Ellos, un ejemplo de los desheredados de la tierra, que jamás llegarían a tener la gloria y fortuna del otro. Pero el dirigente tampoco podría acceder a su juventud, ni a sus envergaduras, sus rostros francos y sus espesas cabelleras.

El choque era incontestable. Y sin embargo Polín tuvo el sentimiento de que le estaban causando buena impresión.

Con voz que parecía salida de una flauta, el gobernante mencionó algo referente a cosas imprecisas, y él no estuvo seguro de si le contestó entre balbuceos o pensó en hacerlo. Joder. Era como si le estuviera hablando el mismísimo e inalcanzable Franco. Fue consciente de su acoquinamiento. Pero Martín no se desvinculó de su sempiterno aplomo y una vez más le hizo sentirse orgulloso de formar parte de su tronco.

—¿Hermanos?

—Sí, señor —dijo Martín.

—¿De dónde es que son ustedes?

—De Asturias.

—¡Ah! Me han dicho que aquella como que es buena tierra.

—No, señor. Si fuéralo, no taríamos aquí. Creemos que esta sí lo ye.

El Gran Mandatario le contempló durante largos segundos, impresionado por su franqueza y estampa, sin que Martín rindiera los ojos. Miró el gastado pantalón de pana y la rozada chaqueta, percibiendo su hercúleo tronco. Ni siquiera en los marines gringos había visto una figura tan imponente. Volvió la vista a su ayudante y a los de su séquito, que mostraban gestos escandalizados por el descaró y la irrespetuosa forma del inmigrado en contestar, llamando de usted a Su Excelencia. Pero su mirada

no mostraba disgusto sino una extraña complacencia por las palabras del español. Les estaba dirigiendo un mensaje mudo para hacerles partícipes de su satisfacción, como si lo escuchado fuera la afirmación positiva de que el proyecto colonizador rendiría los beneficios previstos. Luego elevó otra vez la vista al rostro de Martín, en una mezcla de agrado y envidia. Sabía catalogar a la gente a la primera. Era una de sus virtudes más acusadas, junto a la autodisciplina y la laboriosidad. Y convino in mente que pocas veces encontró un ejemplar que ofreciera imagen tan prístina de nobleza y naturalidad.

—No se sentirán defraudados. Necesitamos hombres como ustedes en este país. Les facilitaremos lo que precisen.

—Entonces tampoco usted será defraudado.

El Hombre Necesario, el Padre y Civilizador de la República, extendió una mano regordeta a los dos, que Polín encontró sorprendentemente firme, y luego pasó a ocupar un lugar centrado ante el numeroso grupo. Hizo un vibrante discurso, reiterativo de intenciones y en el que resaltó sentirse unido a la Madre Patria por lazos indisolubles y al Generalísimo Franco por una sentida amistad. Ambos eran militares y estaban comprometidos en desarrollar al máximo sus países, dentro del orden, la justicia y la libertad.

Salió por donde llegó, todos los segundones apelmazados detrás, dejando una estela de agrado y seguridad en la mayoría de los emigrados. Ya pocos albergaron dudas de que todo fuera a resultar conforme a lo estipulado en los contratos. Lo del barco y la travesía eran episodios para olvidar.

## La Coruña, noviembre de 2005

Era tarde para iniciar pesquisas en la capital coruñesa. Como el tiempo se mostraba lluvioso no seguí la costumbre de dar un paseo al llegar a cualquier lugar. Decidí cenar y aprovechar para hacer balance de la situación.

El caso que investigaba y que me llevó a Melide lo reanudaría al día siguiente. El que constituía la sorprendente herencia de Élido esparcía dudas en mis certidumbres. Para alguien no avisado, lo más razonable sería pasar todos los datos a la policía. Son los más capacitados para llegar al fondo de los asuntos concernidos, habida cuenta de sus medios. Eso no significa que puedan eliminar las posibilidades de atentados. Mi experiencia imponía la realidad. En mi caso, me facilitarían cierta protección preventiva si en próximos intentos se consiguieran pruebas fehacientes. Pero la amenaza y el peligro no quedarían conjurados ni hasta entonces ni después. La fría realidad es que me seguían para matarme. Solo yo podía proteger mi vida. Y el modo de conseguirlo era siendo más rápido que ellos. ¿Tendría entonces que hacer de mi existencia una huida permanente? Ni pensarlo. Por tanto, además de no darles la mínima oportunidad, resultaba imperativo adoptar medidas disuasorias para que los cazadores desistieran de sus propósitos. ¿Cómo hacerlo? ¿De qué forma se suprime una condena a muerte? Estuve analizando el asunto desde todos los ángulos. Después de una larga cavilada encontré que la única solución sería llegar a la cabeza de la banda y hacerles ver que lo de Élido fue un episodio fortuito y que su argumento me importaba un comino, lo que respondía a la verdad. Bien cierto que no era fácil de olvidar la mirada enfebrecida del pistolero y su angustiosa petición de que recogiera la antorcha. Pero ambas súplicas ya habían quedado en la hucha de mis anécdotas.

Convencer a los barandas. Nada menos. Una opción aparentemente absurda, sin duda, y muy lejana a mis recursos actuales. Pero no irrealizable. Y dado que a los asesinos que me acosaban les tenía sin cuidado lo que yo pudiera saber o ignorar, no empeoraría mi situación si lograba capturar la verdad oculta del tremendo legado recibido. Antes al contrario, cuanto más supiera mejor podría estructurar mi plan. Así que exploré en su móvil sus últimas llamadas, sabiendo ya los códigos telefónicos.

Diez se hicieron a un número de España y las restantes a varios de Venezuela. Llamé al de España. La voz suave de un hombre dijo: «Entre». Colgó cuando empecé a hablar. En el primero de Venezuela, otro hombre emitió idéntica palabra. Al oírme, también interrumpió la comunicación. En los restantes hicieron lo mismo. Sin duda que era una contraseña, a la que yo debía responder con otra. Al no hacerlo, ellos, quienes fueran, supieron que no era la persona adecuada, lo que les llevaría a entender que Élido había causado baja en la pelea porque su celular estaba siendo usado por un desconocido. El de España podría ser quien le facilitó el arma una vez

llegado a Madrid. No tenía forma de saber quiénes eran a no ser que me contactaran, cosa no del todo improbable. Porque yo conservaba las cosas del venezolano.

En el tránsito, Élido me había susurrado las palabras: «Compa», «Tres», «Pozo» y «Negro». No aparecían en sus documentos. Abrí su ordenador y escribí una a una las cuatro palabras. Probé varias combinaciones hasta que con «Compa3» la pantalla descubrió el Escritorio. Introduje «Pozo». Aparecieron una veintena de documentos. Le di a «Negro». Ahí estaban el nombre y la dirección del objetivo del pistolero muerto. Precisamente en La Coruña. Ángel Álvarez Vázquez. El hombre al que debía matar.

**Ciudad Trujillo, Constanza, junio de 1955**

*Uno tiene que ir muy lejos para saber hasta dónde se puede ir.*

HEINRICH BÖLL

Volvieron al barracón a recoger sus equipajes. El bochorno era intenso y los más estaban inmersos en sudor. Polín nunca estuvo en lugares tan calurosos y se preguntó cómo la gente podía vivir en esa caldera. ¿Cuánto debían beber para no deshidratarse? Como otros, pensó en desprenderse de la manta, considerando que era innecesaria en ese clima tórrido. Martín se lo impidió. Los grupos fueron definidos. El de Baoba tendría que regresar al puerto para tomar otro barco. Era el medio normal empleado para viajar a poblaciones costeras debido a la falta de carreteras adecuadas. Los destinados a Constanza, unos 140 emigrantes, viajarían en guaguas. En las despedidas Polín buscó a José Luis con ansiedad. Le echaba de menos de forma intensa. Cuando miró sus ojos vio flotar en ellos un gesto diferente, como si hubieran dejado de acosarle las incertidumbres y todo estuviera saliendo de acuerdo a sus previsiones. Era de los que se quedaban en la capital para las obras de la Feria.

—¿Qué harás cuando se terminen esos trabajos? —dijo, esperando que el otro no le notara una excesiva tristeza.

El burgalés no parecía afectado por el nerviosismo reinante. Se tomó la respuesta con la filosofía habitual, como si a despecho de la urgencia general tuviera todo el tiempo del mundo. Le puso una mano sobre el hombro y lo llevó a un aparte.

—¿Qué te pareció el Gran Jefe?

—¿El presidente? —dijo él, sorprendido de nuevo por la inclinación del otro al despiste—. Creo que ye un gran hombre y que nos dará lo prometido.

—Debes espabilar, chico. No es el presidente, cargo títere que ocupa su hermano.

—¿Títere? No sé qué dices.

—Joder, que es un inútil. Una pantalla que su hermano puso ahí para que haga lo que él dice. Trujillo es quien manda en realidad. Por eso es el Gran Jefe. —Dirigió la vista al grupo y cambió el tono—. No te fijaste bien en el fondo de la recepción, todo el mundo alelado ante su imponencia. Un rebaño implorante de oportunidades que se nos niega en nuestra tierra. Sentí vergüenza. En su día todos estos países fueron nuestros y no supimos o no pudimos o no nos dejaron administrarlos adecuadamente. —Por un momento Polín vislumbró en él un soplo de decaimiento, algo impensable en quien tantos ejemplos de invulnerabilidad le había dado—. Y ahora volvemos mendigando. Somos ganado para fertilizar esta tierra y sus mujeres. Pero todo en teoría. Hasta ahora no nos ha dado nada.

—Bueno... —No sabía cómo contrarrestar la decepción contenida en ese mensaje —. Hay que probar. Ye como si empezáramos ahora...

—Este no es mi destino, solo un trampolín. Te diré lo que haré porque sé que guardarás el secreto. En cuanto pueda me largaré a Estados Unidos, a Miami concretamente. Allí está lo que busco. —Le miró e hizo un gesto con la cabeza, ya el mismo de siempre—. No confiéis mucho en los demás, españoles o dominicanos, ni en las promesas del contrato. No esperes a que el mundo se hunda a tu alrededor. Díselo a tu hermano, que por cierto me impresionó por cómo encaró al amo. Tiene las pelotas bien puestas.

Le dio la mano, cogió su maleta y se alejó hacia su grupo. Polín le estuvo mirando con la esperanza de que se volviera a saludarle. Pero el otro se perdió en la marea y fue como si nunca se hubieran conocido. Aunque tenía el amparo de su invencible hermano, sintió que algo intangible se le rompía por dentro. Como cuando a un avión se le paran los motores. Estaba necesitado de estímulos ajenos para afianzar su propio convencimiento. Y en ese momento supo discernir que ni él ni Martín podían compararse a ese amigo fugaz y desconocido. Alguien que había agitado en él tantas sensaciones escondidas y que ahora se llevaba el viento.

Don Torcuato vino hacia él.

—Los maestros hemos quedado integrados en la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes. Me han asignado a la capital. Una parte de nosotros irá a otros destinos, aún no precisados. Puede que alguno vaya a Constanza. —Le miró con simpatía—. Escíbeme si tienes alguna dificultad. No dejes de estudiar. Ya me despedí de tu hermano. Qué tío. No se anda por las ramas. Ha dejado alto el pabellón de España. —Se ensimismó un momento mirando al suelo. Luego añadió de forma algo misteriosa—: En cuanto a lo de las mujeres, eso que hablamos, me han dicho que en la próxima expedición vendrán españolas, algunas solteras. Procura esperar si no te acosan las urgencias.

—No le comprendo, señor.

—Lo entenderás al llegar a Constanza.

—¿Qué pasa allí? Me dijo que nunca había venido a este país.

—Así es. Pero el comentario no tiene importancia. Lo importante es que habéis llegado a una tierra de futuro gracias al hombre que rige el país. Ahora hay dinero. Trujillo acabó con la deuda externa y ha creado el Banco de Reserva. Se están construyendo grandes obras públicas. Una muestra es la Feria, que dicen será algo grandioso. Y no se ha olvidado la educación, con escuelas en lugares del interior donde nunca hubo. Para eso estamos aquí los maestros españoles. Por todas esas labores en pro del pueblo, Trujillo ha merecido la dignidad de Doctor Honoris Causa en todas las cátedras de la Universidad.

Polín ya entendía muchas de las cosas que desconocía al embarcar, pero no al

extremo de comprender todo lo que ahora le decía el maestro. Lo que parecía irrefutable es que Trujillo debía ser algo fuera de lo común.

Los autobuses estaban al nivel del buque abandonado. Parecían incapaces de rodar con tanto pasajero. No tenían puertas y la mayor parte de las ventanillas carecía de cristales. Los techos cumplían como almacén de carga. Allí amontonaron las maletas y talegos, sujetándolos someramente con cuerdas. Tiempo más tarde, sin rendir cuentas a ningún horario, se enrumbaron penosamente por una estrecha carretera de tierra, llena de baches y curvas. Supieron que era la principal del país, ya que conectaba la capital con la segunda población, San Cristóbal, al norte de la isla. Polín señaló a su hermano las gentes que dejaban atrás. Eran mulatos y negros, la mayoría descalzos. Muchos hombres llevaban medio cuerpo abierto a los soles; todos un machete en la mano o colgado de la cintura, como si estuvieran preparándose para una batalla. Los niños iban en calzón, los más pequeños mostrándose tal como vinieron al mundo. Las aldeas eran cabañas de madera con techo de paja, todos los huecos abiertos, las cabras investigando qué rumiar en el polvo. Como la mayoría de los emigrados, los dos astures, que no cargaban con prejuicios y que pocas veces habían salido de su región, estaban descubriendo un mundo diferente y primitivo del que nadie les habló. Un mundo que indicaba una forma de vivir inimaginable para ellos, a pesar de que en sus pueblos de Asturias las penurias eran endémicas. Polín volvió a pensar en José Luis. Sin duda que lo que veía distaba mucho de la riqueza que soñaba encontrar. De inmediato recordó los cochazos del puerto, las promesas del Generalísimo y el aspecto de la gente que circulaba por el Palacio Nacional. Dos mundos alejados, en notoria colisión. No tuvo que hacerse promesa de procurar estar en el lado adecuado. Con Martín lo conseguiría, a pesar de lo que opinaba José Luis.

Las guaguas fueron ascendiendo entre chirridos y traqueteos con tanta lentitud que en ocasiones se acompasaban al andar de los lugareños y sus cargados burros. Entendieron por qué las maletas y bultos no iban muy sujetas. Era imposible que cayeran a esa marcha. Con frecuencia debían hacerse a un lado para permitir el paso a otros buses que circulaban en dirección contraria, los techos llenos de bultos y jaulas con gallinas y conejos. Se cruzaron con campesinos que bajaban tirando de burros cargados de piñas y hierbas, que intentarían vender en la capital. Atravesaron ríos por puentes de madera que crujían como si fueran a desmembrarse. En ocasiones pararon en aldehyelas para que las personas y los radiadores repusieran sus niveles de agua. Tres horas más tarde vieron a la izquierda unas altas montañas surgir poderosas de entre el verdor. Pertenecían a la Cordillera Central, adonde ellos se dirigían. Una hora después se detuvieron en Bonaó, poblachón situado en la ruta. Allí les dieron sancocho y arroz, que comieron sentados en el suelo, a la vera del camino. Vieron mucha gente vendiendo ramos de flores extrañas, con cabezas redondas en tonos azules y rosas intensos. Les dijeron que se trataba de hortensias y que ese pueblo era

el centro de venta del país.

Unos kilómetros más allá abandonaron la carretera y tomaron otra a la izquierda, también de piso de tierra y con una estrechez casi violenta. Polín estaba habituado a las veredas montañosas de su Concejo, pero lo que veía superaba cualquier imaginación. En realidad era un sendero que ascendía zigzagueante entre moles rocosas y precipicios. Tan angosto, que algunas ramas de los descomunales árboles barrían el techo de los vehículos y parecía que les imposibilitarían la circulación. Curvas y más curvas suicidas, agudizando constantemente la sugestión del abismo. La apelmazada atmósfera se invadía del tufo de frenos chamuscándose. Miró a sus compañeros y sorprendió en sus rostros el mismo canguelo que él sentía, lo que no era el caso de Martín, despegado siempre de temores. Le miró y se confortó. Al poco entraron en zona de niebla baja, con el piso mojado. El sol y los mosquitos desaparecieron, como si hubieran pasado a otro país. Una masa de algodón lloviznado se adueñó del espacio. La temperatura empezó a bajar y muchos empezaron a tiritar de frío ante el brusco cambio. Rachas de agua pulverizada entraban por las ventanillas y las puertas. Los conductores prendieron las luces pero no todos pudieron conectar los limpiaparabrisas por estar averiados. De vez en cuando el convoy se detenía y alguien bajaba a limpiar los cristales.

A unos quince kilómetros coronaron el puerto. Las guaguas se detuvieron en una explanada para que los autobuses recuperaran el resuello y los pasajeros vaciaran sus vejigas y depósitos rectales. A un lado vieron un pequeño altar al aire libre. Uno de los conductores les informó que se trataba de la Virgen de los Camioneros, y que lo ideó un español hacía unos cinco años. Al parecer tuvo un accidente y salvó la vida milagrosamente. Su camión cayó al vacío y él estuvo más de un día suspendido en el precipicio, rezando a la Virgen. Ella le permitió salir del trance. En agradecimiento construyó la placa y el altarejo, que siempre estaba rodeado de ramos de flores y velas, ofrendas de tantos necesitados de protección divina.

A partir de ahí el camino era descendente, con curvas más abiertas que permitían espaciar las frenadas. La niebla quedó atrás y pudieron contemplar unos valles inmensos sembrados de lomas y con tupida vegetación natural. Era como un mundo intocado, la tierra nunca pisada. Ahí parecía estar su futuro. ¿Sería lo que señalaba el dedo de Colón? Para empezar tendrían una casa para cada uno, debidamente amueblada y con luz eléctrica y agua corriente. Y de inmediato empezarían a trabajar en las parcelas de su propiedad, que les estaban esperando junto a los aperos necesarios y las semillas.

Finalmente llegaron a Constanza, cuando el sol se había precipitado tras los picachos. Habían empleado más de siete horas en cubrir una distancia de unos ciento cuarenta kilómetros desde Ciudad Trujillo. Pero al fin, después de tantos fatigosos días, su viaje había terminado.



## La Coruña, noviembre de 2005

Monte Alto es la zona más elevada de la pequeña península donde se asienta la ciudad vieja de La Coruña. En su mayoría las calles son empinadas, incluso con escaleras de piedra que impiden el paso rodado, y se extienden como tentáculos desde arriba hacia los terrenos ajardinados donde baten las olas. Al fondo, en un promontorio rodeado de mar, la Torre de Hércules no interviene ya en la navegación marítima pero se yergue con la misma arrogancia de hace dos mil años.

En la ronda de Monte Alto solo hay casas nuevas, algunas de gran altura. Me dejé allí un taxi. Preferí dejar el 320 escondido en el hotel. Entré en la panadería Da Cunha, donde una joven atendía a la clientela con la rapidez y efectividad de una ametralladora. Los panes eran alargados, redondos con agujero o no en el centro; de trigo, de centeno, ácidos, tostados, negros, con y sin sal. Todos los panes posibles. La mujer cortaba algunos con un cuchillo dentado según petición y envolvía cada pieza, entera o trozo, con esmero y una economía de movimientos sorprendente, al mismo tiempo que se interesaba por la salud del cliente o su familia. Me pareció que era capaz de estar en misa y repicando al mismo tiempo. Tenía la edad emboscada en sus cabellos rubios y ojos celestes.

—Y poco tiempo, ya ve —dijo, mientras despachaba en segundos a cuatro clientes como si tuviera que coger un tren a punto de partir. Justo antes de que aparecieran otros. Reflexioné en la espera y hube de aceptar lo que algunos aseguran: que el pan es el alimento que más se consume, ahora y siempre—. Se habrá fijado que las casas son nuevas, de treinta años atrás más o menos —señaló en un insólito descanso—. No sé qué había antes aquí. Hay una peluquería más arriba, en la otra acera. La dueña es mayor y quizá pueda decirle algo.

La peluquería es unisex y se llama Daniel Cal. Dos mujeres. Una, demasiado joven; la otra, con los años adecuados para mí.

—No tantos como los que usted necesitaría —dijo, tomándome confianza desde el principio—. Llegué años después pero con tiempo de ver las huertas y las vacas. Estas casas no existían. Era un barrio de trabajadores, humilde, con las casiñas de entonces. No oí hablar de esa familia que usted dice. Si vivieron en este sitio, hace muchos años que lo dejaron.

—¿No conoce a nadie mayor que usted a quien pueda preguntar?

Estuvo meditando. Luego se animó.

—Había una peluquería antigua por ahí abajo. Donde pueden orientarle es en la Cervecería Antón —dijo, saliendo para indicarme—. En esta misma calle.

En el local citado, el dueño se me quedó mirando y vi el esfuerzo que hacía por recordar. No dio resultado. Ignoraba lo de la peluquería y no le sonaba el nombre de

la familia Valadouro.

—¿Sabe de algún lugar en el que se reúna gente mayor para charlar?

—Sí —dijo un hombre que escuchaba apoyado en la barra. Me acompañó a la calle y señaló—. Esa que cruza es la avenida de Navarra. Vaya a la derecha. Encontrará una pulpeira llamada O’Fiuza. Todos los veteranos del barrio van allí a diario.

El establecimiento es un rectángulo que se adentra hacia el fondo, bien presentado, limpio, moderno, con unas quince mesas de madera desnuda instaladas en un ala. Las paredes muestran carteles enmarcados de paisajes y equipos de fútbol, la mayoría del Chelsea. En el centro, barriles de madera vacíos haciendo las veces de mesas para quienes no consiguen asiento cuando los clientes saturan. Eran las doce de la mañana y la mitad de ellas estaban ocupadas. Algunas con devoradores de pulpo, otras con hombres jugando al dominó o a las cartas.

José es el dueño, o, mejor dicho, el hijo de la dueña. Moreno, en la treintena, rápido, ocupado en atender a sus parroquianos. Pero aparcó la prisa.

—Sí, hay jubilados que llegan a diario a echar partidas. Ahí tiene a unos cuantos. Pero esos no atienden más que al juego. Es lo único que les interesa. Se pasan el día jugando. No pierden el tiempo en conversaciones.

Me fijé bien. Ninguno parecía bajar de los sesenta y estaban concentrados en su tarea, como si fuera un trabajo a realizar, aislados del entorno. Sobre ellos una atmósfera de casi silencio. Ordenaban las fichas y los naipes con austeridad verbal, los comentarios ajustados, las discusiones ausentes. Solo el golpear de las piezas de marfil o cartulina. Entendí que para ellos aquello no era solo un juego sino el ensayo constante de fintas mentales, para conseguir que la intuición y el cálculo se transformaran en jugadas imbatibles. Una apelación permanente a las matemáticas. Y, como todo el que entra en contacto con esa ciencia, la abstracción les había hermanado.

—Los que pueden escucharle y darle datos vienen más tarde. Después de comer y la siesta. Pregunte a ese —señaló a uno que tomaba un vino en la barra—. Le informará.

No era muy mayor pero estaba sobrado de amabilidad. Me dijo que volviera y que preguntara por Petín y por Arcadio. Eran del tiempo del abuelo y seguro que conocían a esa familia.

Disponía de varias horas libres por delante y consideré que podía aprovecharlas indagando en lo del venezolano fallecido. Por supuesto que no iba a cumplir lo que me exigió en su último suspiro. Y no sentía el más mínimo interés ni la necesidad de involucrarme en esa historia. Pero infortunadamente ya estaba en ella. Esa inexorabilidad me afirmó en el convencimiento meditado: la clave para salir del lío consistía en llevar a los amos de la organización la seguridad de que yo no estaba por

la labor de reemplazar a Élide. A no ser que se manejaran en un tejido internacional, circunstancia que haría impracticable la idea por la diversificación de mandos. En cualquier caso, una tarea peliaguda, habida cuenta de que a ellos les importaría una higa lo que yo supiera o pensara. Solo querrían mi destrucción, de acuerdo a su lógica profesional. Así que ese oscuro panorama me conminó a ponerme a la acción de inmediato. Debía tomar la iniciativa. Dar el siguiente paso. Provocarles. Ponérselo difícil. Con ese fin decidí acercarme a ver la guarida del tal Ángel Álvarez. No albergaba dudas de que la zona estaría muy vigilada, por lo que sería captado en breve. Ello aconsejaba la toma de precauciones. Le dije al taxista que me diera unas vueltas por la ciudad, buscando un lugar apropiado a mis propósitos. Lo encontré.

Volví al hotel. Hice llamadas a la agencia y a Rosa. Almorcé. Salí en mi coche y conduje hasta el sitio decidido en la mañana, aprendiéndome la dirección de las calles. Un ensayo para no fallar en el momento preciso. Luego me dirigí hacia el campo de golf. El día olía a lluvia pero las nubes aguantaban la carga. La avenida Alcalde Alonso Molina me conectó, unos seis kilómetros al sur, con la avenida de Nueva York, una vía larga que trepa con curvas a derecha e izquierda entre urbanizaciones modernas y abundoso arbolado. Llegué a La Zapateira, un lugar selectivo similar a La Moraleja de Madrid, según me informaron. Allí, tras muros de piedra y de arizónicas, gentes de buen riñón se refugian en mansiones hechas con granito gallego y techos de pizarra. En una de ellas estaba o debería estar el hombre al que Élide me encomendó matar. Circulé despacio, fijándome en que había pocos coches estacionados. Estarían en el interior de los chalés. No había apenas circulación y no vi ningún viandante. A lo largo de los muros miraban los ojos alerta de las cámaras chivatas. No imaginaba cómo el pistolero pensaba cumplir con su misión si ello suponía tener que atravesar una de esas fortalezas, cuyas alarmas y modernos sistemas de seguridad estarían siempre a punto.

Y tanto. Al rato de merodear vi un coche surgir por una de las esquinas en la luz cenicienta. Ya me habían localizado. Di un par de vueltas para cerciorarme. El automóvil, otro Audi A6, me siguió dócilmente antes de desaparecer. Me resultó sospechosa su ausencia. Paré el coche, apagué el motor y analicé mis posibilidades. Era probable que, imaginando la dirección obligada a seguir, estuvieran esperándome en un cruce para interceptarme. No podría escapar. Yo no conocía otras vías salvo la utilizada para llegar allí. Me atacarían con toda impunidad. Sin testigos. Opté por permanecer parado, en un duelo de aguantes. Decisión acertada. Al rato vi aparecer el coche por un lateral, la impaciencia empujándoles. Arranqué el motor e hice que mi 320 cumpliera. Salí de la urbanización sin que el Audi consiguiera acercárseme. La avenida de Nueva York tenía límites de velocidad. Nos acomodamos a ellos. Enfilé luego la recta y larga avenida Alcalde Alonso Molina y busqué el sitio elegido previsoramente. Aparqué en batería en la calle Modesta Goicuiria, enfrente de la

parada de taxis, en el lateral del sólido edificio rotulado como Instituto de Guarda. Salí. Cerré el autoobservando que el Audi incurría en la misma infracción que yo. Crucé al Manhattan Plaza, un bar que forma una especie de proa a un extremo de la plaza de Pontevedra. Entré y elegí una mesa dominante. El establecimiento es moderno y elegante, con sillones de cuero en vez de sillas. Pedí un agua sin dejar de vigilar. Mis perseguidores no salieron del coche porque, a pesar de que el bar tiene otra puerta en la parte contraria, supondrían que no me iba a escapar dejando mi auto allí. Esperarían que regresara a recogerlo y persistirían en el seguimiento hasta encontrar el momento de caerme encima. Fui a un teléfono de pared. Eché unas monedas y llamé al 091.

—Hay dos hombres en un coche estacionado en la plaza de Pontevedra. Llevan pistolas. No sé si esperan a alguien para dispararle o están planeando un atraco.

No les di mi nombre. Solo la descripción del vehículo y el lugar exacto. Me dispuse a esperar. Sabía que llegarían rápido porque las llamadas efectuadas al 091 desde una ciudad cualquiera son recibidas automáticamente por el centro receptor-transmisor de esa ciudad. La calle es corta y al fondo está el hotel Riazor, que domina la playa del mismo nombre. Llegó una controladora del SER. Empezó a fisgar en el 320. Sacó los bártulos de multar porque era zona azul. No habían transcurrido ni tres minutos desde mi llamada cuando vi llegar un coche, que aparcó unos metros más allá. Salió una pareja joven, hombre y mujer, con pantalones vaqueros y chaquetones plurales. Echaron a caminar con normalidad por la acera entre otras gentes. Mantenían conversación animada e intercambiaban risas. Supe que eran policías y expertos, ya que no miraron al interior del Audi al pasar. Fui consciente de que habían captado todos los detalles al acercarse. Siguieron de largo, la situación controlada. Un minuto después aparecieron dos Zetas policiales desde el hotel Riazor y otros dos desde la avenida Rubine, cercando la calle, las sirenas atosigando. Coordinadamente, la pareja volvió corriendo por la acera y apuntaron sus pistolas al interior del Audi. Mientras, una docena de uniformados surgidos de los autos hacían lo mismo desde la calzada. En un momento todo se llenó de voces y apercebimientos. Los dos sicarios salieron con las manos en alto, que pusieron luego sobre el vehículo mientras los desarmaban y les largaban el rollo de los derechos. Los vi entrar en uno de los coches mientras la mujer policía lo hacía en el Audi. Al poco tiempo solo quedaban los taxistas y algunos curiosos dándole a la lengua, la vigilanta de la hora entre ellos. Pagué, salí y fui al 320. La multa había quedado interrumpida. Puse mi mejor acento en rogarle a la aún asombrada controladora que me concediera una muestra de su comprensión. Lo hizo. Me alejé sin multa y con normalidad en busca de mis testigos del pasado.

Otra vez había chafado las intenciones de los sicarios. Estos de hoy seguramente se irían de rositas. No cometieron ningún atentado. Harían la falsa declaración

correspondiente y la policía les dejaría marchar. Para diligencias siguientes tendrían un buen abogado. En cualquier caso, ellos u otros no cejarían en la persecución. Pero tuve el convencimiento de que el jefe o jefes estaban tomando nota del episodio. Cierto que mi visita a La Zapateira les podría hacer creer que continuaba con la misión de Élido, ya que no tenían posibilidades de saber que la hice para descontrolarlos. Y se preguntarían quién sería el cabrón temerario que por tres veces se había burlado de sus hombres. Pero me estudiarían. Esa era mi apuesta. Y mi posible salvación.

Cuando volviera a Madrid iría a ver a mi amigo, el inspector Ramírez. Buscaría su ayuda para quitármelos de encima mientras germinaba mi proyecto. Aunque no se lo diría todo. No quería que el misterio del venezolano escapara a mi control. Un ignoto sentido me aconsejaba ocultar lo hablado con Élido y retener las cosas que le confisqué.

**Constanza, República Dominicana, finales de agosto de 1955**

*... el pan que nos negó la patria  
por más que los extraños nos maltraten  
no ha de faltarnos en la patria nueva.*

*ROSALÍA DE CASTRO*

La situación en que vivían no era la esperada. En el contrato se suscribía que a cada uno les entregarían una parcela no menor de cincuenta tareas de tierra fértil, lo que significaba una extensión de más de tres hectáreas. El documento no ofrecía posibilidad a la indefinición, habida cuenta de la claridad de su contenido y del entramado de firmas, rúbricas y sellos que lo autentificaban. Los inmigrados daban por sentado que los terrenos estarían ya preparados o, cuando menos, aptos para comenzar a ser trabajados. Pero Constanza era un poblacho en plena selva virgen con la mayoría de las calles sin pavimentar. Fuera del casco había contadas zonas, aunque amplias, donde ejercer la agricultura. Casi todas las tierras tenían dueños, que no parecían saber o querer trabajarlas adecuadamente porque se mostraban improductivas, o, para ser más exactos, con rendimientos pobres y a nivel de subsistencia. El sistema establecido estaba anclado en la Edad Media ya que se basaba en la aparcería y, desde poco tiempo antes, en el colonato, pero en grados primitivos. Parecía no haber dudas sobre los motivos que impulsaron a Trujillo a la contratación de españoles. Sin embargo, ningún inmigrado del eufórico plan había recibido su parcela todavía. Según podían apreciar, el suelo prometido habría de salir de la destrucción del bosque, sin garantías de que pudiera ser apto para los cultivos. Otra solución sería la de establecer un acuerdo de colaboración con los actuales propietarios para compartir las huertas y aportar su conocimiento e ímpetu para mejorar la productividad.

Polín recordó la llegada ocurrida casi tres meses atrás. En la plaza central les esperaban los alcaldes del pueblo y de La Vega, municipio cabecera de la provincia, así como el cura y el síndico municipal. También la treintena de españoles desplazados en mayo anterior desde Baoba del Piñal, con el director de la colonia a la cabeza. Eran familias, algunas con hijos, y a sus ojos presentaban aspecto de veteranos por constituir parte de la primera emigración a Constanza. Fue una recepción muy rebosada de gente ya que también estaban los pocos cientos de naturales del lugar, que asistían a esa invasión con curiosidad, alegría y aprensión. Pero no resultó muy lucida porque lloviznaba y hacía frío. Por caminos embarrados les condujeron a la parte norte donde se asentaba la colonia. Tuvieron la primera

sorpresa cuando les asignaron las casas, en realidad unas chabolas de tres espacios hechas de asbesto cemento y tabiques de cartón duro. Era indudable que la plomada había sido desdeñada durante su construcción. Nada que ver con las sólidas casonas de piedra y olor de siglos donde los expatriados norteños nacieron. Además, no había suficientes para todos. El director estableció que los casados debían agruparse a razón de tres matrimonios por casa mientras que los solteros tendrían que juntarse seis por unidad. La sorpresa aumentó al apreciar que carecían de luz eléctrica y de agua corriente. Y que no tenían un solo mueble. Para muchos de ellos el asunto de la luz y el agua no era un inconveniente porque en sus aldeas también carecían de esas modernidades. Pero experimentaron gran consternación al ver las habitaciones rezumantes de humedad y tan vacías como sus tripas.

Con el tiempo habían podido resolver a medias lo del mobiliario. Consiguieron somieres, colchones y ropas de cama, así como sillas y mesas para no estar tirados por el suelo, aunque eran piezas usadas, lo que constituyó un caso de magia. Porque, según el síndico municipal, de la capital aseguraron que todos los muebles y utensilios enviados habían sido comprados nuevos para tal fin. No fueron tan afortunados como los del primer grupo, que nada más llegar recibieron alimentos suficientes, además de camas, mantas, sábanas, toallas y enseres de casa, todo a estrenar, si bien tampoco fueron agraciados con tierras. A la sazón, lo del agua y la corriente eléctrica seguía sin estar resuelto para ninguna casa de la colonia. Se iluminaban con velas, como todavía ocurría en muchas aldeas de España, y obtenían el agua de pozos mediante molinos de viento. Quizá, como parecía por las máquinas que aterrorizaban el bosque, la anunciada visita del Jefe podría revertir al fin en la consecución de tan necesitados suministros.

Recibían una subvención por día de sesenta céntimos de peso dominicano, cuyo valor se equiparaba al dólar gringo, y que les abonaban quincenalmente. Una cantidad lejana a lo consignado en los papeles y que algunos, como él y Martín, estiraban pacientemente. Se alimentaban con la misma frugalidad que era norma en su lejano Concejo, lo que les permitía ahorrar. Otros, por el contrario, fundían enseguida el subsidio y se enmarañaban en deudas y en descontento. Pero a todos unía el mismo sentimiento ilusionado: que llegara pronto el día en que se materializaran las promesas por las que abandonaron sus lares.

Les tocó compartir vivienda con los dos gallegos del buque y dos mocetones de la Castilla alta, que para Polín fueron memoria constante de José Luis Charcán, aunque distaban de alcanzar su nivel intelectual y atractivo personal. Tuvieron una buena relación desde el principio porque eran chicos sencillos y tan ignorantes como ellos de todo lo que no fuera trabajar en el campo. Y no hubo problemas de adaptación. Las casas tenían un pequeño terreno en la parte de atrás, como un jardín, donde había algo parecido a un fogón para cocinar. En un extremo estaba la letrina: una insegura

cabinita de madera ocultando un pozo con unas tablas encima para asentar los pies. Su primer trabajo fue hacer una cabina más grande y sólida por constituir una de las piezas esenciales para una buena convivencia. Y para lavar y secar las ropas hubieron de construir una pila y unos tendederos, así como un pilón que les permitiera tener siempre agua al alcance. También construyeron un horno donde fabricarse el pan. Todos aceptaron unas reglas de limpieza y reparto de labores, no muy alejadas del patrón establecido por José Luis en el camarote del buque.

Fue un largo lapso de semanas inútiles en las que se les iba raptando la ilusión en esa espera sin telón definido. Notaron que la incertidumbre sobre su futuro abría brecha en su confianza. No parecía que llegaran a disponer de parcelas y, en caso de tenerlas, si les facilitarían las semillas y los aperos necesarios. El secretario de Agricultura no siempre estaba en el pueblo ni disponible, pero sí el síndico municipal. Les despachaba a todos con un «ahorita», la sonrisa siempre cabalgando bajo su bigote copiado, como si quisiera transmitirles la inutilidad de atosigar los tiempos. Uno de los días en que Martín y él fueron a verle, su hermano mostró una faceta poco acorde con su temperamento habitual. Jamás imaginó que pudiera emitir queja alguna. Disciplinado, ni una sola vez en los años compartidos le oyó protestar por nada y ninguna noche padeció de desvelos. Tenía las manos duras como ramas de carbayón y nunca le persiguieron las enfermedades ni los desconciertos. Además de su renuencia a ejercitar el habla, parecía incapacitado para albergar preguntas, como si todo debiera de seguir un orden y las respuestas tuvieran que llegar inevitablemente con el diario acontecer.

—No sé de qué ríe. No tamos tan felices como usted —soltó, con las palabras arrastradas.

No dijo más, pero el hombre escondió su sonrisa, apabullado por el diapason sonoro y la masa muscular del interlocutor.

—Venga acá, como que parece usted enfadado conmigo, señor, pero yo procuro transmitir a las autoridades de la capital sus peticiones y que no parezcan protestas. Usted no sabe cómo es que aquí caminan las cosas. Les estoy haciendo un gran favor.

—Qué favor.

—Ahorita no puedo decirles nada más, pero ténganse tranquilos. Todo llegará en su momento.

Al contrario que la mayoría de los inmigrados, cuya dedicación en la espera consistía en jugar a las cartas o al dominó, Martín y él emplearon esos días vacíos en hacer juntos largos paseos por parajes intocados. Descubrieron cristalinas charcas donde el murmullo de los riachuelos y el croar de las ranas eran los únicos sonidos que se oponían al silencio. Así, exploraron las posibilidades que tendrían respecto a la tierra, única querencia que les vinculaba con ese extraño país. Vieron que los campesinos vivían en una gran pobreza, con recursos de subsistencia, y que todos los



miembros arañaban desganadamente la tierra, incluso ancianos, niñas y niños. Llegaron al total convencimiento de que solo había dos caminos para el cumplimiento de las promesas firmadas: la deforestación o el dominio compartido del suelo. No entendían por qué los hortelanos tenían técnicas tan primitivas y una propensión a rehuir el trabajo diario. No usaban el arado sino el palo y la mocha, además del imprescindible machete. El surco y la acequia les eran desconocidos y actuaban en la tierra como si fuera de secano sin beneficiarse de la gran cantidad de riachuelos que la cruzaban. Era como si no supieran vivir de otra forma que en la pobreza y en la galbana. También allí todos caminaban descalzos a pesar de las menguadas temperaturas y el suelo lloroso, lo que no cabía interpretarse como un atavismo sino como la propia miseria. O bien como la suma de ambos factores. Los niños no iban a la escuela por estar obligados en el improductivo laboreo, vetados para ejercitar pillerías. Y sus tutores varones no eran siempre sus progenitores, sino hombres cambiantes en su mayoría, a quienes besaban las manos como en España a los curas. Sin embargo, no daban sensación de gran infelicidad. Como si fuera un aceptado sistema de vida tradicional. O quizá porque habían asumido que el quejarse no aportaba ningún remedio.

En la desasosegante espera, Polín decidió acudir a la Escuela Pública del pueblo donde una media docena de niños venidos del otro lado del mar se mezclaba con unos pocos chicos dominicanos. Quedó impresionado por el bajo nivel de enseñanza que impartía el maestro dominicano, incluso para un alumnado tan escaso e infantil. Allí no podía aprender nada.

Al salir fue interceptado por un hombre mayor, barbado y con greñas blancas y alborotadas, como si fuera uno de esos a quienes llamaban existencialistas y que de vez en cuando pasaban por los caminos del distante Concejo. Resultó ser un maestro español venido de allá al terminar la guerra fratricida. Le preguntó qué buscaba en el colegio porque no era normal que un adulto indagara en lugar tan poco rentable, a no ser que fuera un familiar de alguno de los rapaces. Al escucharle, se ofreció a satisfacer gratuitamente sus deseos de aprender. Manuel San Hermenegildo era su nombre y vivía cerca de la escuela, en una casa propia de una planta, pocas hechuras y escaso mobiliario. No dijo de qué lugar procedía, pero estaba claro que era uno de esos republicanos de la diáspora. Empezó por desechar la *Enciclopedia Álvarez* y ofrecerle textos de otros autores, además de apuntes propios de gran didactismo. Polín no consiguió camelar a su hermano.

—No ye de eso que preciso saber.

—Tas equivocao. No vien mal aprender letras. Podrás escribir a madre. Y sabrás de números.

—Tú escribirás a madre por los dos. Y harás los cálculos cuando tengamos cosechas.

Cada día iba a clase, un cuartito con tres sillas y una gran pizarra. Era el único alumno. Las lecciones eran claras y las asignaturas de Religión y de Historia moderna no se mencionaban. Polín percibió la gran diferencia educacional entre lo que enseñaba don Manuel y lo que en el viaje en el buque le decía don Torcuato. El maestro republicano carecía de aire paternalista y se centraba en materias de base y sin cargas políticas, como las Matemáticas, la Geografía y la Gramática, con incursiones en la Literatura. También le introdujo en la Historia Universal, la de España y la de América, aunque al principio, luego supo que por precaución, no obvió las referencias al liderazgo de Trujillo, mención que dejó de hacer con el paso del tiempo.

Sus lecciones eran amenas y muy sencillas de interpretación. Huía de tecnicismos y le hablaba comprensivo con el nivel que tenía. Supo cómo canalizar su curiosidad y transformarla en total comprensión. Así, a las pocas semanas ya sabía escribir con cierta soltura y había adquirido más conocimientos que en todos sus años anteriores. Ahora, incluso, podía conversar con cierta fluidez sin temor a caer en el ridículo, si bien esa posibilidad no le era fácil ejercitarla con Martín. Su hermano seguía siendo ejemplo de que se puede vivir en la mudez. En ocasiones iba a buscarle y regresaban juntos a casa. Una de esas veces llegó a tiempo de escuchar al maestro.

—¿Qué le pasa a tu hermano? No es Demóstenes, precisamente.

—¿Quién ye ese? —dijo Polín.

Martín entró y se sentó en una silla enviando su mirada directa al maestro, que se vio constreñido a explicarse.

—Un griego que vivió hace más de dos mil años. Era tartamudo y por eso le despreciaban. Venció esa dificultad echándose piedrecitas en la boca y voceando a la orilla del mar hasta acallar el ruido de las olas. Volvió a Atenas y fue el ídolo. Está considerado como el mejor orador de todos los tiempos.

—No soy tartamudo —dijo Martín, dejando claro que al no serlo no podría emular al griego y que no tenía ningún interés en ese asunto.

Por las clases y charlas con don Manuel supieron que estaban a unos 1.200 metros sobre el nivel del mar en uno de los grandes valles intramontanos de origen lacustre de la Cordillera Central, un anillo ovalado de altas montañas que se erguía desde el centro de la República hasta la frontera con Haití, país habitado por negros en su mayoría y situado en la parte oeste de la isla. Debido a esa barrera natural, el enorme valle de Constanza, poblado de bosques y donde las lluvias regaban casi todo el año, solo drenaba a través de dos ríos llamados Tireo y Grande, por lo que la tierra siempre estaba húmeda y, en ciertos lugares, empapada. Constanza se asentaba dentro de ese altiplano primario casi a los pies del macizo oriental y pasaba por ser la ciudad más fría de toda la República, posiblemente de todo el Caribe, hecho del que ellos podían dar fe. Porque muchas noches tenían que hacer fogatas para sosegarse junto a

sus compañeros galaicos y ante la sonrisa comprensiva de los dos burgaleses. En esas nocturnidades heladas celebraron el haber conservado las mantas cuya posesión cuestionaron en la costa.

Con cierta asiduidad Polín escribía a la familia y amigos y, como a todos, sorprendió el hecho de que no había que poner sellos y sí en el sobre una consigna ineludible: «Rafael Leónidas Trujillo, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva», indudablemente con el nombre del destinatario y del remitente dentro. Las cartas se entregaban al director, quien seguiría los trámites para que llegaran a su destino, cosa que sucedía. Significaba que el Benefactor tenía una oficina de recepción donde cambiarían los sobres por otros sellados y con las direcciones correspondientes.

—Una oficina de censura —dijo don Manuel—. Leen vuestras cartas y así saben de qué pie cojeáis.

Mientras él cultivaba su espíritu, Martín continuó con sus marchas y exploraciones. Con asiduidad se levantaba al alba y se desvanecía en parajes cada vez más alejados. En sucesivas jornadas recruzó el río Grande y los arroyos Llano y Limoncillo y, ya en el punto más septentrional de la provincia de Azúa, vislumbró las aldeas de Los Pinalitos, Carbona y otras mientras recorría el enorme Valle del Tetero. Llegó al río Yaque del Sur, en la provincia de San Juan, y caminó por las lomas de Las Zarzas, Alto del Valle y La Tasajera en un afán descubridor insaciable. Aunque el paisaje era muy parecido al de su tierra asturiana, fue estableciendo diferencias. Las tonalidades de verdes de Constanza eran más numerosas que las de allá. Y por las zonas bajas sorprendió un extenso catálogo de flores, con relevancia de rosas, lirios y otras que luego supo llamaban *Gerbera* y *Ave del Paraíso* en una explosión de colores que nunca pensó pudieran existir. Llegó a percibir innumerables ruidos y silencios, siempre con la mudez de los cazadores solitarios. Vio gran cantidad de lagartos, mariposas, jilgueros y canarios sin signos de temor, como si el hombre nunca los hubiera amenazado, y se extasió del vuelo majestuoso de un halcón de gran tamaño que luego le dijeron se llamaba Güaragüao. También vio carpinteros tabletear y sorprendió el bullicio que organizaban unos pájaros raros y pequeños, de plumas oscuras y pico amarillo. Se enteró después que recibían el nombre de Cigua Palmera y que lo tenían como ave nacional.

Nunca se encontró con nadie en esos caminares. Seguramente ningún otro español recorrió esas zonas tan en profundidad y en tan poco tiempo, salvo quizás algunos descubridores del pasado. Pero a diferencia de ellos, él no buscaba tesoros ni datos científicos. Solo daba rienda suelta a su alma libre.

Al margen de sus escapadas, Martín mostró una vez más su inclinación natural a la previsión. Dado el poco grado de cumplimiento de las autoridades, imaginó que tendrían el mismo tratamiento dilatorio con las semillas y el abono. Así que poco a

poco él y su hermano fueron recogiendo estiércol de gallina que los lugareños no utilizaban. Lo guardaron en un almacenillo con techado que se construyeron en el jardín con trozos de chapa y maderas. Para las semillas tendrían que resolver en su momento.

Al poco de llegar, Polín supo descifrar la misteriosa advertencia de don Torcuato en la despedida, que suponía un cambio respecto a la invitación hecha en el buque de que se relacionara con las mujeres dominicanas. Las de Constanza eran negras y mulatas, salvo unas pocas blancas casadas que vivían en el centro del pueblo. Quizás es que el maestro se informó in extremis y quiso curar su entrometimiento. Polín sabía que existían negros por haberlos visto en fotos de los indios, en alguna revista y en determinadas películas cuando acudió a algún cine de Oviedo. Pero nunca tuvo ninguno delante. Él carecía de prejuicios de raza al haber padecido la discriminación de una sociedad marcada por la diferencia de clases. Sintió, sin embargo, la impresión de la semejanza. De haber vivido siempre en un país de blancos había pasado a uno de aparente mayoría negra o mulata. De golpe. No le costó tanto habituarse a ello como a la enorme distancia que veía en las formas de vida comparadas. La extrema pobreza que existía en el campesinado dominicano les había llevado a comportamientos cercanos al tribalismo primario. Salvo el nudo del pueblo, donde junto a casas de piedra persistían algunas construidas con cogollos de caña bravía y techos de yagua, la gente vivía en bohíos o en chabolas hechas con retales de hojalata y cartón, todas con piso de tierra. No usaban platos ni cubiertos y comían con los dedos. El arroz, el plátano o la yuca servidos en hojas vegetales. Raramente aparecía carne en su dieta, salvo ocasionalmente de gallina. Padres e hijos dormían en mezcolanza. Los niños fumaban y bebían ron y había niñas embarazadas con apenas cumplidos los doce años. En general los hombres tenían varias mujeres y ellas hijos de distintos hombres. Por las trazas, seguramente tendrían muy acentuada la desafección hacia la higiene corporal, lo que agravaba el distanciamiento.

En realidad, y según le contaron tiempo atrás, no ha tanto que en las aldeas asturianas vivieron la hambruna y la desesperación aunque nunca a ese grado de disolución familiar. Le dijeron que en la capital había mujeres negras bellas y con estudios, muchas de ellas integradas en la vida política y cultural del país. Pero, sin razones para dudarlo porque en su breve visita a Palacio había visto funcionarias de color, la realidad es la que veía en Constanza. La consecuencia de esas observaciones no le afectaba a él en particular pero sí a otros. Pocos eran los que dejaban abiertas todas las posibilidades, que vinculaban a la fuerza con que les atosigara la entropía. De una cosa estaba seguro: su hermano nunca podría tener relaciones con una de esas lugareñas. No por motivos de diferenciación racial sino porque, por encima de otras consideraciones, sabía que en sus silencios flotaba el bullente recuerdo de aquella moza altanera de buena cuna que al caminar iba soltando estrellas

por el Concejo y por la que en parte, y sin ella saberlo, se había embarcado en busca de un mundo para ofrecérselo.

**La Coruña, noviembre de 2005**

En O'Fiuza volví a encontrar al hombre de la barra, como si fuera un centinela en el puesto. Me acompañó a una mesa. Cuatro hombres acomodados de años jugaban al dominó. A cada golpe de fichas los vasos rebotaban. Uno de los jugadores levantó la mirada.

—¿Usted es el de las preguntas? —Asentí—. Espere que acabemos esta partida. No tiene prisa, ¿verdad?

—En absoluto —acepté, dándole la mano—. Será un placer. Supongo que es Petín.

—No, Arcadio. Petín es este —señaló. Repetí el saludo y también a los otros dos—. Vaya a una mesa antes de que se ocupen. Iremos pallá en cuanto acabemos con estos —dijo, con gesto de jugador empedernido.

Como un cuarto de hora después, se levantaron y se acomodaron en mi mesa tras pasar por el mostrador y llenar sus vasos.

—Dous mellor que un pra cousas da memoria —dijo Arcadio.

Petín enarboló un brazo hacia José, que se aproximó.

—Tráenos un-a de pulpo e un-a de viño. —Se volvió a mí—. Usted beberá vino, ¿no?

—Les acompañaré. Pero déjenme que les invite.

—El vino es de lo mejorciño que hay por aquí. Viene de Ourense, de viñedos propios. El abuelo de José fue quien abrió el negocio, muchos años atrás, no aquí, sino allá bajo, entre las huertas. Era un bodegón al que se llegaba por una corredeira de tierra. De aquella, la gente iba, incluso los jóvenes, no tanto por las buenas partidas que sechaban como por el vino. Era un tío emprendedor. Ahí lo tiene —señaló una foto en blanco y negro colgada de la pared tras el mostrador—. Tan pancho.

—¡Qué dis, ho! —dijo Petín, yendo al grano—. Pero home de Dios, de eso hace mil años. ¿Y dice que viene de Madrid?

—Sí. Solo necesito que recuerden algunas cosas. Eso les vendrá bien. Es como rejuvenecer un poco.

—Sí y no. Hay recuerdos buenos pero otros no lo son.

—No les hará daño recordar a esa familia, y lo que saben de ella. Poco o mucho.

—Los Valadouro... Sí... As fillas marcharon pa América, no sé a qué país. Pero me acordaré porque tengo el coco bien arreglado, ¿sabe? A pesar de que usted me vea algo escarallado, solo tengo setenta y ocho años.

—Yo también les recuerdo. Cómo no, si estaban en las mismas huertas, casi juntas —dijo el otro.

—Quizá también recuerdan a estas chicas, que allí vivieron —dije, enseñándoles las fotos tomadas en Mellid. Requirieron sus anteojos y las miraron con atención.

—Claro que sí. Cómo olvidarlas, sobre todo a moza, que iba como Blancanieves iluminando por donde pasaba. Pero ellas no eran de la familia propiamente. O sí. Quién sabe a estas alturas.

—Sobriñas. Eran sobriñas. No nacieron aquí. Creo recordar que los Valadouro se hicieron cargo cuando los padres de ellas murieron, contaron que por ahí abajo.

—Daquella no era como ahora, que la gente se pone cualquier trapo, pantalones rotos, pelos pa cualquier lado. Si a algunos se les hubiera ocurrido ir así, les habrían llevado a comisaría. Entonces se guardaban las formas, el gusto por el vestir. Nadie salía de casa sin arreglarse adecuadamente según los cánones. Esa chica, la moza, ¿Paula, dice que se llamaba? Bueno. Aparecía en la calle como si en vez de la huerta saliera de un jardín, como si ella misma fuera un ramo de flores. Quien la viera pasear por la calle Real no imaginaría que vivía en una casucha.

—Además era muy simpática, saludaba a todo el mundo. La Blanca era muy bonita también pero no tenía la gracia de la hermana. Parecía triste, como si echara de menos a los padres o al pueblo. Claro que todavía era pequeña. A lo mejor luego se llenó de sonrisas, como la otra.

Miré con mayor interés a ese par de compinches. No imaginaba que pudieran expresarse con tales chispas poéticas.

—Había dos clases bien diferenciadas. Por un lado los bien situados o los que aparentaban estarlo. Ellos, bien trajeados, corbata y zapatos con brillo de limpiabotas. Ellas vistiendo lo mejor que tenían, bien peinadas, con sus bolsos y tacones. Todos sobrados de ínfulas.

—Estaba Franco y entonces se armaba la de Dios —dijo Petín.

—Franco vivía en El Pardo, en Madrid —apunté con cautela, más para recordarles mi presencia que por el hecho en sí.

—Claro, carallo. ¿Cree que no lo sabemos? Pero me refiero a los meses de agosto, cuando venía al Pazo de Meirás, con todo el séquito y la parafernalia.

—Eran gente señoritinga, elegante, burguesa; una sociedad clasista, con educación, con nivel —siguió Arcadio—. Una ciudad provinciana, de funcionarios, con sueldos fijos, todos dándose una importancia desmedida, acorde con los tiempos de subordinación a las apariencias. Paseaban por la calle Real hasta la plaza de María Pita. Las cafeterías, las joyerías, los comercios, todo lleno a rebosar.

—Éramos conscientes de estar viviendo momentos únicos de la historia de la ciudad y del país. Franco recuperó los modales que consideraron se perdieron durante la República. Nadie se llamaba de tú salvo los íntimos. Los hijos llamaban de usted a los padres.

—Toma, yo. Nunca les llamé de tú.

—Nosotros éramos la otra clase, los de las zuecas. Vivíamos mal, con muitas necesidades pero non pasamos fame. No había cuartos pero las huertas daban de todo. Unos cultivaban unas cosas y otros, otras: patatas, tomates, acelgas, zanorias, cebollas, grelos, lechugas, pimientos, judías... Hacíamos trueque, ¿sabe lo que es eso? Y vendíamos a los mercados.

—Y luego estaban as vacas, cordeiros, cochinos, gallinas... Comíamos mejor y más sano que muchos que andaban por la calle Real, aparentando. Ahora no hay vacas ni cordeiros ni burros ni otros animales en toda Coruña.

—Si les sirve de consuelo les diré que eso pasa en todas las grandes ciudades — dije, para que apreciaran que seguía estando allí por una razón concreta.

—Todo lo que ahora puede ver desde esta avenida hacia el mar era una leira; es decir, campo, con casuchas desperdigadas. Incluso las había cerca de la Torre. Desde as Lagoas hasta San Amaro todo eran huertas. Este y yo, y otros muchos, también éramos percebeiros. Entre otoño e invierno entrábamos a las rocas en la bajamar, con nuestros pantalones de pana y alpargatas de esparto. No teníamos otros. Non como ahora, que levan traxes de neopreno e guantes e todo eso. Metíamos la rapa...

—Supongo que sería...

—Una lámina de acero afilado hecha de ballesta y con mango de madeira. Arrancábamos piñas de percebes entre las olas y la espuma con gran peligro...

—¿Qué peligro puede haber en la bajamar?

—No es lo mismo la bajamar en una playa que en las peñas. De pronto, se levanta una ola y testrella contra los riscos o tarrastra mar adentro.

—Mire —dijo Petín, enseñándome los brazos. Varias cicatrices se juntaban—. Estas huellas son de las caídas, resbalones y heridas.

—También íbamos al pulpo. Pescábamos «a la seca», dando con el bichero entre las grietas de las rocas. El pulpo quitó mucha hambre en Galicia. Deberían hacerle un monumento más grande que el que hay en el paseo marítimo.

—Luego utilizamos la rañeira. Pescábase más fácil.

No quise que me describieran ese arte para que no nos dieran las uvas. Me limité a asentir. Para entonces la botella estaba a punto de ser licenciada.

—Monte Alto era o mellor barrio da Coruña, ¡o mais enxebre! Aquí estaba la cárcel, la Torre, el cementerio, el Club Náutico, el Matadeiro... Por la Real estaba el gran comercio pero esta era la zona produtiva... Ya no hay huertas pero seguimos siendo los... ¿cómo dicen ustedes? Los de más solera. No cambiamos esto por na del mundo.

—En los agostos, Coruña era la capital de España. Con Franco venía su Estado Mayor y los vencedores de la guerra, todos a salir en la foto, como dicen los modernos. El Pazo era como la Moncloa ahora. Allí celebraba Consellos de Ministros y hacía sus decretos. Ahí estaban el general Juan Vigón, que fuera presidente de la



Junta de Energía Nuclear; el general Millán Astray, fundador de La Legión, y todos sus amigos ferrolanos: almirante Nieto Antúnez, a quien Franco llamada Pedrolo; Juan Antonio Suances, fundador del INI; el general Gabeiras Montero, gobernador militar de Ferrol, aunque no da vella hornada; el general Martín Alonso, que llegara a director de la Guardia Civil... También, cómo no, Camilo Alonso Vega, que luego dirigiera el Ministerio de la Gobernación. Su señora, doña Ramona, era asturiana como doña Carmen, e íntimas amigas.

—Me dejan admirado —dije, tratando de ver la forma de interrumpir aquel catálogo de recuerdos—. No imaginaba que supieran todo eso.

—¿Qué cree? No tenemos estudios pero no somos unos paletos.

—Ellas lideraban un exquisito y reducido grupo de señoronas poderosas que ponían y quitaban gobernadores civiles —prosiguió el otro—. Paseaban cargadas de joyas, con sombreros y pamelas, seguidas de pelotilleros y aduladores. Entraban en las joyerías o en las pastelerías, con todos los lameculos detrás. Sobre todo en la joyería Malde, en la calle Real. Era la preferida. La cantidad de crucifijos, rosarios, cuberterías y joyas que compraron allí... No crea que pagaban ellas. Se dice que nunca lo hacían. De ello se ocupaban los que andaban a la caza de licencias de importación y otras concesiones del Gobierno... Salvo las joyas, casi todo lo demás era pa ayudas benéficas, propias de damas de tan alta alcurnia.

—Muy amigo del Caudillo fue Pedro Barrie de la Maza, a quien hizo Conde de Fenosa. Un título que llamó mucho la atención en su momento porque no era el nombre de un pueblo o de una región sino de una empresa.

—Es que él ayudó mucho económicamente a Franco durante la guerra. Era lógico que le compensara. Pero lo curioso no es eso sino que se han borrado todos los signos de Franco en Galicia. Sin embargo aquí, Barrie de la Maza es hijo predileto y tiene calles a su nombre. Y hasta una Fundación. ¿Cómo se puede entender?

—Eran todos muy devotos. Aquí llegaba el cardenal Quiroga Palacios, arzobispo de Santiago y que hablaba directamente con Dios, como todo el mundo sabía; el obispo de Ourense, el de Lugo, el de Mondoñedo... Los cardenales, los capellanes, el vicario general castrense... Todos a saludar al Caudillo. La hostia. A propósito, le contaré un chiste que corría. Uno pregunta a un amigo: «Oye, si bajo Palio se lleva al Santísimo Sacramento, al Papa, a la Hostia consagrada, ¿cómo es que también va Franco si no es nada de eso?» «Porque Franco es mucho más. Es la Rehostia». —Se echó a reír al compás que su amigo, mostrando ambos unas dentaduras vulneradas—. ¿Lo conocía? —Negué con la cabeza mientras les acompañaba en la obligada risa para no desentonar—. Sí. Menudo era el tío.

—Coruña era el lugar de moda, ya le digo —siguió Arcadio—. Todo el mundo presumiendo de venir a veranear aquí. Esa corte puso de moda la playa de Riazor, anulando la de San Sebastián, que era hasta entonces la más distinguida de España

desde los tiempos del rey Alfonso. No se imagina. Fíjese que teníamos trolebuses, lo más moderno en transporte. La de Dios, joder. —Movió la cabeza y en su voz tembló un lamento—. Coruña no volvió a ser lo mismo. Nunca volverá ese nivel.

—Todo el clero acudía a caciquear con Franco —apuntó Petín—, unos pa sus familiares e todos pa que la Iglesia siguiera llevando el sistema educativo del país. No había muchos institutos pero sí colegios religiosos: jesuitas, escolapios, salesianos, redentoristas... E non digamos os seminarios. Todos llenos.

—Les recuerdo que...

—Iban al puerto a ver el yate *Azor*, custodiado por buques de la Armada. Todos girando alrededor del Ditador. Aquí estaba el mundo de la política, del comercio, de los negocios. Alcaldes, generales, gobernadores...

—Al principio, Franco venía en el Mercedes que le regaló el Furer alemán, rodeado de su Guardia Mora, que era todo un espectáculo. Después de la independencia de Marruecos despacharon a esos tipos y entonces llegaba en una comitiva de Cádillas, esos cochazos americanos. Y ya en la década siguiente vinieron en los Doye Dar, el haiga español que fabricaba Barreiros en Villaverde de Madrid. Filas de ellos invadiéndolo todo como si esto fuera Nueva Yor.

—Son evocaciones muy interesantes, pero quizá puedan concentrarse en el tema que me trajo aquí —dije, procurando que no sonara como una interrupción ni como un reproche pero con clara intención de traerlos a la actualidad. Me observaron como si de repente cayeran en la cuenta. Petín miró a su amigo.

—¿Ves? Siempre te se va la lengua —acusó, como si él hubiera estado de mirón. Se volvió a mí—. Diga usted.

—Dijeron que la familia Valadouro marchó a América. ¿Paula y su hermana también se fueron?

—En realidad no marcharon todos. El marido de una de las hijas es el que emigró. Levouse a muller e a filla solteira. Aquí quedaron los padres, que murieron hace muchos años. A las chicas que busca dejamos de verlas por las mismas datas. Posiblemente fueran pallá con sus primas. La verdad es que sus preguntas me hacen recordar, pero es que... Joder, tantos años... ¿A quién le importa lo que les pasó? Diga.

—¿No recuerdan adónde fueron, el país?

—No, carallo... No acabo de... ¿Tú lo recuerdas? —miró al otro, ofreciéndole la oportunidad de completar la narración.

—República Argentina o de no sé qué. Lo que sí macuerdo es que marcharon muchos desas huertas, de repente, como si se hubiera descubierto una mina de oro en alguna parte. Deixaron aquí os vellos, mulleres e rapaces, e marcharon.

—Non, home. Algunos levaron as mulleres e fillos. Estás equivocado.

—Que non, que marcharon solos os homes. A ellas las reclamaron después. Y a

las hermanas, como ocurriera con esas de que hablamos.

—¿Volvió alguien de esos que emigraron? —tercié.

—Sí, unos cuantos que no les fue bien y despotricaban. Aquello estaba muy lejos. La mayoría volvió a marchar, esta vez a Alemania o a Suiza o por ahí. Vieron otros mundos y esto les quedó pequeño.

—¿Volvieron los Valadouro?

—No. Las fillas y el yerno jamás tornaron. Los padres murieron sin volver a verlas. Tampoco volvimos a ver a esas chicas de usted.

—Paula cocinaba muy bien, según decían —señaló Arcadio, indagando en su memoria—. Ante tanta demanda los grandes restaurantes buscaban buenas cociñeiras, porque entonces quienes mandaban en las cocinas eran las mujeres. Necesitaban xente en todas partes. Aquí entonces no existía eso del paro. Ella se presentó con alguien de la familia. Le hicieron unas pruebas en el restaurante Coral y la emplearon.

—Fue en El Rápido.

—En Coral, carallo. —Se volvió hacia mí—. Eran restaurantes de lujo, famosos, de platos con nombres raros, solo pa xente con diñeiro. Allí iban generales, terratenientes de antes de la guerra, ya con sus haciendas recuperadas, y los monárquicos ilusionados en que se restauraran sus privilegios. Siempre estaban llenos. En los agostos, cuando Franco venía, había que pedir reserva semanas antes.

—Nunca entramos, ¿cómo íbamos a hacerlo? No era sitio pa pobres. Mirábamos desde la calle. Los camareros vestían chaqueta color crema sobre pantalones negros y la pajarita al cuello. Nunca tuvimos esas ropas.

—¿Dónde están esos restaurantes?

—Estaban en la calle de la Estrella. Luego se fueron de allí. Creo que Coral está por el puerto, en los Cantones. Pero no nos dice pa qué busca a esas chicas.

—Tengo una duda —dije—. Según recuerdan, Paula consiguió un buen trabajo en el restaurante. Me imagino que bien pagado y con gran futuro. Y sin embargo lo dejó para, al parecer, marchar con su hermana a América, a la aventura. Es extraño, ¿no?

Me miraron como si les hubiera pillado haciendo trampas en las cartas. Luego cruzaron las miradas, dudosos.

—Bueno, la gente es como es... —dijo Petín, como excusándose.

—Calla —dijo el compinche, con cara de estar exhumando imágenes a toda pastilla—. Este hombre tiene razón. Paula no marchó a América. Como un año después vino a buscar a Blanca, pero ella había marchado ya. —Se volvió al otro—. ¿No tacuerdas?

—Joder, es verdad. Ahora que lo dices —exclamó Petín, soltando humo por la cabeza—. Quería llevarse a la hermana a Madrid. Me se olvidó porque fue una cosa rápida. Llegar, pum, y marcharse.

—Sí, tan guapa, tan elegante. Como una artista de cine. En Madrid debía de irle muy bien.

**Constanza, República Dominicana, septiembre de 1955**

*España que perdimos, no nos pierdas;  
guárdanos en tu frente derrumbada,  
conserva a tu costado el hueco vivo  
de nuestra ausencia amarga.*

PEDRO GARFIAS

Como cada día, Polín entregó al maestro los deberes exigidos. Don Manuel los recogió distraídamente, como si tuviera la cabeza en otro sitio o algo se hubiese colado en su normalidad. Al finalizar la clase y sin un propósito definido por parte de ninguno, el tema amoroso, más bien sexual, salió en el diálogo. Era uno de los recurrentes entre los emigrados varones, cuando se reunían en las pulperías ante unas cervezas. Muchos difícilmente soportaban el no tener una hembra que calmara sus ardores. Todos sabían ya que Trujillo había ofrecido ciento cincuenta dólares a cada español que se casara con dominicana. Los más enterados afirmaron que era una apuesta para refinar la raza y contrarrestar la constante invasión haitiana a través de los huecos de la imprecisa frontera. En realidad ese parecía ser el verdadero motivo de que solo viajaran hombres jóvenes. Por eso no había tierras preparadas pero sí muchas mujeres disponibles para apaciguar los fuegos varoniles. Y quizás era la causa de que tardaban tanto en aprestar los terrenos.

Mezclarse con las oriundas ya ocurrió siglos antes en México, Venezuela y casi todos los países de América descubiertos por los españoles. Pero en aquellos casos el intercambio fue con indias puras, las únicas indígenas existentes en aquellas tierras, y movidos por la necesidad, lo que marcaba la diferencia con el presente. No obstante, ante las vicisitudes que estaban pasando y con la euforia de un trago sobrepasado, más de un colono pensó en rendirse a la presión de sus fogosidades. Cuando los vapores se despegaban de la cabeza veían con claridad que ese no era el mejor camino para hacer cristalizar las ilusiones con las que se embarcaron. Y sin embargo, algunos decidieron tomarlo.

El casarse con dominicana representaba no solo acceder de golpe a un dinero que de otra forma tardarían meses en conseguir. Tendrían además una mejor vivienda fuera de la colonia, debidamente amueblada y dotada de agua en grifo y corriente eléctrica; una subvención diaria mayor y prioridad sobre las tierras a repartir. Pasarían a ser ciudadanos dominicanos de pleno derecho, lo que supondría mayores privilegios.

—¿Qué privilegios? —refutó don Manuel—. ¿Ves vivir bien a alguien aquí?

¿Acaso nadan en la abundancia? Ni siquiera los militares ni los funcionarios de a pie. Solo los que ocupan altas posiciones en el Gobierno. Y nadie más que ellos tienen coches, aparte de los grandes comerciantes y terratenientes. Seguramente esos colonos que hablas recibirán los dólares si finalmente se deciden. Lo más fácil. Pero de lo otro nada, una promesa más.

Polín entendía el razonamiento aunque a medias. No todo iba a ser un engaño. Además, lo de los coches no le pareció un argumento determinante. En España pocos tenían automóvil, aunque recordó haber visto a algunos de la clase alta presumiendo con el Seat 600, aparte de los importados por los ricos de siempre. Y era innegable que en Constanza había algunas personas con buenas trazas.

—Dicen que puede uno ir libremente de un lado a otro, no como nosotros que debemos pedir permiso para salir de la colonia.

—¿Libremente? Los dominicanos están sujetos a un férreo control, como en la España de la década pasada. Deben llevar encima siempre los «tres golpes», como una argolla en el pie.

—¿Qué ye eso?

—Una extraña forma de expresar un yugo. Son la Cédula de identificación personal; la Certificación de haber hecho el Servicio Militar obligatorio y el Carnet de miembro del Partido Dominicano, único permitido por el Gobierno. Tres documentos con fotos cada uno de ellos, que los hace infalsificables. De vez en cuando las patrullas militares paran a la gente. El que carece de uno solo es acusado de vagancia y lo envían al calabozo en espera de comprobación. Y de allí salen tan repasados que nunca más vuelven a vulnerar la disposición. Muchas cosas son copiadas de España. Allá hubo una Ley de Vagos y Maleantes, por la que mucha gente hacendosa fue a prisión al encontrarse transitoriamente sin trabajo y sin techo.

—Pero esos documentos no impiden que vivan en la holganza. Pocos trabajan. Y lo hacen sin dedicación diaria.

—Exactamente. Como os ocurre a vosotros, los colonos. Tenéis vuestros pasaportes y la Cédula especial pero la mayoría no hace nada. Y encima os pagan el sueldo de un obrero, lo que no es poco. No es tu caso ni el de Martín, pero muchos colonos se están haciendo haraganes sin darse cuenta. Todo el día jugando a las cartas.

Don Manuel no era hombre de verbo restringido, aunque nunca les hablaba de su pasado ni inquirió en el de ellos. Observó en los hermanos un punto diferente, lo que motivó un aprecio pausado hacia los dos, sobre todo hacia Martín por cómo respiraba cuando salía de su mutismo en los momentos en que dejaba las exploraciones y acompañaba a su hermano. Con frecuencia les invitaba a degustar su menú, algo más generoso que el que ellos podían permitirse. Su dormitorio estaba plagado de libros y periódicos desparramados. Compartía el hogar con una mulata de nombre Antonina,

de buen aspecto y misteriosa edad que Polín, por deducción posterior, situó en la cincuentena. No les aclaró la relación que les unía y ellos no mostraron curiosidad al respecto, pero tuvieron como indiscutible que la armonía no era solo cosa de una raza determinada. Ella se ofrecía solícita a las tareas y tenía una acentuada disposición a la limpieza, lo que motivó que tiempo ha él estableciera orden expresa de no remover las montoneras de papel de su habitación. Podía limpiar toda la casa menos su habitación-taller.

Don Manuel se ganaba la vida escribiendo artículos sobre Literatura, Historia y Ciencia para *La Nación*, de la capital, y *La Información*, de Santiago, periódicos que recibía con regularidad y retraso. Tenía una vieja máquina de escribir Underwood portátil, con caja de madera y el teclado desalineado. A veces les enseñaba los ejemplares. Trujillo aparecía constantemente en titulares y artículos laudatorios, además de en retratos favorecedores e imágenes como protagonista de actos diversos. Los trabajos de la Feria de la Paz y la Confraternidad ocupaban todos los días grandes espacios.

—Son como los de allá. No hay noticias que puedan ser calificadas como tales. Todas han pasado por el filtro. La política y el análisis crítico están erradicados.

También les clarificó el misterioso mensaje del síndico.

—Me extraña mucho esa advertencia porque es hombre del Gobierno, o debe serlo, lo que supondría que es un *calié* —les miró—. Sí, un chivato. Aquí cualquier protesta o murmuración es captada por el servicio secreto y de espionaje a través de gente aleccionada. El transgresor es llevado a cárceles especiales acusado de comunista. Allí le quitan las ganas de quejarse. Un remedo despiadado del franquismo.

—¿Cómo es que a usted no le han detenido? —preguntó Polín—. Sus ideas son difíciles de ocultar.

El maestro miró el mapa de España, que ocupaba parte de una pared junto con el de la República Dominicana. Pareció llenarse de energía y tiempo porque tomó una silla y envió su mirada a los dos alumnos.

—Llevo quince años en este país, intentando pasar desapercibido, mejor dicho, no hacer ruido. Soy uno de ese medio millón de derrotados republicanos evacuados a Francia en el treinta y nueve para escapar del franquismo. Supongo que podré ilustraros lo que fue aquello, si no os agoto la paciencia. —Los miró y se congratuló con la aquiescencia de los dos hermanos—. El Gobierno galo se encontró de pronto con un problema de difícil tratamiento. No podía ni era su deseo asimilar al país a tanto apestoso, porque en verdad eso de la fraternidad no lo demostraron con nosotros ni durante la guerra ni en esos momentos de urgente necesidad. En el campo de concentración de Argelés-sur-Mers, porque eso es lo que era aunque lo denominaran «de refugiados», murieron incontables españoles por hambre y enfermedades. Igual

les daba a esos gobernantes gabachos. No imaginaban que luego serían ellos los considerados hediondos por los alemanes. Lo que son las cosas. —Quedó un momento abstraído, como saboreando el reparto de calamidades—. Así que para que no les contamináramos buscaron una salida en la repatriación y en la reemigración, instando con apremio a los responsables gubernamentales de la República española en el exilio a que nos convencieran de regresar a España o, en su caso, para que iniciaran contactos con distintas Embajadas con el fin de que nos acogieran en sus países.

»No fueron pocos los españoles que decidieron regresar a España agobiados por las penalidades, las carencias y el trato inamistoso y humillante que practicaban los funcionarios franceses. Confiaban que los vencedores de nuestra guerra mostraran la compasión que pregonaban. Eran aquellos que no tenían delitos de sangre ni gran significación política. Una decisión equivocada pues muchos de ellos se vieron sometidos a crueldades, según supimos, porque les encontraron responsabilidades, aun mínimas, con los Gobiernos republicanos. La mayoría optamos por reemigrar y buscamos nuestro destino en América. —Dejó que una pausa se inmiscuyera en su relato, aprovechando para tomarse unos sorbos de agua—. Debo decir que en aquel tiempo, solo dos países de estos hemisferios, México y Chile, mostraron su disposición a aceptar exiliados debido a que sus Gobiernos habían mantenido relaciones de amistad con el republicano de España. Pero hubo un tercero: la República Dominicana. Aunque en su decisión no latían las mismas motivaciones porque Trujillo siempre ha sido un ferviente admirador de Franco, a quien ha intentado copiar todo lo posible. Las razones del Benefactor tenían como base el repoblar el país con europeos para cubrir dos necesidades fundamentales que se habían hecho endémicas: la escasa población y, dentro de ella, la exigua comunidad blanca. Haití, la parte negra de la isla La Española, es más procreadora que la dominicana y durante varios años dominó la isla completa. La República Dominicana dejó de existir, como Polonia en la segunda guerra mundial. Incluso, ya obtenida la independencia, miles de haitianos seguían pasando al lado dominicano y estableciéndose en este país ante la impotencia de los Gobiernos, que veían cómo se oscurecía el país. Fue esa la causa que esgrimió Trujillo para ordenar la matanza de haitianos invasores, se dice que entre diez mil y veinte mil. Nunca se sabrá la cantidad exacta porque eran gente sin papeles y las cifras fueron manejadas según intereses. La frontera volvió a funcionar como tal, más o menos, pero el eco de ese acto dejó en muy mala posición internacional a Trujillo.

»Atento a limpiar esa imagen, el dictador permitió la inmigración de exiliados españoles y lo publicitó como un gesto de misericordia ante su tragedia. Pero la razón, como digo, era la de oponer una barrera a la negritud, además de que los dirigentes pensaban, con buen criterio, que esa emigración daría lugar a un progreso



cultural, económico y social al país. Igual propósito tuvo el dar refugio a cientos de judíos que escapaban del nazismo. —Se replegó a otro respiro mientras Polín encontraba puntos de relación con la emigración que protagonizaba—. Bien. Llegué con otros cientos de españoles en febrero del cuarenta en el buque *La Salle*, que partió desde El Havre. Vinimos médicos, enfermeras, albañiles, carpinteros, ingenieros, profesores, por citar algunos oficios productivos. La mayor parte hicieron una nueva emigración a otros países porque en este no podían desarrollar sus conocimientos. Así que ese proyecto dominicano de repoblación blanca fracasó porque pocos decidimos quedarnos. Por eso nunca se ha extinguido el temor a que lo blanco se diluya. Porque Haití, con casi la mitad de extensión que Dominicana, tiene mucha más gente, pudiera decirse que superpoblación. Y su expansión solo puede ser a través y a costa de este país.

—Entonces es verdad lo que dicen de que esta colonización nuestra ye para mejorar la raza.

—Para eso y para aportar vuestros conocimientos. Es la misma idea, siempre latente: traer blancos al país y mejorarlo con su aportación. —Volvió a remojarse la boca con otro trago—. Yo quedé aquí porque me ofrecieron trabajar en la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes con el doctor Joaquín Balaguer, que es el intelectual del Régimen y se ha convertido en un encendido ensalzador de Trujillo. Me fue bien y participé en la creación de escuelas en distintos puntos del país. Cuando me insinuaron, que era tanto como quedar obligado, que me nacionalizara y me hiciera del Partido Dominicano, dejé el asunto y me vine para acá. Y ahora estoy en compás de espera. Quizá conmigo hicieron la vista gorda por tener esposa dominicana y porque no han visto movimientos subversivos por aquí, justificación de las dictaduras para pasar la escoba por los sospechosos de disidencia. Pero creo que vendrán por mí en cuanto haya la mínima. Lo tengo por inevitable. Como inevitable es que nunca regrese a España a no ser que... Bueno. Un sueño: el de que vuelvan los nuestros.

Todas las amanecidas la colonia despertaba en una fina neblina que secuestraba los suelos, adensándose hacia occidente e impidiendo ver los picachos. Luego el sol la escindía en pequeños soplos de vapor que se iban disolviendo mientras lo pintaba todo de múltiples colores. Al no haber industrias y casi nula circulación rodada en la zona, los trinos y el murmullo del verdor mañaneros se esparcían sin impedimentos. Polín y Martín veían Asturias en esos montes que se atropellaban en la lejanía. Sobre todo en los atardeceres de nubes curiosas que tamizaban el sol y dejaban pasar sus rayos en el aire quieto para que el suelo se pintara con pinceladas de luz y sombra.

## La Coruña, noviembre de 2005

Coral está en la avenida de la Marina, justo enfrente del edificio de la Autoridad Portuaria. Es un restaurante de alto nivel con paredes de piedra desnuda que humanizan cuadros de marinas, bodegones y figuras. Tiene doce mesas alineadas a las paredes, con impolutos manteles blancos y refulgentes copas. Los camareros, graves, con traje negro y corbata, eficaces en mantener los aires elegantes de los tiempos exquisitos. Una música suave de orquesta y trompeta pone cierta añoranza en el ambiente y sosiega las conversaciones, conduciéndolas a tonos amables y comedidos.

César Gallego, el dueño, se sentó a mi lado después de saludarme cortésmente. Tiene perfil de águila, ojos celestes y peina a lo porteño sus persistentes cabellos, aún negros. Luce figura magra y maneja modales de hombre de relaciones. Confiesa, sin preguntárselo, que tiene setenta y seis aniversarios, lo que significa que está muy orgulloso de ello.

—No los parece —observé, sin hacer adorno de condescendencia—. ¿Cuál es la fórmula?

—Muy simple. —Dejó caer una sonrisa—. Comer todos los días en Coral.

—¿Por eso está lleno el local?

—Son muchos años haciendo buenas comidas. Supongo que eso se propaga — señaló con voz pausada, sin afectación aparente.

—Me dijeron que antes estaba en la calle de la Estrella.

—Fue cuando me establecí, consciente de que tenía oficio para intentar la aventura personal. Porque empecé en la restauración muy joven, apenas un crío. — Noté que el sumergirse en aquellos años acentuaba la suavidad de su acento—. Fundé Coral en el cincuenta y cuatro, con veinticinco años.

—Salta a la vista que fue una decisión acertada.

—Fraga me otorgó la Orden de Caballeros de María Pita, que me fue entregada por el entonces príncipe Juan Carlos en una ceremonia inolvidable. No se da ese título a cualquiera. Hay que merecerlo. —Su afirmación estaba tintada de naturalidad—. Luego le enseñaré una foto del acto.

—Tengo entendido que el éxito principal de un restaurante es hacer buena comida, lo que significa tener buenos cocineros.

—Cierto. De aquí han salido muchos, verdaderos artistas. Como sabrá, antes no había Escuela de Cocineros. Ahora hay escuelas para todo. Éramos los dueños quienes enseñábamos a los jóvenes ese arte, aprendido a su vez de aquellas madres que sabían cocinar, como fue la mía. Igual ocurría con los camareros. Yo enseñé a mis hombres a tener el comportamiento obligado para que supieran atender a los

comensales con la necesaria clase. Si la comida es buena y los camareros se comportan con eficiencia y discreción, los clientes vuelven. Lo negativo del asunto es que cuando adquieren la habilidad necesaria, unos y otros, todos desertan para buscar su propio camino, como a mí me ocurrió. Es así como funciona la cosa. Lo importante es estar preparado para esa eventualidad. —Movi6 la cabeza y la pase6 por el local—. ¿Se fij6 en los camareros? Casi no se nota su presencia pero siempre est6n atentos a las mesas, sabiendo interpretar lo que necesita o agrada a cada cliente seg6n sus edades. Porque no es lo mismo una pareja joven que una mayor, ni tampoco quien gusta de comentar con quien prefiere estar en silencio. En general al cliente no le gusta que el camarero est6 encima. Pero cuando le necesita quiere ser atendido de inmediato.

—Paula Carballo. Desearía que la recordara —dije, enseñándole las fotos que hice en Mellid.

La contempl6 un instante. Luego me mir6 con sus ojos azules, todavía no inmunizados para las sorpresas.

—Pero hombre, c6mo no recordarla. Es inolvidable porque vino en ese a6o cincuenta y cuatro buscando trabajo de cocinera. Alguien le había hablado que acababa de abrir. Emanaba un olor a limpio y actu6 con una naturalidad que sorprendía. Le hice una prueba. Quedé admirado. No solamente cocinaba bien sino que lo hacía con limpieza infrecuente para esos a6os. Precisamente lo de la limpieza form6 parte siempre de mis exigencias y ello es una de las identidades que adornan a este restaurante. La contraté de inmediato.

—Disculpe, pero ¿c6mo podía cocinar al nivel que su restaurante requería si era una campesina? Se supone que en su casa haría platos al respecto: potaje, huevos, cosas así. Es decir, cosas sencillas, de pueblo, sin adornos.

—Un artista nace, no se hace, como sabrá. Eso vale para todo, ya sea en pintura, en carpintería o en lo que sea. Cierto lo que dice de los platos sencillos. Pero ella tenía el don del arte culinario. Solo tuve que darle unos consejos para que lo manifestara. De pescados no conocía. La enseñé platos como «filloas rellenas de chicharrones», «mero al Godello», «pimientos rellenos con cogotes de merluza» y otros. Y los postres, claro. Por ejemplo, «biscuit de higos». Aprendió rápidamente.

—¿Cuánto tiempo estuvo con usted?

—No lleg6 al a6o.

—¿C6mo era, físicamente?

—Una belleza. Como esas flores que nos sorprenden cuando vamos por el campo y las vemos entre la maleza. ¿No le ocurri6? Aquella joven impresionaba. Pero pas6 lo que tenía que pasar. Aquel conde o marqués, lo que fuera, se prend6 de ella nada más verla.

—Disculpe de nuevo, pero los clientes nunca, o casi nunca, vemos a los

cocineros.

—Ese hombre había venido varias veces y siempre ponderaba los guisos. Aquel día se empeñó en felicitar al cocinero. Ya sabe lo insistentes que son algunos. Cuando la vio, se acabó el carbón. A partir de entonces venía todos los días. La esperaba cada noche y la llevaba en uno de esos coches alemanes, suponíamos que a su casa. Y un día dejaron de venir los dos. Simplemente. Fuimos a ver qué ocurría, el porqué de su ausencia. Vivía en una huerta, cerca de la Torre, con unos parientes. No tenía padres. Solo una hermana menor que ella, con unos ojos muy grandes.

—¿Cómo puede acordarse de los ojos de esa niña? —interrumpí, consciente de lo inadecuado de la pregunta. La gente se acuerda de lo que se acuerda, y ahí no valen reglamentos.

—Cuando preguntamos por la hermana se echó a llorar con desconsuelo. Paula se había ido a Madrid con ese aristócrata. Debió de convencerla de que allí tenía más futuro. El pariente dijo algo de un buen empleo. Mi mujer intentó consolar a la niña. Cuando nos despedimos había secado el llanto pero sus ojos estaban llenos de preguntas que nadie podíamos contestar. No es fácil olvidar una mirada tan triste y tan necesitada de un afecto determinado. Aunque supongo que más tarde Paula la reclamaría y se la llevaría a la capital con ella. —Se subordinó a una pausa, que respeté con mi propia tregua. Porque esa versión corroboraba la dada por Petín y su amigo: que Paula no había ido a América. César rompió la tregua verbal—. En su momento fue una gran pérdida, no solo profesional. La habíamos tomado cariño. Espero que ella y su hermana hayan tenido una vida feliz.

—¿No se despidió? Tengo entendido que era muy simpática y que hablaba con todo el mundo.

—Es verdad. Encantadora. Quizá le dio apuro. Porque la transformamos en una mujer con estilo. No es fácil encarar una ruptura con quien nos dio su bondad. A lo largo de la vida todos hemos actuado sin pensar que quizás estábamos causando dolor. Es más tarde, cuando no tiene remedio, que caemos en la cuenta. Estoy seguro de que ella nos recordó muchas veces.

Curioso. Ese veterano restaurador decía las mismas cosas que a veces vienen a mi reflexión. También él había captado la sombra de indiferencia con que a veces nos comportamos hacia los demás mientras el viento nos zarandea. El admitirlo le honraba. Supongo que sería una de las buenas herencias que recibirían sus hijos.

—¿Volvió a verla si, por ejemplo, hubiera regresado para recoger a la hermana? —tanteé.

—Nunca volvimos a verla. Si recogió a la hermana, no vino por aquí.

Ahí había otro misterio. Paula volvió y no pudo recobrar a su hermana, que ya estaba en América. Sin embargo, no se pasó por Coral para saludar a su maestro ni, lo que es más sorprendente, volvió a Mellid para abrazar a Irene, su amiga de la niñez.

Si era tan generosa de atenciones y bondades como aseguraban, ¿por qué no lo hizo? ¿Qué se lo impediría? Omití decirle a César lo de ese viaje para no decepcionarle.

—Debo entender que en Madrid habría ido a un restaurante de este nivel.

—Pensé que la habrían recomendado a Lhardy o a Casa Botín. Pero alguien dijo que fue a un restaurante diferente.

—¿Cómo diferente?

—De verdad que no sé decirle más. Pero aquí cerca está el Casino. Allí pasan su tiempo hombres de aquellos años, algunos con estirpe y que han estado yendo y viniendo de Madrid toda su vida. —Miró el reloj—. Es buena hora para ver a algunos que tuvieron relación con aquel aristócrata.

Salí a la llovizna y a lo gris, echando de menos el confortable lugar que acababa de abandonar. El Casino está al principio o final de la calle Real, según se mire. Es un local grande, de amplio salón y sillones del nivel requerido. Gente de diversas quintas aunque predominan los de licencia antigua. Me interceptó el guarda de seguridad, bien presentado en su traje azul, ya que para acceder al local hay que ser socio o invitado. Pregunté por los que César mencionó. Felizmente había uno. Tenía el cabello cano y las cejas blancas. Estaba leyendo un libro de poemas junto a otros empeñados en misión similar. Se levantó con prudencia cuando me presenté, aportando una elegancia enraizada. Era alto y delgado, con ojos apoyados en gafas de cristales espesos. Ocupamos un sillón aparte. Después de vencer su inicial desconfianza el hombre se mostró predispuesto a verter sus recuerdos. Habló de los tiempos en que, siendo adolescente, iba con sus padres al Real Club Náutico a almorzar y veía a Franco y a sus ministros en la misma tarea. Le dejé que se desprendiera de imágenes que le venían a la memoria. No es menester mencionarlas. Y así llegamos a Paula Carballo.

—Dios mío, sí que la recuerdo. Naturalmente. Pero ¿por qué de su interés, ahora cuando ya...?

—¿Qué intenta decir?

—No, solo que me extraña que a estas alturas alguien pregunte por ella. —Movié la cabeza—. La vi varias veces en aquel local. No era un restaurante sino el hogar de la realeza, un lugar diferente, puede decirse que mágico. Estaba por detrás de la Gran Vía. En la calle Barbieri cinco.

—¿Qué era, entonces?

Emitió una sonrisa misteriosa, no exenta de melancolía.

—¿Investigador, dijo? Le dejo que siga ejerciendo sus dotes profesionales. Vuelva a Madrid y pregunte. Allí tendrá respuestas que yo no puedo darle con la exactitud requerida.

**Constanza, septiembre de 1955**

*Sábeta, Sancho, que todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas; porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien esté ya cerca...*

*DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

Habían noticiado con bombo la llegada de nuevos colonos. Decían que esa tercera expedición sería más numerosa que las anteriores y que en ella llegarían mujeres. La expectación era grande porque, además, se aseguraba que el Generalísimo Trujillo había decidido trasladarse con su familia a la localidad montañesa para dar lustre a la bienvenida. Y no solo eso. Como broche a la gran jornada, hablaban que el Benefactor estaría una semana en el lugar y que su intención era la de habilitar los medios suficientes para que se cubrieran al máximo las necesidades de los españoles.

Ya se notaba la anunciada presencia del gran mandatario. Desde fechas atrás los *bulldozer* estaban atacando el pinar para obtener más tierra. Polín y Martín veían caer colosos cargados de siglos y algo dentro de ellos se descomponía. Nunca antes habían visto derribar árboles tan magníficos, como el llamado «Ébano verde», una especie única de madera preciosa y endémica del lugar, según decían. En su pueblo y en los del entorno, los prados ya estaban desde muchos años antes. Probablemente en siglos anteriores habría habido talas para obtenerlos. Y pudiera ser que cayeran ejemplares gigantes como los que ahora sacrificaban. Pero nadie lo sabía porque no dejaron escritos testimoniándolo. Ellos siempre vieron cada cosa en su sitio, los bosques alternando con los prados y la vegetación. Y ahora contemplaban ese destruir increíble. Polín recordó la leyenda que sobre los árboles oyó siendo un rapazuelo. Esas grandes plantas, nacidas millones de años antes que el Hombre, son las que sostienen la vida en el planeta. El Creador esparció semillas por toda la tierra para que hubiera vegetación en todos los lugares y sirviera de refugio a miles de especies débiles, a cambio de quedar ancladas en el suelo. Las semillas se transformaron en árboles, siendo los únicos organismos vivos incapaces de desplazarse. Así que se estiraban hacia arriba a través de los años ganando estatura. Y aunque no podían despegarse de su yugo, cuanto más alto subieran más cerca del cielo estarían para reprochar a Dios por su injusta inmovilidad. Por eso, cuando se abatía un árbol gigante, la posibilidad de comunicación entre la tierra y el Creador quedaba interrumpida y el lamento se perdía.

Al comentar con don Manuel lo de esa tala salvaje, la respuesta les llenó de

consternación. Constanza estaba llena de aserraderos porque su economía se fundamentaba principalmente en la producción maderera.

—No hay plantaciones, zonas donde crezcan árboles para esta industria, como en otros países. Se limitan a cortar los bosques dejándolos pelados. Algún día tendrán que interrumpir ese disparate o nos ocurrirá como en Haití. —Vio la pregunta muda—. Sí, allí se dedican a producir carbón de encina o de leña, que se obtiene del quemado incompleto de la madera. Todo el mundo se dedica a lo mismo, porque no se necesita ninguna inversión ni es una actividad controlada. Cualquiera puede cortar un árbol y hacer su propio carbón. Por eso Haití es un país casi sin bosques. Desgraciadamente.

Mientras esperaban la aparición de los nuevos visitantes, les llegó la nueva de que Trujillo postergaba la visita una semana. La haría en la propia colonia, cuando los de la tercera expedición estuvieran instalados junto a los demás. Ello supuso una buena noticia para los residentes. Así, el Benefactor vería con sus propios ojos el nivel real del paraíso que aireaba la prensa, ya que la llegada de tantos agravaría las condiciones de habitabilidad de tal forma que sería imposible disimularlo con soflamas.

Las guaguas llegaron en la tarde. En la plaza central, algo alejada de la colonia, muchos esperaban, como cuando a los pueblos llegaba el coche de línea. Era un grupo numeroso, cerca de trescientos, la mitad mujeres y todas jóvenes, muchas reclamadas por los residentes. También casadas con los recién llegados y no pocas solteras familiares de ellos. Fueron recibidos por cargos públicos de los tres distritos municipales de la provincia y los párrocos de las iglesias de La Vega y Constanza. No asistieron personalidades del Gobierno, que lo harían a la semana siguiente para acompañar al Generalísimo, lo que dejaba claro que ellos no eran ya materia de atención para esos dignatarios sino solo una oportunidad para reiterar su lealtad al todopoderoso gobernante.

Tras los discursos y la misa, todos fueron a la colonia. Polín vio los mismos gestos de desilusión que ellos debieron de poner al llegar, sobre todo en los rostros femeninos. A pesar de saber cuántos llegaban, las autoridades no habían forzado el ritmo adormilado de la ampliación del asentamiento. Las casas construidas eran insuficientes incluso para cumplir adecuadamente con los emigrados anteriores. Así que todos, nuevos y antiguos, tuvieron que apelotonarse, esta vez sin consideraciones en cuanto a los casados, lo que motivó numerosas discusiones y que el trasiego durara toda la noche.

Habían viajado en un trasatlántico llamado *Auriga*, perteneciente a una línea regular italiana que rendía viaje en Caracas y no tuvieron experiencias como la suya ni en cuanto al buque ni a la alimentación. Al oír mencionar la ciudad venezolana, Polín volvió a recordar a José Luis y tuvo que aceptar que el castellano estaba

acertado en su desconfianza. ¿Qué podrían hacer si la cosa no funcionaba definitivamente?

La colonia funcionaba como un gueto, lo que comprobaron cuando algunos intentaron salir. Debían hacer petición previa al capataz, un inmigrante nombrado sin consenso y perteneciente a la afortunada primera expedición. Después él pasaba el escrito al director, funcionario de la Oficina de Asesoramiento de Emigrantes, quien daba o no el permiso. En realidad pocos tenían razones para hacer salidas del poblado. ¿Adónde iban a ir, sin dinero, ni medios y sin conocer a nadie a quien visitar? Algunos, que tenían parientes o conocidos en la capital o en las colonias de Baoba, Azúa, Duverge y otras, fueron autorizados bajo condiciones estrictas. Deberían llevar su documentación, el salvoconducto y atenerse fielmente a las fechas marcadas. El viaje lo realizaban en cualquier camión que fuera a esos lugares. Los conductores no rechistaban cuando los de la Patrulla de Vigilancia les imponían su traslado. Ir al pueblo concreto de Constanza no requería de permiso.

Por esa manera de vivir, rutinaria y de reclusión, la presencia de tantas mujeres trastornó la colonia. Los desparejados miraban a las llegadas con la mezcla de añoranza y deseo que tuvieron todos los hombres a través de la historia. Llevaban meses observándose rutinariamente a sí mismos y a las pocas mujeres casadas de la primera expedición, por lo que el ver a todas esas jóvenes nuevas les causó conmoción. Las había de toda condición física, algunas merecedoras de especial admiración. Tal ocurrió con una muy joven que, para sorpresa de Polín, llenó la mirada de Martín con un fuego renovado. Tenía estatura mediada, cabello negro y grandes ojos verdeazulados abiertos de par en par, como deslumbrados por el exótico paisaje. Llegó con una hermana casada y otra soltera con novio, y formaba parte del grupo no escaso de gallegos de diversa procedencia. Polín fue insensible a ese despliegue de promesas porque su latir interno estaba ocupado por aquel imborrable compañero de travesía, el castellano efímero que buscaba su horizonte más allá de la extraña tierra. No sería fácil reemplazar el recuerdo que a veces le atosigaba y no veía a nadie en la colonia capaz de suplantar su imagen.

Ya esa primera noche las mujeres se vistieron con pantalones, que les protegía del frío y que evitaba el incremento de palpitations en el elemento masculino. Sin pretenderlo, esa medida supuso un atisbo de cambio y modernidad para todos, ya que en España ninguna mujer se había atrevido a usar pantalones por ser una práctica contraria a la religión católica y a la moral imperante.

La colonia estaba dispuesta para la visita del Generalísimo desde la semana anterior, pero en los días siguientes se acentuaron los trabajos de parcheo, limpieza y pintura para disimular las deficiencias estructurales de las casas. A los responsables no les pareció que el parque brillaba lo suficiente, hecho en el que todos coincidían porque no era fácil ocultar la fealdad del conjunto. Parecían dudosos de que Trujillo



diera conformidad a los medios puestos en ejecución para la acogida digna de los colonos. Un sentimiento que también estaba en el ánimo de la mayoría de ellos, para quienes lo recibido no solo era inadecuado sino insuficiente. Solo les habían proporcionado casas ramplonas y les daban una subvención alejada de la prometida. La única calle, terrosa y de casi un kilómetro, fue barrida una y otra vez y se repasaron los macizos de plantas y macetas de flores colocados profusamente entre las casas. Pero no fue posible conseguir la alineación de las mismas y ocultar su mala construcción, algunas con las paredes irremediabilmente inclinadas.

El director de la colonia se encargó de transmitirles la recomendación de que no atosigaran al Benefactor con pedidos o quejas porque podría ser peligroso para los reclamantes. Ello causó estupefacción, cuando no inquietud, a los cientos de residentes. ¿Cómo no se iban a quejar, si nada de lo prometido se había realizado, si vivían apelotonados y con más estrechez que la que dejaron en sus lares de origen? ¿Y qué era eso de la peligrosidad? ¿Mostrar sus carencias suponía un delito? Pero eran gentes venidas de una dictadura y los tiempos vividos les habían obligado a practicar la autocensura y la precaución. Porque estaban en otra y, según iban sabiendo, nada tenía que envidiar a aquella. No eran pocos los rumores que les llegaban sobre personas desaparecidas y las violencias de los militares. Al fin, según razonamientos de una mayoría sensata o temerosa, no habían pagado nada, ni una sola peseta que ahora estuvieran en derecho de reclamar. Hasta el momento, aunque no les faltaban razones para calificarlo como una gran estafa de esperanzas, solo habían perdido tiempo, algo fácil de recuperar por su juventud. Los avatares de los viajes y la escasez que sufrían podían darlos como parte de las pruebas exigidas por la vida.

Ahora todo estaba preparado, con un barullo de autoridades relumbronas y nerviosas esperando a la entrada desde la amanecida, mientras una muchedumbre entusiasta se agitaba tras las barreras de protección. Pocos aldeanos habían visto al Benefactor en persona y ahora tenían la ocasión de observar por sí mismos el nimbo que decían rodeaba su cabeza. Los colonos reconocieron al delegado de Inmigración y al inspector de Emigración que les arengaron a su llegada al país. Destacaban figuras ventrudas intentando disimular su fofez en brillantes uniformes inundados de medallas. Supieron que los más relevantes eran el jefe de la Región Militar de La Vega, el gobernador de la provincia, los alcaldes de La Vega y de Constanza, los sacerdotes de las iglesias de ambas localidades, el comandante del aeropuerto militar y el del cuartel del Ejército, antes de la Guardia Nacional. Todos rodeados por una guardia militar de gala y por una nutrida representación de gente importante de la comunidad, con el alcanfor resbalando por sus ropajes. Sin duda que para esos conspicuos munícipes resultaba un acontecimiento notable que el Perínclito apareciera por esas cumbres para dignificar con su presencia el nuevo hogar de esos

agricultores afortunados. Pero no estaban allí por ellos sino por imposición de sus deberes para con el Generalísimo todopoderoso, a cuyo ojo vigilante nada escapaba, y para salir en las fotos testimoniales del acto.

El avión presidencial había aterrizado al atardecer del día previo en el aeropuerto de la localidad, que Trujillo hizo construir durante la década anterior. El Benefactor había partido de inmediato con su séquito en la batería de automóviles que le esperaban. Iba a pernoctar en la *suite* presidencial del flamante hotel Nueva Suiza, a unos kilómetros de allí, inaugurado en junio del año anterior mientras visitaba España y reinaugurado a su vuelta en olor de multitudes. La prensa reiteraba que Trujillo era un hombre impaciente, que apenas dormía, y que deseaba transformar rápidamente el país para elevarlo al nivel de Cuba, cuando menos. Si la isla Siboney se reputaba como «la Perla del Caribe», la República Dominicana tenía motivos para quitarle ese puesto ya que, además de poseer playas hermosas en el oriente, tenía algo único en el archipiélago: la zona alta central, con montañas desafiantes y montes vestidos de verdor salpicando valles boscosos rezumantes de ríos. Ahí estaban los picos más altos de las Antillas, como el Trujillo y el Alto de la Bandera, que alcanzaban los tres mil metros. No tenía nada que envidiar al país de los Alpes. Su propósito era crear una red de hoteles de lujo y singulares, con titularidad y fondos del Estado y al estilo de los que vio en España, para atraer los miles de turistas que se perdían en otros paraísos. El Nueva Suiza sería uno de los que jalonarían los caminos de la modernidad, junto con otros imponentes, ya en funcionamiento, como el Jaragua y el Embajador, ambos en Ciudad Trujillo; el Matún, de Santiago, y el San Cristóbal, en la ciudad del mismo nombre. Solo su iniciativa estaba consiguiendo que el país saliera del secular atraso.

Aún las últimas sombras húmedas forcejeando en los lejanos picachos, cuando una riada de lujosos automóviles, negros y brillantes como el azabache pulido, apareció con lentitud protocolaria y se detuvo frente a la colonia. Trujillo testimoniaba su costumbre de levantarse en la madrugada y poner en marcha a todo el mundo de su entorno. El coche de cabeza, un Cadillac según murmuraron los entendidos, llevaba en la parte frontal, tapando la matrícula, una placa con el escudo de la Nación y las letras «Benefactor de la Patria». Solícitos uniformados abrieron las portezuelas y fueron saliendo hombres y mujeres bien atendidos de flamantes atuendos. Trujillo no llevaba chaqueta de faldones como la anterior vez en Palacio, pero sus ropas eran igual de impecables. Se adelantó y fue cumplimentado por las autoridades con los formulismos de rigor a la vez que atronaba un griterío enfervorizado. «¡Jefe, Jefe!», repetía la multitud, el eslogan adoctrinado. La dama que lo acompañaba, vestida de blanco y con un vaporoso tocado a juego, era su tercera esposa: María Martínez Alba, llamada La Española, y detrás su hermano, el presidente Héctor Bienvenido *Negro*. Junto a ellos, los hijos del mandamás: Rafael

Leónidas, a quien llamaban Ranfis, a la sazón general de Brigada y jefe de la Fuerza Aérea a sus veintiséis años; la jovencísima María de los Ángeles Corazón de Jesús, de dieciséis, que todos conocían como Angelita, y Leónidas Rhadamés, el menor, de catorce.

Los responsables de la colonia saludaron servilmente al Perínclito, que no les dio la mano, y luego avanzaron con él y la blanca dama, un paso por detrás, mientras explicaban las características de lo realizado. Los españoles estaban situados a lo largo de las casas contemplando lo que no dejaba de ser un espectáculo deslumbrante y novedoso para la mayoría. Si bien algunos recordaban haber visto actos similares en los «Nodo» que se exhibían obligadamente en los cines de la lejana patria, aunque con otro intérprete de parecidas trazas. Trujillo pasó al interior de algunas casas y a sus zonas traseras, inspeccionando en profundidad y haciendo preguntas a los colonos, que respondían entrecortadamente mientras su ayudante personal tomaba notas en una agenda. Los del séquito canjeaban comentarios elogiosos afirmando continuamente con rostros llenos de un convencimiento que no mostraba el Jefe, quien, como ya ocurriera aquella mañana de junio en el Palacio, se detuvo a preguntar a algunos de los inmigrados, hombres y mujeres, tomándose tiempo en el análisis. Y de nuevo fue captado por las presencias de Martín y Polín. Se paró ante ellos con una expresión que podría ser interpretada como muy amistosa aunque los asturianos, por lo oído desde tiempo atrás, no las tenían todas consigo.

—Hombre —exclamó jovialmente—; ustedes. Los dos hermanos.

Les dio la mano, lo que motivó un intercambio de miradas entre los del grupo acompañante.

—Cuéntenme, ¿cómo es que les va?

—No bien, General —dijo Martín, imponiendo un silencio sorpresivo entre la empingorotada comitiva mientras Polín volvía a comprobar que a su hermano le desaparecía la mudez en los momentos precisos.

—No les gustan las casas, supongo. Ya otros se quejaron. A mí tampoco me satisfacen. No es lo que yo quería.

—No ye eso, General. Ye el trabajo. No hay tierra. Queremos ganarnos la vida, aportar nuestro esfuerzo. Tamos aquí pa trabayar. Pa despertar esta tierra.

Trujillo le miró fijamente. El asturiano estaba en mangas de camisa y, como la vez anterior, su formidable figura le llenó de perplejidad. Luego se giró, dio unos pasos y pasó a contemplar con semblante reflexivo la larga fila de mujeres, hombres y niños venidos de tan lejos. Polín miró en la misma dirección y volvió a sorprenderse al ver a tanta gente enmudecida e inmóvil observando hipnóticamente al Generalísimo, algunos con expresión de bobales. ¿Tendría él el mismo gesto? Miró a los acompañantes del mandatario. Sus ceños definían su desaprobación. Como la otra vez, el gañán español se había sobrepasado, quizá no tanto en su petición como en su

falta de respeto. ¿Cómo presentarse ante Su Excelencia con esa descuidada vestimenta e interpelarle de forma tan ruda?

Rafael Leónidas Trujillo, el Padre de la Patria Nueva y Doctor Honoris Causa por la Universidad del país, Generalísimo de los tres Ejércitos nacionales y Dictador por la Gracia Divina, se volvió a Martín y todos esperaron la estocada verbal castigadora.

—¿Cómo dices que te llamas?

—Martín Fernández Llanera.

—Tienes coraje, hombre del norte. Tendrás tu tierra.

## Gijón, noviembre de 2005

El hotel Asturias de Gijón está en la Plaza Mayor, a cinco metros del Ayuntamiento. Siempre que voy a esa ciudad procuro almorzar en su restaurante. No solo por el buen menú, sino porque tiene una vista agradable del recodo ajardinado donde se inicia la playa de San Lorenzo. Recoge el sentimiento profundo de aquellos asturianos que hicieron de la península de Cimadevilla su hogar. También, y no es menor el motivo, porque aquí se rodó *Volver a empezar*, la primera película española que obtuvo un Oscar, lo que hizo justicia al buen hacer cinematográfico de José Luis Garci. Por sus paredes aún desfilan las sombras de esos grandes actores desaparecidos.

No tenía nada que hacer en Gijón. Mi paso por allí obedecía al propósito de no ir directamente a Madrid desde Galicia. Buscaba el despiste de los sicarios yendo por una ruta alternativa, como lo intentado por Élido.

Saludé a Dolores Escudero, veterana empleada de dulce sonrisa y mirada soñadora. Nunca se olvida de hablarme de su madre, de sus hijas y de su pasión por la lectura. En el diáfano salón ocupé una mesa junto a uno de los ventanales. Por la hora no había mucha gente pero yo sabía que terminaría llenándose, como también el situado en el piso superior. Procuro colocarme siempre de forma estratégica en cualquier lugar, para abarcar las salidas. Es deformación profesional y me da buenos resultados. Saqué mi libreta y mientras escribía notas observé con disimulo, un ojo aquí otro allá. Llegaba gente diversa, que iba situándose en las mesas.

Los vi entrar, sin mirarlos directamente y sin que ellos lo hicieran. Dos hombres jóvenes, robustos, inconfundibles para olfatos pesquisidores como el mío. Uno de ellos era el que indagaba en la recepción del Hospital Da Costa cuando lo abandoné. El mismo que acompañaba al que no rompí el brazo en Figueras. Resultaba una sorprendente falta de previsión por su parte. Se sentaron cerca de la puerta, lo que mostraba su buen oficio. Lo hicieron ocupando dos lados contiguos de la mesa, no uno enfrente del otro. No me miraron. No hacía falta. Sabían que me encontraba allí. Como yo, tendrían vista periférica. Me estaban observando sin necesidad de dirigirme la mirada. Volví a maravillarme de la eficacia de esa organización acosadora. Habían perdido tres miembros en unos pocos días, pero allí estaba el relevo para cumplir con la tarea de aniquilarme. Élido acertó. Tenían establecido un sistema de vigilancia exhaustiva. Significaba que disponían de grandes recursos y medios. Esos dos harían lo posible para no ser burlados como sus compañeros. Así que no tenía opción. Además, ya estaba suficientemente cabreado.

Me comporté como si no hubiera reparado en ellos. Entre tanta gente no harían exhibición de violencia, pero sí en cuanto saliera. Me guardé la libreta, racionando

mis movimientos. Empecé con el primer plato. Les vi pedir los suyos a otra camarera, quien poco después les llevó agua embotellada. Dejé con disimulo el importe de la comida y la propina bajo la servilleta. Cuando empezaron a masticar su primero, me levanté, dejando el plato a medias. De forma despreocupada me dirigí hacia donde estaban, sin ponerles ojo. Daba por seguro que la organización me habría investigado y no tenía dudas de que esos dos estarían alerta. Pero era probable que no imaginaran lo que posibilita haber sido profesor de judo con el gran maestro Ishimi y cinturón rojo 6 Dan en ese arte marcial. Al llegar a su altura golpeé a uno en el cuello con el canto de la mano. Se derrumbó sobre la mesa causando gran estropicio. Noté el silencio y la estupefacción adueñándose de la sala. El segundo intentó levantarse. Mi patada fue más rápida. Rodó con su silla y buscó recuperar la vertical. Le pateé la garganta, dejándole inconsciente. Me volví al primero. Estaba desorientado pero su inercia mental le hizo llevarse la mano a la cintura. No le di tregua. Quedó fulminado, haciendo juego con el compañero. Para entonces el griterío era grande. Mucha gente corría despavorida, buscando el escape por la puerta o por el fondo, donde está el paso que comunica con el hotel.

—¡Llaman al cero noventa y uno, ahora! —grité a las camareras—. ¡Hombres armados!

La policía llegaría en unos minutos. Me incliné e indagué rápido en sus cuerpos contundidos para comprobar. Llevaban la pistolera en la parte dorsal del cinto. No las toqué. Miré en la billetera de uno. Agente de joyería de la misma empresa malagueña que los atacantes de Figueras. Mi sagacidad no había fallado. Y era muy probable que en la Plaza Mayor, al otro lado de la puerta, algún sicario más estuviera esperando. Reintegré las carteras, retrocedí y busqué la salida lateral, una puerta estrecha que da a la calle donde están los tres grandes cubos verdes para las basuras. El cielo estaba henchido de lluvia contenida. Crucé y caminé por la calle Cabrales. Llegaban coches policiales con estridencia. El mío estaba aparcado en esa calle, en la zona que hay a espaldas del Ayuntamiento. Justo enfrente de Campo Valdés, donde la estatua de César Augusto parece mirar más allá de los mares. Había sacado el tique para el tiempo máximo. Preferí dejarlo ahí y no en un aparcamiento donde sería fácil una emboscada. Miré los automóviles cercanos, indiferente al guirigay proveniente del hotel y a la expectación de los transeúntes. Ninguno tenía gente dentro. Entré, lo puse en marcha y salí de allí sin dejar de mirar por el retrovisor. Nadie me seguía.

Un rato más tarde circulaba por la autopista hacia Oviedo, camino de Madrid. ¿Quién era ese Ángel Álvarez que alguien quería muerto? ¿Quién tan importante que una asociación de criminales intentaba impedirlo, en esta ocasión a costa de mi eliminación física? Sin duda que después del incidente de hoy y del de La Coruña yo estaría siendo muy popular entre esa banda de facinerosos. De todas maneras iba más aliviado por el hecho de que esos dos trabajaran en la misma empresa malagueña que

los de Figueras, y no en otra. Significaba que aunque fuera un grupo internacional solo había una rama española, quien por lógica tendría autonomía para sus casos. Así que solo debía contender con una dirección, lo que me daba esperanzas de conseguir la solución conveniente.

**Constanza, septiembre de 1955**

*No te des por vencido, ni aun vencido,  
no te sientas esclavo, ni aun esclavo...*

*PEDRO BONIFACIO PALACIOS*

A los pocos días de la multitudinaria visita de Trujillo el cambio fue total para muchos de la colonia. El director les informó que habían procedido sin demora a la incautación de propiedades a campesinos y latifundistas para dárselas a los colonos. Tomaron la decisión tras estimar que de no hacerlo seguirían teniendo las mismas pobres cosechas, ya que los actuales agricultores no tenían conocimientos para mejorarlas ni deseos de aprender, aparte de su repugnancia a un trabajo ordenado y constante, lo que era peor. Además de que los terratenientes parecían contentarse con las pocas ganancias. No había tiempo para más dilaciones. El Gobierno quería dar impulso al gran proyecto comprometido, lo que significaba atajar por lo sano y sin contemplaciones.

No era algo a lo que los españoles pudieran oponerse. En el fondo comprendían las razones porque las tierras estaban casi improductivas por la negación general al trabajo. Y habían escuchado las canciones que circulaban tendentes a resaltar lo malo que era el practicarlos. «Que trabaje el blanco, que es un pendejo», señalaban con jolgorio. Así que la mayoría aceptó la situación con alegría. De la noche a la mañana casi todos los lugareños con tierras habían desaparecido. Corrió el rumor de que los militares ahorcaban a los que intentaban prestar resistencia. Dejaron sus bohíos, se llevaron sus hijos, sus gallinas, sus míseras pertenencias, y se eclipsaron.

—¿Qué ye eso de que los ahorcan? —preguntó Polín a don Manuel—. No será verdad.

—Lo es. Tenedlo por cierto. Aquí la vida y la propiedad privada están subordinadas a los proyectos del Jefe. Para las grandes obras públicas se hacen levas por los pueblos y se expropián fincas, todo a la fuerza, sin indemnizaciones y sin que nadie proteste porque saben a lo que se exponen. Manda el progreso general y según esa filosofía sale ganando el país y por añadidura el conjunto de ciudadanos. Los vagos dejarán de serlo para transformarse en obreros dignos. Es la regeneración del país y de sus gentes, y el Jefe tiene claro que es algo que no puede someterse a discusión. A su juicio, la mayoría del pueblo vive en la barbarie y en la bestialidad. Carecen de raciocinio para saber lo que les conviene. Claro que es brutal lo hecho a esos campesinos, pero no es excepcional. Ha venido ocurriendo en todos los países a través de la historia. Todos los dirigentes, y más los dictadores, saben que es la única



forma de cumplir con las exigencias del desarrollo.

A pesar de la medida no había tierra para todos, por lo que hubo que efectuar sorteo de las propiedades incautadas, una vez eliminados los anteriores límites y fijado las nuevas demarcaciones. Martín y Polín recibieron cincuenta tareas de esas fincas para los dos, con la promesa de que más adelante les darían otra parcela igual. Pero ante el asombro y disgusto del director, Martín se negó a ocuparla.

—De forma expresa el Generalísimo Trujillo dijo que diéramos prioridad a ustedes dos. No han entrado en el sorteo como los otros. ¿Quieren desobedecerle? ¿Saben a lo que juegan?

—No ye desobediencia. Queremos labrar tierra nueva. Denos de las que han salido de las talas. Y los aperos pa trabayalas.

—¿Por qué? Las que saldrán del deforestado serán indómitas y requerirán un gran esfuerzo para ponerlas en situación. Es más fácil trabajar sobre tierra preparada.

—No queremos dejar a nadie sin su tierra.

—Pero, hombre, casi todas son de terratenientes que nada hacen por mejorarlas. El expropiarlas es para el bien de ustedes y del país.

—Échanles de su tierra. Quédanse sin nada.

—Como que son ustedes exigentes y no comprenden. Esos campesinos malviven y malvivirán en tierras que nunca serán suyas. Por eso están ustedes aquí. Se han creado varias colonias y se crearán más, y eso supondrá que no podamos atender a tiempo todas las necesidades. Son ustedes miles de gentes. —Hizo una pausa para ver si su razonamiento había calado. Quizá sí en el más joven, pero el grande, que era el señalado, mostraba inflexibilidad en su gesto. La madre que lo parió—. Bien. Tendrán la tierra que piden, pero deben arreglárselas con lo que hay. Sin aperos. Llegarán cuando lleguen.

De nuevo el absurdo. ¿Cómo podía justificarse la falta de recursos por el hecho de ser muchos? Estaba claro que el proyecto iba realizándose sobre la marcha, sin haberse organizado previamente aun conociéndose la cantidad de inmigrantes contratados. Los más templados no porfiaron al comprender que allí vivían de la improvisación, lo que era clara herencia de la Madre Patria. Quejarse no aportaba soluciones.

La parcela cubría algo más de tres hectáreas, contenidas en un rectángulo de unos trescientos por cien metros arrimado al bosque. Un terreno enorme que antes fue parte de esa arboleda y cuyo aspecto Polín siempre recordaría. La castigada superficie atestiguaba la dolorosa matanza de árboles centenarios y la desigual batalla habida entre el vegetal y el hierro. Los tractores se habían llevado luego los troncos dejando el suelo como un campo bombardeado. Sobresalían muñones de raíces, todavía con vida, entre restos de broza y hierba, y regueros de aceite chorreados de las máquinas. Era un paisaje desolador, que invitaba a la deserción. Polín miró a su hermano y

nunca olvidaría su gesto impávido ni el nuevo e inédito discurso.

—Esta ye una tierra dormida, nuestra tierra. Nunca hemos tenido tanta. No importa cómo ye ahora sino cómo tará cuando la trabayemos. Si antes tenía vida, respirará otra vez. Y si no, daremosle una nueva y ella florecerá con los frutos que deseamos.

Estaba allí plantado, grande y único, destacando de la tierra castigada como si fuera un árbol sobreviviente de la matanza. Era una imagen tan magnífica que Polín notó que se le conmocionaba el alma. Y supo que, pasara lo que pasase, nunca olvidaría ese momento.

**Madrid, diciembre de 2005**

El inspector Rodolfo Ramírez podía ahora pasear por el despacho sin bufar gracias a su régimen alimenticio. Me escuchó con atención, haciendo preguntas puntuales. Le conté todo con algunos cambios y a excepción de la confidencia de Élideo García, ocultando que me quedé con sus cosas. Completé el discurso con la entrega de las bolsas birladas a los primeros asesinos, con todo lo que les requisé. Por supuesto, también las armas. Pero no el dinero. Decidí quedármelo al recordar a John Fisher y su filosofía sobre lo hallado al registrar delincuentes<sup>[1]</sup>. Alguien tenía que pagar los gastos que sus acciones me estaban produciendo.

—Joder, te pasan las cosas más curiosas —dijo, después de mirar concienzudamente los documentos y las armas.

—Es lo normal cuando se andan los caminos y no se barrigonea en los despachos.

—Eh, eh, alto ahí —dijo, levantándose y señalando su abdomen plano. Había recobrado hace tiempo su magra figura y su aspecto musculoso—. ¿Yo barrigoneo? ¿Ves aquí algo desmandado?

—No, pero en tu rutina no hay cosas sorprendentes. Las traemos otros para que sepas que el mundo es ancho.

—Lo tuyo no es muy normal —opinó, ya sentado—. Lo de esos dos tipos en Figueras, donde dices que empezó todo... Espero que no me estés ocultando nada.

—Te he dicho lo que ocurrió allí.

—¿Qué hacías tú en esa carretera a esas horas?

—Llegaba por la costa desde Llanes, de la residencia de Rosa, camino de Lugo. Uno de mis casos.

—Y te encontraste con ese fregado.

—¿Te lo repito?

—Dices que los coches cayeron al mar.

—Exacto. Estaban en terreno muy deslizante y de pronto se precipitaron abajo por su propio peso.

—Sorprende que te diera tiempo a hacerte con los bolsos de esos dos y no con el del muerto. También él tendría uno ya que dijiste que no llevaba documentos encima.

—Sucedió cuando dejé al herido en mi coche. Los otros se movían ya hacia el precipicio. El Audi estaba más cerca. Tenía las puertas abiertas y vi los bolsos —dije, el desparpajo hecho hábito—. Me dio tiempo a cogerlos. Con el coche del venezolano no tuve oportunidad.

—¿Cómo sabes que no llevaba nada encima?

—Me lo dijeron los médicos en el hospital. No soy adivino.

—Bien. Quieres que averigüemos por qué esos tíos intentaron mataros a ti y al

venezolano y por qué fueron por ti cuando él la palmó. Y esclarezcamos lo de Coruña y Gijón.

—No. Creo que el venezolano debió de meter las narices en algún secreto importante y los otros trataron de impedir que pudiera divulgarlo. En cuanto a mí, creerían que me habría chivado el secreto cuando le llevé al hospital. Pero no me importan sus motivos. —Era una verdad a medias—. Lo que quiero es que me los quitéis de encima. —Le miré, buscando incomodarle—. ¿Y qué es eso de esclarecer? No hay nada que aclarar. ¿Es que no escuchas? Te he dicho lo que ocurrió en Burela, Coruña y Gijón. Esos tipos venían por mí. Investigadlos. Mirad en la empresa que trabajan. Desenmascaradles.

—Cálmate, amigo. ¿Dónde está tu sentido de la ecuanimidad?

—¿Ecuanimidad? Intentan matarme. ¿Lo entiendes? Quiero que no hagas preguntas de policía de tercera y que vayas al grano. Y el grano es esa espada sobre mi cabeza.

—¿Te contó algo aquel venezolano? —dijo, después de tomarse un tiempo para mirarme como si no me hubiera visto nunca.

—No. Pero son cosas que no se pueden razonar con los sicarios. Ellos no se andan con hostias. Su credo es el de eliminar testigos, no dejar cabos sueltos. Además, me habrán tomado especial tirria por sus fracasos.

—Me consta. Pero te seré sincero. En todo lo que has contado no hay pruebas para proceder formalmente contra esos tipos. Ningún testigo del ataque de Figueras. Lo de La Coruña no es sostenible para una acusación. Esos dos fulanos estaban en su coche y no agredieron a nadie. Los habrán dejado ir sin cargos después de prestar declaración. Y no digamos lo de Gijón. Ahí pueden acusarte incluso de haberles agredido. Y en cuanto a las pistolas, los papeles dicen que son vendedores de joyería. Tienen las licencias para llevarlas.

—No las llevaban como los joyeros sino como los pistoleros o los policías. En la cintura, preparadas.

—Eso no puedes demostrarlo, aunque te creo.

—Y no llevaban ningún muestrario. No se puede trabajar con joyas sin llevar muestras.

—¿Lo comprobaste, miraste en el maletero?

—Esas cosas de tanto valor no se llevan en el maletero.

—Pero dijiste que el coche cayó al mar sin apenas darte tiempo a sacar sus bolsos.

—Debería haber estado junto a los bolsos. Lo hubiera cogido en el mismo acto —aseveré, haciendo que la mentira de mi acto tuviera la convicción de la verdad. Porque era cierto que no hubo muestrarios—. ¿Y qué me dices de los silenciadores? ¿Los joyeros los usan?

—Claro que no. No tengo dudas de que son criminales. La cuestión es demostrarlo. Tendrán su coartada.

—Quisieron matarme, amigo —dije, levantándome y proyectando hacia él mi intensidad—. Volverán a intentarlo.

—Lo creo. Pero no puedo ponerte vigilancia. Tendrás que apañarte solo, algo que para ti no es problema. —Sonrió, tratando de animarme—. Y aunque no hay base para una investigación oficial, indagaré sobre esos capullos y su empresa. Veré que comparezcan los de Figueras y pediré las declaraciones que se supone habrán hecho a la policía los de Coruña y Gijón. El comisario necesitará esos informes. Te mantendré informado de todo. Es lo único que puedo hacer de momento. —Se levantó y me acompañó a la puerta—. En cuanto a lo del coche despeñado, déjame que te diga. Creo que no cayó solo. Tú lo tiraste al mar.

—Qué barbaridad. Las cosas que se te ocurren. ¿Por qué piensas eso?

—Porque es lo que yo habría hecho para que no me persiguieran.

—Vaya. ¿La policía actúa así?

—No. La policía los habría detenido. Y el coche habría quedado a salvo con todas sus pruebas.

—Amigo, creo que deberían hacerte comisario. Con esa cabeza podrás llegar incluso a ministro del Interior. Pero las cosas sucedieron como digo. El coche se deslizó y cayó al precipicio —dije, con tanta convicción que hasta yo me lo creí.

**Constanza, meses finales de 1955**

*Estrella, estrella,  
que contemplas cien mundos a la vez,  
¿dónde está, di, la postrimer doncella?*

RENATO LEDUC

Había que limpiar a fondo, rastrillar y nivelar la superficie. Las herramientas disponibles eran dos pequeñas azadas, un hacha, una pala y los machetes. Se pusieron a la obra. Arrancaron las grandes y pesadas raíces una por una, y las fueron quemando en el mismo sitio del desenterramiento. Con las ramas y plantas hicieron montones, que también condenaron a la hoguera. Escarbaron el terreno nunca ocupado por los árboles y sacaron piedras de muchos tamaños, tantas que con ellas construyeron un muro en un extremo. Taparon los profundos hoyos, arrastrando la tierra. Días y días sin parar desde los primeros temblores de luz hasta que llegaban las sombras. Sin gasto de palabras ni de quejas, sabiendo la mucha tarea a realizar. Caían en la cama tras saludar apenas a los compañeros, que les miraban con una mezcla de envidia y sorpresa. Ellos no habían sido favorecidos y seguían esperando su tierra, pero cuando la tuvieran quizá no se darían esas palizas.

A veces, cuando hacían pausas en las fatigosas jornadas para comer algo, Polín miraba a su hermano. Su fortaleza le estimulaba, pero durante esos silencios notaba su oculto sufrimiento dentro de sí, como si tuvieran conexión de siameses. Desde muy niños tenían esa unión misteriosa que trascendía el hecho de haber compartido el mismo vientre materno. Era algo fuera de lo corriente, como si poseyeran un órgano interno emisor de señales que actuaba en las ocasiones en que la normalidad se alteraba en uno de ellos. Martín parecía de hierro. Pero desde que llegaron a América, cuando apuntaba su perfil hacia el este, Polín sabía que pensaba en el hogar lejano donde ninguna esperanza parecía fructificar.

El terreno ya estaba limpio y allanado. Ahora debían prepararlo. Se construyeron un arado con un tronco de guayaba, árbol frutal y frondoso de buena madera que crecía en las proximidades. Y pidieron que les facilitaran un animal. Les entregaron un mulo coceador, casi salvaje. Al parecer, desde la capital habían mandado mulos domados y, como pasara con los muebles, durante el camino alguien los cambió. Era una muestra de la gran necesidad que había en el país pues, según decían, Trujillo había hecho ahorcar al mal constructor de las casas de la colonia y también a los que se beneficiaron con el mobiliario.

—Si eso es cierto, parece que algunos no escarmientan en cabeza ajena —señaló

Polín a don Manuel.

—La necesidad obliga —aseveró el maestro—. Además, evidencia la corrupción instalada en esta República.

—Deberían seguir el ejemplo de Trujillo.

—Precisamente es lo que hacen. Él es el primer y gran corrupto del país. Pero a él no le pueden ahorcar, como hace con esos pobres miserables.

Polín sabía que no estaban allí para enjuiciar al Régimen ni para combatirlo. Su única intención era la de hacer dinero suficiente y volver a la aldea lejana para acabar con la miseria congénita de la familia. Pero el acceso a los canales del pensamiento razonado le impelía a desarrollar sus propias valoraciones. Oía que Trujillo era tan despiadado como Franco. Sin embargo, con ellos había sido razonablemente cumplidor, si no generoso. En buena lid los incumplimientos de los acuerdos no podían achacárselos a él sino a los encargados de su realización, que actuaron según el sistema corrupto imperante. Y si él creó ese sistema, había pruebas indicativas de que trataba de enmendarlo.

—No es cierto. ¿Qué pruebas? Acabar con la corrupción existente es tarea imposible. Aquí y en Lima. Cuando cosas así se convierten en forma de vida, no hay poder humano capaz de cambiarlas.

Polín encontró contradicciones entre lo que escuchaba. Al régimen de terror y corrupción que don Manuel afirmaba, otros, tan solventes como él, señalaban cosas discordantes. Al parecer, las mujeres tenían reconocidos sus derechos civiles desde quince años atrás, algo que en España no existía. Y, entre otras mejoras, Trujillo había dictado órdenes para que todos los ciudadanos dejaran de ir descalzos y que todas las casas, tanto de ciudades como pueblos, se pintaran por fuera, corriendo el Gobierno con el costo de las familias más pobres.

—Es lo que pregonan los voceros del sistema —señaló el maestro—. Pero no dicen que Trujillo es el dueño de las fábricas de calzado y pinturas, con lo que esas órdenes le proporcionan enormes beneficios. Aparte de ello, ¿ves a los campesinos calzados, a las mujeres decidir, las casas de los pobres pintadas?... No. Convéncete, muchacho. No dejes que tu inocencia te perturbe. Este régimen es peor que el de Franco. Nuestro dictador llegó después de una guerra civil. Trujillo no salió de ninguna guerra entre dominicanos.

Cuando lo comentó con su hermano, este le echó una mirada larga. Sus ojos estaban limpios de compromisos vanos. Resumió su parecer en una escueta frase.

—Apártate de líos.

A pesar de la fuerza física de Martín y su arte para hacerse obedecer por las bestias, demostrado en la lejana aldea, tuvo que darse por vencido con el fiero animal. Porque además del peligro que representaba, el hecho cierto es que el labrado no arrancaba. Así que desecharon el mulo y, como en tiempos pretéritos, removieron la

tierra ellos mismos, asignándose Martín el tirar del arado y Polín su conducción a remolque. Ello les supuso el destrozo del calzado, por lo que se construyeron unas sandalias con gomas de ruedas de camión, algo que todos los de la colonia terminaron haciendo.

En esas faenas estaban cuando llegó el 12 de octubre, Día de la Raza. Hubo orden de que nadie trabajara y que todos comparecieran en la iglesia para la misa, mandato que fue incumplido por los dos hermanos. Pero al cabo aparecieron los de la Patrulla de Vigilancia por la parcela. No tenían libertad para hacer lo que quisieran pues se debían a unas directrices. Tuvieron que dejar de faenar. El premio derivado de la imposición fue que Martín y la jovencísima gallega de ojos color turquesa volvieron a verse, para consuelo de la muchacha. Ya habían tenido contactos previos casuales. Así él supo que se llamaba Bea del Valle y que tenía diecisiete años. La familia estaba formada por su hermana Emilia, de veintitrés años, casada con un gallego llamado José y madre de dos niños nacidos del matrimonio. Y su otra hermana soltera, de nombre Sagrario, que llegó con un novio atractivo a quien llamaban Toño. Excepto este último, que vivía en casa aparte con otros solteros, los cuatro estaban juntos. Al ser tantos, no compartían vivienda con nadie. Sagrario, cuando no paseaba con el novio, acompañaba siempre a Bea, mostrándose inseparable de ella. Tenía veinte años y, al igual que Emilia, era poco favorecida de rostro y tenía disposición a llenar de kilos su pequeña estatura, diferencia sorprendente en hermanas porque Bea reunía rostro agraciado y figura esbelta.

A la salida del templo, Toño se acercó a los dos hermanos arrastrando a Sagrario y el resto de la familia. En el saludo, todos pudieron apreciar la atracción irreprimible que Bea sentía hacia Martín. Fue esa la razón que impulsó a Toño, lo que le señaló como hombre avisado. Dieron luego un paseo y se permitieron tomar unos refrescos en una pulpería. Era la primera vez que iban al pueblo en día festivo y ver a tanta gente acicalada les retrotrajo a otros tiempos. Polín se percató de que Sagrario no daba muestras de gran enamoramiento por Toño, o acaso las costumbres patrias actuaban de freno. También que el espigado mozo mostraba cierta displicencia hacia su novia, quizá debido a la falta de intimidad que había en la colonia. En cualquier caso nada que ver con el retraimiento de su hermano hacia Bea, cuyo origen estaba en el lejano hogar.

Al día siguiente continuaron con el labrado, Martín en el arreo propio sin interrupción. Luego procedieron a fertilizar la tierra con la gallinaza guardada, algo novedoso en el país, y finalmente la cubrieron. Había llegado el momento de la espera hasta que el terreno fuera enriqueciéndose con ese aporte.

A mediados de noviembre llegó una nueva expedición desde la capital, que no fue recibida como las anteriores a pesar de ser la más numerosa. Unos trescientos ilusionados. Como la precedente, habían sido transportados en mejores condiciones



que ellos, en esta ocasión en el buque *Ascania*, de la misma flota mercante que el *Auriga*. Ya no era novedad ver tanto emigrante, además de que muchos de los instalados no dejaban de reclamar al no haber cambiado nada en la colonia. Seguían sin tierra, viviendo de las subvenciones y generando rencores. Por eso el sentimiento general fue de sorpresa. ¿Por qué llegaban más colonos si la mayor parte de los existentes estaban desatendidos? ¿Y por qué tantos? ¿Es que la Embajada española no transmitía lo que estaba ocurriendo con la mayoría y por eso seguían llegando más crédulos con las cabezas ilusionadas, igual que ellos otrora? Empezó entonces a germinar en algunos la idea de que el asunto era un fiasco y que había llegado el momento de pensar en volver a España. Para ellos estaba claro que cuanto más gente llegara menos posibilidades de trabajo habría. Consideraron que su tiempo de prueba había terminado y decidieron cursar reclamación decidida para volver a España. La demanda fue presentada al secretario de Estado de Agricultura y Minas a través del director de la colonia. Recibieron promesa de que sus peticiones serían escuchadas pero con advertencia de que no se tolerarían manifestaciones de disgusto excesivas. La policía vigilaría los comportamientos.

A primeros de diciembre, Polín y Martín volvieron a remover el suelo y lo dejaron listo para la siembra. Habían logrado que tuviera la esponjosidad necesaria gracias en parte a su humedad natural. Fueron afortunados con el terreno porque estaba en ligera pendiente, lo que permitiría un drenaje adecuado. Tiraron cordeles para trazar los surcos y con las azaditas abrieron las hendiduras sabiendo la profundidad y distancia que debían tener para ese cultivo. Los surcos quedaron como si hubieran sido hechos a máquina. Ahora solo tenían que esperar a que les dieran las semillas para el sembrado.

La semilla ideal para los porotos era el propio tubérculo. Daban por hecho que la tierra era fértil por lo que deberían colocar cada pieza a unos treinta centímetros en surcos separados a un metro, lo que grosso modo suponían unas cincuenta mil patatas que, a razón de una media de treinta gramos por unidad, significaba unos mil quinientos kilos de producto. Sabían que cada patata sembrada producía un kilo de ellas. Sería una operación con gran beneficio, toda vez que el Gobierno se quedaba con la producción a precio de mercado. Pero ¿de dónde sacar esa tonelada y media?

—Ponga dos toneladas, señor —dijo Polín cuando se personaron en la Secretaría del Organismo—. Por las que tengan que eliminarse.

El director dijo que no había semillas y menos tantas como las solicitadas. Tendrían que esperar, como los demás.

—Tenemos cincuenta tareas de tierra limpia, la mitad preparada para la siembra —dijo Polín—. No puede esperar.

El funcionario les sugirió que hicieran rondas por las haciendas abandonadas y recogieran los desperdicios. Polín vio a su hermano entrecerrar los ojos. Significaba

estar cerca de abandonar la templanza. Se anticipó a su respuesta.

—De los desperdicios no saldría buena cosecha. Necesitamos papas sanas. Nos han traído para mejorar el campo, no para seguir la rutina de aquí.

—Lo siento, español. Es lo que hay.

—Hacemos una cosa —intervino Martín, imponiendo una pausa expectante—. Denos un crédito. Dígalo a los de la Oficina de Asentamiento.

—¿Un crédito? ¿Cómo es que piensan pagarlo?

—Con los beneficios de la cosecha —dijo, expresando la autoridad de quien confía en sus propias posibilidades.

Unos días más tarde un camión descargaba las patatas, que formaron una montaña en el borde de la parcela. Eran tantas que el examen y clasificación de las mismas se le antojó inmanejable a Polín. Les llevaría tanto tiempo que la mayor parte se pudriría. Por fortuna, los cuatro compañeros de casa se ofrecieron a ayudar a cambio de un estipendio. Aceptaron en repartirse la subvención que recibía Polín, quince centavos por cabeza cada día trabajado. No era mucho, pero sumaba a su propia subvención. Y dado que seguían sin recibir terrenos les serviría para tener ocupadas la cabeza y las manos. Los dos hermanos vivirían con el subsidio de Martín. Sorpresivamente Bea pidió sumarse a la tarea, trabajando gratuitamente, lo que evidenciaba algo más que un propósito de ayuda. Polín mostró su contento, notando que la impavidez de Martín se fisuraba ante el deslumbramiento que la joven le causaba. A José le habían asignado otra parcela, al parecer gracias a la labia de Toño desarrollada en la Secretaría de Agricultura. Y ahí estaban Emilia, Sagrario y el propio Toño para aportar su ayuda.

Con la paciencia heredada de siglos, Martín y Polín, junto a los cinco ayudantes, fueron examinando uno por uno los tubérculos. Bea se mantuvo junto a Martín durante la tarea, lo que expresaba la inevitabilidad de sus impulsos. En unos días finalizaron la labor, consistente en eliminar los no sanos y cortar las partes podridas a los demás. La cantidad inicial se redujo casi a la mitad. De inmediato procedieron al plantado, que les llevó menos de una semana, haciendo viajes a la montonera para llenar los cubos de simientes y agachándose sobre los surcos para colocarlas correctamente. Bea trabajaba con la misma intensidad que los hombres, lo que no extrañaba a ninguno de los seis, nacidos en tierras donde las mujeres participaban atávicamente en las faenas del campo. Lo sorprendente para ellos era que la grácil figura de Bea pudiera desarrollar esa ardua tarea con tan notoria predisposición y complacencia. Cuando hacían un alto para beber o descansar, todos estaban impregnados de gravedad salvo ella, que dejaba bailar una sonrisa diáfana y alentadora en su boca fértil. Fue en esos momentos que Polín capturó el convencimiento de que los muros de silencio que conformaban el carácter de su hermano serían derrumbados antes o después.

Luego llegó el tiempo de envolver las semillas con la tierra para formar los caballones y los nuevos surcos donde iría el riego. Ya hechos los montículos solo había que esperar unas semanas a que salieran las plantas. Sin necesidad ya del concurso de sus compañeros ni de Bea, ellos dos siguieron yendo a diario a la parcela para vigilar y retocar. En esas ocasiones Polín veía a su hermano mirar a su alrededor. No tuvo dudas de que, consciente o no, buscaba la sonrisa estimulante que animó la brega anterior.

Hubo un hecho de gran significación política y patriótica poco antes de la Nochebuena: la inauguración de la Feria de la Paz, en la que durante ocho meses cientos de personas trabajaron sin interrupción haciendo largas jornadas día y noche. El acontecimiento fue emitido por la radio y por la televisión y algunos en el pueblo pudieron ver cómo el presidente cortaba la cinta simbólica en presencia del Perínclito, del nuncio de Su Santidad, de los más altos funcionarios civiles y militares, y de los representantes diplomáticos de muchos países. El honorífico título de Reina del Festival de la Paz recayó en Angelita Trujillo, hija preferida del Jefe. Polín y su hermano fueron a la plaza del Ayuntamiento intentando ver el invento de la televisión. Solo pudieron oír los himnos y los discursos por los altavoces, ya que una gran multitud impedía su contemplación. Pero el dato de que pudiera contemplarse en una pequeña pantalla algo que estaba ocurriendo a muchos kilómetros causó en Polín una gran impresión. El país dominicano, según pudo ver por sí mismo y según testimonios de gente informada como don Manuel, tenía una carga excesiva de miseria y una urgente necesidad de servicios esenciales. Sin embargo disponía de televisión, algo que en España no existía. Eso denotaba modernidad, como los apabullantes coches oficiales. En muchos aspectos estaba más adelantado que su lejana patria. Significaba que había dinero en el país, aunque no fuera rico según José Luis. La prueba de ello era ese despliegue económico en la construcción de la Feria y en tantas obras públicas. Y si lo había, él y Martín tendrían oportunidades.

Unos valencianos de espíritu emprendedor habían pedido autorización para construir una pista de baile dentro de la colonia, a un lado. Obtenido el permiso, cubrieron el espacio con palos y lonas. Así, en Nochebuena y Nochevieja muchos emigrados pudieron contrarrestar el peso enorme de la añoranza pateando la tierra después de las cenas con los merengues y los pasodobles que salían de un *pick-up*, allí llamado *Vellonera*. Lo había llevado alguien de la alcaldía. Funcionaba echándole monedas, con lo que la aportación al esparcimiento hispano estaba ausente de generosidad.

Esas noches Polín y Martín cenaron en casa de don Manuel, que les enseñó los grandes titulares que llevaban los periódicos sobre la actualidad de la Feria Mundial. El maestro disponía de un aparato de radio del que salían constantemente noticias de ese evento que situaba a la República Dominicana en el centro de atención del

mundo. La noche del 24 estuvieron de charla hasta muy entrada la madrugada y luego los hermanos marcharon a su casa sin aparecer por la fiesta, que no parecía tener ganas de declinar. Los otros cuatro compañeros estaban en ella. La música esparcida desde la distancia les arrulló hasta atrapar un breve sueño antes de su inexcusable cita temprana con la parcela. Pero una semana después, en las primeras horas del año tierno, Polín se paró al llegar a la colonia tras la cena en casa del maestro. La música parecía llamarles. Porque no era una fecha más, sino el primer Fin de Año que pasaban lejos del hogar ancestral.

—Quiero ver la fiesta —dijo.

Como respuesta Martín echó a andar hacia el jolgorio. La pista estaba llena de gente y no solo española, el aire vibrando de melodías que hablaban de amor. Bailaban, conversaban y reían, las amarguras aventadas por la esperanza que siempre traen las doce últimas campanadas. Emilia y José danzaban, y también Toño, aunque no con Sagrario, que parecía muy animada hablando con otras mujeres. Polín inició unos pinitos desenfadados con quien se prestara. Martín se apostó en una silla, en un lateral, como si fuera ajeno a la verbena. Al poco Bea se le acercó, sentándose a su lado. Con amabilidad fue rechazando las propuestas de baile que le hacían otros jóvenes.

—¿Te gusta la música? —preguntó, tiempo después, temblada.

—Sí. Me gusta.

—¿No te gustaría bailar...? —ofreció.

—No sé hacerlo. Nunca he bailao.

—¿Te gustaría probar?

—No. Soy torpe. Es mejor oír la música.

Y así estuvieron hasta que la heladera nocturna puso fin a la fiesta. Pero un sentimiento llevaba sembrándose en silencio en el ánimo de Martín. Y ella volvió a notarlo.

En la madrugada del día 2, Polín se desperezó. Su hermano parecía dormir. Los cuatro compañeros prolongaban el día de los Manolos en la fiesta iniciada dos noches antes. Al igual que la mayoría, no estaban obligados de trabajos. Pero ellos dos tenían que rendir tarea unas horas después. Se abrigó bien y anduvo hasta la parcela. El frío húmedo se acentuó en la soledad. Contempló el inmenso y oscuro tapiz celeste, parpadeante de misterios fugaces. No tenía un amor a mano y sintió que los recuerdos le escarbaban dolorosamente. Le vino a la memoria el dedo de la estatua de Colón señalando un lugar que quizá no existía. Todo parecía indicar que él y Martín lo habían encontrado, ahora que las cosas parecían marchar. Los logros no eran positivos, sí las esperanzas. Pocos españoles estaban satisfechos pero no tenían desánimo respecto al futuro. Y menos en esas fechas de cambio mental. Aun así sintió que le faltaba algo. El recuerdo de José Luis le sofocó. Hubiera querido

acompañarle, compartir sus aventuras y su destino, porque ningún otro extraería de él tanto amor. Pero su hermano merecía su obediencia y respeto porque hizo de su vida un servicio para la familia, situándose el último de la fila entre los receptores de sus propios logros.

Su hermano. No era un misterio para nadie que Bea solo saciaba la mirada cuando sus ojos atrapaban su figura. Pocas muchachas tan dispuestas al amor como ella, por quien muchos bebían vientos. A él le maravillaba que esa bella moza suspirara por Martín, no porque él no fuera merecedor de grandes sentimientos sino porque era asaz extraño enamorarse de un hombre que practicaba la mudez sin ser mudo, lo que le impidió tener novia en el Concejo. Nadie comprendía que Martín mantuviera retraimiento hacia una joven que llenaría de gozo a cualquiera. Solo él sabía de la contienda que se desarrollaba en el interior de su hermano entre la imagen de la moza lejana de risa dorada, a la que pensó rendir su existencia sin ella imaginarlo, y la realidad sin puertas de esta sencilla muchacha y las promesas que sus ojos garantizaban.

Se sentó en un tronco y se dejó seducir por la fantasmagórica luz de la luna, creyendo ver en las lejanas montañas las de su tierra. Este año que empezaba no parecía como los otros. Era como si él y su hermano hubieran nacido de repente, sin pasado previo. Recordó que tuvo una sensación similar cuando embarcó en el puerto de La Coruña, meses atrás.

Navegaba por ese recordar cuando percibió una sombra. Martín. Había recibido su latido y allí estaba, en su auxilio, amparándole. Ambos sentados y en silencio dejaron que el disco lunar cumpliera con su misión de desplazarse sin prisa por entre los ojos del universo.

## Constanza, enero-febrero de 1956

*Y me voy sin haber recibido mi legado,  
sin haber habitado mi casa,  
sin haber cultivado mi huerto,  
sin haber sentido el beso de la siembra y de la luz.*

LEÓN FELIPE CAMINO

En la noche de Reyes, al volver de la parcela, los dos hermanos encontraron a los cuatro compañeros conversando alrededor de la mesa junto a otros cinco colonos. Daban voces y el humo del tabaco difuminaba la gravedad de los rostros. Varias botellas de cerveza vacías y el muñón de unas velas indicaban que el diálogo llevaba tiempo gastándose.

—¿No dormís? —preguntó Polín, sorprendido, mientras Martín aceptaba la escena sin muestras de emoción.

—¿Dormir? Se nos está quitando el sueño —dijo uno de los burgaleses.

—Esto es una mierda —aclaró otro—. Estamos sin tierra, como la mayoría, engolfándonos con el juego y el no dar golpe. Perdiendo el tiempo. Vosotros tenéis suerte.

—Quizá debimos plantarle cara al Trujillo como hiciste tú —señaló uno mirando a Martín.

—Todos los días llegan furgonetas con alimentos... —dijo Polín, intentando un punto de equilibrio consolador.

—Mierda. No para todos. Solo para mujeres y niños. Y no vine aquí para que me alimenten sino para tener un trabajo rentable que allá no tenía. Y ganar lo suficiente con él.

—Lo dejé todo por venir —se lamentó otro—. No es que allí estuviera bien. La puta miseria. Por eso vine. Pero esto es inaguantable. «Ahorita», «ahorita», dice siempre ese cabrón de director.

—Tened cuidado con las protestas. Dicen que todo está lleno de espías —apercibió Polín.

—¿Y qué cojones van a chotarse esos *caliés*? Estamos hasta los huevos del Trujillo. Eso no es conspirar sino decir la verdad.

—A lo mejor él no está al tanto.

—¿Cómo no va a estarlo, joder? Tiene el país en un puño. ¿No ves los letreros? Incluso en los bohíos más miserables está el sambenito de «Esta casa es de Trujillo». Él está en todos los putos sitios. Como Dios.

—Vamos a organizar una comisión para ir a la capital a verle. Hemos recogido firmas. Queremos las vuestras.

—Pero ya presentasteis demanda ante el secretario de Estado de Agricultura y Minas.

—A través del «ahoritas». Hace dos meses, recibimos promesas de que esas peticiones serían escuchadas. En esa fecha habíamos agotado nuestro tiempo de prueba. Ahora es nuestra paciencia la que se acabó. Queremos volver a España, ya.

Polín y Martín firmaron. Fueron invitados a quedarse a charlar, cosa que solo hizo Polín aunque hubiera querido descansar. Martín se retiró a su cama y durmió, lo que no hicieron los otros. De las protestas pasaron a los recuerdos, a las anécdotas y a los chistes.

Cuando llegó la amanecida, Martín se levantó. Polín y los del verbo amargo estaban derribados en el suelo y tenían el gesto feliz de quienes disfrutaron de una noche de alcohol y promesas. Fue a resolver con su cuerpo. Luego regresó por Polín. Lo llevó en hombros hasta el pilón y le echó dentro.

—Aséate —dijo, cuando lo vio alzarse del agua, hipando—. Preparo el desayuno. Hemos de ir a la huerta.

Polín miró las espaldas de ese hombre incommovible y una vez más agradeció al destino que se lo hubiera dado como hermano.

La comisión no pasó el filtro del director de la colonia, por lo que su viaje a Ciudad Trujillo se frustró. Según contaron luego, los burgaleses y otros de otras casas se quedaron a gusto después de obsequiar en Secretaría a los funcionarios y a todo el Gobierno en general con una muestra de los más rotundos juramentos del diccionario oral español.

El 11 de enero hubo Fiesta Nacional obligada de descanso y misa, fecha nueva para los emigrados. Era el Día del Benefactor de la Patria Nueva. Los españoles la compararon con el 18 de Julio de España, solo que allá había paga extraordinaria y en Dominicana no. La iglesia estaba llena de gente con hojas de palma, luciendo sus mejores trapos. Muchos iban descalzos y sus simplonas sonrisas no daban a entender si eran impuestas como la obligación a acudir o consecuencia de una sentida devoción.

En otra de las noches acuciadas, al llegar de la parcela vieron un *catarey*, denominación que se daba a los camiones usados para la carga de cañas de azúcar. Estaba plantado a la entrada de la casa y en la caja estaban varios de los que formaron la frustrada comisión para ver a Trujillo. En ese momento una pareja de policías uniformados sacaba a los dos burgaleses con sus maletas. Uno de ellos miró a Martín.

—Nos llevan a la capital. Dicen que somos comunistas y que nos mandan de vuelta para España.

—Pero si no lo sois... —dijo Polín, con candidez.

—¡Qué cojones vamos a ser! Somos una mierda. Eso es lo que somos. Nuestro delito es quejarnos, parece que con más fuerza de la permitida.

—Bueno, eso ye lo que queréis, ¿no? Regresar a España —concilió Polín.

—No es lo mismo. Ya sabéis cómo las gastan allí con los comunistas. No estamos felices.

Cuando arrancó el camión, Polín miró a los gallegos.

—¿Qué pasa con vosotros? Sois de la comisión.

—No abrimos la boca en Secretaría. Ellos llevaron la voz cantante.

A finales de enero de ese año 56 hubo una conmoción en la colonia. Llegaría un nuevo grupo de españoles. Más tontos para compartir el desencanto y la miseria. A la sazón la población inmigrante estaba sobre las seiscientas personas, que se alojaban en cien casas. Pero no tuvieron tiempo de llenarse de reniegos porque otra noticia clarificó el horizonte: las solicitudes para regresar a España habían sido resueltas y los afectados podían partir en el mismo buque que traía a los nuevos emigrantes. Hubo bullanga y gran trajín. Polín pensó en los burgaleses aprehendidos semanas atrás. ¿Qué sería de ellos? Si hubieran tenido algo más de paciencia ahora estarían en la celebración y su arribada a España hubiera sido otra.

Al llegar las guaguas, en la plaza ya estaban preparados con sus maletas y bultos los cien colonos que regresaban. Entre ellos no figuraban los dos gallegos de la casa.

—¿No queríais marchar? —se extrañó Polín.

—Vamos a darnos más tiempo antes de tirar la toalla. Somos jóvenes. Esto puede cambiar. Si no, no hubieran seguido enviando gente.

Las cuarenta personas que descendieron de los vehículos, casi todas integrando familias, creyeron que toda esa multitud era un comité de bienvenida. Más tarde dijeron que, cuando los vieron abalanzarse sobre los autobuses, nunca habían tenido tan profundas sensaciones de decepción y preocupación.

La despedida estuvo salpicada de tristezas y emociones. Habían compartido vivencias durante unos meses y el intercambio dejó huellas de amistad, lo que no formalizaba una auténtica fiesta para nadie. Cuando el polvo envolvió a los autobuses muchos de los que quedaban sintieron que algo marchaba con ellos. Luego confesaron que de haberlo pensado se hubieran ido en aquel momento.

Seis semanas después de la siembra, las plantas se erguían a la altura esperada. Polín y Martín se dieron a la tarea de realizar un minucioso aporcado hasta dejar los caballones bien recubiertos de tierra. Fue una faena en la que estuvieron solos, sin nadie que les ayudara. Luego procedieron a efectuar el riego por inundación calculada a través de la acequia construida por ellos desde el cercano río. El agua circuló lentamente por los surcos cubriéndolos hasta la altura adecuada, dejando los caballones como islas lineales. Se sentaron a descansar y echaron un cigarrillo mientras contemplaban el resultado de su trabajo. A partir de ahora solo tendrían que



vigilar el agua para evitar el encharcamiento. Y esperar a que las flores empezaran a perder el verdor, señal de que debían iniciar la recolección. Habían trabajado sin apenas descanso durante cuatro meses y allí estaba el fruto, la garantía de su futuro. La textura de las flores indicaba que conseguirían una magnífica cosecha, la primera totalmente suya en ese mundo nuevo y distante. Y luego seguirían otras. Estuvieron mirando los brillos del sol en las alargadas lenguas de agua que aislaban los caballones hasta que unas insignificantes nubes se insinuaron en lontananza.

Al regresar empezó a llover, suave al principio y luego con intensidad. Y siguió lloviendo al día siguiente. Y al otro. Y al otro. Muchos días cayendo agua como si hubiera devenido un nuevo diluvio divino. Cuando escampó fueron a la parcela. Era una laguna; los caballones sumergidos, las flores desaparecidas, el germinar extinguido. Los gigantescos árboles cercanos lucían al sol, lavados y henchidos de verdor. A Polín le pareció que se burlaban y que rezaban por los compañeros que durante siglos estuvieron en la tierra que ellos habían usurpado creyendo que era suya.

**Madrid, diciembre de 2005**

Rodolfo Ramírez me llamó unos días después de mi visita.

—Están limpios. Los seis. La empresa es normal, aparentemente. Su negocio es internacional. Fabrican relojes de pared y carillones. Y joyas de alto valor. Disponen de tiendas aquí y en el extranjero. Son concesionarios de grandes marcas suizas, americanas y japonesas de relojes de pulsera. También de plumas estilográficas de renombre.

—¿Ningún antecedente?

—Ni una maldita multa de aparcamiento.

—¿Vinieron los de Figueras?

—Sí, a la UDEV. Estuve presente. Uno de ellos con el brazo escayolado. Dijo que se le rompió al caerse en la escalera de su casa. La verdad es que eran unos tíos grandes. Negaron que hubieran agredido al venezolano y a ti.

—¿Cómo justificaron que su coche cayera al precipicio?

—Contaron su cuento. Que vieron el accidente y que salieron a prestar ayuda. Que te adelantaste y te ayudaron a meter al herido en tu coche. Y que cuando volvían al suyo, vieron que se escurría sin remedio.

—¿Qué dijeron de los bolsos y las armas?

—Pensaron que se perdieron en el mar cuando el coche se sumergió. Agradecieron mucho el haberlos recobrado. Después de mirar dentro, dijeron que todo estaba completo.

O sea, que ocultaron que me quedé con su dinero. Su aceptación del hurto, sin proponer una denuncia específica, entraba en la lógica. Tapaba males mayores.

—Preguntarían cómo los habéis obtenido.

—Dijimos que nos los enviaron de forma anónima, algún ciudadano cumplidor.

—Si pensaban que se habían perdido en el mar, sería lógico que buscaran una explicación de por qué los tenía ese ciudadano y no la Guardia Civil. Y por qué estaban secos y no empapados. ¿No hicieron comentarios?

—Ninguno. Pero la contradicción es evidente. La lógica da razón a tu versión, no a la de ellos.

—No me digas que pusiste en duda mi declaración de los hechos.

—No. Pero actuamos sobre pruebas, confirmando los datos y las declaraciones. Sea quien sea. No necesito recordártelo.

—¿Preguntaron sobre el muestrario de joyas?

—No. Una prueba más de que ocultan algo.

—¿Y los otros individuos?

—Nada. No había motivo para retener a ninguno. Los de Coruña soltaron su

cuento. Como los de Gijón. Pero hay un dato que perjudica a estos últimos. Según la policía de allá estaban bastante castigados, con hematomas y cortes en las jetas. Y sin embargo no hicieron denuncia ni solicitaron la asistencia de un médico. Dijeron que un tipo intentó manganarles, lo que fue corroborado por varios testigos. Se dieron por satisfechos al frustrarse el atraco. Ni siquiera pisaron la comisaría. Muestra de que no quieren ser notados.

—¿Qué pensáis hacer?

—Seguiremos indagando a esos cabrones. Porque, en cuanto a los de Figueras, no es razonable que nadie se quede tan pancho después de perder dos bolsos con documentaciones y armas; no sin hacer la pertinente denuncia. Y es garrafal su desinterés por el muestrario, algo de gran valor e imprescindible en el trabajo que dicen realizar, como bien señalaste. Sabemos que no te quedarías algo así, por lo que concluimos que no lo llevaban. O sea, que mienten. Eso, unido al comportamiento ilógico de los de Gijón, hace que no sea solo cosa mía ni del Departamento sino de la UDEV. Como ves estamos trabajando.

—Rodolfo, el mes que viene se casa mi hijo. No puedo tener esta amenaza encima.

—Espero que lo tengamos resuelto antes —dijo, tras una silenciosa consideración—. Pero nos vendría bien que aportaras alguna prueba más.

—Procuraré conseguirlas.

## Constanza, febrero de 1957

*Enróscate en mis labios y deja que te beba,  
para sentirte mío por un breve momento,  
y esconderte del mundo, y en ti mismo esconderte,  
y oír voces de asombro, en la boca del viento.*

JULIA DE BURGOS

—Es la diferencia de educación —dijo don Manuel—. Nacer en un lugar o en otro establece el futuro de las personas. Sagrario no pudo quitarse la losa impuesta por la religión en España. Debió acomodarse.

—Quiere decir, abrirse de piernas —señaló Polín.

—Sí, sin duda; no esperar al matrimonio.

—No es su culpa. Es toda una vida de prevenciones. No es fácil saltárselas. Ninguna mujer de la colonia ha cambiado sus hábitos. Bea es un ejemplo —dijo, mirándola.

—Lo sé. Pero las mujeres de acá no tienen esas barreras, absurdas para ellas. Todo el mundo lo sabe. Toño no pudo vencer la tentación, esa mezcla de amor y deseo que embriaga en estas tierras y lo hace irresistible. Bueno, es lo que yo creo. No veo otra razón. ¿Qué opinas? —dijo, volviéndose a Bea, que se tomó un tiempo para contestar, con los ojos evadidos.

—Sí... Creo que eso es lo que pasó —aceptó, con voz apenas audible, como si no quisiera entrar en el tema.

Los españoles ya habían sido avisados y el tiempo y las hinchazones genitales hicieron el resto. Varios de ellos decidieron casarse con dominicanas, superando prejuicios. Lo que no esperaba la familia de Bea, o quizá sí por cómo se fueron desarrollando las cosas, es que Toño dejara plantada a Sagrario, su novia de años. Todos habían ido notando que poco a poco él establecía distancias de comportamiento hacia ella. Y un día desapareció, físicamente. En realidad las noticias posteriores estaban teñidas de confusión. Toño se había unido sentimentalmente a una de las secretarías de la delegación de la Secretaría de Agricultura en Constanza, precisamente quien intercedió para que a José le dieran la parcela. Ahora comprendieron que esa ayuda no era desinteresada sino que tenía como objetivo atrapar al atractivo español. Era una moza morocha de cuerpo imantado de sensualidad y boca fundente, llena de exotismo embriagador. Nada que ver con las mujeres de los bohíos. Dijeron que ambos se habían trasladado a Ciudad Trujillo, donde ella tenía solicitado el traslado a la central del Ministerio y donde él también

trabajaría. Habían marcado la fecha de boda para un mes después. El secretario dijo a José que lo llevaban preparando desde hacía tiempo pero que él no era quién para inmiscuirse ni advertir a la familia.

—Puede que sean felices o no —apostilló don Manuel—. Pero eso no importa. Saciarán sus ansias de ahora. Si les sale mal se cambiarán y a otra cosa. La vida es breve y el tiempo perdido nunca se recupera. Eso de unirse para toda la vida no suele funcionar aquí.

Sagrario no quedó lo afectada que cabía suponer. Todos alabaron su entereza y dieron por cierto que no encontraría otro español para sustituir a Toño, aunque en la vida nada era seguro y menos en ese desgajamiento de las formas y de las costumbres. Se adentró en el trabajo. Perdió los kilos que antes debió haber abandonado e intensificó la dedicación a su hermana menor como protegiéndola de albedríos.

—Apenas le traté —dijo el maestro—, pero nunca le vi como labrador.

—Es que no lo era —aseveró Bea con voz recuperada—. En La Coruña se dedicaba a la pesca.

—Bien, profesor —dijo Polín—. Toño ha recibido no solo lo prometido por Trujillo sino algo más. Aparte de los ciento cincuenta dólares y una casa, ahora en la capital, tiene un buen empleo.

—Debo darte la razón. Los otros que decidieron casarse con mujeres de acá también recibieron buena parte de lo prometido.

Se encontraban en casa del maestro, Bea y Polín recibiendo sus clases y trabajando con los libros. Era función habitual en ellos desde que un año atrás las inundaciones arrasaron los predios. Durante la larga espera, ella aceptó ir con él a las clases de don Manuel. Tenía un afán nuclear por saber y se esforzó en salir de la incultura que, como antes ocurrió con Polín, la incapacitaba para exponer sus inquietudes. Poseedora de un espíritu incalmable y de una desbordante actividad, sacaba margen a los días para ejercitar sus impulsos natos que, además de incitarla a la búsqueda del conocimiento, se manifestaban en su predisposición hacia la limpieza y el orden. No tardó en alcanzar el nivel de Polín, para estímulo de ambos. Desde el primer momento tuvieron gran empatía uno por el otro, que fue afirmándose con el tiempo. Y más cuando Bea supo de su naturaleza. Pasaban juntos las horas rescatadas y eso les llenó de complicidad.

La suma de ese doble desbordamiento para la organización y lo cultural, no solo supuso un incentivo para Polín. También una inyección de juventud y energía para el escéptico maestro que, previo consentimiento, pudo ver los felices resultados de la invasión de su santuario. Ahora los viejos estantes mostraban líneas desacostumbradas, con las obras sin polvo colocadas por materias y dispuestas alfabéticamente. Atrapando ratos, Bea simultaneó con Polín y don Manuel la

redacción de listas a máquina bajo la juvenil ilusión de la impaciencia equilibrada. Cuando acabaran, sería fácil encontrar una obra en el otrora revoltijo y no depender de la memoria zozobante del maestro.

—Es curioso que hay españoles que casaron con dominicanas pero ninguna española lo ha hecho con dominicano —observó Polín.

—Tiene que ver con la condición machista del hombre dominicano, que no es solamente atributo del inculto e indigente sino que es una condición que anida en todas las clases sociales. El dominicano pasa de una mujer a otra, les da hijos y si puede mantenerlas lo hace y si no que se las arreglen. La mujer de acá no tiene esa mentalidad. Sigue estando un eslabón por debajo, aun en la alta sociedad. Y es una buena madre. Las españolas no ven ejemplos que les permitan sentirse seguras con hombres de acá.

Polín y Bea se miraron. Él percibió una sombra en los ojos de ella, como un niño cuando se le rompe el juguete. No el temor de que Martín se inclinara por una nativa sino que estableciera un nudo de prioridades por delante de ella. Le sonrió, animándola, tratando de ahuyentar sus intranquilidades.

Bea se levantó y fue a la ventana. La casa estaba en una parte alta, con la fachada encarando el oeste. Allá delante se abrían los valles y montes brindando armonías con celajes irisados. Se sentó y dejó que su ansiedad se disolviera en la calma de lo perenne. Martín, el hombre impenetrable, ocupaba la mayor parte de sus sensaciones. Intuía que algo de ella se le había filtrado. Lo veía en su mirada franca, negada para el disimulo. Pero su boca no hablaba y el tiempo se destruía. Sujetó en sus ojos el empuje húmedo de su pena. Nadie podía interceder en el zarandear de las circunstancias.

Polín la observó. Sabía que pensaba en su hermano. A veces atisbaba sus escritos y apreciaba que eran versos para el amado de impasible apariencia. Era consciente de la tempestad que abrumaba a la muchacha pero también de la que rugía dentro de Martín. Solo había que esperar el momento propicio para la llegada de lo inevitable.

Volvió al análisis que el maestro hizo sobre el hombre y la mujer dominicanos. Tuvo que convenir para sí que tenía mucho de realidad. El convivir en esa tierra, sus dotes de observación y la educación que ampliaba cada día le hicieron ver cosas en las que nunca había reparado. Cierto era que en España el hombre era el amo del hogar y que con frecuencia empleaba la brutalidad, aunque no llegaba a los extremos de abandono y promiscuidad de los dominicanos. Pero por otro lado fue asumiendo que el ser negro o mestizo no significaba tener peor condición que el blanco. No era cuestión de razas sino de personas. Y entendió por qué algunos españoles se casaban con dominicanas. No lo hacían solo por el premio o por neutralizar las exigencias sexuales sino porque en general eran bondadosas y trabajadoras. Cuando al año de formarse la colonia las autoridades decidieron poner una escuela en la misma para

evitar a los pequeños el largo trayecto hasta el pueblo, la sorpresa fue que nombraran como maestra a una mujer oriunda de Constanza. Pasado un tiempo comprendieron el acierto de esa decisión. Ella no solamente les daba el necesario sentimiento maternal, imposible en un hombre por su misma esencia, sino también un método pedagógico que alternaba el conocimiento cultural con la adecuación al nivel interpretativo de los niños.

Él había ido en ocasiones a recoger a los hijos de Emilia y José. Su ánimo quedó conmovido al ver la dulzura que empleaba esa maestra. Ello le hizo tomar como cierto que si fuera de otra condición no le importaría tener a una dominicana por compañera, habida cuenta de que, como Martín, nunca abandonaría esa tierra.

**Madrid, diciembre de 2005**

—Es una putada tener que dejar este lugar —dijo Guillermo, el propietario de la agencia de viajes, vecino en la planta catorce del rascacielos.

—¿Por qué lo vas a dejar?

Me miró, un punto extrañado.

—¿No has recibido una carta de Metrovacesa? —Anotó mi negativa—. La recibirás, como los demás.

—¿Qué dicen esas cartas?

—Que no renuevan los contratos de alquiler. En mi caso, dentro de seis meses tendré que darme el piro. Después de tantos años...

—Me queda más tiempo. De todas formas, no entiendo que no renueven. Quedan pocas oficinas y negocios alquilados. La mayoría están desocupados. Hay demasiados felpudos almacenando polvo. Los ascensores van casi vacíos. Les debería interesar conservar a los inquilinos que quedamos.

Estábamos en su despacho, de pie frente a la terraza, mirando el singular paisaje. Porque únicamente desde ese lugar puede admirarse esa parte de la ciudad.

—Solo por poder ver todos los días esta maravilla daría lo que fuera —dijo con voz lamentada, como si se le hubiera muerto el perro—. Hablé con ellos. No me importa que me suban las condiciones. Pero nanay. Imposible el diálogo. ¿Sabes qué creo? Hace unos meses pusieron en venta esta Torre y el Edificio España. Ese lo vendieron enseguida porque está totalmente vacío, incluso el hotel. Detrás de esos papeles marrones pegados a los cristales, solo hay silencio y polvo. Ese edificio, construido cuatro años antes que este, fue el que inició la modernización del perfil de la ciudad. A ver si cuando lo pongan en marcha trae los aires perdidos. Este sigue sin venderse. Pensarán que no habrá compradores mientras haya oficinas ocupadas. Y por eso nos echan.

—También están las viviendas y apartamentos.

—Bueno. Supongo que también les cancelarán los contratos —argumentó, como de pasada, su cabeza fijada por remembranzas—. No viviste lo que era esta Torre en sus mejores años. Una ciudad en sí misma, como una calle vertical. Todo tipo de tiendas, galerías de arte, academia de modelos, compañías aéreas, artistas famosos del pincel y el celuloide... ¿Llegaste a conocer la cafetería en la planta baja, el restaurante en la terraza, los de las casas regionales...? —No se paró en buscar mi contestación. Seguía enfrascado en rescatar lo mejor de sus recuerdos—. Llenos a todas horas, como las salas de fiesta, el cine, todo... Era el mayor emporio de negocios de la ciudad, el corazón turístico, empresarial y financiero de Madrid. Miles de personas cruzaban el vestíbulo cada día. Los seis ascensores para oficinas y los



montacargas iban tan atestados como el metro de Tokio. Todos tan elegantes y dinámicos, tanto hombres como mujeres. Aquí no veías pantalones vaqueros ni gente descamisada. Mujeres y hombres bien trajeados; pantorrillas, tacones largos... Como esas oficinas del centro de Manhattan cuyas gentes no cambian de atuendos aunque las modas dicten otros disfraces.

Me dio apuro interrumpir sus visiones de un pasado indisoluble. Siempre me soltaba el mismo discurso, esta vez justificado por la carta de la compañía propietaria del edificio. Tenía setenta años y seguía aferrado a programar rutas turísticas por todos los rincones posibles, dando ejemplo a la media docena de jóvenes empleados de ambos sexos que se afanaban al otro lado de la cristalera del despacho. Pero, según me dijo tiempo atrás, la verdadera razón de no jubilarse era por conservar esa mirada, al alcance de unos pocos. La vista es privilegiada, desde luego. Muy abajo, el rectángulo de la plaza de España y el tramo final de la Gran Vía. A la derecha, más allá de la Real Compañía Asturiana de Minas, el conjunto formado por el Palacio Real y la catedral de La Almudena. Y, tras el pulmón del Campo del Moro, la masa compacta de los Carabancheles cubriendo un horizonte que no tantos años antes fue verde.

—Sí —musitó, sin dejar de mirar al vacío—. La Torre de Madrid fue el centro del mundo durante unos años. Se rodaron películas, hasta hubo suicidios por amor, los tipos lanzándose desde arriba... Pero al ser la culminación arquitectónica de la Gran Vía, no pudo desligarse de su destino cuando a la gran avenida se le fueron los años luminosos. Al desaparecer los catorce famosos cines y las grandes tiendas, este edificio también murió. Desde aquí no puede verse, pero en lo alto del Edificio España hay una piscina. Tengo amigos en los apartamentos de arriba y siempre que subo miro la fosa vacía y desconchada y las tumbonas desvencijadas. Era una gozada ver a esas mujeres de almanaque en bikini, dorándose como panecillos... Te diré algo que no sé si sabes. —Añadió la pausa necesaria para incentivar mi interés—. Ocurrió en esos años de ensueño. Unas alemanas o suecas, no sé bien porque eran unas rubias de aúpa, se bañaban desnudas. En puros cueros se tumbaban a tomar el sol, las tetas y el coño al aire. Me cago en diez, tío. Nadie podía verlas salvo los otros bañistas y los de los pisos altos de esta Torre. Así que estuvieron en esa guisa varios días hasta que el queo se extendió y las ventanas se llenaron de mirones con prismáticos. La dirección del hotel, supongo que a instancias de la policía, impidió que siguieran practicando el naturalismo perturbador. ¿Qué te parece?

—Que es una pena no haber podido verlo en esos años. Si ahora fuera, a pocos llamaría la atención.

—Es cierto. Ahora estamos de vuelta de todo... —Siguió empeñado en la remembranza viendo las imágenes danzar en su cerebro—. Será difícil que este entorno recobre aquel resplandor. Todo se lo llevó Azca. La ciudad se va hacia el

norte.

A menudo he intentado comprender a las personas que se aferran a un paisaje que ni siquiera en los pueblos es eterno. Siempre hay mudas en los lugares. Las modernas fachadas de la plaza de España que se ven desde la Torre no son las que existían hace años. En la esquina de la calle Leganitos hubo una vieja casa de viviendas. Era una de las más visitadas de la ciudad. No tenía ningún atractivo. Pero en su amplio patio había unos urinarios gratuitos. Cientos de personas, gentes cuyas actividades obligaban a caminar muchas horas por las calles, pasaban a diario y resolvían sus urgencias. El derribo del edificio para sustituirlo por el existente supuso un trauma para esos caminantes urgenciados. Tuvieron que buscarse la vida. Sin embargo mi vecino se negaba a aceptar los cambios. En su mente se conservaban las imágenes pretéritas sublimadas. No estoy capacitado para atormentarme por los imperios desvanecidos. No por ahora. Para mí los sitios son variables, como la vida. Uno debe ir aceptando los cambios a no ser que se haga anacoreta. Aunque tengo la sospecha de que esas querencias de lo pasado surgen con la edad.

—Bien... —carraspeé, intentando quitarle la pena por ese mundo disuelto. Movié la cabeza y pareció recordar que yo estaba allí para algo más concreto que para compartir flashes. Se apartó de la cristalera y me señaló una silla al otro lado de su mesa en la que, a un lado, persistía una máquina de escribir Olivetti. En ella tecleaba sus mensajes, a despecho de los ordenadores que modernizaban las mesas de los empleados.

—Tu hombre puede venir hoy mismo, si quiere. Mi oficina está a tu disposición, no necesito decírtelo.

—Es una ayuda impagable. Te agradezco...

—¿Agradecer? Soy el deudor, que me apartes de la monotonía. Es un gozo participar en la pesca. Espero que esta vez tengamos más éxito que aquella de hace dos años, cuando casi matan a tu antiguo ayudante aquellos cabrones<sup>[2]</sup>.

Le fascina tenerme como vecino. Un detective privado. Confesaba presumir de ello durante sus charlas de familia y amigos. Me acompañó hasta la puerta, con su aspecto de director de periódico neoyorquino de los años cincuenta.

En la oficina Sara hablaba con Antonio sobre uno de los casos. Se volvieron a mirarme.

—Todo listo por esa parte. Ahora, a esperar acontecimientos.

El asunto era sencillo pero con riesgo no cuantificado. Sabíamos lo que yo tenía que afrontar y que ellos, si seguían adelante, podían rozar el límite. Pero no quisieron abandonar el barco. El plan lo diseñé una vez que hube hablado con el inspector Ramírez a mi vuelta del norte. Bajo un punto de vista policial él tenía razón. Mis experiencias con esa gente no eran pruebas consistentes. Incluso lo confesado por Élideo carecía de interés competencial para la policía en caso de que me decidiera a

participárselo, lo que no era mi intención. Debía aportar hechos delictivos probados. Y eso es lo que intentaba conseguir con mis propios medios.

El portero de mi vivienda estaba apercebido para que me advirtiera de gente desconocida. En esos días dejé descansar el 320 en el garaje y utilicé el metro, sin ceder la vigilancia al salir y llegar. Para cubrir la oficina, había advertido a los conserjes de la Torre, quienes eran muy cuidadosos con los visitantes dado que eran fácilmente controlables por las pocas oficinas existentes. Por si se producía lo inevitable recabé el concurso del siempre dispuesto Jacinto, el bombero y profesor de marciales de Ishimi. Junto a otros entusiastas, intervino dos años antes en el caso de las prostitutas asesinadas, aquel de Tonia, la estudiante secuestrada<sup>[3]</sup>.

La experiencia garantizaba que no era asunto de larga espera. Esa gente estaba acuciada y no albergaba dudas de que actuarían con rapidez. Y es lo que hicieron. A la tarde siguiente llamó Francisco, uno de los conserjes de la Torre.

—Han venido dos tipos preguntando por la agencia, después de mirar en el Directorio y no ver el nombre. Les dije en qué piso están y que solo vienen de lunes a jueves. Lo que usted me indicó.

—¿Qué aspecto tenían?

—Buena pinta. Altos, gruesos. Con bigotes y gafas de leer mucho.

Estábamos a martes. Lo normal era pensar que regresarían al día siguiente. Fue acertado retirar la placa del panel de empresas del vestíbulo. Tuvieron que hacerse ver por el conserje y dejarnos advertidos. Y ahora estábamos preparados para recibirles.

## Constanza, primavera de 1958

*Jamás de la ciencia mi corazón se privaba.  
Pocos misterios quedaron que por saber no acabara.  
Setenta y dos años he pensado noche y día  
para enterarme de que no me he enterado de nada.*

OMAR JAYYAM DE NEYSHABUR

Estaban en la parcela y se alejaron de Polín sin intención previa. Caminaron hasta la barrera de árboles, ella una mota al lado del nervudo hombre de cabellos gualdos. El sol jugaba al escondite saltando de una nube a otra y repartiendo melodías de luz dorada, que permitían temperaturas atenuadas. Cerca de un arroyo cristalino había un árbol tumbado, incrustado en el verde. Martín miró a Bea y ella entendió la propuesta. Se sentaron y cada uno disimuló mirando a una parte de las distantes colinas donde se embelesaban de belleza y armonía. Ella cogió una de las flores silvestres que respuntaban el verdor y pareció poner su atención en acariciarla. Aunque no era su tiempo de amoríos, los invisibles ruiñeños lanzaban el virtuosismo de su infatigable canto. Martín tenía los codos apoyados en las rodillas y las manos enlazadas, una postura heredada de su abuelo. Envió a Bea una mirada directa y se aprisionó en la imagen de su negro cabello acunado por el tibio céfiro. Luego volvió a contemplar los picachos. Se miró dentro y sintió que ya no le atosigaban las imágenes de aquel asombro por el que tantas veces se sintió inseguro desde su pubertad. Poco a poco se le habían ido diluyendo hasta desaparecer. Ahora le hostigaban placenteramente las miradas de esta chica morena y menuda que se le mostraba con las murallas rendidas.

—No sé si te gustará casarte conmigo —dijo, como haciendo un esfuerzo.

Ella dejó de acariciar la flor y sacó un pañuelo. La sinfonía de trinos y el murmullo del riachuelo parecieron desvanecerse.

—Sí... Me gustará...

Él dejó que el sol capturara otra nube blanca.

—Entonces nos casaremos.

Permanecieron en su posición, sin hablar, dejando que el torbellino les alcanzara poco a poco.

Polín terminó de escribir la carta a la madre, y se sintió satisfecho. No solo porque ya lo hacía con gran soltura y argumentación sino porque las noticias que transmitía eran buenas en verdad o, cuando menos, prometedoras. Le escribía con alguna regularidad aunque ella no pudiera acariciar los sonos mudos de las palabras

por no saber leer. Pero el padre Santiago se las leería y pondría su condescendencia para sustituir las pocas expresiones incorrectas. Quizá por seguimiento de los impulsos de Martín, él no recibió buenas señales del mundo de los curas. Pero el padre Santiago era distinto, al menos lo fue para él. Desde pequeño descubrió su inclinación, tan insultante en tierra de contrastada bravura y de establecidos comportamientos. Acaso en los seminarios enseñaban a distinguir todas las ansiedades. Sea como fuere, el padre Santiago consiguió que nadie hiciera noticia de su naturaleza y por eso tenía siempre una frase de reconocimiento para él en cada misiva.

Recordó cuando salió de España sin saber escribir. Sus primeras cartas se las hizo uno de los burgaleses compañeros de la casa de la colonia. Al conocer a don Manuel todo cambió. El maestro, a quien pidió las escribiera, se negó y le obligó a que él mismo lo hiciera. Después de unos inicios torpes logró conectar las palabras con fluidez y luego añadir nuevo vocabulario y relacionarlo todo con sus pensamientos. Añadió a ello una cuidada caligrafía y una aceptable ortografía, lo que evidenciaba la gran atracción que la literatura y el conocimiento ejercían sobre él. Se había leído muchos de los libros que el maestro apilonaba en los estantes, algunos con su ayuda. Eran volúmenes muy sobados y con subrayados a lápiz, señales inequívocas de que el enseñante los había explorado. Trataban de Filosofía, Historia, Arte y biografías. En narrativa observó que casi todos los autores eran españoles e hispanoamericanos, muestra palpable de su amor a las raíces intelectuales del país perdido.

Al principio, las noticias que transmitía al lejano hogar no decían verdad. Escribía que todo iba bien y abundaba en describir el mundo tan extraño al que habían arribado. Pero desde tiempo atrás era fidedigno en sus mensajes porque informaba de novedades afortunadas, como la boda de Martín, el hecho más importante de cuanto les aconteciera desde su llegada.

Sí. Su hermano había casado en mayo de ese año con Bea, cuya descripción sintetizó de la siguiente manera: «Ni en Asturias ni en el ancho mundo puede existir mujer con tantos méritos para ser buena esposa». Como no podía ser de otra manera, la boda fue sencilla y ni ella llevaba vestido blanco ni él traje de maniquí. Nadie estaba en disposición de hacer regalos pero Sagrario le hizo uno a Bea, que la llenó de alegría: un cachorrillo de pastor alemán al que bautizó como *Viento*. Para los casados no fue solo un momento para gozarlo en el presente y revivirlo en el recuerdo sino el descubrir que habían nacido a un mundo nuevo. Porque ninguno había ejercitado el noviazgo con anterioridad. Ambos llegaron vírgenes al matrimonio. La ceremonia fue en la iglesia grande del pueblo y tuvo como testigos de ocasión al alcalde, al síndico y al director de la colonia, junto a la de algunos colonos. Ya había habido más bodas, tanto entre colonos como entre dominicanas y españoles, y todas

se desarrollaron dentro de la misma sencillez. Los amigos propiciaron un baile en la *Vellonera* de la colonia y no se escatimó una provisión cautelar de cerveza, licores y cigarros, para lo que previamente hubo de consensuarse la derogación circunstancial de la férrea disciplina del ahorro. La familia de Bea siempre hacía expresión de su galleguismo, no solo en el andar pausado sino en su habla melosa donde vibraban añoranzas de las viejas aldeas. El terruño celta siempre presente. Ese día no pudieron contener la alegría llorosa y el recuerdo magnificado de la tierra pobre.

No explicaba en sus cartas que no había motivos de fondo para el contento general. Porque en la colonia las cosas no habían mejorado. Las casas mal hechas no fueron reparadas, tarea que hubieron de hacer los colonos por sí mismos. Seguían sin agua corriente aunque sí tenían luz eléctrica. Muchos inmigrados continuaban sin tierra, cobrando el subsidio y ayudándose con trabajos auxiliares de la huerta tales como recoger cosechas de otros afortunados, hacerles canales y repartir agua. La larga travesía por la nada hizo que muchos perdieran la paciencia. Era difícil mantener las reglas de convivencia en una comunidad tan cerrada, donde los días llegaban con el agobio de lo rutinario.

Se produjeron broncas y peleas, con heridos. Algunos del mismo pueblo invocaban viejos agravios que el ocio extraía de sus recuerdos. Otros se lanzaban acusaciones sin consistencia, intentando argumentar lo que solo era producto de la misma excepcional situación. La Patrulla de Vigilancia tenía órdenes estrictas y a los alborotadores los aprehendían y los mandaban a la capital, donde seguramente los pasaportaban para España. También hubo varios robos de dinero. Algunos colonos sucumbieron a la tentación de quitarles a otros el producto de sus cosechas. Fueron despachados a la capital y tampoco volvieron a saber de ellos.

—Son delitos perpetrados no contra la ciudadanía dominicana sino en nuestra colonia, entre los inmigrados. Seguramente pasarán a jurisdicción española, vía Embajada —aclaró el encargado de la colonia—. Los enjuiciarán en España cuando los vuelvan allá.

En el cementerio local ya hubo sitio para españoles. Algunos colonos murieron por accidente y dos fueron asesinados cuando regresaban de noche de las parcelas, para robarles. La policía investigó y hallaron a los culpables. En una comunidad tan pequeña no era difícil la indagación. Les dijeron que fueron colgados en el mismo Cuartel del Ejército.

Como ocurriera en invierno del 55, durante el año anterior muchos volvieron a escribir solicitando el retorno a España. Meses después recibieron contestación a sus peticiones. Dos de ellos eran los gallegos reincidentes que convivían en la casa. Polín les acompañó a Secretaría como testigo, integrándose a un numeroso grupo de reclamantes.

—No les podemos garantizar un regreso a su país en fechas próximas. Pero sí

pueden salir de la colonia y marchar a Ciudad Trujillo a buscar otros trabajos. Les daremos transporte. Allí hay mucho que hacer. El Generalísimo Trujillo está transformando el país. Pero tendrán que rescindir el contrato. Perderán el derecho a la subvención y a la ayuda sanitaria.

Algunos aceptaron. Para ellos, lo que perdían era una ruindad insufrible a cambio de poder rehacer sus vidas. Otros, como los gallegos inquilinos, prefirieron sopesar sus conveniencias. A pesar de la decepción y la impaciencia por estar mano sobre mano, muchos se resistían a volver por propia iniciativa. La situación no era límite ni insostenible porque tenían el subsidio y estaban atendidos en sus necesidades sanitarias y otras. Eran jóvenes y podían llegar buenos tiempos finalmente. Aun rabiando, era mejor esperar que volver. Porque, ¿adónde regresar? ¿Al lugar miserable de donde salieron, a la España atrasada y sin horizontes? ¿Llegar con el fracaso en el alma, como si arrastraran una enfermedad incurable, y que todos vieran sus miradas vacías?

Polín comprendía las angustias de esos hombres, transformadas en fortaleza autoimpuesta. Recordó que cuando las inundaciones de hacía dos años él también vio el futuro vedado. Entonces pensó vivamente en José Luis Charcán y en sus consejos. Quizás era mejor dejarlo y hacer otra cosa. Había mirado a su hermano en silencio y él le entendió.

—¿Volver al pueblo? —dijo Martín, fijando en él su poderosa mirada y haciendo que su convicción naufragara.

—No... Podemos ir a la capital a buscar otra cosa, como han hecho otros. Somos trabajadores. Nos saldrá algo. No tendremos que estar a expensas del cielo...

—Hay que confiar en uno mismo, no cambiar a las primeras. Llegarán mejores días. Tenemos buen terreno.

¡Cambiar a las primeras, con tanto tiempo como llevaban aguantando! Comprendió más tarde que tanto José Luis como Martín tenían razón, cada uno a su modo. Pero su hermano, además, tenía percepción de cosas que luego él comprendía al transmitírselas sensorialmente.

Cuando las lluvias se calmaron y la tierra pudo ser manejada procedieron a abrirla para sacar el fruto frustrado, ahora restos podridos. Contaron con la ayuda de dos mulas, que les regaló el director. Según dijo, el Excelentísimo Trujillo pedía ayuda con frecuencia a la gente de dinero para dotar de medios a los españoles. Los animales estaban amansados. Al parecer se había interrumpido el latrocinio de los primeros días. Dejaron los surcos abiertos, oreándose y, mientras, habilitaron la otra mitad de la parcela para en su momento proceder con todo. Pidieron un nuevo crédito al Banco Agrícola, situado cerca de donde Trujillo se había hecho construir una mansión. Les fue concedido, lo que extrañó a los de su entorno porque no habían cancelado el primero y porque a otros colonos se los negaron. Las lluvias no tuvieron

una presencia agresiva en ese tiempo, lo que les permitió trabajar con aprovechamiento. Construyeron canales de drenaje y, tras faenar con la intensidad característica, la parcela pudo dar los frutos deseados: una buena cosecha de papas y de repollo, mitad y mitad, que vendieron al Gobierno según las cláusulas. Pagaron los dos créditos y pidieron un tercero. Y ahora estaban en la esperanza de la cuarta cosecha. Ya nunca volverían a tener los tiempos vacíos. Y si volvían los diluvios no les pillarían en blanco porque supieron guardar parte de las ganancias.

Desde la expedición de enero del 56 llegada en el buque *Auriga* ninguna más entró en el país, acaso porque los que volvieron informarían negativamente de la experiencia, como era lógico esperar, y las autoridades españolas pusieron fin a las emigraciones organizadas. El Generalísimo Trujillo, sin embargo, no cedió en sus deseos de incrementar la población no negra del país. En una diversificación del proyecto étnico a finales de ese año llegaron a Constanza cuarenta familias japonesas, que se instalaron en el sudeste, fuera de la población.

Polín tampoco contó en las cartas que en marzo del 57 hubo nuevo movimiento de gentes en la localidad. Doscientos españoles, que se unieron a otros de las diversas colonias de la isla, marcharon para España. Según supieron luego, el total de regresados del país en esa tacada fueron unos mil cuatrocientos. Al parecer, la Embajada española de Ciudad Trujillo tomó conciencia de las quejas de los cientos que, perdidos en la capital, se lamentaban de su mísera situación. Decidió su repatriación y de todos aquellos que lo desearan, asumiendo el costo del viaje. Fueron más de 2.000 los españoles regresados en menos de dos años, la mitad más o menos. El balance neutral evidenciaba que el gran proyecto de colonización española había sido un notable fracaso no solo para esos campesinos decepcionados sino para el sueño y las esperanzas de Trujillo.

Pero una vez más, el Padre de la Patria Nueva reiteró su decidido empeño de llevar blancos al país. En la primavera de ese mismo año anterior inmigraron unos seiscientos húngaros, huidos de las masacres rusas en Budapest durante el conato de independencia respecto al control soviético. Fueron alojados más al sureste, en una nueva colonia construida al pie de las montañas. Era una buena noticia porque suponía una ampliación a otras culturas. La realidad mostró después que los balcánicos, que habían renegado de la esclavitud en su país, no deseaban caer en otra. Casi todos desaparecieron, expulsados la mayoría por indebido comportamiento, según decían. Las casas se ocuparon por familias de la colonia española, con lo que ya ninguna tuvo vivienda compartida.

Fue muy satisfactorio para Polín que su hermano casara con Bea, porque no solo era una mujer guapa y sencilla sino fuerte, a pesar de su frágil apariencia. En sus ojos relampagueaban brillos de amor rendido cuando hablaba de Martín. Y su rostro siempre aparecía adornado de leve sonrisa, como si estuviera obligada de perennidad,



aunque a veces, como su mirada, se veía matizada por una sombra extraña. No sabían nada de su pasado, ni cómo eran sus padres. Solo que, al igual que sus hermanas y cuñado, procedía de La Coruña. Ella nunca escribía cartas a la familia, como si esa misión estuviera solo a cargo de Sagrario por ser quien mejor lo hacía de las tres hermanas. Era el mismo caso de Martín. Tampoco él escribía a la madre, cosa que dejaba al hacer de Polín. Para Martín la vida anterior de Bea no le distrajo lo más mínimo de su forma de encarar la vida. Los dieciocho años de ella le garantizaban un camino largo y lleno de bondades a su lado y eso era lo único cierto e importante para él. Ahora que eran cuñados, el lazo de afectos entre Bea y Polín se intensificó y les hermanó en muchos sueños. Polín recordó uno de esos momentos. Fue en casa de don Manuel, una noche.

—Mira lo que dice Sócrates —había dicho él, tras manejar un libro del pensador—. «Si encuentras a una buena mujer, cástate con ella y serás feliz. Si no, serás un filósofo». —La miró—. Martín ha tenido suerte.

Bea y don Manuel le observaron, sabiendo ella que él nunca se casaría.

—Tampoco es malo ser filósofo —dijo Bea.

—Hay que saber mucho para serlo —respondió Polín.

—Sócrates dijo que lo único que supo con certeza es que no sabía nada. —Los jóvenes se miraron, la sorpresa iluminando sus ojos—. Significa que cuanto más sabemos más clara es nuestra convicción de que no sabemos casi nada. Pero es una verdad a medias. Porque aunque nunca se termina de aprender, lo aprendido es válido e importante, por poco que sea. Miraos a vosotros mismos. No tenéis la ignorancia ni la inseguridad que traíais. Sois otras personas. Nada que ver.

Bea contempló los volúmenes, que tanto le daban.

—Cuando volvamos a España con el dinero suficiente, quizá Martín me deje poner una librería.

—Te ayudaré —se adhirió Polín—. Pero no creo que sea en España. Martín se quedará en esta tierra. Y yo también.

—Yo estaré donde él diga —dijo Bea—. Entonces, pondremos aquí la librería.

Polín recuperó la inmediatez tras el largo lapso de reflexión sobre lo acaecido en los últimos meses. Martín había sostenido la confianza en sí mismo y ahora él comprobaba que le asistió la razón en su apuesta por la espera. Su inquebrantable determinación quizá conjurara a los cielos para obtener el sometimiento de las nubes a sus anhelos. Ahora, cuando miraba a su hermano otear el verdor, sabía que ya no pensaba en la lejana tierra astur sino en esta de Constanza, su única tierra para siempre.

**Madrid, diciembre de 2005**

Sara atendió al teléfono.

—Es Francisco. Los dos hombres de ayer han entrado en el ascensor.

Miré la hora. Las nueve menos diez. Salimos de inmediato los cuatro, apagando los ordenadores y las luces. No habíamos dado la calefacción por lo que la oficina presentaba el ambiente frío de lo no habitado. Pasamos a la agencia de viajes y esperamos. A través de la cámara de vigilancia instalada en el descansillo de la planta vimos abrirse la puerta de uno de los elevadores. Los hombres llevaban gabardinas oscuras y amplias, seguramente para ocultar algo. Uno portaba un maletín. Miraron en derredor como para tomar posiciones. Eran expertos, sin duda. Se dirigieron a la agencia. Uno tocó el timbre mientras el otro se ocultaba a un lado, las manos escondidas en el interior de la prenda. Insistieron en la llamada. Momentos después uno sacó algo de un bolsillo y procedió con la cerradura. Abrieron la puerta y penetraron. Yo no estaba influido de nervios y me congratulé ver que mi gente tampoco experimentaba desasosiego. Pero los empleados de la agencia no podían disimular la expectación que les producía no el hecho de que estuviéramos los cuatro en el despacho del director, sino la atención que poníamos en la pantalla de control.

Sentí cierta decepción. Mis cálculos no se habían cumplido. Esperaba que los jefes de los sicarios hubieran establecido una tregua valorativa después de mis actuaciones. Pero ahí estaba la constancia de que seguían erre que erre. Procuraría desestabilizarles al máximo para que esa insistencia les resultara cara.

El tiempo pasó. Llegó la hora del almuerzo.

—Salid sin mirar la puerta de los detectives —previno Guillermo a su personal—. Con normalidad.

Los asesinos estaban esperando dentro de la oficina con la paciencia obligada de su profesión. Suponíamos que conservaban la esperanza de que llegáramos en un momento dado, confiando en lo que el día anterior les había indicado Francisco. Allí, agazapados en la oscuridad de cada despacho, como arañas en la red tendida. Tendrían las pistolas amartilladas, esperando el ruido de personas entrando en la oficina. Cuando alguno de nosotros abriera la puerta de uno de los despachos, el ocupante dispararía y luego ambos lo harían contra todos, matándonos. Nadie se enteraría porque es seguro que llevaban silenciadores. Luego indagarían en los cajones y en los ordenadores. Se llevarían lo que consideraran y saldrían con toda tranquilidad, sin preocuparse por las cámaras y por la descripción que de ellos pudiera hacer Francisco porque sin duda que iban disfrazados.

Dos horas después los empleados regresaron y se reintegraron en sus funciones. Y más tarde llegó la hora veinte. Los empleados salieron y se apagaron las luces de la

oficina. Los vimos esperar los ascensores y juntarse con otras personas de otras oficinas. Entraron y todo quedó en silencio y oscuro. En el descansillo solo brillaban las pálidas luces de situación.

Dieron las veintiuna sin que nada cambiara. Una hora más tarde escuchamos el ruido de la puerta de la agencia al abrirse. De inmediato se encendieron las luces del descansillo, accionadas por los detectores de sensibilidad. Los cazadores debieron de considerar que nadie llegaría a la oficina a esas horas. Habían aguantado desde la mañana sin comer, y posiblemente sin beber, para no emitir sonidos, ignorando que otros cazadores con más paciencia les acechaban. Los vimos dirigirse en silencio a los ascensores y pulsar el botón. Uno aferraba el maletín y el otro llevaba las manos desobligadas de uso. Y ese fue el momento elegido.

Aunque se suponía que eran hombres avisados de sentidos, no pudieron reaccionar dentro de sus parámetros del tiempo. Antonio abrió la puerta de golpe y Jacinto y yo nos precipitamos sobre ellos y les caímos encima. Unos momentos después estaban inhabilitados de afanes, aunque no nos cebamos con ellos. Les arrastramos hasta la oficina tras despojarles de sus pistolas, cosa que hicimos con pañuelos para no adulterar las huellas dactilares. Sus bigotes, gafas y cabellos eran falsos y habían adobado sus cuerpos con rellenos para simular gordura. Más tarde, sentados en el suelo contra la pared y con las manos atadas a la espalda, recobraron la conciencia plena. Nos miraron con el fatalismo y el desafío de quien sabe cómo acontecen las cosas en su profesión.

Les registré y miré sus documentos. Eran españoles y llevaban tarjetas de visita de la joyería de Málaga, la misma que la de los de Figueras y los de Gijón. Saqué fotocopias de ambos carnés, con lo que ya tenía una colección de cuatro. Reintegré a sus bolsillos todos los objetos. El maletín era un muestrario de relojes y joyas.

—*Walther* trescientos ochenta —dije, después de observar las armas—. Parece que vuestra organización debió de comprarlas en lote. Y no habéis acertado con los disfraces. Se os cala enseguida.

—No es un problema —dijo uno—. Los que nos ven una vez no vuelven a ver a nadie.

—Menos él —dijo Jacinto, señalándome.

—Tuvo suerte. Pero se le acabará. Está en una lista y alguien no fallará.

—¿Qué os hacen los jefes a los mastuerzos que se ponen en ridículo, como ahora vosotros? —volvió a hablar Jacinto.

—No pasa nada. Nuestros abogados lo arreglan siempre. Lo intentaremos de nuevo —dijo el más joven.

—No tío, no; iréis al trullo.

—Saldremos en veinticuatro horas. Nos habéis agredido cuando íbamos a ofreceros nuestros productos, los del muestrario. Una visita comercial.

—Pero tío mierda, qué dices. Si forzasteis la puerta y habéis estado todo el día dentro esperando para matarnos. A los cuatro.

—No tenéis pruebas.

—Venga, cabrón, sobran las pruebas. ¿Por qué coño no nos dices por qué queréis matarnos?

—El objetivo era él —dijo el otro, señalándome con la barbilla—. Lo vuestro serían daños marginales.

—Ah, cojonudo. Suena bien eso de daños marginales. ¿Y por qué tenéis ese empeño con él?

—Ni puta idea. Es un objetivo. No nos importa lo que haya hecho. No fallaremos la próxima vez.

—No habrá próxima vez para vosotros —dijo Antonio, enseñándole la grabadora. Los esbirros despatarraron los ojos y se miraron, las orejas blandidas.

—Eso no vale como prueba —dijo el joven.

—Vale lo que vale. Es una confesión. Y el juez la oirá.

—Estoy pensando que debería abrirles la cabeza a estos cabrones —añadió Jacinto—. Estoy muy cabreado.

—Tú no harás eso —desafió el esbirro.

—¡Claro que sí! Sería defensa propia, mamón —afirmó, soltándole tal guantazo que lo desplazó a un lado—. ¡Ibas a matarme! ¡Daños marginales...! ¡Tu puta madre!

—O puede romperte los brazos o las piernas —apuntó Antonio, como de pasada—. Serían daños por autodefensa.

El sicario guardó silencio mientras un burujo de sangre le salía de la boca. Sin duda que sopesaba lo que podría haber de verdad en la amenaza. El aspecto de Jacinto le convenció de que era mejor estar callado.

—De cualquier forma, tú lo tienes difícil —habló el otro como para recordarme que nada puede parar las olas o para demostrarle al compañero que no hay que perder el valor—. Es un trabajo a realizar.

Jacinto se acercó a él y le desparrancó de un puñetazo.

—Tu ración, hijoputa.

Cogí el teléfono y llamé al inspector Ramírez.

## Constanza-Ciudad Trujillo, primeras semanas de 1959

*La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra y el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida...*

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Antonina llegó derrochando angustia y llanto cuando el alba se desperezaba.

—Vinieron por don Manuel en la madrugada. Se me lo llevaron.

—¿Un *catarey*? —dijo Polín, confundido.

—No, peor. Esbirros del SIM en un *cepillo*.

Era como denominaban a los Volkswagen negros de la policía secreta. No era asunto de la colonia ni de la Secretaría de Agricultura. Así que, cuando el cielo se enmarañaba de grandes algodones y el trueno se desperdigaba, Polín y Martín acompañaron a la mujer al Consistorio. La lluvia les alcanzó como si fuera una apuesta para la desmoralización. Hubieron de esperar a que llegara el alcalde.

—No es cosa buena esta vaina —dijo, una vez informado.

—Don Manuel es un ciudadano notable de la comunidad. Usted es la autoridad. Contacte con el SIM pidiendo información. Que nos digan dónde está —expresó Polín. Se miraron. Ninguno tenía dudas de que lo habrían llevado a La Cuarenta o a El Nueve—. Quiero decir que necesitamos saber cuáles son los cargos, por qué lo han aprehendido.

—¿Sabe lo que dice? No hay autoridad por encima del SIM. Nadie les pide explicaciones. Son la Seguridad del Estado. Y yo un simple alcalde. Para ellos no soy nadie. Lo siento. No puedo hacer nada.

Martín avanzó un paso y miró al hombre, que decidió cuál era el peligro más inmediato.

—Veré qué puedo hacer. Escriba una carta.

Polín fue a una mesa y redactó un escrito convincente dentro de los adecuados términos respetuosos. El regidor la leyó y se admiró. Un simple campesino mostraba el arte que él nunca tendría.

—La haré llegar —aseguró. Pero su mirada estaba comprometida por lo que pensaba del asunto.

Antes de salir del edificio, Polín se detuvo de pronto.

—El alcalde me dio la idea. Creo necesario escribir otras cartas.

—No te metas en más peligros —dijo Antonina—. Esperemos la respuesta del SIM.

Polín estaba determinado. Pidió papel en un mostrador y escribió a la Embajada de España y a los directores de *La Nación* y *La Información*, notificándoles el hecho y pidiéndoles que intercedieran para conseguir la libertad del intelectual. La dificultad residía en cómo hacerlas llegar a sus destinos. No se fiaba del alcalde. Se encaminó al despacho del síndico municipal.

—Sabemos que esto no entra en sus funciones concretas —aclaró, cuando le tuvo delante—. Pero confiamos en que no le importe mandar estas cartas.

El funcionario las leyó y luego miró a los hermanos.

—Es un exiliado del país de ustedes. ¿Creen que su Embajada moverá un dedo?

—Hay que intentarlo. En todo caso, los periódicos no se deberían negar a hacer la gestión.

—¿Quién firma las cartas?

Polín se agachó en la mesa y puso su nombre y garabato mientras Martín miraba al hombre con sus ojos tranquilos, sin economizar el mudo mensaje.

—Las enviaré —prometió, algo espantado.

—Otra cosa —dijo Polín—. El generalísimo Trujillo viene a menudo a Constanza. ¿Cierto?

—Sí. Compró una casa. Va a ella o al hotel Nueva Suiza.

—Iré a verle. Le preguntaré.

—¡Qué dice! —exclamó el hombre—. Está loco. Eso es imposible. No podrá acercarse ni a un kilómetro. ¿Olvida de quién habla? Además, esto no es cosa de él sino de Johnny Abbes.

—¿Quién es ese?

—¿Johnny Abbes? ¿No lo sabe? Es el jefe del SIM. No se puede llegar a él. Ni se imagina lo peligroso que es. Olvídese de eso.

—No me importa ese Abbes. Cuando venga el Jefe, iré a hablar con él.

—Corres mucho riesgo —dijo Antonina, al salir—. Se chismeará. Dirá que le has amenazado.

Ambos miraron a Martín, imperturbable en la zancada.

Polín se bajó de la litera. Una alarma le había sonado dentro. Ya no estaban los gallegos. Marcharon con sus ronquidos a una de las casas que quedaron libres tras el abandono de los decepcionados impacientes. Miró la cortina, al fondo de la casa, lugar ocupado por el dormitorio de su hermano y Bea. Estaba echada. Salió al jardincito. Todo aparecía regado de estrellas, esperando la avenida de una nueva oportunidad. Martín estaba junto a la alambrada, oteando el camino, presintiendo algo. Junto a él, *Viento*, con las orejas de punta. Se situó a su lado y miró la oscuridad que él contemplaba.

—No harás nada —dijo Martín—. Yo me ocupo.

Un rato más tarde oyeron el ruido de un motor acercándose. Martín entró en la

casa, de la que salió momentos después sosteniendo una bolsa pequeña, como si fuera un equipaje de mano. Detrás de él Bea, con el asombro pintando su boca infantil y tratando de equilibrar su embarazo de ocho meses. Se dirigió a la entrada y esperó mientras Polín se les unía con el machete en la mano. Cruzaron sus miradas hasta que la silueta de un *catarey* tomó forma delante de ellos. Dos policías uniformados descendieron y se aproximaron, las pistolas rebotando en sus muslos.

—Polín Fernández Llanera. Quién de los dos.

Martín dio un paso al frente, sin pronunciar palabra.

—Tiene que venir con nosotros.

—¿Adónde? —dijo Polín.

—Ya él lo averigua cuando lleguemos. Pero déjese el colín.

—¿Cuándo lo van a traer?

—El colín —dijo el policía, poniendo la mano en la funda del arma.

Polín ya no era el muchacho vacilante de cuatro años atrás, cuando llegó a su gran aventura. Tenía los músculos endurecidos y ni mucho menos había desperdiciado el tiempo. Eran innumerables las cosas aprendidas. Pero sabía que nunca llegaría a manejar la templanza de su hermano. Una vez más notó la transmisión interna, instándole a conservar el dominio. Dejó caer el machete y lo impulsó a un lado con el pie. Martín apretó un beso en los labios de Bea y subió a la caja del camión junto a los policías. Instantes después el vehículo inició su rodadura.

—Deje que vea eso —dijo el agente, a la vez que le quitaba la bolsa. La inspeccionó. Un jersey, un trozo de jabón, cepillo de dientes, una toalla y dos aguacates—. ¡Ah, carajo! Mira qué prevenido es el hombre.

Martín recogió la bolsa y miró el camino. No habían tenido en cuenta que para pelar las «peras de cocodrilo» necesitaba algo cortante, como la navajita que ocultaba en un bolsillo.

Era la primera vez que desandaba el camino desde su llegada. Antes de escalar el puerto llegaron los primeros fulgores del día para mostrar un paisaje inédito. Una bruma cubría los valles y las lomas bajas como si fuera un océano. Solo se veían las jorobas de las lomas altas surgiendo como islas de ese piélagos gaseoso. Era como si miraran el mar a vista de pájaro. Cuando llegaban a la cima, ya la niebla se había deshecho en un éxtasis de tonos verdosos. Martín miraba, concentrándose en adivinar los nombres de los promontorios. Los había visitado casi todos, por su base. La prueba le trajo a la memoria al maestro que se las enseñó a Polín y a él. Don Manuel. Hacía dos semanas de su desaparición y seguían abandonados de noticias. O acaso esa detención suya era la respuesta. Quizás ahora le estaban permitiendo recorrer a él el camino que llevaba al misterio.

La carretera no había experimentado mejoras y el *Mack* se adentró en las curvas del angosto puerto dando bandazos y con la atracción constante del abismo. Parecía

imposible resistirse a su llamada. Pararon en Bonaó para el almuerzo. Sancocho de yuca y brinzas de gallina. Los policías eran locuaces e intentaron introducir a Martín en la conversación, pero la mirada del asturiano les disuadió. Llegaron a la capital al atardecer y se dirigieron más allá del extremo de la población. Ya el clima era otro, con el olor salitroso del mar y un ambiente lleno de ruidos y de mosquitos. Se acercaron a una larga alambrada vigilada por guardias armados. Abrieron. El camión pasó a una gran explanada, donde numerosos hombres paseaban solos o en grupos, y se detuvo ante un edificio de piedra de dos alturas custodiado por guardias con vergajos en las manos. Era una estructura de factura simple, desligada de belleza. Un pasillo abierto recorría la planta superior, como un balcón longitudinal. Los dos guardias indicaron la escalera a Martín, subieron y le condujeron por el corredor hasta una puerta. Tras pedir permiso, entraron. El despacho, de tamaño medio, y dos ventanas cerradas, presentaba sobriedad de muebles: dos sillas frente a una mesa grande con papeles, archivadores desvencijados a un lado y un colgadero al otro enganchando chaquetas y gorras. En la pared, un retrato a gran tamaño del Benefactor con gorro napoleónico. En un rincón chirriaba un ventilador oscilante que regularmente lanzaba bocanadas tórridas. Dos hombres encorbatados hablaban animadamente y no se volvieron, como si su presencia no hubiera sido advertida. Uno mostraba uniforme y el otro vestía ropa civil, lo que se apreciaba en sus definidoras camisas de manga corta. Martín se había estudiado los grados y supo por la insignia que el uniformado era coronel. No entendía que pudieran aguantar el bochorno. Deslizaban frases sobre movimientos subversivos descubiertos y el castigo que sus participantes recibirían de acuerdo al largo brazo de la ley. A Martín le sonó como una advertencia. Al cabo se volvieron. El civil cogió un papel de la mesa y miró al detenido.

—Polín Fernández Llanera, español, colono de Constanza. ¿Es usted?

El asturiano afirmó con la cabeza, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, una mano atrapando la bolsa.

—¡Ah!, qué bueno que llegó. Pero siéntese, hombre, póngase cómodo.

Martín no se movió.

—¿Sabe usted dónde es que estamos, ah? —Ante la mirada sin inflexión del interpelado, continuó—: Esto es la Penitenciaría Nacional de La Victoria y yo soy el comandante de la misma. El señor es el jefe de la Policía Nacional. Le hemos invitado a venir para que nos hable sobre una organización clandestina descubierta en Constanza, cuyo propósito es el de pretender acabar con el régimen democrático que disfrutamos en este país.

Martín le miró fijamente, sin responder.

—¿Ah? ¿No entendió?

Martín siguió estático y en silencio.



—¿Usted es sordomudo, o qué vaina?

—No sé qué me habla.

—Claro, claro. Pero como que puede que haya escuchado algunos de estos nombres —dijo, enseñándole una lista. Martín la cogió y, después de oírla, negó con la cabeza—. Pero hombre, no diga eso. Sabemos que conoce a Manuel San Hermenegildo. Es este de aquí, con su nombre en clave.

—Lo conozco.

—Usted envió sendas cartas a los periódicos *La Nación* y *La Información* para exigir su libertad.

—Ye un maestro retirado y un hombre bueno.

—No está retirado ni es hombre bueno. Si así fuera no se vincularía a tramas desestabilizadoras del orden establecido. Usted sabe que escuchaba las noticias de esos terroristas barbudos de Cuba con mensajes cifrados, y que los transmitía. Está en ello. Por eso escribió las cartas. Así que vuelvo a preguntarle qué datos le ha podido pasar de su cédula criminal.

Martín lo observó en silencio. Los dos policías se miraron. No lo podían creer.

—¿Qué carajo le pasa? ¡Conteste, coño!

—Verá, comandante —dijo Martín, la voz punteada de aburrimiento—. Tengo una parcela que cuidar. Lléneme de vuelta y dejen que trabaje en paz.

Los dos policías volvieron a mirarse, esta vez con gesto de gran sorpresa. Todos los que entraban en La Victoria se llenaban de pánico. Muchos se orinaban y hasta se cagaban encima. Acaso ese tipo no se daba cuenta de lo que era ese lugar y de cómo se manejaban las cosas allí. Muy arrogante era, ahí plantado presumiendo de ser insensible al acojono.

—Usted como que se cree muy bravo. Ha ido largando boca, asustando a las autoridades de Constanza. Y amenazó con asaltar al Benefactor y al jefe del SIM. Nada menos.

Martín no consideró necesario responderle.

—Okéi. Dejemos de hablar mierda. Más nunca tendrá la comprensión que le estamos brindando. —Se volvió a los guardias—. Llévense a este carajo al capitán Del Villar y que proceda. Quítenlo de mi vista.

Salieron de nuevo al pasillo. Martín contempló de pasada a los hombres del patio, que deambulaban bajo un sol de fuego. Supo luego que eran presos con penas menores y estancia carcelaria indefinida. En un escritorio de la planta baja, calcado del principal pero constreñido de espacio, el citado oficial lo recibió. La corbata le aferraba el cuello como un dogal y el rostro era un volcán de sudor. Parecía estar en desacuerdo con todo lo que miraba. Examinó la orden como si fuera un mensaje radiado.

—Llévenlo dentro.

Cruzaron unos pasillos y desembocaron en una explanada interior mayor que la de acceso. Otra alambrada, con policías uniformados al lado de acá y las manos sosteniendo los garrotes. Detrás, una nube de hombres mayoritariamente jóvenes medio vestidos, muchos sin camisa y descalzos, con la misma catadura y el mismo afán en sus miradas y en sus silencios. Cientos. De ellos emanaba una mezcla casi sólida de fetidez, sudor y bestialidad. Martín entendió el mensaje. Se metió la bolsa entre la camisa y el pecho y esperó. Los guardias gritaron a los presos que se alejaran. Abrieron la cancela lentamente. Martín pasó al otro lado y se inmovilizó, apoyando la espalda contra la verja. Esperó la reacción de ese mundo desquiciado, un frente de ojos legañosos y enfebrecidos; los ojos del dolor, la desesperación y la impiedad. La línea se resquebrajó cuando varios se lanzaron sobre él. Martín se agarró a los barrotes y proyectó sus piernas en abanico, coceando con ímpetu. La masa retrocedió. De repente sintió dolor en los nudillos. Los guardias le golpeaban los dedos con las porras. Se soltó y cayó al suelo. En un momento la masa se abalanzó sobre él. Cuando se dispersaron le había desaparecido la ropa. Estaba sangrante, totalmente desnudo y descalzo. Había varios hombres tirados sin conocimiento, como sacos vacíos, como consecuencia de su resistencia. Miró alrededor mientras se reponía. Unos le miraban desde la indiferencia y otros, más jóvenes, con ojos lujuriosos. No era frecuente ver un ejemplar como él en esa escombrera. Los más, los inmersos en la descomposición, habían olvidado el incidente. Salvo para los alcahuetes y lascivos ya no constituía un objetivo.

Vio venir hacia él a dos hombres con señas de identidad en su aspecto.

—Es la ley de la selva —le explicaron, mientras se secaba la sangre con un trapo que le dieron—. Al que llega nuevo le quitan todo lo que trae. No son precisamente los que nada tienen sino las bandas organizadas, que manejan un mercado interior a base de robos e intimidaciones. A nosotros nos pasó lo que a ti. Nos quitaron solo el dinero porque se lo dimos sin oponer resistencia. La verdad es que desde entonces no se meten con nosotros, como si nos tuvieran cierto respeto. Ven. Te daremos alguna ropa.

Los observó. Estarían sobre la treintena. Presentaban recia constitución y brazos trabajados. Eran valencianos y procedían de la colonia de Baoba del Piñal. Llevaban allí una semana. Uno estaba casado y en la colonia había dejado a su mujer e hijos. Le facilitaron un pantalón y una camisa, que apenas podían cubrirle. No le consiguieron calzado debido a sus grandes pies, por lo que tendría que ir descalzo, como la mayoría de los reclusos. También le informaron de que debería agenciarse un colchón si no quería dormir en el suelo, como los «ranas», nombre que daban a los que no disponían de tan elemental objeto. En cualquier caso tendría que hacerse un espacio en los atiborrados pasillos ya que las celdas, como si fueran habitaciones de hotel, estaban ocupadas por las mafias que controlaban la prisión en connivencia con

los carceleros.

—No hay humanidad en los guardias. Todos son corruptos. Viven de la desgracia de los presos, explotando sus míseros recursos. No son pocas las mujeres que se ven obligadas a dejarse joder por esos cabrones, o a hacerles mamadas. Cualquier cosa para que sus maridos obtengan un trato de favor y les permitan pasarles cigarrillos, dinero o drogas. Esto es una inmundicia moral.

En las celdas los reclusos con posibilidades se guisaban sus propias comidas y almacenaban su intendencia. No había comedores, o lo que es lo mismo, salas con mesas y bancos. El rancho, llamado «chao», se repartía al aire libre. Los reclusos formaban grandes colas para recibirlo. En este punto le informaron de que era un producto incomible y que no facilitaban escudillas ni cucharas, con lo que cada cual debía hacerse con esos materiales. Aceptó el consejo de comprarles la comida a los guardias, que es lo que ellos hacían por cuarenta centavos, una cantidad no pequeña pero bien empleada. Como carecía de dinero y medios para conseguirlo de inmediato, sus generosos compañeros le propusieron prestárselo cada día hasta que llegara don Salvador, el cura español, que les visitaba con frecuencia y que estaba haciendo gestiones para liberarlos.

—Lo que no podemos es darte para un colchón. Los dos dormimos en el mismo, en la «zona de descanso». Es un lujo aquí.

Martín no tuvo dificultad en hacerse un sitio nocturno entre la maraña de tatuados desheredados y se transformó en un «rana». No le importó dormir en el duro suelo.

Con el paso de los días se enteró de que esa prisión de aspecto malsano, sucia y destartada solo tenía siete años y que en ella había unos cinco mil presos, la mayor parte preventivos y por delitos comunes, para unas previsiones de ochocientos cincuenta reclusos. Y que solo les correspondía ducharse una vez al mes. Así, además de la roña congénita, gran parte de los confinados padecía enfermedades infectocontagiosas y pústulas sin remedio, lo que se agravaba por el hecho de que para tanta gente solo hubiera un médico y una enfermera. Martín no se sorprendía nunca por nada. Pero recordó la excelente asistencia médica que recibían los españoles en el Hospital municipal de Constanza, donde curaban sus males con eficiencia y donde a tantos arreglaron sus dentaduras, todo gratuitamente. En eso los responsables de la colonia habían cumplido sobradamente con ellos.

También supo que en otra parte de la fortaleza había unas celdas oscuras, sin ventanas ni agujero donde hacer las evacuaciones. En esos recintos, llamados «La Solitaria», mantenían días y días desnudos y amontonados a los detenidos políticos, tantos que no podían tumbarse a dormir por falta de espacio y se turnaban para hacerlo. Era de esperar que a ellos no los llevaran a esas mazmorras.

Don Salvador les visitaba, como le habían dicho. Era un hombre joven, fuerte, animoso. Sobre él pendía una amenaza de expatriación. Pero eso no frenaba su

propósito de sacarlos de allí. Saldó la deuda de Martín con los valencianos y le entregó una pequeña cantidad para las comidas, pero no le resolvió lo del colchón y el calzado.

Un día se vio rodeado por tres reclusos. Eran tipos mejor presentados que la mayoría, como si no pertenecieran a la fauna desdichada, pero con los mismos rostros desaconsejados.

—Te hemos observado y queremos protegerte. Tienes un sitio en nuestras habitaciones.

Martín observó sus caras rufianescas. Entendió de qué iba la cosa. Se volvió para alejarse. Uno de ellos le agarró de un brazo.

—Gringo de mierda. Como que eres sordo. ¿No entendiste? Tienes que venir con nosotros. Te hemos adoptado.

Martín lo envió al suelo de un puñetazo aletargador. Los otros sacaron pinchos e iniciaron movimientos para herir con rapidez. Parecían muy prácticos en esas situaciones. Martín atrapó a uno por la mano armada y le hundió el puño en el estómago. Cayó como si la vida le hubiera abandonado. El otro quedó boquiabierto. Martín atacó como un oso. Le cogió de un brazo, lo levantó en el aire y lo estrelló contra el piso. El altercado había durado segundos pero fue suficiente para que se formara un corro alrededor. Dos guardias se abrieron paso, gritando que despejaran. Miraron a los tres desvanecidos y a Martín. Entendieron la situación sin preguntar.

—Véngase a la oficina —dijo uno, amenazando con la porra.

El capitán Del Villar seguía coleccionando sudores. Le miró como si fuera un bicho raro.

—Le rompió la mandíbula a uno. Casi desnucó a otro. Y el tercero vomita sangre. ¿Sabe quiénes son esos carajos?

Martín se limitó a mirarle.

—¿No le interesa? Mafiosos. Una banda peligrosa. Usted no es uno de estos comemierdas. Está aquí acusado de colaboración en acciones subversivas. Hable y podrá salir de inmediato. De otra manera tendrá que estar sin dormir. No le dejarán. Le reventarán el culo.

—No tengo nada que ver. Soy un agricultor. Quiero volver a mi parcela.

Martín guardó sus espaldas. Por las noches hizo turnos con los valencianos. Los tres dormían, alternándose. Pero no se plantearon situaciones similares, como si los macarras hubieran escarmentado o esperaran a que el tiempo facilitara un descuido. El calor era una losa sofocante y Martín, a pesar de su energía, notaba que agredía su cuerpo acostumbrado al frío del altiplano. También el hacinamiento daba puntazos a su invulnerabilidad. Apenas había espacio para andar, tropezándose unos con otros entre miradas desconfiadas o enfebrecidas. En los cuatro patios, como si fueran campamentos al aire libre, unos preparaban comidas, otros lavaban ropas, cortaban el

pelo, vendían diferentes objetos permitidos y, los más, caminaban como sonámbulos o permanecían tirados en el suelo como ajenos a la vida. La constante era la fetidez sumada de las frituras nauseabundas, el humo de hierbas fumadas y el hedor de las aguas negras. Y sobre todo el soniquete machacón de los mismos ritmos musicales. Martín cerraba los ojos y vislumbraba los grandes espacios abiertos de Constanza.

—Nos están dando cuerda para ablandarnos. Se supone que saldrán de su error. ¿Cómo coño vamos a estar ayudando a la insurgencia? —dijo uno de los valencianos.

—¿Tú crees que Trujillo sabe lo que nos pasa? —planteó el otro.

—Esto es obra del Servicio de Inteligencia Militar, que mantiene el terror, como en España la Brigada Social. Puede que no lo sepa o que le importe una mierda. Es una dictadura y aquí todo vale.

Martín les escuchaba sin entrar en sus conversaciones. No sabía cuánto duraría esa situación pero estaba dispuesto a aguantar, cualquiera que fuera el límite. Pensaba en su parcela. En ella estaba todo lo que amaba.

Días después fue llamado a declarar. En un cuartucho desnudo, solo una mesa y tres sillas, tres uniformados le miraron escrutadoramente. Vestían camisa de manga corta y llevaban corbatas. Uno de ellos portaba las insignias que lo identificaban como primer teniente: dos hojas de laurel plateado. Eran de estatura coartada y agradecidos de cintura. Los dos rasos llevaban vergajos en las manos. Al contrario que el capitán que le envió a los patios, estos parecían estar a gusto con el calor y con su trabajo.

—Venga acá, hombre —dijo el oficial—. Ya sabemos lo suyo con los mafiosos. Queremos acabar con esto. Tómese asiento y cuéntenos de esa organización donde están sus amigos comunistas. Lo dejaremos marchar y que vuelva tranquilo a su país.

—Mi país ye este. En Constanza tá mi familia y mi tierra.

—Anjá, qué bueno lo que dice. Sí señor. Este es un gran país donde las buenas personas pueden labrarse un futuro, y más un labrador como usted —dijo, mirando a sus hombres, que rieron la agudeza del oficial al construir la frase—. Así que nos lo habla y acabamos.

—Quiero que me regresen allá.

—Ta'to', compadre. Dejemos esta jodienda. Háblenos de esos traidores y puede volver a su huerta.

—Hablaré.

—Ahí é que prende, compadre —se congratuló el teniente mientras cruzaba una mirada triunfalista con sus hombres. Finalmente no había sido tan difícil con el pariguayo.

—No sé nada de esa vaina, como ustedes dicen —dijo Martín, sin descomponer el gesto—. Así que vuélvame a Constanza.

Los captores se quedaron alelados. El teniente miró a Martín e interpretó en su

gesto algo que lo hizo palidecer. El pendejo se estaba burlando. Se alzó en la silla.

—¡Te guayate, hijo e puta! ¡Métnle chucho! ¡Tírenle unos chuchazos a este pendejo de mierda!

Los dos agentes comenzaron a darle vergajazos en la cabeza y en el cuerpo con gran empeño. Martín se revolvió. De un puñetazo mandó a uno al suelo, desvanecido. Agarró el látigo del otro, lo atrajo y le recibió con un revés tan fuerte que lo hizo rebotar contra la pared, de donde se escurrió anestesiado. Martín tiró la mesa a un lado y agarró al oficial del cuello, levantándole del suelo. Miró sus ojos aterrados y su boca desencajada.

—Teniente, no hice nada para que me peguen. Solo quiero volver con mi familia.

En ese momento entraron otros dos guardias. Martín sintió sobre sí los latigazos. Soltó al oficial y se revolvió, moviendo los puños. Los hombres cayeron fulminados. El teniente pulsó un botón mientras buscaba el resuello perdido. Martín salió al pasillo oyendo repicar un timbre llamando a urgencia. Por los dos lados se le echaron encima otros carceleros. Eran demasiados pero los mantuvo a raya incluso tras serle aplicados los bastones eléctricos. Cuando finalmente se derrumbó parecía que por allí había pasado un vendaval.

**Ciudad Trujillo, febrero de 1959**

*Alguien aprende a ocultarse bajo la luz,  
pero es tan distante el mar,  
tan lejana la imaginación...*  
CÉSAR AUGUSTO ZAPATA

En su escritorio de La Cuarenta, el coronel Johnny Abbes García paseaba pensativo. Era de madrugada y nada perturbaba el silencio. Ni siquiera los sollozos de los confinados en los sótanos de esa otrora residencia campestre reconvertida en el principal centro de obtención de confesiones. Gruesas paredes impedían las repugnantes muestras de cobardía de quienes eran interrogados. Pocos de los que pasaban por esas bodegas dejaban de confesar sus crímenes. Porque el ojo analítico de sus hombres no fallaba. Los que allí llegaban eran culpables de crímenes contra el Estado y, luego, cobardes. La mente del coronel siempre estaba en activo, día y noche. Porque soñaba y se acordaba de los sueños aunque no todos eran placenteros. Era el jefe del SIM desde comienzos de año en que sustituyó en el cargo al general Rafael Arturo Espaillat, apodado Navajitas, también ayudante personal del Jefe por entonces. Un premio a los óptimos resultados conseguidos en las tareas de prueba encomendadas por el Benefactor y realizadas tiempo atrás en México y en otros países de Centroamérica. Se sentía razonablemente ufano de estar a la altura de tan alta misión y por el respaldo que sus acciones merecían del Jefe. El trabajo se le amontonaba desde el fatídico día, mejor dicho, la desventurada noche en que Fulgencio Batista huyó de Cuba para, como antes hicieran el colombiano Rojas Pinilla y el venezolano Pérez Jiménez, refugiarse en la República Dominicana, un paraíso de seguridad para la gente amante del orden y la legitimidad. Meses en que sus agentes detectaron un aumento de disidentes peligrosos. Hasta entonces su labor no le exigió demasiado esfuerzo porque el descontento no creaba una herida ni preocupante ni generalizada ya que el pueblo no había sido infectado. Los escasos saboteadores a la bondad del Régimen procedían no de las clases bajas sino del estamento medio y del entramado político y militar de la sociedad. Eran tipos desagradecidos, envidiosos, nunca conformes con lo mucho que el Benefactor les daba ni con la buena vida que disfrutaban desde el principio de la Era. Debían ser tratados como lo que eran en realidad, unos traidores a la Nación. Pero desde la llegada al poder de los barbudos en la isla grande, todo el Caribe y el istmo estaban en ebullición y se multiplicaban las organizaciones comunistas. Solo Puerto Rico, por estar en manos de los norteamericanos, y la República Dominicana resistían el

embate de los enemigos de la libertad, esos malnacidos que proclamaban ser ellos los únicos depositarios de esa teoría. Muy reciente estaba la frustrada invasión a Panamá por un grupo entrenado en Cuba. Fue un enorme fracaso y al mismo tiempo un aldabonazo de que llegaban tiempos de tensión.

Se tomó un café cargado, dudando de la reunión que tendría más tarde con el Padre de la Patria Nueva. Esta vez uno de los temas trataría de los colonos españoles. Sabía de su fuerte inclinación hacia ellos y sus esperanzas de que se integraran en el país aportando no solo su trabajo sino su sangre. Había que restaurar la supremacía blanca en Quisqueya, en peligro desde la invasión haitiana de 1822 que dejó toda La Española bajo dominación de los antiguos esclavos africanos llevados por Francia. Veintidós largos años que sembraron una profunda huella negra en el país. Todo esfuerzo era poco para rescatar la esencia de la dominicanidad. Porque del país de blancos con una pequeña porción de mestizos que fue en su tiempo, se había transformado en un país de mulatos y zambos con crecimiento indeseable de negros. De ahí la desilusión del Jefe cuando fue informado de que muchos españoles impacientes optaban por regresar a su país. Ya cientos de ellos lo hicieron y otros estaban apuntados para seguir su estela, a la vez que no habría más inmigración desde España. Por eso se intentó con los japoneses y húngaros, cuyas pequeñas colonias se habían asentado en Constanza.

Él también lamentaba ese hecho. Sin embargo, su cometido era preservar el Régimen. Por eso en su informe había aspectos de conflicto. Suspiró. No se le ocultaba que al tratar este asunto tendría que moverse en el filo del cuchillo, esta vez con mayor cuidado.

Miró la hora. Las cuatro de la madrugada. Ahora Su Excelencia estaría levantándose en su residencia de la Estancia Radhamés. Esperó el tiempo necesario. No debía llegar ni antes ni después a la cita, solo en el momento justo. Salió, montó en uno de los Cadillac negros y le dijo al chófer que lo llevara al Palacio Nacional. Tardaría en despuntar el alba pero el Jefe estaría en su despacho como un clavo, a la hora exacta, para dar ejemplo de diligencia y laboriosidad al país. El automóvil entró en las cocheras seguido por el jeep de los guardaespaldas. Subió en el ascensor privado hasta la tercera planta y abrió el despacho del Generalísimo, justo a las cinco y cuarto. El gran hombre habría llegado a las cinco en punto y habría tenido su tiempo íntimo para el desayuno, que nadie debía interrumpir porque según el Benefactor el masticar en público no era elegante, cosa que había apreciado en almuerzos de alto rango donde la gente exquisita apenas probaba bocado.

—Buenos días, Excelencia.

Trujillo tomaba café, sentado junto a una mesita. Rechazaba el aire acondicionado y prefería el natural tempranero que venía del mar y que penetraba por las puertas siempre abiertas que daban al balcón. Cogió los informes que le presentaba y los puso



a un lado. Con un gesto indicó al coronel que se sirviera de la cafetera y, mientras procedía, lo examinó como si le estuviera pasando revista. No encontró nada fuera de su sitio. El coronel no era estrictamente un militar pero sabía cómo llevar el uniforme, aunque jamás ofrecería una imagen bizarra con ese cuerpo que se iba vulnerando de grasa y que culminaba en la esférica cabeza como si fuera una tarta de *soufflé*. Le gustaba Johnny porque había logrado extender por todo el país una red de espionaje posiblemente perfecta. Nada escapaba a la acción de sus *caliés*. Seguramente que cometería errores y alguien pagaría con culpas ajenas siendo inocente, pero eso era mejor que tener al país descontrolado. Además, ante él se sentía a sus anchas. Aun habiendo sido marine, o educado como tal en la Guardia Nacional creada por el Ejército norteamericano durante la ocupación, nunca podría presentar el cuerpo atlético que en secreto lamentaba no poseer. La mayoría de las veces neutralizaba esa desventaja con un interlocutor más agraciado imponiendo la autoridad amedrentadora que emanaba. O acaso el terror. Por eso con el coronel Abbas se encontraba vencedor en lo físico dado que el jefe del SIM tenía menos estatura que él y le superaba en orondez.

—Hablemos primero de los españoles de las colonias. Cuénteme.

Así, de golpe. Se esfumó su esperanza de que fuera un asunto final para que el horario impidiera abundar en él.

—La gran mayoría está en sus tareas, Excelencia. Pero tenemos probadas sospechas de que unos pocos están metidos en algo que no les concierne.

—Es un contrasentido lo de sospechas probadas. Si están probadas ya no son sospechas sino hechos. Defínase. Una cosa o la otra.

Joder. Siempre le cogía en alguna. Se esforzó en aparentar seguridad.

—Bueno... Hemos detectado que esos pocos han sobrepasado el nivel de protestas. Mis hombres les oyeron comentar con entusiasmo las proclamas emitidas por la radio cubana incitando a la rebelión. En varias ocasiones.

—¿Qué tanto entusiasmo? ¿Dónde es que les oyeron?

—Directamente. Mis hombres pegan sus orejas en las puertas, de noche. Nada se les escapa. Datos de primera mano.

—¿De cuántos es que estamos hablando?

—Tres en estos momentos. Los tenemos en observación en La Victoria.

—Espero que no hayan pasado por La Cuarenta.

—No, Excelencia... —y tuvo un escalofrío cuando sintió los ojos clavarse en los suyos. Recordó lo que decían quienes se sometían a su escrutinio: «La mirada de la nada y del todo más absolutos»—. Están con los otros presos preventivos.

—Esos colonos pasaron un proceso de selección en España durante el que apartaron a todos los que pudieran conservar alguna vinculación activa con las izquierdas derrotadas en su guerra. Supongo que usted está sabiendo distinguir entre

lo que significa protestar por las malas condiciones en que muchos se encuentran y la adscripción a movimientos subversivos. El quejarse no significa estar organizando complots contra esta República.

—En efecto, Excelencia —se apresuró a aseverar el uniformado—. Todos los que honradamente muestran su disgusto, lo que es una equivocación a mi entender, están siendo retornados sin problemas y sin gasto alguno.

—Vea, coronel. No tenemos muchos amigos fuera del país. Uno de los pocos, el más fiable, es el Caudillo de España, Generalísimo Franco, por quien siento respeto y admiración. No quiero que nada pueda perturbar esa amistad. No es que él esté tutelando a esos campesinos y tampoco creo que entre en el detalle de sus actuaciones. Pero no aceptó que vinieran aquí para que acabaran en prisión. Así que no siga con esta mierda y saque a esos hombres de la cárcel.

—Así se hará, Excelencia...

—Deme la lista de esos sospechosos.

Ahora le pillaría en la mentira. Johnny Abbes volvió a tiritar. Cogió los informes y buscó uno, que tendió al Benefactor. Allí estaban los nombres y todos sus datos, con fotografía incluida.

—A este hombre le conozco —dijo el Jefe, señalando una ficha—. Es el hermano de un asturiano con agallas que me gustaría se quedara en el país. ¿Qué ha hecho exactamente?

—Verá, Excelencia... —dudó. ¿Cómo explicar que el apresado era el bragado y no el llamado Polín?—. Es..., bueno, era alumno y amigo de Manuel San Hermenegildo, uno de los maestros de la República de España que usted acogió años atrás en su magnanimidad. Recordará que hablamos de él hace un mes, cuando le detuvimos, convicto de integrar un grupo de activistas para derrocar nuestro Gobierno. Además agredió...

—Espere, espere. Recuérdele lo del maestro.

—Como Su Excelencia sabe, desde la llegada de esos sucios barbudos a Cuba las radioemisoras de La Habana y Caracas no han cesado de emitir consignas tendentes a acabar con el régimen de Su Excelencia. Nuestras estaciones monitoras han bloqueado esas emisiones. Pero utilizan las frecuencias de onda corta, que no podemos interceptar. Ese maestro no solo las escuchaba sino que tenía un código en clave para conectarse con una red interna de sediciosos. Lo agarramos. Y como le decía agredió a varios policías, uno de ellos teniente.

—Un momento. ¿Quién carajo agredió a los policías? ¿El maestro o el asturiano? Déjese de pendejadas y hable con propiedad.

—Disculpe, Excelencia. El asturiano.

—¿Cómo es que les agredió? Eso no es posible.

—Tumbó a varios. Hubieron de emplear bastones eléctricos para reducirlo. Y aun

así... Bueno, el tipo es una máquina.

—Es raro que nadie pierda el temor hacia nuestros policías. Seguro que se propasaron con él. Sabemos cómo actúan nuestros carceleros.

—No, Excelencia. Puede que alguno de nuestros guardias perdiera la paciencia y le abofeteara. Es normal. Eso no mata a nadie.

—Algo no me cuadra. Ese muchacho era más bien delgado. No parecía capaz de hacer lo que usted dice. Al hermano sí le veo a la altura de la hazaña. Un tipo hercúleo y directo. No se arredró al hablarme. —Miró a su ayudante, que empezó a poner camaleónico el rostro al no ver salida—. ¿Qué ocurre, coronel?

—Es que... Disculpe, Excelencia. En realidad el que está en La Victoria es el hermano grande, el forzado...

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? Acláreme eso.

—El gigante, llamado Martín, se hizo pasar por el otro. Lo descubrimos a raíz de su pelea con nuestros guardias.

Trujillo miró al policía sin verle. Miraba más allá.

—Me imagino que ahora lo tendrá en una de las Solitarias, desnudo, sin comer, mezclado con otros desgraciados —dijo, filosamente, llenando de hielo las venas del policía—. Me mintió, carajo.

—Disculpe, Excelencia. Es un caso especial y no tiene nada que ver con su condición. Agredió a funcionarios. Debe pagar por ello. ¡Dónde quedaría nuestra autoridad si dejáramos impune un acto semejante! Además, y a entender de los guardias, hay un rasgo racial que trasciende del hecho en sí. Es como si nuestra autoridad no mereciera el respeto de algunos españoles. Nos miran con desdén, como si estuviéramos todavía en la Conquista. Es seguro que de estar en España no se hubiera atrevido a golpear a la policía.

—Eso es una gran estupidez. Quizás es que allá no tienen motivos para someterle a interrogatorio. Quizá no lo hicieron porque en realidad es un simple campesino que nunca se metió en política. ¿No lo ha pensado, coronel? —Lanzó otra mirada fulminante al subordinado y no necesitó su respuesta—. ¡La Conquista...! Qué cojones está diciendo. Cómo se le ocurre ese absurdo. ¿Qué le sacaron, qué dice él?

—Que es inocente de las acusaciones.

—Naturalmente, si el sospechoso era el otro. Diga algo más concreto, carajo.

—Bueno... Es un tipo especial, la verdad. A las amenazas...

—Golpes. Llame a las cosas por su nombre.

—... Casi no habla, nos mira con desprecio. Solo dice que tiene la parcela sembrada y que quiere verla florecer.

—¿Y el hermano, el suplantado?

—No se le ha podido detectar ningún hecho vinculante. Le vigilamos. Sigue en su sembrado, trabajando. Le ayuda la mujer del preso. Está embarazada.

—Repita eso, lo de la mujer. —La voz del Jefe tenía las entonaciones que preludiaban un estallido.

—Bueno... Es una española de la colonia. Se casaron hace siete u ocho meses. Está a punto de parir, o habrá parido.

Trujillo se levantó y estiró su figura. Tomó especial empeño en parecer más alto, como deseando abrumar al coronel. Paseó por la habitación dejando la suave fragancia de su perfume. Se asomó al balcón y escuchó el ruido de las olas. La noche seguía agazapada pero pronto se oirían los rumores de la distante calle y los de la gente de servicio en Palacio. Se volvió y en su mirada no estaba la nada sino la más pura de las amenazas.

—Se lo voy a servir lo más corto que pueda. Usted tiene a ese hombre en una Solitaria, golpeado, hambriento y seguramente herido. Me mintió cuando dijo que no estaban torturando a ningún colono. Porque ese hombre es un colono, uno de los que invitamos a venir para hacer progresar nuestros campos. Es parte de uno de los mejores proyectos que legaré a las generaciones venideras de este país, aunque muchos insensatos de aquí no se den cuenta y otros lo estén sabotando con su usura y su envidia. No es un vago ni puede ser un espía de nadie. Un hombre que reclama volver a la tierra que le dimos, que va a tener un hijo... Usted lo dijo. ¿Cuántos lo hacen? Y el hermano, ¿por qué iba a mezclarse con los intrigantes? ¿Qué ganaría con ello?

—Escribió cartas pidiendo la excarcelación del maestro republicano y pregonó que nos interpelaría personalmente a Su Excelencia y a un servidor. Pasaban mucho tiempo juntos. Por fuerza...

—¿Por fuerza qué? ¿Qué prueba eso? Si se aprecian es lógico que intente su liberación. Y el intentar vernos es un gesto de quien no tiene nada que ocultar. Además, usted mismo ha dicho que sigue trabajando en la huerta, con normalidad. Pero fíjese bien en el fondo de esta vaina. —Hizo un gesto como si estuviera detallando un teorema en una pizarra—. El tal Martín se hace pasar por el hermano para evitarle padecimientos. ¿Qué le sugiere? Patentiza no solo un gran carácter sino que posee dominio sobre el hermano menor. Con un guía así es razonable concluir que el tal Polín no puede ser un descontrolado ni que cometiera los desmanes de que se le acusa. —La mirada seguía disolviéndole la mente, los nervios, la seguridad—. Coronel, le puse al mando del SIM en vez de Navajita, quien no lo hacía mal, aunque le preferí a usted por sus métodos directos. Ha sabido cumplir. Mano dura a los traidores. Pero aquí hay una chapuza evidente. Ni siquiera han cambiado las fotos del expediente, aun sabiendo que el preso no era el reclamado. ¿Qué manera de trabajar es esa? Y por lo analizado, estoy convencido de que esos hermanos nada tienen que ver con movimientos sediciosos. Usted se ha equivocado con ellos. No es un fallo fútil. Puede que haya llegado a oídos de la Embajada española y nos veamos

obligados a dar explicaciones. Por lo pronto sacaré a este hombre de La Victoria. De inmediato. —Hablaba con suavidad pero el coronel notaba que se le helaba la espina dorsal—. Límpiele, vístale adecuadamente y dele alimentos. Que lo vea un médico, a fondo. Y mándele de vuelta a Constanza. Me reportará cuanto digo. Saque también a los otros españoles, como antes le indiqué. Y si estos persisten en su descontento, regréselos a España. Ojalá pudiera expulsar a todos los descontentos de este país que no cesan de intrigar. Y ahora ándese. Me jodió el día. Mañana seguimos con los otros asuntos.

Martín se hizo a un lado, apretándose contra los demás para permitir que otro se deslizara al suelo y descansara. La celda era de las Solitarias, un recinto de unos seis pies de ancho por doce de largo, sin agujero para defecar y sin ningún tipo de iluminación. Muy arriba en el techo un ventanuco permitía que por el día entrara un soplo de claridad. En las noches la oscuridad era absoluta, pero no importaba. No era ese el mayor problema sino el hacinamiento inmisericorde y el sudor transmitido de unos a otros por sus cuerpos desnudos. Eran veinte, según contó uno de los internados; demasiados para poder tumbarse o sentarse siquiera. Debían permanecer de pie, turnándose para que pudieran estirarse unos minutos en el piso cubierto de detritos. Anteriormente lo habían arrojado a una celda vacía y estrecha como una garita, desnudo totalmente, con las manos atadas a la espalda y los pies enlazados. Lo hicieron entre varios guardias mientras le daban chuzazos sin tregua. Dos días permaneció allí, en total oscuridad, olvidado de bebida y alimentos pero no de rencor. El teniente se personó cada mañana para obsequiarle con una tanda de vergajazos y de insultos, que no le hicieron mella porque sabía dominar el dolor. Tuvo que hacerse las necesidades arrimado a un rincón y dormir en cuclillas por la falta de espacio. Para mitigar la sed, buscó las zonas húmedas de la pared y chupó de ellas pacientemente. Después lo pasaron a ese calabozo donde llevaba cinco días. No volvieron a golpearlo. Le quitaron las ataduras y le facilitaron un pantalón, pero siguieron sin darle de beber ni de comer. Estuvo solo, como en la otra celda, pero pudo tenderse en la fría suciedad para echar un corto sopor. Permaneció sin alimento restañándose las heridas y guardándose de moverse para no consumir energías. Al día siguiente empezaron a meter cuerpos sin rostros hasta llegar a esa saturación. Y pudo beber. Ahora no había más opción que pasar parado la mayor parte del tiempo. Él descansaba el peso en uno u otro pie, alternativamente, y dormitaba apoyado en un lienzo de pared aguantando el encimado de los otros. Por las mañanas, al mediodía y en las noches los carceleros llevaban tres latas, que los presos se pasaban unos a otros con dificultad por el espacio imposible. Una contenía agua turbia, que apenas llegaba para todos; otra vacía pero cubierta de restos de heces para el fin concreto, y la tercera con una sopa de harina desbordada de sal para incentivar la sed y donde se apreciaban dientes, ojos y vísceras crudas de reses flotando. Muchos les hacían ascos.

Martín no era de esos. Sabía que sobrevivir conllevaba superar pruebas. Desde que tuvo uso de razón se instruyó para dominar su cuerpo y sus sentidos, obligándose a economizar las necesidades hasta límites contrarios a la lógica. Así podía comer esa bazofia sin sentir arcadas ni el hedor de los excrementos que apelmazaban el aire y lo hacían irrespirable, evitando que la debilidad le hiciera mella. Pero lo más difícil era estar en lo oscuro, en la *visión* que tanto daño causaba en quienes como él nunca tuvieron escasez de luz.

El paso de los días le habituó a ver en la tenebrosidad. Distinguió facciones en los antes borrados rostros. Eran todos dominicanos, que parecían conocerse o conocer a amigos comunes. Hablaban en susurros, transmitiéndose fatalismos, rumiando su desgracia. A ninguno le oyó hacer proclamación de inocencia sino el temor a lo imaginado. La casi desnudez les hacía difíciles de catalogar al principio aunque luego Martín, por como se expresaban, entendió que eran personas de cultura y nivel, quizá profesores, políticos o licenciados. Todos le miraban de reojo, apreciando lo distinto que era de ellos.

—Usted parece gringo. ¿Qué hace aquí? —se decidió uno.

Martín no contestó ni a esa ni a otras preguntas, o acaso no las oyó. Como siempre, no necesitaba el consuelo de una conversación y menos con gentes que hablaban de situaciones totalmente alejadas de su vivencia. Suponía que estaban allí por complotar contra el Régimen. Nada que ver con él, que tenía su mundo propio; un mundo de necesidades simples, distanciado de movimientos justicieros. Tenía una mujer, un hermano y un hijo llegando. Todos le necesitaban. No sabía cómo pero debía encontrar la forma de regresar a ellos. Lo que sí sabía era que, aunque lo consiguiera, ya no sería lo mismo porque alguien o algo habían interferido en sus vidas y destruido la armonía que, como la virginidad, solo se posee una vez.

De cuando en cuando la puerta se abría para que entraran otros presos, cumplidamente desnudos, o para reclamar que salieran los que nombraban mientras les enfocaban con las linternas. Entonces tenían lugar cortas despedidas y sollozos porque les sobrevolaba la sombra de lo definitivo. Con frecuencia y a deshoras abrían solo para enchufar los haces, sin decir nada la mayoría de las veces, aunque en ocasiones preguntaban por personas no recluidas solo para tenerles en vilo. Hacían recorridos luminosos y siempre acababan concentrando los focos en Martín. Era una forma de tortura, no exenta de crueldad, pero no habían vuelto a pegarle. Esa noche chirriaron de nuevo los goznes y las luces se adentraron, esta vez buscando su rostro.

—Usted, español, camine para acá —rezongó un carcelero—. Le vamos a soltar.

**Madrid, diciembre de 2005**

—Los tipos están en prisión preventiva —dijo Ramírez—. Procuraremos que les imputen por tentativa de homicidio.

Yo sabía que era una de las cuatro formas imperfectas de la comisión de un delito junto a las de provocación, proposición y conspiración.

—Tenéis setenta y dos horas para ponerles a disposición judicial. Solo te quedan cuarenta y ocho. Supongo que sus abogados están encima.

—¿Crees que no sabemos hacer nuestro trabajo? Te diré algo que te interesará. Esos dos son los que la policía coruñesa detuvo dentro del coche. Los mismos.

Pulsó el teléfono y pidió que prepararan un coche. Se levantó y cogió la gabardina del perchero.

—Ven conmigo.

Salimos a la embarullada calle de Leganitos, a cuya comisaría había vuelto Ramírez tras unos meses en la de Rafael Calvo. El chófer condujo con suavidad, sin los tirones que dan muchos conductores de autobuses. Durante el recorrido me habló de sus cosas. Y soltó lo que le provocaba el brillo insólito de su mirada durante las pausas en las conversaciones. Se había enamorado de una de las jóvenes policías y eso le estaba matando.

—¿Cómo que te está matando? Eso es para estar feliz.

—Es que me ha entrado a saco, tío. Es una agente nueva y está como un tren. Solo deseo estar con ella. Pero no podemos manifestarlo. El Cuerpo no permite contactos entre funcionarios de un mismo puesto. Joder. Tenemos que disimular cuando nos cruzamos en los pasillos o en los despachos. ¿Qué puedo hacer? Fuera de la comisaría nos vemos a escondidas, buscando sitios en el quinto coño para que no nos vean. Tú tienes experiencia en estos casos, los investigas.

—Eso ya te ha ocurrido varias veces.

—Las cosas son como son. No puedo evitarlo. Pero esta vez es diferente.

¿Qué podía decirle? No sirve de nada ninguna experiencia ajena porque cada caso es singular. El mío se circunscribe a dos grandes amores, pudiéramos decir que ordenados. Uno del pasado, que me dejó malherido y un magnífico regalo en la persona de mi hijo. El otro actual, de tan gran riqueza que ha colmado todos mis anhelos. ¿Puede admitirse esto sin caer en el pecado de la autosatisfacción? Lo de Ramírez desequilibra la normalidad porque se enamora y desilusiona con harta frecuencia, impidiendo una terapia razonada. Por eso su mujer abjuró del matrimonio y desde entonces él anda por ahí, con los ojos agrandados buscando el imposible acomodado a su ansiedad.

Llegamos a la Ciudad de la Policía. Un rato después, tras pasar los controles y

aparcar, accedimos a un edificio de líneas funcionales instalado en una parte de los jardines. No hay letreros pero estábamos en la UDEV o lo que es lo mismo, Unidad contra la Delincuencia Especializada y Violenta. Un pasillo con oficinas, puertas abiertas, más hombres que mujeres, actividad. Al fondo, un despacho de generoso espacio y bien decorado dentro de la racionalidad formal. Sin querer pensé en el que tuve cuando era integrante del Cuerpo. No hace tanto y sin embargo los cambios eran innegables. Y no solo por el ordenador, en sustitución de la máquina de escribir Olivetti, sino por los prácticos muebles, la luz que inundaba y el ambiente sin rigideces burocráticas.

El inspector, en la treintena, presentaba buena estatura. Tenía pinta de médico con trabajo. Iba en vaqueros, aseado de aspecto y llevaba la mirada de quien trabaja sobre material humano. Me observó analíticamente, aunque procuró suavizar el interrogatorio visual poniendo una sonrisa subrayada de sinceridad.

—Soy Óscar Colmenares —se identificó al darme la mano—. Así que el gran Corazón. Creí que eras una leyenda, que no existías.

—¿De veras? Sería bueno que la Agencia Tributaria pensara lo mismo.

—La hostia, tío. En pocos días te has deshecho de seis pistoleros que, a tenor del asalto a tu oficina, no se andan con chiquitas. Y no tienes ni un rasguño. ¿Cómo lo haces?

—Puro instinto de supervivencia. Esa gente no quiere dialogar conmigo sino matarme. Simplemente. No puedo tener un solo fallo. A la mínima se me acabó el respirar.

—Además es un cabrón con suerte —dijo Ramírez—. Han intentado matarle más veces pero él se resiste. Le dispararon en el pecho a principios de año. Y aquí le tienes<sup>[4]</sup>.

—Bien. Supongo que tienes algo que decirme —dije, para airear el ambiente.

—Te diré cómo están las cosas. Tenemos toda la información recopilada. Ramírez nos ha pasado los datos, incluida tu doble declaración. Las declaraciones de los hombres que detuvimos en La Coruña por el aviso anónimo que hiciste carecen de veracidad ya que son los mismos que entraron en tu oficina. No pueden sostener que estaban en aquel lugar de La Coruña por casualidad cuando días después intentaron matarte en Madrid. También tenemos las declaraciones de los dos de Figueras, hechas aquí, en este despacho. Ya te habrá contado Ramírez.

»Los que abatiste en el hotel Asturias no muestran intención de poner denuncia contra ti, actitud que no les favorece y que testimonia su deseo de no entrar en asuntos judiciales. Además, está el hecho de que trabajan para la misma empresa que los otros y que coincidieron en los lugares donde has estado, lo que no deja dudas de que iban a por ti. Aunque lo definitivo es lo que dijeron los del asalto a tu oficina sin sospechar que les estabais grabando. Cierto que la grabación carece de valor



probatorio en juicio, pero sirve para saber que son culpables y actuar desde esa creencia.

»Como sabes, para que todas las medidas que hagamos tengan amparo judicial, hemos presentado el legajo en el juzgado. Yo mismo me desplazé personalmente para hacer ver al juez de guardia la importancia del caso y que los hechos tienen denominador común: esa joyería de Málaga y el acoso hacia ti, significados en cuatro intentos, con grabación del último respecto a sus intenciones. Le he visto con gran disposición a implicarse en el caso. Por lo pronto, a los sicarios que intentaron matarte en tu oficina les ha enviado a prisión sin fianza, acusados de intento de homicidio.

»También hemos hablado con el director de la empresa joyera de Málaga. Le hicimos venir.

—Bien hecho. ¿Qué os contó?

—Se mostró muy sorprendido cuando le hablamos de sus hombres y lo que habían intentado hacer contigo. Dijo no tener la menor idea. Sostuvo que esos tipos no están en nómina. Son agentes libres. Trabajan a comisión. Visitan las joyerías del país por zonas. Los pedidos los pasan a la central por teléfono o por fax. Una vez al mes se reúnen para cobrar, hacer los informes y renovar el muestrario, el cual es propiedad de cada vendedor. Los coches son de la empresa, pero alquilados a los agentes, a cuyos nombres están las pólizas de los seguros.

—¿Cómo es el tipo?

—De mediana edad y gran presencia, con el barniz del acomodado. Su conversación es directa, muy agradable, sin tropiezos verbales. Diríamos que tiene eso que algunos llaman caché. Se mostró muy tranquilo y afable.

—¿Qué dijo cuando le presentaste las pruebas?

—No las discutió ni las reconoció. Se declara no responsable de actos que cometan sus agentes libres si son contrarios a su labor de representantes de su joyería. Hablaría con ellos y buscaría sus versiones. En cualquier caso dijo que quedaban desvinculados de inmediato de su empresa. Asegura que nunca tuvo de ellos ninguna denuncia ni la menor señal de que practicasen otra actividad, y menos la de criminales.

—Le creíste.

—No sería insólito que trabajaran para otro, al abrigo de su trabajo. En la grabación que hiciste en tu oficina, los sicarios no le señalan. Sin embargo, ese joyero no tiene pinta de ignorante. Es imposible que tantos colaboradores libres o fijos sean asesinos y él no haya detectado nada. No. No le creí. Pero debes saber con quién tratamos. Pedimos informes de él a la policía de Málaga, además de investigar su empresa desde aquí. Es hombre de gran reputación y estima en los altos sectores de la sociedad malagueña. Está muy considerado en las esferas políticas, financieras y

culturales. Hablan con mucho respeto de él. Parece que rehúye estar en los saraos a que tan acostumbrados están los pijos de la Costa del Sol. Pero cuando aparece en alguno, siempre con su mujer, muy hermosa según se indica, todos hacen rondas para estar a su lado. Algo así como aquel *Fabiolo* de Mora y Aragón, pero con dinero. Su negocio es limpio, sin tacha. —Me miró, evaluando lo que mi rostro expresaba respecto a la confidencia—. Todos esos datos obran también en poder del juez. Hemos de esperar a que decida.

—¿Y mientras?

—Sabes que hay unos protocolos de actuación que debemos respetar. No podemos proceder ilegalmente. Cuando el juez lo autorice, haremos seguimientos y vigilancias de todos los tipos implicados y sus teléfonos.

—Eso llevará semanas, quizá meses. Y luego los juicios.

—Me temo que sí.

—No puedo esperar. En estos momentos habrá otros secuaces decididos a aliviarme de todas las enfermedades.

—No lo creo inminente. Se cuidarán de actuar ahora que saben que están siendo investigados. Además, anulaste a seis tíos, demasiados para una organización criminal que no sea la mafia. Normalmente no tienen tantos.

—Pueden contratar a gente que vaya por libre. ¿Cómo podéis evitar ese riesgo?

—Sabes que somos servidores públicos, no privados. Pero seguiré un protocolo de actuación especial. Te daré un teléfono conectado directamente conmigo. En cuanto veas algo extraño me llamas y mando un equipo de acción.

—No es eficaz. Lo que quiero es que vayáis a la cabeza, a quien hizo el encargo a estos sicarios.

—Claro. Por eso hicimos venir al jefe. Pero sería más fácil llegar si colaboraras mejor con nosotros.

—No sé qué quieres decir.

—Sí lo sabes. Sospechas, como nosotros, que el venezolano al que intentaste salvar iba en una misión y que una organización criminal pretendía abortarla. Piensas que los que te persiguen creen que el venezolano te contó de esa misión. Y por eso quieren eliminarte. Pero ¿te lo contó o no?

—Esa no es la cuestión. Me lo dijera o no, a los pistoleros no les importa. No entran en ese tipo de discusiones. Tiran por la calle de en medio.

—Pero sí nos ayudaría para entrar en el meollo.

—Tenéis los teléfonos móviles de los de Figueras. También los de los que entraron en mi oficina. En alguno habrá esas pistas que os parecen tan necesarias.

—Los investigamos, saltándonos la norma. No hay llamadas a ningún número distinto a los de su empresa de Málaga. Si supiéramos a quién pretendía matar el venezolano, podríamos conectarnos con él e interrogarle.

Les miré y luego sonreí sin alegría. Naturalmente.

—La Interpol. Habéis pedido datos de Élido.

—Lo normal. Era un sicario con amplios antecedentes. Sin duda que estaba aquí para matar a alguien. Esa era su misión —dijo Óscar. Luego me obsequió con una mirada inquisitiva—. Por cierto, no aparecieron ni sus documentos ni su móvil. Sabemos que no los llevaba consigo. Pero en el coche no estaban, ni tampoco en su equipaje. Y es sorprendente que te diera tiempo a coger los bolsos de los agresores y no el de él.

—En la vida siempre ocurren cosas sorprendentes —dije, poniendo mi mejor versión de quien se esfuerza en establecer dudas razonables desde una posición de inocencia.

—Claro —dijo, mirándome con cara de policía de asuntos internos—. Y tampoco apareció ningún arma. ¿Cómo iba a matar a nadie sin llevarla, un pistolero?

—¿Habéis averiguado desde cuándo vivía en España?

—Llegó por Iberia el mes pasado desde Caracas. Se le hubiera detectado el arma en los controles del aeropuerto. Significa que la adquirió aquí, que contactó con alguien. El coche lo alquiló él personalmente para quince días, pagando con tarjeta de American Express. Por ahí no hay pistas.

Esa tarjeta no estaba entre las cosas que me quedé. Significaba que se la habría quedado quien le facilitó el arma. Contemplé a los inspectores. Les había pedido ayuda y ellos entraban en todas las suspicacias. Era su trabajo y yo lo sabía. Pero debía orientarles en línea de mis intereses. Me puse en pie y adopté un tono de impaciencia.

—No soy yo a quien tenéis que olfatear. Si el tipo no llevaba arma se supone que pensaban dársela en el lugar del atentado. No es lógico que pasara por España con una pistola encima. —Era un razonamiento creíble y noté que lo asimilaban—. En cuanto al posible bolso, ya le dije a Ramírez lo que ocurrió. Pero creo que debéis dejar a un lado a ese tipo y volver a los otros asesinos, los vivos. Me pedisteis pruebas. Os las proporcioné. Contundentes. ¿Qué coño es eso de entrar en el meollo? Ya estáis dentro. Han intentado asesinarme y tenéis a los sicarios. Lo demás son disquisiciones burocráticas.

—No —enfaticó Óscar—. Lo que pretendemos es que no haya ningún resquicio legal por donde puedan escurrirse. Con la confesión del tipo que Élido quería eliminar, todo quedaría al completo. Y la banda iría al talego. Entera. Todos. No una parte.

—Pero esa parte es la amenazante ahora. Precisamente. —Dejé que un intervalo de silencio fortaleciera la aseveración—. No sé si Rodolfo te contó. El mes que viene se casa mi hijo. Él ignora este rollo en que estoy metido. La boda no se retrasará. Afrontaré lo que venga. Pero si no resolvéis esto antes, esos asesinos tendrán

oportunidad de chafarnos la fiesta.

—Estaré yo con un par de agentes —señaló Ramírez—. No quedarás desprotegido. Pero si supiéramos dónde está el tipo al que ese Élido quería despachar, neutralizaríamos antes la amenaza que te acosa.

—No lo suficientemente rápido. En cuanto al hombre oculto, ojalá lo supiera —dije, con aplomo—. Élido no me dijo nada.

Sabía que hacían más de lo que mi caso les obligaba, policialmente hablando. Pero era insuficiente. Y no me complacía celebrar tan significativa boda con guardaespaldas y recelando. Por tanto, la evidencia obligaba. Tenía que ser yo quien de nuevo diera el siguiente paso.

**Constanza, junio de 1959**

*La libertad no consiste en hacer lo que se quiere sino en hacer lo que se debe.*

RAMÓN DE CAMPOAMOR

De repente, como en otros momentos, Polín despertó en la noche. Salió de la habitación a oscuras. No necesitaba luces para orientarse. Entrevió al fondo la cortina que tapaba la intimidad de Martín y Bea, y el niño de cuatro meses. Estaba corrida pero él supo que su hermano no estaba allí. Salió a las estrellas. Martín se hallaba inmóvil, apoyado en un poste, *Viento* a su lado. Una delgada columna de humo subía de su cigarrillo. Se acercó. Notó lo que agredía la aparente tranquilidad de su hermano, una sensación distinta a cuando llegó el *catarey* para llevárselo. Ahora era de alarma, el aviso de algo irreparable imposible de definir.

Estuvieron un rato en silencio viendo cómo cambiaban de posición las estrellas.

—Será lo que tenga que ser —dijo Polín, sin mirar a su hermano.

—Sí.

—Puede que... Bueno... A lo mejor es un nubarrón.

—No te separes de mí.

—Bien.

Entraron en la casa y cada uno fue a su cama en silencio. Martín notó los brazos de Bea y también lágrimas en sus besos.

—¿Por qué lloras? —susurró.

—Porque veo tu preocupación. No sé qué tienes pero te siento. ¿Crees que volverán a por ti?

—No. Pero pase lo que pase tienes a Polín y la tierra.

—Esta tierra no es de nadie. Sin ti no vale nada.

Se acariciaron y luego se rindieron al fuego de sus urgencias. Pero no fueron lo placenteras de las veces anteriores. Ahora, mientras se fundían en el deleite inacabable, sorbiéndose hasta hacerse dolor, ambos notaron la misma sensación de pérdida, como si algo maligno estuviera rondando sobre sus esperanzas.

Vieron llegar por el oeste un avión de transporte de la Fuerza Aérea. Volaba bajo, con dirección al aeródromo militar. Más tarde oyeron disparos procedentes de esa base. Sabían que allí existía una guarnición formada por tropas del Ejército y fusileros de la Aviación Militar Dominicana. Y que desde meses atrás residía una parte de la Legión Extranjera Anticomunista, creada a principios de año por Trujillo con hombres procedentes de varios países, incluso españoles. También se encontraban los llamados Cocuyos de la Cordillera, grupo paramilitar fundado por

José Arismendi Trujillo, alias Petán, hermano del Benefactor y mayor del Ejército, para eliminar a los inmigrantes ilegales procedentes de Haití. No había duda de que todos ellos gozaban de buenas pagas porque derrochaban alegremente en las pulperías lo que a ellos tanto les costaba ganar. A menudo oían las descargas de fusilería de los entrenamientos. Pero estas de ahora eran diferentes y llegaban acompañadas de fuerte griterío.

Polín levantó la cabeza, a la vez que Martín. Al declinante sol de la tarde vieron correr hacia ellos unos hombres de uniforme, armados y cargados de mochilas. Los vieron entrar en el sembrado y abrirse en abanico. Serían unos veinte, la mayoría barbados. Pasaron raudos a su lado con dirección a los cercanos árboles, pisoteando los tallos. Eran soldados. Pero sus uniformes verde oliva y gorras montañeras del mismo color tenían un tono distinto a los que empleaban en el Ejército dominicano. Los dos hermanos ignoraban lo que estaba pasando pero supusieron que podía tratarse de la invasión cubana que se murmuraba en ambientes alertados. En ese momento atisbaron un jeep avanzando. Daba brincos y también entró en el sembrado arrollando lo que con tanto esfuerzo habían obtenido. A mitad de la parcela los cuatro ocupantes abrieron fuego. Martín gritó y empujó a su hermano, cayendo ambos al suelo. El vehículo llegó a su altura y faltó poco para que los atropellara. Siguió hacia la espesura rebotando sin que los soldados dejaran de disparar. Martín se incorporó y miró hacia el bosque. Ya no se veían los fugitivos, tragados por lo umbroso de la arboleda que engulló también al jeep. Luego miró a Polín, aún tirado en el suelo. No se movía. Se arrodilló, la alarma rugiendo en su pecho. Le sujetó la cabeza, hablándole, intentando no creer en la sangre que le brotaba y en sus ojos de vidrio. Oyó el ruido de un motor. Otro jeep se acercaba alborotando otras partes del sembrado. Martín se alzó y agitó los brazos. El coche no se detenía. Los cuatro militares, armados y con cascos de acero, le gritaron para que se apartara. Plantado allí, como esperando ser embestido, Martín no se movió. El jeep se detuvo delante.

—¡Qué usted hace, carajo! ¡Quítese! —gritó el conductor.

Martín señaló a su hermano.

—¡Necesito que lo lleven al hospital!

—¡Vaya al carajo, español jodón! —dijo, moviendo la palanca de marcha para arrancar.

Martín abatió el machete sobre él, hundiéndole el casco en el cráneo. Los otros soldados llevaban los fusiles en posición de disparo, pero quedaron alhelados. El colín dio en el cuello del que estaba al lado, segándose. Martín se movió veloz hacia los de la parte trasera. Uno intentó accionar el arma. El machetazo se la quitó de las manos. Despavorido vio descender sobre él el fulgor irremediable. El cuarto, atascado en el terror, abrió la boca e inició un grito que se quebró a la vez que su cabeza. Martín, con el goteante cuchillo apuntando al cielo, presto, miró el escenario.

Dejó caer el machete y se arrodilló rápido, notando la ausencia del latido acostumbrado. Luego estrechó el cuerpo de su hermano sintiendo dentro de sí algo jamás experimentado: un tumulto de sollozos que no ascendió a sus ojos. Lanzó un grito hondo, sostenido, que se extendió por el valle como cuando el trueno llegaba y que terminó de espantar a los pájaros del entorno. Lo sintió salir vibrando en su garganta hasta que los pulmones se desinflaron. Al acabar se notó vacío, sin saber qué hacer ante el hermano sin vida. Miró hacia donde estaba el aeródromo, invisible en la distancia. De allá llegaban ruidos de motores y griterío arrastrados por el débil viento. Nadie se distinguía en la cercana colonia húngara ni se apreciaban movimientos en otras parcelas. El motor del jeep seguía en marcha pero su ruido no apagaba los ecos de disparos lejanos.

Al poco, otros soldados se perfilaron al principio de la parcela. Pronto anochecería con la rapidez del trópico pero él tenía una nube roja cubriendo sus ojos. Dejó el cadáver de Polín y cogió el fusil de uno de los soldados muertos. Era como los que empleaba el Ejército español. Nunca había tirado con esa arma pero, al ser experto cazador, sabía cómo usarla. Lo importante eran el pulso y la puntería. Fue al jeep, apagó el motor y se apostó detrás, apoyado en la chapa y apuntando. Los militares eran tres y avanzaban al trote. Se habrían adelantado al pelotón correspondiente, quizá buscando su momento de gloria como los otros. Cuando llegaron a la distancia calculada, disparó. La primera bala dio en la cara del soldado elegido. Antes de que el estampido se disipara, movió el cerrojo y accionó el gatillo. El segundo soldado recibió el impacto en el pecho y se desplomó. El otro se echó al suelo, intentando ocultarse entre los surcos. Martín hizo varios disparos y vio cómo punteaban el casco y quedaba inmóvil. Tiró el fusil y se sentó junto a su hermano, levantándole la cabeza y acunándola entre los muslos y las manos. Aún sus ojos permanecían abiertos, como si mirara el paisaje donde nació. No se los cerró. Le acarició el rostro como años antes, cuando eran niños, oyendo el golpeo de las palabras de la madre. «Cuida de él siempre. Es diferente y te necesita. Tú eres fuerte». ¿Cómo podría decirle que no cumplió? Sonaron gritos. Más soldados se acercaban moviéndose en la naciente penumbra. Miró en dirección a la oculta colonia y le inundó la imagen de Bea, la parte indisoluble de sí mismo, y la de su hijo. Sintió la fuerte atracción de regresar a ellos. Era más imperiosa que el poderoso deseo de saciar su sed de venganza, de sofocar el fuego de su desesperación. Pero su instinto silvestre le advirtió que los militares estarían observando con sus potentes prismáticos los campos de escape de los invasores. Habrían visto lo que hizo. Y si no, siempre había ojos que miran, bocas dispuestas al chismeo. Ir a casa significaba regresar a La Victoria o a quién sabe qué destino.

Depositó con suavidad la cabeza en la hierba y besó la frente aún tibia. Cogió el colín y echó a correr hacia los árboles con la certidumbre de que su vida había

quebrado y que jamás podría hacer florecer la tierra dormida.



**Constanza, junio de 1959**

*Llegó la adolescencia. Me sorprendió la vida  
prendida en lo más ancho de tu viajar eterno;  
y fui tuya mil veces, y en un bello romance  
despertaste el alma y me besaste el cuerpo.  
¿Adónde te llevaste las aguas que bañaron  
mis formas, en espiga de sol recién abierto?...*

*JULIA DE BURGOS*

Beatriz del Valle lavaba la ropa en la parte construida en el jardín para tal fin. Era gustosa de que Martín y su hermano estuvieran lo más limpios posible, lo que le obligaba a hacer varias coladas a la semana. El niño dormía y no había otros ruidos que los cotidianos de la colonia. Oyó el vibrar de motores en el aire quieto, acercándose. Un avión militar cruzó hacia el aeropuerto a baja altura, haciendo retemblar los cristales. Era extraño porque en vez de venir del sur o del norte, como casi siempre, llegaba desde el oeste. No le dio importancia. Pero horas después hubo escandalera en la colonia. Daban noticia de que una fuerza militar invasora había aterrizado en el aeropuerto. Tras un intercambio de disparos corrieron a refugiarse en los bosques. En ese momento el Ejército les perseguía con todos sus efectivos.

Llegó la noche pero no regresaron ni Martín ni Polín. Recordó lo de la mañana, cuando algo se introdujo con ellos en el dormitorio. Sintió que un pliegue desconocido ponía inquietud en su felicidad. Hasta entonces, y salvo la dolorosa experiencia vivida por Martín en La Victoria, todo funcionaba con placidez en su pequeño mundo. Martín era el hombre con el que soñaba desde que sintió anhelos desconocidos enroscarse en sus años tiernos. Su amor por él estaba desvinculado de condiciones. Pero cómo imaginar que tanto poderío físico albergara las mismas dosis de sensibilidad. Lo comprobó cuando la primera vez él desbrozó los caminos de sus titubeos con dosis de dulzura que jamás pensó que pudiera existir. Y cuando después, en cada ocasión, en las antecámaras de la vorágine amorosa dejaba sobre ella tales soplos de ternura que la hacían llorar. Lo que no le decía con palabras lo expresaba con la delicadeza de su tacto paciente. Por ello pedía a la vida que no le faltara nunca. Se echó a temblar, notando que le llegaban vahos de un cataclismo. Cogió al niño de la cuna y lo estrechó como si fueran a arrebatárselo y, al mismo tiempo, buscando en él un latido protector.

Al poco llegaron los dos gallegos que tiempo atrás compartieron vivienda con ellos. Tenían los rostros desacostumbrados. Las luces de las velas danzaban en sus

ojos y agudizaban el espanto de sus miradas. Tardaron en desgranar la noticia. Al parecer habían encontrado a Polín herido o muerto, pero de Martín nada se sabía.

Sin tiempo para reaccionar aparecieron los soldados, incontables, con perros. Entraron en la casa como un tornado y se llevaron a trompicones a los dos informadores. Se extendieron por todos lados registrándolo sin consideraciones. Destrozaron la pila, el fogón, el lavadero, la letrina, el pequeño almacén, los bidones de agua, las camas, los armarios, la estantería. Destriparon los colchones y las maletas; rebuscaron entre las ropas y en los libros, sin consideración alguna. Picaron en algunas zonas de las paredes, del suelo y del jardín estimando que pudiera haber huecos que ocultaran secretos. *Viento* no paraba de ladrar desde un rincón sin que los adiestrados canes del ejército le plantaran cara. Uno de los soldados lanzó una patada contra él, errando el blanco. Frustrado, amartilló el fusil. Bea corrió y abrazó al perro.

—Hágale callar o le doy un tiro.

Más tarde le hicieron preguntas insistentes, amenazantes. Que dónde estaban los papeles, y la radio, y la emisora. No entendía. Poco a poco fue descifrando lo que decían, algo absurdo y tremendo. Imposible. Que Martín y Polín habían asesinado traicioneramente a varios soldados. ¿Cómo podían haberlo hecho, si eran espíritus pacíficos, jamás metidos en altercados ni protestas? ¿Y con qué armas? Ahora buscaban a su hombre, solo a él, no a Polín. ¿Por qué no a los dos? Si le había visto, si estaba escondido, dónde podía estar, qué planes tenía. Luego, tiempo después, los soldados se fueron pero dejaron un retén apostado en el jardín y camuflado en el exterior.

La noche fue larga, distinta a todas las vividas en su corta vida. La compañía de Sagrario le aportó cierto consuelo. Antes de que el alba despertara todo se llenó súbitamente de truenos. Los soldados se asomaron y permitieron que Bea y Sagrario lo hicieran. Docenas de aviones llegaban por el este y giraban rugiendo hacia el sur, por donde estaba su parcela. El aire atronó en explosiones, y a lo lejos, en las pendientes y en las montañas, la tierra reventaba por la acción de las bombas mientras bolas de fuego encendían los árboles y cubrían de humo negro todas las direcciones. Parecía que toda la AMD estaba allí participando del intenso bombardeo.

Luego aparecieron más militares, sin que fuera cesara el estruendo de los bombazos. Un oficial le ordenó que le acompañara. Ella seguía apretada al niño y no se movió.

—Deje al niño y obedezca —espetó el militar.

Bea retrocedió hacia el dormitorio. *Viento* enseñó los dientes. Sagrario lo llevó al dormitorio del fondo y lo ató.

—Vamos, señora. Deje el niño y venga. Volverá con él. Adonde vamos no puede llevarlo. Sea razonable o lo haremos por la fuerza.

Para Bea la orden suponía algo más que una formalidad. Separarse del niño era

como si le arrancaran algo de su propio cuerpo y quedara inválida. ¿Qué era esa nube negra que les había caído inesperadamente? Sagrario fue hacia ella.

—Dame. Yo cuido de él. Haz lo que te dicen.

Bea obedeció. Salieron y la montaron en uno de los jeep, con soldados armados rodeándola. La mañana, todavía enganchada en parches nocturnos, brillaba por los incendios que parecían querer destruir los montes de más allá, mientras, aunque ya distanciados, seguían los estampidos del bombardeo. El vehículo rebotó en calles nunca visitadas hasta llegar a un edificio de piedra donde colgaba una bandera escurrida, como si el viento no pudiera ondearla. Observó un movimiento casi convulso en los hombres. Siguió al oficial por entre uniformes y rostros cetrinos. Sin parar mientes en su indefensión, la condujeron a un escritorio de cierta amplitud donde Trujillo sonreía bonachonamente desde una gran fotografía clavada en la pared. Había dos personas de uniforme oscuro donde destacaban los correajes. El alto mostraba tres hojas de laurel en la guerrera. En la del otro, las hojas custodiaban un escudo central.

—Aquí está la señora.

—Vale —dijo el capitán, mirando a Bea—. ¿Se encuentra bien? —Ella no contestó ni otorgó ningún gesto salvo el de devolver la mirada—. Bien. Necesitamos hacer una comprobación. Sírvase acompañarnos. —Se volvió al rechoncho—. Cuando usted diga, coronel.

Johnny Abbes García no quitaba ojo de la mujer. Su aspecto desvalido inducía a pensar que podía estar libre de culpa. Pero su experiencia le aseguraba que no había ardid que no utilizaran los comprometidos con la delincuencia. Tendría una sesión con ella procurando no tocar su piel pero sí su cerebro.

Bajaron unas escaleras y salieron a un estrecho y lóbrego pasillo. Al fondo, una sala con un soldado en la puerta. Entraron. Era un lugar frío y mortecino, sin ventanas, como las criptas que Bea había visto en los templos de su Galicia. Paredes roídas y suelo enlosado de humedades. En una de las mesas había un cuerpo desnudo, tendido boca arriba, quieto como la piedra que lo sustentaba. Bea caminó despacio oyendo los taconazos de las botas de los guardianes sobre las baldosas y la cacofonía de ecos que producían. Al acercarse, el corazón comenzó a golpearle con fuerza y su sonido interno apagó todos los ruidos.

—Queremos que identifique a este hombre, que fue muerto por los invasores terroristas —oyó decir.

La inerte figura tomó significado. Polín. Ahí estaba, como una piltrafa. Le recordó a los cerdos de su aldea en el rito de la matanza. Solo carne sin pulso esperando el despedazamiento. Incrédula, miró su pecho lampiño y suave cubierto de sangre seca y limo. Y su sexo aún doncel, al que nunca besarían los labios soñados. Tenía una palidez violenta remarcando los costurones de lodo. Con el pañuelo

mojado en lágrimas le limpió el rostro hasta que se iluminaron los rasgos añejados y dulces.

—Hable, señora.

Ella siguió limpiando el rostro y luego peinó con sus dedos los cabellos revueltos, rescatando el dorado apaciguado.

—Señora, debe responder.

No creyó en ningún momento la versión que le dieron. Era una locura que los relacionaran con esa violencia. Pero dentro de la agonía que estaba viviendo, una esperanza se abría camino. Martín no yacía junto al cadáver de Polín.

—Señora.

—Sí, es el hermano de mi marido.

—Su nombre.

—Polín Fernández Llanera.

Se agachó y juntó su rostro al de hielo, como queriendo transmitirle su impulso vital. Le besó repetidas veces sintiendo el amargor de sus lágrimas.

—Vamos, señora. Ya cumplió. Apártese.

Bea volvió a abrazarle. Al besarle por última vez notó como un fluido eléctrico, la sensación de una caricia. Como el aleteo de un gorrión abandonando su nido. Supo que era una llamada lejana. De Martín. Estaba vivo.

**Madrid, diciembre de 2005**

El inmueble, de cuatro plantas, es estrecho de fachada, con dos hileras verticales de sólidos balcones de hierro custodiando otra hilera central de balcones protegidos por acristalamiento. Es un edificio vetusto pero con el empaque de los construidos a principios del siglo pasado. Su fachada, especialmente las ventanas de madera castigada, necesitan una renovación y seguramente todo el edificio en su interior. Quizá por eso está cerrado. La puerta es de hierro, con barrotes en su parte central. Sobre ella todavía pende el toldo en forma de visera con el nombre del establecimiento que lo ocupó: Hotel Mónaco. A través de los cristales rotos se ve el desmoronado interior. Es el número cinco de la calle Barbieri, a espaldas de la Gran Vía. Una vía angosta que, como tantas de la zona, debió de tener años mejores. Justo enfrente hay un restaurante llamado Das Meigas, con solera rezumando. Entré y pedí un agua. Luego expuse la razón de mi visita a un hombre refugiado tras la barra.

—Hay un vecino, en el número tres, que tiene años como para recordar cosas. Se llama Elpidio y es muy conversador. Pregunte al portero. Él le dirá.

En el edificio citado hay propietarios viviendo y una pensión. Esa es la razón de que su gran portalón de dos hojas de sólida madera permanezca abierto. Detrás, un espacio grande y parcialmente cubierto, como si en su día hubiera servido para albergar carruajes de caballos. El hombre, de mediana edad y estatura, acudió solícito a la llamada del portero.

—Cuando yo llegué hace treinta años ya estaba el hotel Mónaco. No puedo decirle cómo era antes, aunque no oí que hubiera un restaurante sino una casa de putas de alta categoría. Pero quien sabe de eso es Basilio. Y se pirra por darle a la chicharrilla en cuanto puede. Venga. Le acompaño a ver si está. Vive al lado, en la calle de la Reina veinticinco.

En realidad la casa parece un palacio, magníficamente conservado a pesar de su antigüedad. Una de esas mansiones que enorgullecerían la zona cuando la Gran Vía no existía. Incluso ahora debe de ser un buen lugar para vivir. El interfecto salió del portal, tan grande como el de Barbieri tres y con similares puertas dobles de madera bien conservadas pese a su indudable antigüedad. Caminaba al tran-tran, arrastrando una pierna. No era muy agraciado, además de que le faltaba una oreja y las gafas ópticas tenían un cristal esmerilado, síntoma de que el ojo escondido estaba dañado y señal de que en su momento debió de sufrir ingratas pruebas. Deduje que estaría en los setenta y tantos. Vestía abrigo y zapatos de aparente buena calidad aunque no podían emboscar su cuerpo de carnes emigradas y ligera giba. Elpidio nos dejó y, como la hora se prestaba, le invité a comer.

—No lo voy a rechazar. Iremos al Restaurante Salvador. Comer ahí es un placer.

Es como volver al hogar porque hacen guisos caseros. Me recuerdan a los de mi madre.

Hablaba con voz calmada y bien timbrada, modulando con solvencia. A una voz así debería corresponderle otro cuerpo, aunque bien es verdad que nadie puede tenerlo todo. Recordé el caso reciente de un mendigo que en una ciudad de Estados Unidos pedía en los semáforos. Su buena vocalización y su agradable timbre de voz hicieron que alguien lo rescatara y le diera un empleo de locutor en una emisora de radio, profesión que desempeñaba tiempo atrás y que malogró por la droga. No hace mucho de ello. Algunas radios españolas se están perdiendo a este otro magnífico orador, que podía dar lecciones a todos esos enterados que machacan las informaciones con sus voces desentrenadas y ruidosas.

En la misma acera, un poco más arriba, me señaló una placa en la pared de un local cerrado. Decía que allí Manolo Caracol fundó en 1963 Los Canasteros, «un sitio muy famoso del cante y la copla, siempre lleno de turistas».

El Salvador es pequeño y con solera de taberna. Fue eso en su fundación a finales del siglo XIX, según explicó el dueño, Pepe Blázquez, que saludó a mi acompañante con la atención merecida a los buenos clientes. Las paredes están cubiertas de cuadros, que muestran toreros y lances de la lidia abrumando desde el pasado. Al parecer, todos los espadas famosos dejaron aquí su impronta.

—No solo toreros —apuntó el dueño, que también era el cocinero jefe—. Esta era la casa de artistas, cantantes, compositores, banqueros, militares, gente de la Casa Real y aristócratas... Valga decir Manolo Caracol, la Marifé de Triana, la Lola Flores; los Quintero, León y Quiroga; la Ava Gardner; militares españoles y americanos cuando la base aérea de Torrejón de Ardoz funcionaba con carácter conjunto... Hasta el mismo embajador de Estados Unidos, señor Lodge.

—Dice que conoció a la Gardner —señalé, para que su remembranza de la bella no se diluyera en el tumulto verbal.

—Una mujer de un tirón. Cuando te miraba te dejaba desarmado. Nunca vi mujer tan bella.

Basilio se despojó de la bufanda y del abrigo, dejando en evidencia su descarnada osamenta. Llevaba un traje cruzado y un jersey de cuello vuelto. Fue directamente por sus platos preferidos y yo me adherí a los mismos. Mientras los servían le dije por qué estaba allí.

—Así que detective. Pero no voy a soltar prenda por nada. Con un menú no paga la información que requiere.

—No me diga que vende sus recuerdos. Lo normal es agradecer que alguien quiera oír nuestras batallas.

—Usted quiere algo. Debe pagar por ello.

—Le daré cien euros.

—Eso está mejor. Pero comamos primero.

Mientras lo hacíamos, entre cuchara saboreada, me preguntó si adivinaba cuál era el alimento típico de Madrid. Cuando le dije que el cocido, negó rotundamente.

—El bocadillo de calamares. Había que ponerle un monumento. Durante años fue lo más sabroso y degustado en bares, mesones y tabernas. Una maravilla. Incluso hoy día. Claro que antes los preparaban en sartenes, cambiando el aceite. Ahora con las freidoras no es lo mismo, ni mucho menos. Agotan el aceite hasta enranciarlo.

Al terminar, un café delante, puso la mano. Le di los billetes y entonces mostró su capacidad de reflexión sobre las cosas.

—Puede que cien euros sea un dinero, pero en esos años cien pesetas eran mucho más. —Tomó impulso, como si fuera un despertador sonando—. Usted no se puede imaginar lo que fue aquello, me refiero a Barbieri cinco. Nada de un restaurante ni cosa que se le pareciera, ¿quién le dijo eso? Era algo especial, como vivir en un mundo onírico donde solo tenían cabida las sensaciones voluptuosas. Un lugar donde solo existía la buena salud, la belleza y el goce carnal, erradicadas la miseria y la fealdad. Como un oasis intocado en medio de la pobreza. Usted quizá sepa lo que era España en los años cincuenta. Y Madrid, la gran capital. Salía uno a Legazpi o Cuatro Caminos o Las Ventas y ya estaba en el campo, en la pobreza, aunque la gente trataba de apañarse procurando vestir con la mayor dignidad. Fuera de la Gran Vía no había nada destacable en modernidad y atractivo. La Castellana era un lugar muerto. Los grandes palacios estaban vacíos y silenciosos porque sus dueños no podían sostener los enormes gastos de mantenimiento. Y ningún comercio alegraba esa bella avenida. ¡Ah, pero la Gran Vía...! Era la vitola de España. Y duró al menos treinta años, desde los cincuenta a los ochenta... No ha vuelto a ser igual desde entonces.

Me vino a la memoria el inspector Barriga<sup>[5]</sup>. Relataba el mismo mundo perdido de las calles fulgentes escondidas tras la Gran Vía. Los mismos recuerdos para las mismas fechas, aunque desde otro punto de vista.

—Estas calles —continuó, siguiendo el hilo de su sentir— forman parte de la Gran Vía. Sin embargo, desde que todos los maricones y tortilleras llegaron e hicieron de Chueca su capital, esta zona ha pasado a ser de ellos. —Estuvo un rato esforzándose en aplacar su decepción. Luego arrancó—. La casa no tenía nombre y estaba cerrada al público. Ninguna indicación de lo que había dentro. Usted ha visto el portal. Nada que ver. La puerta original era de madera maciza, parecida a la que aún se conserva donde vivo. Tenía una mirilla grande, redonda, como el ojo de un camarote. La abrían, no sin reiterar la llamada en el timbre, y aparecía una cara con la sospecha instalada. Al cliente conocido le permitían el paso pero el desconocido tenía que decir quién le avalaba: «Conde tal, Marqués de cual...» Fíjese desde qué tiempos funcionaba la cosa, teniendo en cuenta que había habido una República y una guerra. Y es que el lugar era muy especial. Porque a esa casa iba Alfonso XIII a echar sus

buenos polvos. Él y sus amiguetes de la alta aristocracia. Parece que fue él quien eligió y patrocinó el lugar para esa función. Un sitio discreto y disimulado en la gran ciudad, lo que no era posible conseguir en los hoteles. Porque, no sé si usted lo sabe, pero en esos años un hombre no podía entrar con una mujer en un hotel sin llevar el Libro de Familia. Claro que, hasta no hace tanto, tampoco ellas entraban solas a un bar, al cine y a otros lugares públicos. Hay que joderse. Y luego hablamos de los moros... —Movi6 la cabeza, desviada su atenci6n por el hecho recordado.

»Franco haba ilegalizado la prostituci6n y los hoteleros se guardaban de provocar las revisiones de los Inspectores de la Moral, que vigilaban por los parques, los bailes, los cines, las piscinas; por todos los sitios para evitar que la gente se abrazara. Las multas eran grandes y hasta podan clausurar el local que se apartara de la normativa. El hotel M6naco, a escondidas de las autoridades, o con su consentimiento velado, fue al principio, con los primeros dueos, un lugar de liberaci6n sexual. Catorce de las treinta y cuatro habitaciones siguen conservando el mobiliario y diseo. Entre ellas, por supuesto, la que usaba el ilustre fornicador que dicen fue Don Alfonso. Est6n igual, porque el hotel se cerr6 hace unos meses.

Enmudeci6 de repente, como los televisores de los hospitales cuando se les acaban las monedas.

—¿Qu6 le ocurre? —dije, viendo que la pausa se extenda.

—Veo que no quita ojo de la puerta. ¿Me presta atenci6n?

—Naturalmente. Lo de mirar no es falta de atenci6n sino deformaci6n profesional. Siga usted. No pierdo detalle de lo que cuenta.

—No s6 si hemos hecho un buen trato.

—No puedo estar soltando euros como si fuera un cajero autom6tico —seal6, poniendo gesto de invulnerabilidad ante el soborno—. Usted alarga su discurso como si cobrara por horas. Le he dado una buena tarifa. Pero aumentar6 si veo chicha.

—Vale. —Se volvi6 y pidi6 otro caf6—. Deca que cada cliente nuevo mencionaba su aval. Entonces, si era de nombre conocido y aceptado, le abrían. En el pasillo de entrada deba mostrar la carta de presentaci6n a doña Pilar, que tena tanta clase que empequeñecia al m6s valiente. De ella dependa que el visitante accediera al cielo o siguiera en lo miserable. Porque no todos los que mostraban la carta eran aceptados. Había una palabra secreta que todos los avalistas deban poner. Cuando no aparecía en la carta es que era falsificada. Al intruso se le abra la puerta y se le devolvía al fango.

Sonreí internamente por su grafismo. Su pasi6n por el paraíso recreado hacía que todo lo dem6s fuera inhabitable. Al cabo de tanto tiempo no parecía haberse dado cuenta de que ese ed6n excluía a las mujeres, como si ellas no importaran. Las que hicieron placentero el lugar, lo harían por dinero. Y aunque quiz6s el trabajo no les fuera muy desagradable dado el tipo de clientela, no lo conceptuarían precisamente



como el jardín de las maravillas.

—¿Cómo era la dama?

—Bueno, bueno. Llevaba siempre un vestido negro hasta los tobillos y sin escote, y no era por ocultar flacidez sino por pura elegancia. En él destacaba un espectacular collar de perlas auténticas que jugaban con los pendientes y que tanto favorecían sus años misteriosos...

—¿Qué años?

—¿Años? Usted debe saber que a partir de los veinticinco es imposible saber la edad de una mujer. Ella estaba en esa, más o menos.

—¿En cuál?

—Pues en esa. Pero qué importa. Es posible que en el Antiguo Régimen fuera una de las animadoras de aquellos monárquicos. No era la dueña del inmueble, solo la *madame*. Estaba claro que cuando llegó el franquismo los propietarios quisieron recuperar esa casa de citas de tan alto nivel. Buscarían a quién poner al frente. No podían haber elegido una mejor. Era irreplicable en su andar, en sus modales, en su habla llena de sugerencias... Antes que ella estuvo otra: doña María, pero nada que ver.

—¿Y las chicas? —dije, después de dejarle navegar unos momentos por el pasado—. Me imagino...

—Nada de chicas. Señoritas. Así se les llamaba. Muy jóvenes. Ninguna tenía los treinta. Y no lo puede imaginar. Necesitaría ser un pintor o un poeta para describirlas, algo muy alejado de la profesión de mirón que usted tiene.

—Usted...

—No, no; no se ofenda. Cada uno es lo que es.

—Cierto. No me ofendo. Lo que quiero decir es que usted tiene mucho de poeta.

—Bueno, si a usted le parece... —dijo, más animado—. Pero voy al asunto. Aceptado el cliente, lo que no siempre sucedía, pasaban a un despacho lateral y allí el visitante soltaba las quinientas pesetas de la tarifa.

—Debo pensar que eso era mucho dinero.

—Para que se haga una idea casi todas las calles de la zona tenían prostíbulos, que funcionaban con el conocimiento de los policías locales, que buenas mordidas se llevaban los cabrones por cerrar los ojos. Lo normal era pagar de quince a veinticinco pelas por casquete. Le ayudaré a calcular. Quinientas pelas representaban más o menos el sueldo medio mensual de gente cualificada. Pongamos de mil quinientos a dos mil euros de ahora.

—O sea, que ese paraíso solo estaba al alcance de hombres de bolsillo.

—Diplomáticos, empresarios, banqueros, curas, toreros de fama, estudiantes iberoamericanos que residían en Colegios Mayores y recibían puntualmente cheques en dólares de sus familias... También militares de alto rango, que no vivían solo de

las austeras pagas del Ejército sino de los fructíferos negocios a los que su profesión daba acceso. Y, por supuesto, los aristócratas crepusculares que gastaban las herencias familiares mientras esperaban de Franco una restauración monárquica en Don Juan para recuperar sus privilegios. En honor a la verdad ellos estaban por pleno derecho en esa casa, su casa, la del rey Alfonso. Los demás eran unos intrusos creados por la nueva España.

—Curas, dijo.

—Sí. Y no pocos. Un misterio de dónde sacarían la pasta.

—¿Los clientes pagaban sin ver previamente a las señoritas?

—Era condición indispensable. Pero todos sabían que las jóvenes eran de primera calidad. En eso nadie tenía dudas.

—O sea, que nadie se sintió decepcionado...

—¿Qué dice? Nunca he visto en mi vida señoritas tan bellas y atractivas. Tenían que pasar la prueba para ser admitidas. No entraba cualquiera en ese ramillete. Y le diré otra cosa. La casa tenía un médico que las examinaba regularmente, como antes de que Franco prohibiera la prostitución. Esa prohibición fue un error porque los prostíbulos eran seguros en el aspecto sanitario ya que todos ellos tenían médicos. Dejaron de serlo y las enfermedades venéreas se extendieron. Eso no pasó en Barbieri cinco.

—¿Vestían de forma provocativa?

—No lo necesitaban. No iban como putas, enseñando las tetas y el felpudo o cargadas de afeites, si se refiere a eso. Para nada. Eran dependientas de comercios de lujo: Loewe, Aldao, Galerías Preciados, Sepu... Estudiantes, viudas, esposas de aparente clase media, que en aquellos años era clase alta; abogadas, secretarias... Desfilaban en tisú y zapatos de gran tacón. Luego, acabadas las sesiones, se ponían su ropa de calle. Ropas buenas pero normales porque eran mujeres normales que cuando terminaban volvían a sus casas, con sus padres, sus maridos o sus novios. Y porque durante el día estaban en su mundo distinto.

—Esposas, dice.

—Sí, naturalmente que jóvenes. La guerra provocó grietas en las familias. Todavía estaba latente ese destrozo. Usted debe de saberlo. Había esposas con necesidades reales y otras con deseos de vivir en el nivel que tuvieron antes del treinta y seis. Y eso lo soluciona el dinero. Siempre. —Hizo una pausa reflexiva—. De todas maneras siempre me ha maravillado de esas mujeres el que pudieran compaginar sus deberes familiares con esa función secreta.

—Es una habilidad enmarcada en la misma seducción personal que emanan —dije, para animarle en la disertación—. Envuelven de encanto su mundo y todos se sienten felices, sin desconfianzas. Lo realmente difícil es justificar el nivel que les proporciona ese dinero.

—No acudían todos los días las mismas ni en fechas fijas. El cliente se encontraba con señoritas que rotaban de acuerdo con sus circunstancias. El asiduo, el embargado de urgencias y cartera abultada, sí las veía a todas en el transcurso del tiempo. Porque había tíos que aparecían varios días a la semana. —Bebió agua y volvió a pararse. Sospeché que estaría urdiendo alguna razón para pedir un nuevo aumento de tarifa. Me equivoqué—. Usted dice que me enrolló pero me pregunta. Y no puedo parar mis recuerdos porque, ¿sabe?, fue la mejor época de mi vida. —Movié la cabeza—. ¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí! El salón tenía espejos en las paredes y unas grandes arañas desparramando luces. Entonces era más grande porque no estaba la cafetería ni el bar que pusieron los del Mónaco. La alfombra era roja, traída de la Real Fábrica de Tapices, y forraba toda la escalera que se abría a un lado. Nada sin el sello de lo auténtico, de la alta calidad: copas, mobiliario, camas... Había unos sillones arrimados a las paredes con una mesita delante. Los clientes se sentaban y pedían algo, normalmente un jerez o un coñac porque entonces el whisky no se tenía por elegante. Era de los pocos locales donde permitían vender bebidas alcohólicas. Lo servía un ordenanza, que iba vestido pulcramente con traje negro, lazo al cuello y zapatos como espejos. La Doña esperaba a que hubiera el número ajustado de clientes, que tenían un cuadernillo en la mano. Y luego, nada de «niñas al salón» ni ese tipo de vulgaridades. Ellas salían de un cuarto situado en el interior y pasaban como en un desfile de modelos mientras la Doña decía, por ejemplo: «Señorita uno, Carmen. Señorita dos, María...» Y así sucesivamente. Daban una vuelta y desaparecían por donde salieron. El cliente llamaba a doña Pilar y, de acuerdo con el protocolo formal, le venía a decir: «He quedado muy impresionado por la señorita tal y si me lo permitiera sería un honor para mí poder compartir una velada con ella». ¿Se da cuenta del estilo que había? A continuación, el ordenanza avisaba a la elegida, que acompañaba al cliente a la habitación correspondiente.

—Supongo que las habitaciones no serían una simple cama.

—Supone bien. Todas con un gran cuarto de baño incorporado para todos los menesteres. Algunas muy clásicas y algo barrocas, ya que su diseño no había sido cambiado desde la Monarquía, como antes le dije. Algunas camas y mesillas se construyeron en la posguerra por destrozo de las originales, pero fueron copias perfectas, encargadas a buenos ebanistas. Ya no se hacen muebles así. No me refiero al objeto en sí, sino a que ya no existen artesanos que puedan construirlas. Bueno, qué tontería. Ahora todo es más funcional. —Volvió a sorber agua—. La mayor parte tenía espejos murales ocupando la pared cabecera, algunas también el techo, donde se reflejaban las parejas durante sus escarceos. La que utilizó Don Alfonso era la veinte y esa fue la más solicitada, no solo por el morbo de acostarse donde lo hiciera el rey sino porque tenía una bañera a un lado de la propia habitación, aparte de la del cuarto de baño. Debía resultar muy excitante follar en el agua y contemplarse al mismo

tiempo. Conviene destacar lo de los espejos. En unas épocas en que la mayoría de las casas tenían espejitos, en esa había paredes forradas de ellos. El lujo diferenciador aunque para ellos fuera una forma normal de vivir.

—¿Cuánto duraba el servicio?

—Todo lo que el cliente precisara hasta el límite de las nueve y media. A esa hora se cerraba y todos a casa.

—¿Qué me dice? Normalmente esos lugares prolongan el trabajo hasta la madrugada.

—Sí, los demás, porque las mujeres eran putas. Pero no en Barbieri cinco. Eran artistas del placer, pero artistas.

Vaya con el hombre. En cualquier caso, su interpretación de aquella actividad me atraía. Porque catalogar como arte lo que hacían aquellas jóvenes suponía que estaban dotadas de un espíritu que trascendía el simple mercantilismo. ¿Era posible, por bien que lo hicieran, o Basilio estaba engrandeciendo su recuerdo?

—¿Había música, baile?

—Cada habitación tenía un tocadiscos y una colección de *long plays*. Boleros, rumbas suaves, tangos, que ponían a su elección y con sonido bajo. Eran melodías que hablaban de amor y deseos. Una belleza. Ahora solo hay ruido. Estaba prohibido bailar en el salón pero en las habitaciones cada uno hacía lo que estimaba. No se llegaba y zas, a joder. Era otra cosa. Las señoritas eran cultas, discretas, inteligentes, muy agradables. Conversaban. Las veladas tenían ese aire exquisito de la alta calidad.

—¿Eso funcionaba todos los días?

—De lunes a viernes y de cinco a nueve y media.

—Supongo que para tantas habitaciones habría señoritas suficientes.

—No había ese número de habitaciones. Normalmente se utilizaban las del piso bajo y del primero, pocas veces las del segundo. Más arriba estaban las viviendas de doña Pilar y de las criadas. También las pilas de lavado, almacén de ropas, vituallas y demás necesidades. Los que hicieron el hotel Mónaco transformaron todo eso en habitaciones como las de abajo. Las señoritas serían unas quince, nunca estaban las mismas. Variaban según sus vivencias.

—¿Y todas trabajaban, quiero decir...?

—Ninguna quedaba sin su función diaria. Por eso había lista de espera. Si un cliente se adelantaba a otros en la elección, no importaba. Las demás eran igual de atractivas.

—Caramba. Eso significa... —calculé unos momentos—, unas ciento cincuenta mil pesetas al mes. Al cambio de hoy y según su estimación, entre cuatrocientos cincuenta mil y seiscientos mil euros. Vaya. Un paraíso en todos los sentidos.

—Y sin impuestos. Entonces no había eso de la Declaración de la Renta. Esas mujeres vivían en el desahogo. Y los dueños se hicieron ricos.

—¿De qué años estamos hablando?

—Yo estuve desde recién terminados los cuarenta. Hombre, antes no cobraban tanto. Doscientas pesetas, que fueron subiendo. En el cincuenta y dos ya eran trescientas.

—¿Cuánto duró?

—Pues duró lo que duró y luego se acabó. Nada dura eternamente. Pero que les quiten lo bailado.

Joder con el tío. Un filósofo desperdiciado. ¿A qué habría dedicado su vida?

—¿Cómo sabe usted todas esas cosas?

Apretó los labios, como impidiendo la confidencia. Pero luego se decidió.

—Yo era el ordenanza. Entré con dieciocho años.

Le miré con cierta fascinación. No era fácil encontrar a alguien que reconociera haber vivido en esa suerte de paraíso masculino.

—No me diga. Debió de ser un trabajo muy especial, de alta discreción y total confianza. ¿Cómo se consigue un empleo así?

—Mi padre era camarero de un marqués... Bueno; así se llamaban antes los ayudantes de cámara. Vivía en la calle Alcalá, una casa al lado del Palacio de Linares con muchas habitaciones. Allí jugué mucho al escondite de pequeño con sus hijos. Eran buena gente. Tiene razón en lo de la confianza y la discreción. Siempre fui prudente y fiable.

—¿Qué le parece si pasamos a hablar de Paula Carballo? —señalé.

Toda su actitud placentera desapareció. Estuvo un momento mordiendo el aire. Luego hizo algo sorprendente. Metió una mano en su cuello y extrajo una cruz de oro enganchada a una cadenita. La besó y la hizo desaparecer en el mismo sitio.

—¿Por qué su interés por esa mujer?

—Es un encargo. Alguien quiere saber qué fue de ella y dónde puede estar.

—Quién —dijo, y apreció que se estremecía.

—Un cliente, qué más le da.

—Necesito saberlo.

—Vamos, hombre. No me salga con eso ahora. Llevamos mucho tiempo de cháchara. Le dije el motivo de este encuentro. El dinero no es para hablar de la historia de ese lupanar aunque ha sido un preámbulo instructivo. Ha gozado de lo lindo recordando aquello. Me debería pagar usted a mí.

—Bueno, vale. Pero cambiemos de sitio. Aquí tendrán que preparar las cosas para la cena. Y no quiero que me escuchen.

**Madrid, diciembre de 2005**

Entramos en un café-bar llamado Leka, cerca del restaurante. Lo atendían dos jóvenes, al parecer hermanos. Tenían pegatinas de ofertas en los cristales: «Caña de cerveza a un euro», y cosas así.

—Hay algo contradictorio con respecto a Paula. Dijo que las mujeres eran elegantes, refinadas, incluso con cultura —señalé, una vez sentados en un rincón—. Sin embargo, esa chica no tenía estudios ni clase. Era una campesina. —Yo no decía toda la verdad porque el dueño de Coral le habría quitado el aire campestre. Pero debía explorar todas las confesiones.

—¿Cómo sabe que era una campesina? —dijo, con la interrogación brillando en su ojo sano.

—Creí que usted lo sabía.

—No tenía nada de campesina. La encontró en Galicia un aristócrata asiduo a la Casa o con intereses en el negocio. Un buscador de talentos. Creo que fue en La Coruña, no en el campo. Le cautivó. Pensó que sería un filón, como así ocurrió. No tenía familia. La convenció, la trajo a Madrid y la preparó para estar al nivel requerido. Nadie como miembros de la aristocracia para refinar a la gente. Cuando doña Pilar le puso el ojo, no dudó en asimilarla al equipo. Fue una de las más solicitadas. Llegaba casi todos los días porque no tenía responsabilidades familiares ni otro trabajo. Nadie a quien rendir cuentas, ni siquiera al que la descubrió, que no era un chulo. A esos niveles los macarras no funcionan. El aristócrata tenía pasión por ella. Se contentaba con que le atendiera en ocasiones, apoquinando como cualquier otro, por supuesto. Así que con solo veinte años Paula empezó a cosechar una gran fortuna.

—Eso es mucho decir. Supongo que gastaría en mantener la imagen.

—Supone mal. Era muy ahorrativa. Cuidaba sus ropas y no necesitaba estar comprándose nuevas, como sí hacían sus compañeras. Y de maquillaje, solo sombra para los ojos y carmín. La naturaleza le había dado un rostro y un cuerpo increíbles.

—¿Vivía con alguien?

—No, sola. Y sin lujos, los gastos mínimos. Como si lo que más le importara fuera el ahorro.

—Pero algo sucedió, ¿verdad?

—No hay nada nuevo bajo el sol, ¿no cree, investigador?

—Se enamoró de algún cliente y...

—No. Alguien le ofreció matrimonio y dejar esa vida. Le rechazó. El tipo insistió y volvió a recibir calabazas. No se contentó. Ciego de celos, un día, cuando estaba con un cliente en plena faena, el despechado les echó ácido a los dos. A ella le

alcanzó en una parte del rostro y en el pecho. Su belleza desapareció y se acabó el sueño.

—¿El sueño de quién?

Me miró con sorpresa, como si hubiera dicho una estupidez.

—De ella, naturalmente.

—¿Cómo pudo el agresor llevar el ácido?

Esta vez, la mirada se llenó de desconcierto.

—¿Qué mierda de pregunta es esa? Lo llevó en una botella de coñac Carlos Primero. Lo recuerdo muy bien...

—¿Qué ocurrió con él?

—En España no pasaba nada en esos años. Todo eran buenas noticias. No podía haber escándalos. Y menos en un lugar sagrado como ese. Los médicos hicieron su trabajo y los verdugos el suyo, sin que trascendiera. Al tipo le cortaron en trozos, que enterraron en diversos sitios.

—¿Cómo sabe eso? ¿Fue usted testigo?

—No... Me lo dijeron —murmuró entre dientes—. Hay que joderse con las preguntitas.

—¿Y Paula?

—Estuvo viviendo del dinero ahorrado en la casa que tenía alquilada. Iba a verla pero nunca quiso recibirme. No deseaba ver a ningún hombre conocido; solo a algunas señoritas que al principio se solidarizaron con su desgracia.

—Usted la quería.

—Sí, mucho —dijo, sin mirarme, tras una pausa implicada de angustia—. Me hubiera casado con ella. No me importaban sus costurones.

—¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué no insistió?

—Tuve que ir a la mili. Me tocó en un CIR de Ceuta. Año y medio. Me dieron dos permisos y fui a verla. Siguió sin recibirme. Cuando me licencié hice un nuevo intento. Ya no vivía allí. Era un piso caro y el dinero se le acababa. La busqué. Pasó el tiempo. Me dijeron que estaba en la prostitución barata, lejos de esta zona, por El Progreso o La Cabeza. No la encontré.

»Años después, vi una cigarrera a la entrada del cine Capitol. Era invierno y hacía mucho frío. Iba con un ropón negro, como antes las viudas. Llevaba un pañuelo cubriéndole la cabeza, como las mujeres de las aldeas. Era ella. No me vio. Estaba sentada, con la caja de cigarrillos y cerillas sobre las rodillas. Por allí pasaba una nube de gente todos los días del año, más que ahora. Desde entonces solía atisbarla desde la acera de enfrente con frecuencia.

—Si estaba enamorado de ella, ¿por qué no le habló?

No me contestó. Siguió a lo suyo, conduciendo sus recuerdos.

—Un día no la encontré. Ni al siguiente. Me entró la alarma. Fui al anatómico

forense, que entonces estaba en la calle de Santa Isabel. Le habían hecho la autopsia y la habían pasado al depósito, en un edificio anejo, esperando su traslado a la fosa común de La Almudena. Allí estaba. Constaba como indocumentada. Había estado durmiendo en la calle, con otros desheredados, por la parte de atrás del mercado de La Cebada. El diagnóstico fue de muerte por hipotermia.

De repente se echó a llorar mansamente, sin ruidos; solo esa agua fluyendo de los cristales, como si estuvieran licuándose.

—Me ocupé de ella. Hice que la enterraran en La Almudena, en un nicho. Le puse una placa. Voy varias veces al año y le cambio las flores.

Me desconcertaba su profunda aflicción. No me cabía duda de lo mucho que la recordaba, aunque había algo de irracionalidad en todo ello. Volví a lo mío cuando se calmó.

—Ella tenía una hermana pequeña en Galicia. ¿La vio usted? ¿Qué supo de ella?

—¿Una hermana? Nunca la mencionó, nunca dijo nada de su familia. Ni tampoco el marqués que la descubrió. ¿Cómo sabe usted esas cosas?

Ya solo, hice resumen de lo obtenido. Paula no visitó a su maestro en artes culinarias, César Gallego, en La Coruña, ni a Irene en Mellid, porque no podría haber evitado que imaginaran a qué se dedicaba en Madrid y no estaría dispuesta a ver sus miradas con sombras de reproche e incomprensión. Quizá con más años y más avezada no le hubiera importado. Y el ahorro que practicaba, según su enamorado secreto, no me cabía duda de que era para emplearlo en la hermana, tanto en procurar su regreso como para que vivieran sin pobreza en el grato futuro que imaginaría para ambas.



**Constanza, Cordillera Central, junio de 1959**

*Nadie debe nunca consentir en arrastrarse cuando siente el impulso de volar.*

*HELEN KELLER*

Corrió entre la floresta lleno de ira, pisando sin mimo el verdor. Conocía el entorno hasta mucho más allá y el terreno le era amigo. Tantas veces caminado. Así pudo progresar en la casi oscuridad más rápido que los soldados que le precedían. Vio el jeep abandonado y, por delante, las luces danzantes de dos linternas, separadas seguramente para cubrir más radio. Pero sabía que eran cuatro los fusileros. Al acercarse observó la razón. Junto al de cada linterna, que al enfocarlas les impedía amartillar, iba un compañero disparando a bulto. No era posible que vieran al enemigo que iba delante. Lo harían para conseguir el mismo efecto amedrentador que los gritos que lanzaban, en el intento de hacerles creer que les perseguía todo el aparato militar en vez de una escuadra. O puede ser que para contrarrestar su temeridad al adelantarse a los demás. O porque realmente estaban deseando combatir. Le habían hablado de los entrenamientos que a diario recibían los fusileros de la AMD y los del Ejército tendentes a transformarles en hombres indiferentes al desfallecimiento. Los que no daban el ritmo eran expulsados. Decían que el credo impuesto por Trujillo era copiado al de los marines gringos y al del Tercio español. Gracias a ello disponía de las mejores Fuerzas Armadas del Caribe en ese momento.

Martín podía avanzar sin cautela porque el ruido provocado por la avanzadilla tapaba cualquier otro. Y porque supondrían que detrás no había enemigos sino más soldados. Sin embargo, su aproximación fue sigilosa como la de una pantera. Los ansiosos soldados no imaginaban que por detrás les estaba alcanzando un inflexible destino común. En la primera pareja, el soldado que disparaba solo pudo oír el aire al ser hendido por el rayo, como su cabeza. El de la linterna se volvió a mirar y sus ojos se llenaron de la oscuridad infinita cuando recibió el tremendo tajo. Martín cogió la linterna y se aproximó a la otra pareja, inadvertida de la letal presencia. Los enfocó parcialmente para situarlos. Y luego atacó de la misma forma fulminante. El colín dio en el cogote de uno, partiéndole la columna cervical. El otro, concentrado en la carrera, no se enteró de que dejaba la vida. Ya abatidos, tuvo impulsos de seguir golpeando hasta deshacer las figuras, porque eran ellos quienes mataron a su hermano y no los que abatió en la parcela. Pero venció la racionalidad. Se arrodilló y cerró los ojos. Su ira fue apaciguándose pero no su desolación. Intentó pensar lo que debía hacer pero su primitivismo le alertó, como si fuera un lobo oliendo al cazador. Entendió que solo tenía una opción. Despojó al cadáver más robusto de la guerrera y

se la puso, apretada. Aunque no tenía frío por el ardor, sabía que con la noche llegarían las temperaturas bajas. Luego despojó al mismo cadáver de la camisa porque necesitaría tela. Examinó las botas. Ninguna servía para sus grandes pies. Cogió el colín, la linterna y las dos mochilas. Retrocedió para recoger los otros macutos y la otra linterna, y echó a caminar siguiendo el rastro de los invasores.

Tiempo después percibió su rumor y más tarde les vislumbró. Llevaban linternas de foco corto y no hacían esfuerzos por mitigar sus ruidos, atentos a poner la máxima tierra de por medio. Siguió tras ellos dejando un espacio aconsejado aunque sabía que su sigilo les impediría detectarle. El dominio sobre la zona le hizo notar que sus perseguidos no iban en la dirección lógica. Acaso se habían extraviado en la oscuridad, lo que a él nunca le pasaba porque sabía leer las estrellas. Pero no podía correr el riesgo de que le dispararan si intentaba avisarles. Las horas se fueron agotando y llegaron las primeras claridades sin apenas descansar. Entonces se quitó la guerrera y se dejó ver.

—¡Eh! —gritó, levantando las manos.

Los más retrasados se volvieron, las armas prestas. No había mucha luz pero la suficiente para que vieran que no iba uniformado ni armado. Dejaron que recogiera las mochilas y se acercara, mientras por entre los árboles se producía un movimiento. Un hombre barbado con aspecto de tener el mando se destacó y le apuntó con un fusil ametrallador. Del rápido examen le llegó una evidencia.

—Usted no es dominicano.

—Soy español, campesino.

—¿Qué hace aquí? ¿Por qué nos sigue?

—Mataron a mi hermano. Quiero marchar con ustedes.

No hubo voz discrepante pero le hicieron preguntas acerca de las fuerzas perseguidoras. Martín dijo lo que sabía. Un ejército de infantes integrado por los de la AMD, los legionarios, el Ejército regular y los Cocuyos. Varios miles de hombres entrenados y pertrechados. Martín vio rebullir la preocupación en los rostros, a pesar de las barbas.

—El desembarco fue un desastre. Se desplomó la rampa y perdimos los explosivos, las bazucas, el equipo de transmisión y la mayoría de los alimentos. Espero que el otro grupo haya tenido más fortuna.

—Ustedes van extraviados. Caminan hacia el este, al interior. Deben marchar al oeste, a la frontera.

—No. Tenemos que conectar con las otras expediciones marítimas con misión de desembarcar en el norte. Vamos en buen camino.

—¿Cómo saben?

Le mostraron un chisme llamado brújula, algo que creía utilizaban solo los hombres de la mar. Se sorprendió cuando le dijeron que con ella se conocían todos

los caminos, tanto de día como de noche. Era una de las piezas importantes que llevaban en sus equipos. Luego examinaron las cuatro mochilas que él quitó a los soldados abatidos. Solo se quedaron con las galletas de soda y las tabletas de chocolate negro.

—Véngase, pues. Luego decide.

En ese momento oyeron ruido de aviones y luego una estela de explosiones por las zonas abandonadas durante la noche. Martín tomó la iniciativa de la guía y todos le siguieron bajo el espeso dosel de ramas. Escucharon las pasadas silbantes de escuadrillas de aviones sobre ellos después de haber dejado sus cargas. No tardó en llegarles el olor de los incendios y del humo.

Se obligaron de mutismo cuando el bombardeo ganó en intensidad. Martín caminaba sin vacilación, parándose de vez en cuando a esperar a los otros. El fragor iba quedando distanciado y tiempo después el jefe ordenó un descanso, que fue agradecido por los jadeantes miembros. Martín les miró sin disimulo, abiertamente. Ninguno le llegaba al hombro pero parecían capaces de sostener grandes peleas, con armas, naturalmente. El jefe tenía el pelo claro, como los ojos, y la abundante barba no impedía que se apreciara su juventud aunque todos, salvo uno, le sacaban algunos años.

—No nos dijo que había tantos aviones —reprochó un barbudo a Martín, quien se limitó a mirarle.

—Las bombas son incendiarias y de gran peso. De fragmentación —aclaró el jefe—. He visto bombarderos B-26 y cazabombarderos a chorro, los Vampiros. No proceden del aeropuerto de Constanza, que es pequeño. Los habrán enviado de la Base de San Isidro. El cabrón tiene una Fuerza Aérea moderna. Y está bien preparado. No es posible una respuesta tan inmediata sin estar avisado.

Durante la parada Martín se enteró de que el barbudo comandante se llamaba Delio Gómez Ochoa y que era cubano y veterano de las luchas de Sierra Maestra junto a Fidel Castro. El otro grupo, escindido nada más cortar la alambrada del aeropuerto y comandado por el dominicano Enrique Jiménez Moya, se había dirigido hacia el norte con treinta y cuatro efectivos. Martín contó. Un total de cincuenta y cuatro. Entendió el gesto de Delio cuando le informó de los miles de efectivos del ejército de Trujillo.

—Batallaremos por esta sierra esperando el momento de unirnos a nuestros compañeros —dijo Delio, procurando ser convincente—. Ya habrán desembarcado por Estero Hondo y Maimón. En unos días estaremos organizados y reclutaremos a los campesinos descontentos.

—¿Cuántos son esos compañeros?

—Ciento cincuenta.

Martín no entendía de tácticas militares y de conflictos armados pero sí vio la

enorme desproporción. En cuanto a la captación de campesinos, supuso que esos cálculos habrían sido hechos por hombres de altos conocimientos sobre el tema, que pensaban que las cosas caminarían en el sentido de su previsión. Pero era un cálculo equivocado. En absoluto él veía a la gente dominicana con ánimo de enfrentarse a Trujillo. Estaban como penalizados de terror debido al sistema de delaciones y detenciones establecido por el Régimen, además de narcotizados por la leyenda que situaba al Gran Civilizador sentado junto a los dioses del Olimpo. Ello negaba cualquier posibilidad de reclutamiento inmediato. Se necesitaría mucho tiempo para limpiarles el cerebro. Intentó hacérselo ver.

—Esas bombas mataron campesinos, sin duda —dijo Delio, tras meditarlo—. Es imposible sobrevivir a esa bestialidad. Pero los supervivientes odiarán más este régimen. Puede que algunos se adhieran rápido a la causa por venganza. Lo nuestro es aguantar, no sucumbir.

Siguieron derivando hacia el sureste unos días. Martín reconoció el paraje El Convento, en el que estaba el Salto de Aguas Blancas, una cascada de más de cincuenta metros de aguas gélidas casi tapadas por el verdor oscuro e intenso. Sabedor del lugar por sus recorridos, pudo conducir al grupo a la cúspide por una senda oculta. Agazapados, pudieron contemplar las montañas y los jardines naturales tintados de grandes incendios y humaredas. Los aviones ya no castigaban, señal de que no querían masacrar al propio ejército perseguidor, pero los helicópteros seguían espionando el área. Bajaron con dirección a La Unión y allí tuvieron la primera escaramuza con una patrulla. Tras un fuerte tiroteo sin ninguna baja, siguieron hacia Los Naranjos, emboscándose durante unos días en una gruta conocida por Martín, mientras los helicópteros indagaban por turnos. Vieron innumerables soldados rastreando su pista. Siguió hacia Los Botados y días después hubieron de repeler un ataque furibundo de tropas trujillistas, que les causó dos heridos. Tuvieron que dejarlos atrás confiando en que les respetaran la vida. En un descanso, Delio hizo balance de la situación. El gran problema era la falta de alimentos.

—¿Qué tú dices? —preguntó a Martín, quien no llevaba arma de fuego, por lo que durante las refriegas se constituyó en espectador.

—Debemos marchar al oeste.

—¿Encontraremos pueblos y fuentes de suministro?

—No muchos, pero no hay soldados.

Delio Gómez Ochoa decidió una escisión en varios grupos pero no consideró la ruta de Martín. Él seguiría hacia Los Botados aunque permitió que algunos tomaran otras rutas.

—Yo marchó a mi camino —dijo Martín.

—Voy con él —dijeron a la vez dos hombres.

Martín los vio abrazarse en silencio. Dieciocho combatientes desorientados,

perdidos en una selva hermosa y feroz por seguir un sueño. Durante quince días habían deambulado y ya no hablaban de la libertad como en los primeros momentos, cuando estaban llenos de energía. Había escuchado de ellos hermosas palabras y sus grandes proyectos mientras las ramas siseaban allá en lo alto. Ahora tenían los ojos vacíos y las mejillas cóncavas. No era su lucha pero algo sutil prendió en él y solo entonces comprendió que se puede amar tanto a una tierra hasta el punto de morir por ella.

**Ciudad Trujillo-Constanza, julio de 1959**

*Faltan hombres  
para tanta tierra... Faltan hombres  
que desnuden la virgen cordillera y la hagan madre  
después de unas canciones.*

*PEDRO MIR*

En el despacho de Palacio había ambiente de euforia. El jefe del Departamento Militar del Norte, situado en Santiago, general César Oliva García, Olivita para los íntimos; el de la Región Militar de La Vega, que englobaba Constanza, general Juan Tomás Díaz; el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Fernando Sánchez Otero, normalmente llamado Tuntin Sánchez, y el secretario de Estado de las Fuerzas Armadas, general José René Román Fernández, denominado Pupo Román, mostraban sus mejores gestos. Las incursiones cubano-dominicanas por Constanza, Maimón y Estero Hondo habían sido neutralizadas.

—Exactamente, ¿qué significa eso? —dijo Trujillo, con talante serio, lo que deshizo la autocomplacencia de los generales—. Déjense de pendejadas y denme cifras.

—Son ciento noventa y cuatro los invasores marxistas abatidos o apresados hasta el momento. No parece que pueda haber más. El general Ranfis nos dirá el número exacto. Aún está interrogando a los supervivientes en la Base de San Isidro.

Ahí estaban algunos de sus mejores generales presumiendo de una eficacia que no les correspondía. Como si hubieran librado una batalla contra un enemigo poderoso. Sus generales. El principal órgano de poder del país era el Ejército, que él había creado de la nada en 1928 cuando solo existía la Brigada Nacional, antes Policía Nacional, para garantizar el orden y la defensa en la República. No solo eso, sino que arbitró las disposiciones necesarias para fundar unas Fuerzas Armadas modernas con sus tres componentes diferenciados, dotándolos de los recursos adecuados tanto en hombres como en armamento y medios. Él creó la estructura militar a semejanza del Ejército norteamericano. De los diecisiete capitanes, los dos mayores, el teniente coronel y el coronel, en cuanto a oficiales principales existentes en la Policía Nacional al fin de la ocupación gringa, solo él tuvo el patriotismo, la tenacidad, la disciplina interna y la capacidad suficientes para transformar esa escasa fuerza policial en el moderno y preparado Ejército de ahora y, por extensión, el atrasado país en uno de los más prósperos de América en relación con su tamaño. Todos aquellos compañeros quedaron en el camino, acomodados a sus rutinas. No ostentaba el cargo

de comandante en jefe de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire de la República solo por decreto sino por merecimientos. Él era el Ejército. Él era el país. Y ahí estaban esos supervivientes a sus purgas dándoselas de estrategias. ¿Qué querían contarle con esos aires petulantes? ¿O acaso no eran tales sino taimadas expresiones de lealtad y obediencia por el temor a su inexorabilidad ante posibles incompetencias o traiciones?

En lo que contaban no había estrategias sino aplastamiento del enemigo. Fue él quien dio las órdenes a todos ellos y, por supuesto, a su hijo Ranfis como jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas. Aplicó una vez más las enseñanzas de los norteamericanos cuando al principio de su ocupación acabaron con los *gavileros* al concentrar toda la potencia unida de aviones, morteros, ametralladoras y fusiles y el peso de los mil marines. La pequeña diferencia es que los gringos encarcelaron a los guerrilleros supervivientes y Ranfis, de acuerdo con su forma de pensar, procedería de manera más tajante con esos invasores cubano-dominicanos del pomposamente denominado Ejército de Liberación Dominicana. Porque como auténtico dominicano patriota sabía la mejor medicina que convenía al país.

—Parece que se sienten ustedes muy satisfechos. Pero la verdad es que, pese a que conocíamos sus planes de invasión, se dejaron sorprender. Sobre todo usted, general Díaz.

—Les esperábamos en San Juan de Managua, Excelencia —repuso el citado, con el temor enroscándosele en los intestinos—. Esa fue la información que recibimos del SIM —añadió, mirando al coronel Abbes, acechante en un rincón, como para endilgarle la responsabilidad—. Teníamos hombres suficientes en el aeródromo y proximidades.

—Era lo que desde Cuba nos dijeron nuestros contactos —se excusó el jefe del SIM, escapando del compromiso—. Debieron elegir Constanza sobre la marcha.

—Lo importante, Excelencia, es que el golpe ha sido frustrado —señaló Pupo Román, el segundo hombre del régimen y emparentado con Trujillo por estar casado con Mireya, hija de su hermana Marina—. Una dura lección a esos comunistas ilusos de Cuba y a cuantos quieran quebrar la paz de nuestra República.

—Pensaban que habría un levantamiento del pueblo dominicano, como ocurrió en su isla —añadió el comandante de la Región Norte, vinculado también familiarmente con el dictador al ser primo de Mireya.

—Eso no ocurrirá aquí nunca —aseguró el jefe del SIM.

Naturalmente. En eso estaban. Todos sabían que los pueblos, montañas y bosques aledaños a los desembarcos habían sido ferozmente castigados por la aviación dejando una siembra de caos, destrucción y muerte, además de que la población campesina estaba aterrorizada desde años atrás por las detenciones y desapariciones indiscriminadas. Las docenas de aldeanos muertos y el que bosques y campos se

hubieran convertido en cenizas no merecían especial consideración. Eran males necesarios que a ninguno de ellos se le ocurría mencionar, y menos en ese momento glorioso. Representaban una cuota insignificante para tan memorable gesta.

—¿Podemos dar por terminado el asunto? —dijo Trujillo.

—Con toda seguridad —se apresuraron a decir al unísono los generales.

—Bien. Pueden retirarse.

—Si me permite quedarme, Excelencia, tengo que informarle de algo —dijo el coronel Abbes.

Los militares se despidieron con cierta aprensión. Sabían de la capacidad del jefe del SIM para intrigar contra todo el mundo y nadie tenía la seguridad de quedar a salvo de sus chismes.

—Supongo que será algo importante y no una pendejada.

—Verá, Excelencia —dijo el jefe del Servicio de Información al quedar solos—. Es sobre los colonos españoles. Mejor dicho, sobre unos concretos.

—Vuelve usted con eso. ¿Qué tiene ahora?

—¿Recuerda a aquel que teníamos en La Victoria hace unos meses, y que Su Excelencia mandó devolver a Constanza?

—Le recuerdo. Ese asturiano con la mujer embarazada.

—No ha estado a la altura de la confianza que Su Excelencia puso en él. Nuestro trabajo es desagradable pero gracias a ello descubrimos a gente que como agradecimiento ofrece su traición.

—Explíquese de una vez.

—Él y su hermano estaban conectados con los terroristas. Por lo que he podido averiguar mataron a quince de nuestros soldados.

Trujillo lo miró como si el otro hubiera perdido la razón.

—¿Me está diciendo que esos campesinos han matado a quince soldados? ¿Lo dice de verdad? —Vio al coronel asentir con la cabeza, los ojos humillados—. ¿Cómo es que eso pudo ocurrir?

—Los atacaron a traición cuando perseguían a los marxistas que recién habían aterrizado en el aeropuerto de Constanza.

—¿Dónde es que están ahora?

—Los soldados tuvieron que matar a uno. El otro, el gigante, escapó con los comunistas. No ha sido encontrado.

—Déjeme ver. Dos campesinos contra nuestros bien entrenados soldados, además de las fuerzas de élite agregadas. Y uno escapa después de matar a quince. ¿Me toma el pelo? ¿Qué mierda es esa? Eso no lo hacen ni los jodidos marines.

Johnny Abbes no consideró puntualizar que ocho habían sido abatidos con machetes. Sería una humillación insoportable para el comandante en jefe. Buscó una cabeza expiatoria.



—Lamentablemente ocurrió así, Excelencia. Hay testigos. Estoy investigando los hechos. No parece que el general Díaz haya estado a la altura.

—¿Qué testigos?

—Otros soldados lo vieron con sus propios ojos. Y el que uno de esos haya escapado lo corrobora.

—Hace un momento todos los generales confesaron que no quedaba libre ninguno de esos carajos —dijo Trujillo tras una pausa.

—O no saben lo de ese hombre o han preferido creer que ha sido abatido.

Trujillo echó a pasear de un lado a otro mirando el suelo, como si estuviera en un tablero de ajedrez y buscara la jugada conveniente. Se detuvo.

—La mujer embarazada. ¿Sigue en ese estado?

—No... —El coronel no sabía por dónde iba a salir el Jefe—. Parió hace tres o cuatro meses. La... Bueno; la hemos interrogado.

—No se le habrá ocurrido llevarla a La Cuarenta.

—No... La interrogamos en el cuartel. Le hicimos rueda de preguntas pero no le aplicamos métodos persuasivos.

—¿Y? —dijo el Jefe, sabiendo lo que esa expresión significaba.

—Dice que no sabe de las actividades de su marido.

—¿Dónde es que está ahora?

—En la colonia, con unos parientes a los que también hemos interrogado. Ellos no parecen saber nada. A todos los tenemos bajo vigilancia.

El Benefactor se acercó al balcón abierto. Ya el alba había cruzado y pudo contemplar el mar durante un buen rato. A sus oídos llegaba atenuado el sonido inalterable de las olas al quebrarse en las rocas. Siempre le relajaba ver esa masa abierta a todos los confines. Estaba en el centro geográfico del mundo. A un costado, el doble continente de América; al otro, Eurasia. Y detrás, en las Antípodas, Australia y Oceanía. Ningún otro lugar podía sustentar ese privilegio con más merecimientos. Porque esa isla, La Española, fue la primera que pisaron los descubridores hispanos en su búsqueda de lo imposible. Justo cuatrocientos sesenta y siete años antes Cristóbal Colón pisó la hermosa tierra de Quisqueya. Los Reyes Católicos, patrocinadores de la gesta, situaron entonces a España en la cúspide de las naciones. Su imperio desapareció, como el inglés más tarde y como desaparecería el de los gringos. Pero sí permanecería la tierra simple y hermosa que él heredó para engrandecerla y situarla como símbolo de paz y amistad en el mundo. Se volvió al jefe de Seguridad.

—Hay cosas que no encajan. A veces creo que su trabajo le ha impuesto una forma de pensar única, que no ve más allá.

—Todo lo que hago está orientado a preservar la seguridad de Su Excelencia y a mantener el régimen que tanto le costó construir.

—Vale, vale. Pero ¿cómo es que un hombre que se siente a gusto con la tierra recibida, que tiene una esposa joven, un niño recién nacido y un futuro asegurado, echa todo por la borda y se mete a guerrillero? ¿Qué mejores beneficios pensaba obtener? ¿Se ha hecho esa reflexión?

—Mi trabajo está en actuar sobre sospechas y evidencias. En este caso no hay dudas. Los soldados fueron asesinados por esos hombres y uno de ellos está escapado.

—Sí, sí, pero ¿por qué? Además, está lo del niño. Es dominicano, un dominicano blanco. Como nosotros. ¿Se fijó? ¿No es eso lo que también queríamos de ellos? —Volvió a sus paseos y luego decidió—: La próxima semana iré a Constanza. Hablaré con esa mujer. Quizá pueda aclarar esto personalmente.

—Me permito recordar a Su Excelencia lo que deseaba hacer el MD: estar en conexión con los terroristas del MLD para, en el momento de la invasión de los comunistas del Ejército de Liberación, incorporarse a ellos en la lucha armada.

—Ya sé lo que pretende esa zorra de Minerva Mirabal, su marido y ese movimiento subversivo. Bien sabe Dios que me he esforzado en integrarles al orden correcto. ¿Por qué no son coherentes con la posición social que ocupan en vez de atentar contra el Gobierno? ¿No se dan cuenta de que viven en el desahogo y en la estabilidad, que no tendrían si yo no hubiera puesto orden en el país? Estamos en paz gracias a la sombra de las armas. Mi dictadura produce heridas pero solo a aquellos que no quieren ver que todo lo hago por construir una nación moderna y respetada. —Capturó una pausa—. Tendremos que actuar contra esos sediciosos a no tardar mucho. Pero eso, coronel, no tiene nada que ver con lo de esos españoles. Sigo sin ver claro el asunto. Quiero saber la verdad y luego proceder.

—Lo que le he expresado es la verdad, Excelencia.

—Venga, Abbes. Hay muchas verdades. Nos vino bien establecer la nuestra como única válida. Pero de vez en cuando conviene ver cómo se respira fuera de nuestros escritorios. —Quedó un momento callado—. Usted no cuestionará mi olfato sobre las cosas, ¿verdad?

—Nunca, Excelencia —dijo, con los genitales alborotados.

—Por él capto de inmediato cómo respira la gente. Es como si leyera en un libro abierto. He visitado varias veces las colonias y no he advertido en los españoles otra cosa que gratitud o disgusto, según les vaya a unos o a otros. Pero nunca una sensación de odio, desprecio u ocultación. Naturalmente que los hay inconformes, aunque en muchos esa inconformidad no es tanto por las desilusiones como por su propia condición de perdedores. Esos no interesan ni aquí ni en su país. Pero vea: ¿cuántos húngaros permanecen? ¿Cuántos judíos? —Hizo el necesario paréntesis para afianzar su razonamiento—. Quiero sopesar otras posibilidades. Ahora bien, si finalmente ocurrió lo que usted afirma y si esta vaina trascendiera, ¿se da cuenta de

las implicaciones que supondría para nuestras relaciones con España? —Observó dudas en la mirada del jefe de espionaje—. No solo es que no quiero tener ninguna enemistad con Franco. Le recuerdo que España es un país verdaderamente amigo. Y le voy a dar otra poderosa razón. Yo nunca dejaré Quisqueya. Deseo morir en mi tierra. Pero no sabemos lo que puede depararnos Dios o el destino; lo que ocurrirá dentro de diez, veinte años. Quizá no dejen que muera aquí y las circunstancias me fuercen a exiliarme. Usted tendría que acompañarme. Porque hacemos cosas que pueden sernos demandadas en un futuro por todos esos jodidos del carajo, recalcitrantes en su revisionismo antipatriótico. ¿Qué pasará si algún día dejamos de tener dominio sobre ellos y sobre las masas descontroladas? Solo en España podemos ser bien acogidos y vivir sin problemas y con dignidad. Así que le diré cómo debemos tratar esta mierda.

Johnny Abbes García miró a su jefe, expectante.

—Ningún español ha matado a ningún soldado ni se ha unido a los invasores marxistas —dijo el Benefactor—. Eso nunca ha sucedido. Tomaré las medidas oportunas para que todos los testimonios queden borrados, extensivo a los testigos. Le hago responsable si ello no sucede. Ese español, Polín, ha muerto por los disparos de los criminales comunistas. Y en cuanto al hermano desaparecido, diremos que fue secuestrado por los mismos terroristas. O ya veremos cuando le encontremos. ¿Quedó claro?

## Madrid, diciembre de 2005

El cementerio de La Almudena ocupa una enorme extensión en el este de Madrid. Su tamaño solo puede apreciarse cuando desde la M-40 se accede a la ciudad a través de los túneles de O'Donnell. Es entonces cuando vemos los miles de tumbas reclamando recuerdos y cuando nuestro orgullo se atenúa. Todavía a principios del siglo XIX había muchos cementerios en el centro de Madrid, pegados a las casas. Los efluvios de la putrefacción se extendían en los veranos haciéndoles la vida ingrata a los sufridos súbditos, con el añadido de los fantasmas que muchos creían ver y que no era otra cosa que los fuegos fatuos producidos por los malos enterramientos. Leí que fue José Bonaparte quien creó un plan para acabar con esa peste, diseñando dos grandes cementerios, uno en el este y otro en el oeste, que recogerían restos de los existentes antes de su eliminación. La idea se puso en práctica muchos años después y solo se llevó a cabo con el del este.

Hacía ese frío seco de Madrid, que se filtra por el cuello como los virus en los ordenadores. El celaje hacía guiños de platas y rosas, garantizando un día sin lluvia. Busqué la zona de nichos indicada viendo desde el coche a algunas mujeres mayores, solas en esa inmensidad de lápidas. Se afanaban en la limpieza o simplemente rezaban indiferentes al cierzo, buscando sonidos de la nada. Aparqué cerca del lugar y caminé oyendo mis pasos chirriar sobre la arena. La tierra estaba húmeda, como si fueran lágrimas que brotaran de los últimos enterrados.

En efecto, allí estaba el nombre en la placa: PAULA CARBALLO PONDAL, 1937-1969. Y una pequeña muestra de un afán: SIEMPRE ESTÁS EN QUIEN MÁS TE QUISO. A un lado, una pequeña fotografía se resguardaba tras un cristal. La miré durante un rato. El rostro joven y sonriente de una mujer, con un peinado suelto a lo Gilda. Aunque era una foto al uso, de esas en blanco y negro, estaba hecha en estudio y el artista no tuvo que hacer retoques para resaltar la belleza de la muchacha. Costaba establecer relación entre ese rostro lleno de vida y la nada que había tras la lápida. Como en Mellid, tomé las necesarias fotos.

Vi las flores, aún frescas. Basilio. Era un caso sorprendente el de ese amor. Tal parecía como los de esas historias de la literatura de los tiempos románticos. El hombre de cuerpo desarticulado y voz agradecida se encargó de todos los trámites de juzgado y funeraria. Adquirió el nicho y en él depositó a la amada que nunca besó, para su sola contemplación y recuerdo. Consciente de los altos gastos que ello conlleva, no dejó de extrañarme esa disposición. Era ciertamente insólito. Un amor indisoluble a través de la eternidad. Evoqué a Rosa Muniellos<sup>[6]</sup>. Salvo en eso, los antecedentes y las historias eran radicalmente diferentes. En este caso había algo

impreciso que me desconcertaba y que me impelía a esclarecer.

**Constanza, julio de 1959**

*El mundo entero se aparta cuando ve pasar a un hombre que sabe adónde va.*

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

De fuera llegaron voces secas. *Viento* empezó a ladrar pero Sagrario lo sujetó y lo acalló. Los soldados que vigilaban desde el jardín se movieron con intranquilidad. A través del vano, Bea los vio retroceder hacia un lado y saludar marcialmente con miradas atenazadas. En el umbral se enmarcó la figura imponente del *Íncrito* seguida del tipo redondo de bigote nutrido y ojos ávidos que la interrogara días atrás de forma inmisericorde. El Doctor Honoris Causa avanzó con una media sonrisa llenándolo todo de irrealidad. Bea tuvo una punzada de abstracción. ¿Estaría en un sueño? ¿Qué tan importante era ella para merecer esa visita? ¿O qué nueva fatalidad le venía a caer? Lo observó. Estaba más delgado y envejecido. El rostro con pliegues y comisuras, la papada ocultando el flaco cuello, el blancor del escaso cabello pintando la ya frágil cabeza. Pero tan pulcro de aspecto y palabras como cuando tiempo atrás visitó la colonia. Portaba un bastón y su figura podría ser remilgada en otro menos concienzudo. Parecía un delicado abuelo y no el hombre más temido e inaccesible del país. Siempre oyó que su presencia producía escalofríos, algo que ella también experimentó en su día, a la semana de llegar a Constanza. Sin embargo ahora no notó ningún temor, como si una fuerza interna le estuviera marcando un camino.

Con Martín y Polín desaparecidos, la casa tenía demasiado espacio aunque Sagrario se había quedado a vivir con ella. Bea añoraba el tiempo anterior, cuando estaban todos juntos, apretados y esquivados de problemas. Sabía el destino de Polín pero no el de su marido. A los dos gallegos que se llevaron cuando la conmoción del 14 de junio tampoco volvió a verles ni a saber de ellos. Seguramente que les interrogarían y era de suponer que no se anduvieron con miramientos, a tenor de las vejaciones a que ella estuvo sometida. Tampoco supieron qué había sido de don Manuel. Antonina había viajado a la capital en ocasiones sin obtener resultados. Venía a menudo a verla, a jugar con el niño y a compartir esperanzas.

El bebé voceó desde la cuna. Sagrario lo alzó en brazos con suavidad e hizo intención de irse hacia la habitación del fondo.

—Espere, señora, déjeme ver —dijo Trujillo mirando al niño. Por sus informantes sabía que nació cinco meses antes—. Hermoso. ¿Lo bautizaron?

Sagrario miró a Bea, que derivó la vista al niño sin responder.

—No... —murmuró Sagrario.

—Tendrá nombre.

—Martín, como su desaparecido padre...

Trujillo volvió a contemplar al niño, que fijó su mirada en él. El Hombre de Hierro sintió un escalofrío desazonador, algo absolutamente infrecuente en él, cuyos estremecimientos solo eran placenteros y se producían cuando veía una buena hembra deseada. En esta ocasión parecía que no le miraba el niño sino aquel gigante que tanta impresión le hizo. ¿Qué era aquello? ¿Acaso la edad empezaba a interferir en su inteligencia? Pidió a Bea que se sentara y luego lo hizo él, la espalda erguida, las rodillas juntas y una mano sobre el puño del bastón, mostrando cómo el acto de sentarse podía estar lleno de clase.

Mientras Johnny Abbes se esquinaba en otra silla, se recreó en los rasgos dulces de la joven, no secuestrados por la indudable desgracia que debía soportar. Como en toda ocasión la belleza de las mujeres le alteraba, siendo más intenso el desasosiego cuando la observada no había abandonado la adolescencia. Ante la presencia femenina se encantaba, quedando desarmado de iniciativas, sus dotes de mando maniatadas. Podía infundir temor a cualquier dominicano e incluso impresionar a ufanados extranjeros, como esos enviados de Washington o los fanfarrones periodistas norteamericanos. Para todos tenía munición. Pero ante las mujeres bellas su serenidad se disolvía a impulsos de un irreprimible deseo de gustarles y, si encontraba la oportunidad, de holgarse con sus cuerpos. Le suponía un enorme esfuerzo el tratar de enmascarar su rijosidad con galanteos difíciles porque lo suyo para con ellas era un amor sexual, una querencia de cabalgar sobre el hechizo que desprendían. No le valía lo de la poligamia que practicaban los mormones o sectas similares. Eso era multiplicar las responsabilidades legales, además de que cada mujer se volvía despiadada en sus ambiciones. Buena experiencia tenía él de sus tres matrimonios. Por eso, aun siendo cristiano de tradición, envidiaba el capítulo concreto de la religión musulmana que permitía, al margen de las esposas, tener concubinas esclavas, que nada tenía que ver con las amantes o queridas del mundo occidental. Él las tuvo y sabía que eran tan insaciables como las legales. Las mancebas esclavas, sin embargo, no pueden argüir derechos. Están para lo que están. En eso del harén los mahometanos estuvieron muy acertados al ser conscientes de la necesidad natural del hombre al respecto. Muchas veces pensó en la maravilla que debió de ser el harén de la fortaleza-palacio de Topkapi, en Estambul. Esos sultanes sí sabían hacer las cosas.

La joven española le hizo palpar. Pero, como a los viejos leones, los años enseñaban cuándo una presa resultaba inaccesible. No era lo mismo que las jovencitas dominicanas que le preparaban los concedores de su pasión a cambio de tenerles libres de iracundias. O las cortesanas que se esmeraban en la rendición para tener a salvo a sus maridos y vivir tranquilos en las altas posiciones de la sociedad que él había creado de la nada. La joven que contemplaba estaba tan lejos de su

alcance como la luna. No por ser casada, circunstancia que nunca le supuso un freno, sino porque notaba la distancia insalvable que había en su mirada. Además era española, una colona, llegada para llenar de rosas blancas los paisajes oscuros de la patria.

—¿Sabes algo de tu marido?

Bea negó con la cabeza, sin soltarle los ojos. Leyó en ellos el estupor ante su pregunta. ¿Cómo iba a poder saber de él? Lo normal era que la visita fuera para darle noticias, no para pedírselas. El jefe del SIM no había sacado nada de ella ni de la familia ni de cuantos decidió debían ser investigados. Habían hecho registros profundos sin encontrar signos de que allí alguien intrigaba contra el Gobierno. El Generalísimo concluyó que se debía haber aplicado la lógica. Supo que esa mujer era inocente.

—¿Qué piensas hacer? —habló, poniendo su más cálida entonación.

—¿Tengo elección? —dijo ella, sorprendiéndole. La primera vez que oía su voz. Tenía una cadencia extraña, adulzada, diferente a la eufonía de las españolas que conocía.

—¿A qué te refieres, muchacha?

—Quiero quedarme aquí esperando a mi marido.

Trujillo miró al perro, que permanecía alerta, la lengua respirada. Se levantó y le acarició la cabeza sin temor. *Viento* se subordinó, como si supiera que a un solo gesto agresivo alguien le dispararía.

—Un perro bonito. ¿Qué tiempo tiene?

—Año y medio.

El Doctor Honoris Causa miró alrededor. Vio rotos en las paredes y en el suelo, las camas y armarios desvencijados. Sin embargo, la casa estaba limpia, exonerada de escombros, los libros apilados en el suelo. No le cabía duda de quién originó esos destrozos. Pero eso tenía reparación. No la tenía la forma de vivir de esos españoles, sus escasas condiciones. ¿Cómo aguantaban esa vida de restricciones y austeridad? Cuando visitó los campos en España vio hombres integrados, de aspecto muy superior al que tenían los campesinos dominicanos. Sin duda que los llegados como colonos eran de los que nunca se ven en los actos porque solo una minoría concordaba con las imágenes recordadas. Pero él cumplió razonablemente. Lo del buque fue un engaño por parte de la compañía vendedora y por eso litigó ante el *Lloyd's* de Londres para cobrar el seguro ya que el barco no estaba en condiciones de navegar y los propietarios lo ocultaron cuando se lo vendieron. Mandó que a esos agricultores les dieran tierras, animales y subsidios, incluso ropas de cama y muebles en numerosos casos. Dispuso que durante meses una flota de furgonetas llevara cada día víveres, leche, tabaco a todas las colonias para que no les faltara nada de lo esencial, sobre todo a los niños. Gratuitamente. Ningún otro gobernante en el mundo



hizo algo igual por los inmigrantes. Claro que él no podía estar en todo. Para eso estaban los luego revelados como ineficaces o corruptos secretarios de Estado de Agricultura y Minas, a los que cambiaba con frecuencia para ver si alguno cumplía acertadamente. Pero, una vez establecidas las ayudas, era lógico esperar que los colonos salieran airoso por sí mismos de sus situaciones, algo que no todos consiguieron, como era irremediable en el destino de las personas.

Esos hermanos asturianos, al igual que otros, consiguieron alcanzar los objetivos, dando razón al proyecto nacido de su mente y demostrando que era factible. Ellos se habían integrado en el plan y tenían un pie en el buen futuro, la parcela rindiendo posibilidades. Recordó cuando el desaparecido le pidió la tierra en aquella visita de cuatro años atrás, su dignidad natural. Poca gente había llegado a impactarle tanto. Y ahora estaban en el gran misterio de su aparente comportamiento absurdo y suicida. Averiguaría lo ocurrido realmente con el escapado cuando lo atraparan, lo que ocurriría indefectiblemente. Su huida no tenía posibilidad porque todo un ejército le buscaba. Había dado severas instrucciones para que lo atraparan vivo y así poder establecer lo que de verdad le llevó a esa incomprensible decisión, pero temía que a alguno de sus perseguidores se le aflojara el gatillo. En cualquier caso, esa mujer no debía pagar por errores ajenos.

—¿Y qué harás? No podrás trabajar la huerta tú sola y me han dicho que ya no cobras subvención.

Ella no contestó, como si su existencia fuera inmaterial, solo un sentimiento de esperanza. Trujillo miró la pila de libros maltratados pero colocados ordenadamente. Sabía que fueron examinados con rigor por la policía, de ahí su quejumbroso estado. Se acercó y, con cuidado para que no se volcaran, cogió uno al azar: *Las ruinas de Palmira*, del Conde de Volney. Cogió otro: *La busca*, de Pío Baroja. Y un tercero: *El Principito*, de Saint-Exupéry. Abrió este último por una página separada. Leyó: «Fue el tiempo que pasaste con tu rosa lo que la hizo tan importante». Leyó otras citas. Luego miró a la mujer.

—¿De quién son estos libros?

—Míos.

—¿De dónde los sacaste?

—Son regalos de don Manuel, el maestro español desaparecido. Como mi marido.

Trujillo y Johnny Abbes se miraron.

—¿Los has leído?

—Algunos. Algún día...

El Benefactor se sometió a una reflexión mientras tocaba el canto de los volúmenes. Estaba allí para algo, no solo para interrogar. Miró a la joven. Permanecía sentada, con las rodillas y las abarcas juntas, sin apartarle de sus ojos. Tenía un rostro

despejado de afeites y cubría su delgado cuerpo con un somero vestido. Era una hortelana, como mostraban sus manos trabajadas, de uñas ennegrecidas en los bordes. Y sin embargo desprendía un algo diferenciador que sugería natural de suyo o quizá fuera el beneficio tangible derivado de su incursión en el mundo de la ilustración y el conocimiento. Conocía un caso similar no en cuanto a vivencia personal sino con relación a la pasión hacia la lectura y el halo que emanaba: Minerva Mirabal, su gran preocupación. La experiencia le había demostrado que no debía fiarse de ninguna mujer y menos si era instruida. Se sabía unas sentencias de memoria al respecto porque, aunque no era un intelectual, que para eso tenía a Joaquín Balaguer y a otros lameculos, disponía de gran retentiva. Según le dijeron los que presumían de haberlas explorado, eran enseñanzas escritas por gentes tenidas como sabias o santas, como Zaratustra, san Pablo o Aristóteles, por citar a algunos. Pero la que más le cuadraba era una de El Corán. «Los hombres son superiores a las mujeres porque Alá les otorgó primacía sobre ellas, dio a los varones el doble de lo que dio a las mujeres. No se legó al hombre mayor calamidad que la mujer». Cuánta razón tenían esos moros. Pero en Occidente el mal era irremediable. Así que para su desdicha tenía que arrostrar la desgracia que le había caído con la más bella de las cuatro hermanas Mirabal. Esta española viuda, porque había pocas probabilidades de que no lo fuera o llegara a serlo, si no regresaba a España sería un nuevo azote para el Régimen porque bebía de los mismos filtros que Minerva, esos que preparan a algunos para ser estúpidamente mártires.

—Veo que te gustan los libros. Escucha. Te propongo que regentes una librería en la capital, una tuya. No estamos sobrados de ellas. Te facilitaré local en el centro. Y vivienda. Tú elegirás. Cubriré todos los gastos de alquiler, instalación, teléfono, muebles y todos los libros necesarios. Y tendrás una subvención durante los meses que tardes en sacar rendimiento al negocio. Te pondré en contacto con asesores que te introducirán en el mundo del libro. Y estarás al tanto de las noticias que tengamos de tu marido.

Hasta entonces Bea no le desprendía de su mirada, hecho que en cierto modo le producía cierto desasosiego por su inexpresividad. Ahora vio extraños fulgores en sus ojos. Adivinó.

—No debes temer. Puedes llevarte a tu hermana, a las personas que desees. Posiblemente no volveremos a vernos, aunque puedes contar con mi ayuda. Daré instrucciones para que, si te decides, vengan a hacerte el traslado. —Se tomó una pausa—. En cuanto a lo del bautizo del niño, puedo apadrinarlo, como he hecho con otros. Me gustaría hacerlo. Si te decides, envíame una carta.

No recibió respuesta. Se levantó sin ver signos de agradecimiento en la mirada de ella. No le importó.

—Mandaré a alguien para reparar todo lo que se rompió en el registro. Y ordenaré

que vuelvan a darte la subvención.

—Señor —dijo ella de pronto—. Además de noticias sobre mi marido le ruego que me las dé sobre don Manuel, arrestado por la policía en enero de este año. Hemos enviado escritos a varios departamentos sin recibir respuestas.

Trujillo no miró a Johnny Abbes pero el coronel se removió.

—Haré lo que pueda.

—Otra cosa, señor.

—Pídeme, muchacha.

—Que me faciliten un mulo más, si fuera posible.

—Lo tendrás.

—Y no voy a bautizar al niño hasta que no aparezca su padre.

Lo dijo con sencillez, sin desafío. Y él supo que la muchacha tenía el convencimiento de que eso sucedería. Le dio la mano y salió. Ya en el Cadillac, camino del aeropuerto, el coronel carraspeó a su lado. El cristal interior impedía que el chófer y el policía de seguridad les oyeran.

—Este acto le dará gran publicidad, Excelencia.

Trujillo miró a través de la ventanilla los verdes indeclinables. Toda su vida había transcurrido en lugares calurosos: San Cristóbal, donde nació; Santiago, donde recibió el desprecio de aquella sociedad linajuda a la que luego metió en cintura, y Santo Domingo, el poblado colonial que él transformó en ciudad moderna. Había visitado las colonias españolas muchas veces y la que más le gustaba era la de Constanza. Porque aunque era de tierras bajas le encantaba sentir el aire frío sobre su rostro y porque no había paisajes iguales en su amada Quisqueya.

—Si esta mujer acepta, la noticia correría y seguro que las Mirabal y muchos de esos disidentes corrosivos irían a meter la nariz en la tienda para juzgar. Esta mujer solo podría hacer elogios de mi persona aunque no sea parlanchina. Un aliado honesto para ver si esa gente retoma el buen camino. Debemos adoptar sus mismas armas.

—Excelencia, es una jugada magistral. Nadie puede ganarle en astucia.

—Respecto a ese profesor, ¿sigue vivo?

—Sí, pero...

—Arréglele el cuerpo y mándele de vuelta a casa.

—Como Su Excelencia ordene.

Trujillo siguió mirando el paisaje. Siempre había sido despiadado en la consecución de sus objetivos. Pero mucha gente le debía la prosperidad y la vida. «Haz de tu vida un sueño, y de tu sueño una realidad», decía una de las citas de Saint-Exupéry. Parecía que el escritor le estaba profetizando. Él había realizado todos sus sueños desde que llegara a la meta, treinta años atrás. En esas tres décadas todo lo dio por Quisqueya. También por él mismo, naturalmente. Y por la familia, ese atajo de

insaciables vividores. Sin embargo, no tenía dudas de que pocos le profesaban auténtico cariño, incluso de entre los suyos, excepción hecha de su adorada hija Angelita. Se había ganado a pulso el temor y el odio de su pueblo sin que se hubieran parado a pensar que antes que él no existía una nación. El bien no llega solo; hay que imponerlo. Para ello es necesario ser fuerte. Porque en los envidiosos e incapaces está siempre el germen de la disolución. Nunca le importó la opinión ajena porque sabía que sus decisiones proyectaban al país hacia la modernidad.

Volvió a pensar en el misterio de la vida. Jamás tuvo dudas de cómo proceder, aunque ahora miraba con frecuencia en su interior y a veces sentía la economía de su trayecto. Pero le quedaba mucha fuerza todavía. Y siempre supo adónde ir, algo que también señalaba otra cita del escritor francés. Metería en cintura a esa gente del Movimiento de Liberación Dominicano porque buscaban su destrucción. Acabaría con ellos y luego ya vería.

**Málaga, enero de 2006**

La joyería-relojería es grande, situada en la Alameda Principal enfrente a la afamada Librería Luces. Casi media fachada y con una oficina de la misma superficie en la primera planta. Un agente de seguridad uniformado y con el revólver colgando me echó una mirada mientras me dirigía a uno de los mostradores. Al momento vino hacia mí una joven con la sonrisa prendida. Hispanoamericana. Pedí ver al encargado de la tienda.

—¿Para qué desea verle, señor?

—Vengo a proponerle un negocio. Le interesará.

—¿Quién lo busca? —añadió, después de examinar mi aspecto y estimarlo como fiable.

—Corazón Rodríguez. —Noté la sorpresa en sus ojos—. Es mi nombre.

—Sírvase esperar un segundito.

El local muestra un ala con carillones y, en vitrinas con puertas, relojes de sobremesa; todos ellos con aspecto de pertenecer a la nómina de antigüedades. Y si no lo son, deberían serlo por su belleza y su diseño. Daba la sensación de que no estaban a la venta, lo que significaba que el dueño era un coleccionista. Eso no le excluía de tener los pies en el fango. Con frecuencia descubrimos que no todos los acopiadores de objetos bellos poseen el alma limpia. Como esos infrahumanos que coleccionan mamíferos salvajes disecados. ¿Cómo puede haber belleza en la muerte disecada? Me senté en uno de los sillones y aprecié el ajetreo del establecimiento. Vivíamos un buen momento económico y la gente no se contenía en el gasto. Las tiendas estaban llenas y había la sensación de que los españoles, en una progresión interminable, éramos más ricos cada año y que España entraría pronto en el club de los ocho. Al rato vi descender por las escaleras a una mujer de piernas largas y gran atractivo. Admiré su estampa mientras se me acercaba, notando que ella hacía su propia evaluación. Entre los cuarenta y el medio siglo, el busto originando alelamientos. Y un rostro que haría fortuna publicitando cosméticos.

—Soy la directora —dijo, con acento extraño—. Qué se le ofrece, señor Rodríguez.

—Detective privado. Traigo un gran asunto y estarás de acuerdo cuando te lo diga. ¿No tienes un lugar más reservado?

—Acompáñeme —ofreció, moviendo la dorada melena y tras unos instantes en los que pareció dudar. Subimos a la planta superior. Un gran espacio guardado por otro agente de seguridad. Al otro lado de los cristales se movían las ramas de los enormes árboles de la alameda. Había dos gabinetes con puertas de cristal donde se veía a hombres con batas blancas trabajando relojes y joyas sobre mesas llenas de

utensilios y piezas. Sin duda que eran talleres de creación y reparación. Me hizo pasar a un despacho con mucha luz y mucho humo para mi gusto. Pero cada uno en su casa hace de su capa un sayo. El humo procedía de la volatilización de cigarrillos cuyos restos atiborraban un gran cenicero de cristal de Murano en forma de barca. Al lado, dos cajetillas de *Marlboro*. Me señaló un asiento. Cogió un pitillo con el aire de quien carece de temores en la vida. Lo prendió con un encendedor de cachas nacaradas, sin ofrecerme y sin pedirme ecuanimidad ante su ansiedad. Tuvo la delicadeza de soplar el humo hacia un lado.

—Estos amigos avalan mi visita. Me recomendaron que venga a ver al dueño de la empresa —dije, mostrándole las fotocopias de los carnés de los tipos de Figueras y de los que entraron en mi oficina. Los miró con atención, mientras su sonrisa permanecía inalterable, evidencia de un esmerado aprendizaje.

—No sé quiénes son —formuló, dejando que un bucle de su cabellera jugara con sus ojos.

—Sí lo sabes. Porque dicen que trabajan para esta empresa. Y estos dos —señalé— están en prisión.

—Creo que se ha equivocado de persona. No puedo ayudarle y le ruego que me disculpe. —Pulsó un botón. Una señal de ayuda.

—Si salgo iré directamente a la comisaría. Les contaré un cuento. Volveré con policías y eso será muy embarazoso para el negocio. Tú decides. No hay por qué recurrir al ruido.

Me miró y por un momento creí que me iba a retar, con lo que tendría que cumplir, lo que me supondría un trabajo extra. El vigilante apareció en la puerta con la mano en la pistola enfundada.

—No ha sido nada —dijo la mujer—. Apreté por error. Todo está bien. —Ya solos me complació no ver desagrado en su mirada porque heredé la costumbre de intentar poner luceros en los ojos femeninos.

—Con esos sujetos, y con otros, tuve unos desencuentros. Nuestras formas de pensar no eran coincidentes. Estoy seguro de que con Rafael Molina será diferente. Podemos mantener una conversación animada y llegar a conclusiones favorables.

Me observaba sin reparos, conectando sus ojos con los míos como si quisiera absorber mis pensamientos. O bien que yo conectara con los suyos. En esa guisa permaneció un largo rato sin lograr que yo declinara el reto. Se terminó el pitillo y, sin dar descanso a las ondas de su cabello, lo dejó con suavidad en el cenicero como si fuera un gusano de seda.

—El señor Molina no está aquí.

—Lo creo. Pero sabes dónde está. Llámale. Dile quién soy y que quiero verle con relación a Ángel Álvarez, de La Coruña. No tengo gasolina para muchos recorridos por lo que sería muy bueno que me recibiera hoy mismo. Ahora. Donde esté.

Un cuarto de hora más tarde circulaba en un Mercedes Clase S 350 4Matic conducido por un chófer monosilábico y de rostro trasatlántico. Nos dirigimos hacia el este por la costa, las suaves playas a la derecha. Pequeñas velas blancas punteaban el azul inmenso. La circulación era lenta pero el tipo se daba maña. Diez minutos después giró a la izquierda hacia el monte, subiendo por una carretera sembrada de urbanizaciones y arboledas sin fin. Un cartel informaba: PINARES DE SAN ANTÓN. Llegamos a una urbanización privada. De una caseta salió un hombre uniformado, que identificó al cazurro. Levantó la barrera y volvimos a subir sumergiéndonos en un ceremonial de pinos donde de tanto en tanto aparecían chalés unifamiliares cerrados de vallas y verdes, como buscando esconderse. Nos detuvimos ante uno de ellos. El chófer habló por un móvil y al momento se abrió el portalón de hierro. Al fondo un chalé propio de las páginas del magazine *Arquitectura y Diseño*. Aparcó en la zona adecuada. Había un BMW 735, un Audi A8 y otros humildes utilitarios. Dos dóberman se lanzaron hacia nosotros. Un jardinero silbó y los perros corrieron hacia él. El asalariado vestía ropas aparentadas y simulaba dar lustre al verde. Pero no engañó mi percepción. Era un guardaespaldas, como el fornido que uniformado de mayordomo salió a recibirme en el porche.

—Debo registrarle.

Lo hizo expertamente. Cogió mi navaja de multiusos.

—No es un arma. Es un utensilio.

Llevaba un móvil de oreja. Consultó. Me la devolvió.

Me condujo a un enorme salón que daba a un jardín y se apostó a un lado, observándome. Miré afuera. De la cuidada grama surgía una piscina de al menos veinte metros de largo en la que rumoreaba el agua azul. Aunque estábamos en invierno se apreciaba que no era un adorno sino algo en pleno uso. Al momento apareció un hombre no mucho mayor que yo, delgado, de mediana estatura, gafas de dioptrías y aspecto cinematográfico, con denso cabello castaño coronando su rostro tostado. Vestía un traje informal de color claro y una camisa sin corbata. Vino con la mano extendida y una sonrisa deslumbrante e invitadora.

—¡Corazón Rodríguez! Es un placer. Se me ha adelantado. Debí haberlo previsto, tratándose de un hombre como usted.

—¿Qué quieres decir? —dije, aceptando su mano, de roce fuerte.

—Di instrucciones a alguien para que te hiciera una visita amistosa y te rogara que vinieras a verme —indicó, asumiendo el tuteo.

—¿De veras? Ya he visto los modales de tus enviados. Van por ahí haciendo amigos.

—Esta persona actúa de manera diferente. Tiene otra forma de convencer.

—Mejor que no apareciera. Eres muy ingenuo si creíste que le prestaría oídos. Hubiera salido tan escaldado como los otros.

—No lo creo —dijo, sosteniendo la incógnita—. Pero lo importante es que, de un modo u otro, estés aquí. Lo celebro de verdad. Deseaba conocerte personalmente.

—No estoy seguro de corresponderte.

—Bah, cuando terminemos de hablar me aceptarás como amigo —afirmó—. Porque podemos conversar con toda libertad y confianza. Nadie nos oye, no hay grabadoras y somos hombres responsables. ¿Prefieres que charlemos en el salón o fuera, en el jardín? La temperatura es agradable. Por eso elegí el sur para vivir.

—Me da lo mismo, siempre que no me disparen por la espalda.

Se echó a reír con ganas no fingidas.

—Si tienes esas dudas, ¿cómo es que viniste a la boca del lobo?

—En realidad es un riesgo controlado. Hay gente apercebida de esta visita. Aparte de ello, la lógica dice que este es el único lugar donde no puede pasarme nada. Es improbable una torpeza semejante.

Me observó sin disimulos, la mirada no pestañeada, la boca entreabierta en gesto de ponderación. Se volvió y trazó un arco con una mano.

—Aquí solo hay armonía. ¿Te fijaste que no existen ruidos? Solo los trinos y el murmullo de las hojas. Ven afuera —dijo, ofreciéndome que le precediera—. Mira qué vista. La gente que se instala en la Costa del Sol prefiere hacerlo en Marbella o por ahí abajo. Pero no es comparable a esto. Allí no tienen esta panorámica. Málaga, su catedral y su bahía a vista de pájaro. Impresionante, ¿verdad? Un lujo al alcance de los que sabemos admirar la belleza.

—Querrás decir de los que asesinan a la gente por dinero.

—Ah, qué lenguaje más impropio viniendo de hombre tan avezado. Pero siéntate, por favor. Espera un momento. —Hizo un gesto señalando. Una mujer se acercaba a nosotros desde el salón. No esperaba que fuera menos de lo que imaginaba. Una mujer de celuloide, aplastada de belleza y serenidad. Calculé que le faltaban algunos peldaños para los cuarenta. Los perros se lanzaron hacia ella como flechas y le hicieron guardia, brincando a su alrededor—. Mi mujer, Leonor. El señor Corazón Rodríguez.

—Vaya, qué nombre tan original —señaló, poniendo una mano sobre la mía como quien hace una donación.

—Es un detective que contraté para que vigilara a alguno de mis vendedores libres. Se quedará a comer con nosotros.

—¿Un detective? Al fin un invitado diferente.

—No me digas que ella no sabe cuál es tu negocio verdadero —dije más tarde, al quedar solos, sentados y enfrentados a unos refrescos.

—La mujer ideal. Nunca pregunta. Espero que tú tengas una igual. Es algo impagable.

—Venga, hombre. ¿Es que no ve que tus ayudantes son pistoleros? Menudo tufo



echan.

—Ella sabe lo que aquí son: guardaespaldas. En estos aislamientos son imprescindibles. Varias casas de la urbanización han sufrido atracos. Personas dañadas, destrozos. En esta finca eso no se da. Nunca está desprotegida. Los cacos, como los animales, detectan cuándo un territorio les es prohibido. Leonor sabe que estos hombres son garantía de seguridad. Y cuando sale, siempre la acompaña uno de ellos.

—¿Tampoco hace preguntas sobre tus finanzas y de dónde salen?

—Nuestro negocio de joyería y relojería da de sobra para que no tenga que perder el tiempo en eso. Vendemos diseños en todo el mundo. Pero sí hace preguntas. Quiso saber por qué fui citado policialmente a Madrid hace unos días. Le cohibió ver a esos agentes agrediendo el jardín.

—¿Cómo agrediendo? ¿Rompieron algo?

—Su presencia fue un completo desacuerdo con la serenidad y la paz de este entorno.

—La policía solo intimida a quien no juega dentro de las reglas. El intimidado no debió ser ella sino tú.

—Pues ocurrió al revés. Yo estoy curado de espantos.

—La policía está para impedir que gente como tú circule libremente.

—No te supongo tan cándido como para sostener algo así. Colaboramos más de lo que se imagina la gente. No a nivel de tu policía sino más arriba. Porque somos necesarios en la sociedad.

—Eso lo he visto en las películas. El hecho de que pervivan vuestras organizaciones no es porque sean necesarias. Vivís de la delincuencia como de su trabajo honrado la gente normal.

—El hombre que intentaron matar mis hombres en Figueras no era un santo. Un asesino indiferente. Tenía un historial poco merecedor de condolencias. Seguro que entre los que eliminó había gente inocente.

—O sea, que tus asesinos hacían una labor terapéutica. ¿Eso valía también conmigo?

—No son asesinos, sino ejecutores. Lo intentado contigo fue un error. Felizmente ya está subsanado.

—¿Cómo subsanado? Seis de ellos lo intentaron. Cuatro veces. Lo impedí yo, no una contraorden tuya.

—Cierto. Pero esa contraorden está hecha. Ya nadie te perseguirá y no solo de mi organización. He tomado esa decisión y todos seguirán las instrucciones al respecto.

—Vaya. Pensaba tirarte a la piscina a ti y a tus gorilas y resulta que debo darte las gracias.

—Celebro que no haya habido esa oportunidad —rio—. Te creo muy capaz para

el remoión. Pero no quiero tu agradecimiento sino tu amistad. Te lo dije al principio. Por mi parte he dado el primer paso.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Acaso el que te contrató se echó atrás?

—No me desmerezcas. Es lo contrario. Y, en realidad, esa opción ha sido producto de tu personalidad. —Sonrió por los dos lados de la boca, como cuando las cosas salen en línea con los deseos—. Te diré cómo fue el proceso. En principio nos desconcertó a mi segundo y a mí lo que ocurrió en Figueras. Era sorprendente que un extraño hubiera castigado tan duramente a dos experimentados agentes, frustrando su cometido. Pero dejamos que el asunto siguiera su curso en manos del jefe de zona. Cuando te desembarazaste de los de La Coruña y los de Gijón, no nos sorprendió tanto que lo hicieras como por la forma empleada. No estábamos ante una persona normal sino ante un hueso duro de roer, que siempre iba por delante. Fue entonces cuando mi segundo y yo tomamos cartas en el asunto. El jefe de la zona norte nos pasó tu identificación. Supimos que eres un detective muy considerado en la profesión, uno de esos estúpidos que creen en la justicia. Nunca podrías ocupar el puesto de aquel venezolano. Eres como yo, pero sin lados oscuros, lo que no importa. En ese momento decidí que debía perdonarte.

—¿Perdonarme? ¿Qué delito cometí?

—El de estar en el lugar y en el momento equivocados. Ya sabes. Es lo que se dice. Y en realidad es lo que ocurre muchas veces.

—Hablas mucho y no te creo. Porque entonces no hubieran asaltado mi oficina. Menudo perdón, enviando otros dos a matarme.

—Ahí hubo un fallo de comunicación. La orden estaba dada. Hubiera sido una equivocación lamentable. Porque es rotundamente cierto que di orden de que te dejaran en paz. Y esa orden nunca será revocada.

—En eso no te eches flores. Estuviste en la UDEV y tienes un cepo en las pelotas. Tu organización se irá a la mierda y dejarás de contemplar la bahía de Málaga. Tendrás que acostumbrarte a ver los muros de la cárcel.

—¿Por qué persistes en ser desagradable? En la UDEV no pueden hacer nada. Sabemos cómo actúan y no les daremos pistas por la sencilla razón de que tu asunto se acabó. He consignado el cese de su relación con mi empresa para los agentes que te atacaron en tu oficina y para los otros cuatro. Sin embargo, los abogados que defiendan a los que puedan ser encausados estarán pagados por mí, naturalmente que bajo cuerda. Además, no creo que los condenen a nada importante. No han producido muertos ni agredido a nadie. Volverán a la nómina libre cuando esto se diluya. Al margen de ello, dejaré en pausa estas actividades durante algún tiempo. Y ya pueden investigar mis cuentas. Todo en orden, incluido el pago de impuestos.

—Explica eso de que se acabó mi asunto.

—Hubo un dato de suma importancia para mi forma de entender las situaciones y

valorar a los hombres. En la UDEV me di cuenta de que no saben nada del señor Ángel Álvarez. Y no lo saben porque te has reservado esa parte del guion, incluidas su arma y sus cosas. No eres un bocazas acojonado. Eso reforzó tu salvoconducto.

—Te repito que no he visto los efectos de ese salvoconducto por ningún lado.

—Sí lo has visto. Desde lo de tu oficina nadie te ha molestado. Estás a salvo.

—No es el final feliz que pintas sino una tregua, un trato, aunque lo disimules. Mientras tenga la boca cerrada sobre lo de ese Ángel Álvarez, y a recaudo sus cosas, mantendrás quietos a tus matones. Para qué tentar la suerte.

—Te equivocas de nuevo —dijo, moviendo la cabeza como si reiterar lo obvio fuera una pérdida de tiempo—. No cabalgo sobre las olas. No eres la china en mi zapato. Los hombres como yo solo tienen una palabra. Te lo diré más claro. El establecer nexos entre el señor Álvarez y nosotros es imposible porque nunca tuvimos contactos telefónicos ni a través de ningún medio escrito o grabado. Y aunque la policía consiguiera esos datos y objetos de que presumes, les sería muy difícil llevarlos a prueba. Tendría que haber confesión del señor Álvarez, lo que jamás hará. Resumiendo: la información que guardas no constituye amuleto de inmunidad para ti. —Había credibilidad en su tono, que reforzó con una sonrisa—. Podríamos acabar contigo, tarde o temprano. No lo haremos. Si estás excluido de nuestra agenda de objetivos no es por ese modesto tesoro, sino por tu personalidad. Eso, al margen de mi certeza de que lo del señor Álvarez no será divulgado por ti.

Miré al millonario, dueño de vidas ajenas. Lo hice durante un rato sin que él arrumbara los ojos. Leí la verdad en ellos, al margen del sermón. Sentí entonces la satisfacción de haber acertado en dos certidumbres. Una, consciente: la de retar a la banda. Otra, instintiva: la de reservarme la confesión y pertenencias de Élido. A menudo retengo algo de lo que percibo o vivo, aun siendo peligroso. Son impulsos inexplicables que nunca me dieron motivos para el arrepentimiento. De ellos salió siempre una paloma. Como ahora. Había triunfado sin tener que abjurar de esas fuerzas misteriosas. Al fin podría olvidarme de Élido y su testamento. Y lo más inmediato: la boda de mi hijo podía celebrarse sin peligro alguno, la amenaza extinguida.

—Por cierto, ¿qué piensas hacer con los trastos del venezolano?

—Eso no te importa.

—Es verdad. Ni me preocupa. Pero te sugiero que lo destruyas. No es ningún botón y tú no usas pistolas. Por cierto, ese inspector de la UDEV, Óscar, es muy inquisitivo. No me creyó en absoluto, aunque no puede hacer nada al respecto.

—Es el tipo de policía honrado al que tendrás que enfrentarte en el futuro.

—Qué cosas dices. Sigues sin enterarte. Acabará atrapado por el sistema. Le bajarán los humos desde arriba. En realidad es por ti que lo he recordado. Sabe que tienes las cosas de Élido. Intentará que se las entregues porque tendrá la creencia,

como tú hasta ahora, de que constituyen piezas de gran valor.

—Hará lo que tenga que hacer. En cuanto a ese Ángel Álvarez, podrías completar el cuadro. Simple curiosidad. ¿Quién es ese individuo?

Hizo una pausa para terminar su refresco. Luego tomó impulso.

—Nos llegan los casos a través de intermediarios. Nunca indagamos sobre los motivos ni sobre quiénes nos contratan, salvo excepciones. La mayoría de las veces no sabemos quiénes son porque los emisarios nos los ocultan. No nos importa. Pero en este caso hemos investigado por ti. Don Ángel Álvarez es un arquitecto venezolano de más de ochenta años. Lleva aquí mucho tiempo y tiene doble nacionalidad, por lo que toda su actividad entra en la jurisdicción española. Es decir, no tiene vínculos fiscales con el país en que nació. Tampoco familia allí, o no ha sido detectada. Vino a España sobre el sesenta y siete. Se ha dedicado al negocio inmobiliario y sin duda que tiene una gran fortuna. Tres hijos, casado con una española, que no será su primer envite. Recién ha vendido su empresa y ahora goza de un tranquilo retiro. Nada en su vida parece fuera de la normalidad. Consta su nacimiento, su paso por la Universidad de Caracas y su trabajo en una empresa de arquitectura. Sin embargo, algo debió de hacer para que alguien quisiera acabarle. Y no es ignorante de ello porque está lo suficientemente alerta como para haberlo detectado y habernos trasladado el encargo de liquidar al liquidador contratado. Significa que alguien tiene cuentas pendientes que saldar con él. O lo que es lo mismo, que su identidad es falsificada. Pero eso ya no es asunto nuestro. Le dijimos que no resultas un peligro para él, que no eres un pistolero y que cuando miraste su casa lo hiciste no por investigarle sino por simple curiosidad, lo que tengo por cierto, ¿no es así?

—Más o menos. Lo de ese individuo nunca me interesó como para hacerle uno de mis casos. Me metisteis en el asunto a la tremenda. Y deseo perderlo de vista.

—Pues ya estás fuera. Por eso advertimos al señor Álvarez que no permitiríamos que te hicieran nada, lo que significa que no buscará otros ejecutores. Como ves, he cumplido.

—¿Y si resulta que tantos desvelos hacia mí han logrado interesarme en saber quién es ese Ángel?

—No te creo tan irresponsable. Con lo que te he dicho deberías tener suficiente. Estás fuera de su vida y en nada te concierne la suya. Te tengo por hombre práctico y en esto no hay rentabilidad para ti. Y no me refiero solo a lo económico. Por cierto, te quedaste con el metálico que llevaban los hombres de Figueras.

—Es una compensación notoriamente insuficiente.

—Te extenderé un cheque. Te lo mereces.

—Si tienes tan buen negocio —dije, tiempo después—, ¿por qué has escogido una segunda ocupación tan despreciable?

—Lo de despreciable es una opinión aventurada. Olvidas que las personas no somos de una sola pieza. Todos, tarde o temprano, mostramos nuestras aristas. Tú te crees a salvo porque te has solazado con tus éxitos y bondades. Pero puede que algún día descubras que hay sombras en tu satisfacción. —Dejó la pausa suficiente para que esa reflexión me llegara como rueda de molino. Luego siguió—: El negocio que tanto desprecias lo creó mi abuelo por esos giros que tiene la vida. Nunca llegó a saberlo. Era relojero de profesión y transmitió su saber a mi padre. Fue quien puso la tienda y dio fama a la actividad. Todo empezó cuando hizo empeño en enviarme a estudiar ingeniería a la Universidad de California, en Los Ángeles. Nunca fue capaz de explicarme de forma convincente, ni al obediente de mi padre, por qué debía ir allí. Hubiera podido aprender inglés en cualquier otra universidad. Ignoraba que es una de las ciudades con más delincuencia del mundo. Ocurrió lo que no es excepcional, pero que para mí fue crucial. Dos tipos violaron y mataron a una estudiante amiga. Un encanto de criatura. Nunca olvidaré los hoyitos de sus mejillas cuando reía. Unos amigos de ella y míos decidimos vengarnos personalmente. Nos mezclamos en los ambientes correspondientes y buscamos a los tipos. Varios meses después, y a base de sobornos, dimos con ellos. No volvieron a respirar. Lo hicimos con una eficacia tal que no solo nos produjo satisfacción, también sorpresa. Porque nunca nadie nos relacionó con aquello. Fue como un desvirgue a lo grande. Supimos de pronto que podíamos hacer cualquier cosa en ese terreno. Y adquirimos conciencia de la necesidad de crear un grupo de limpieza. Y en esas estamos.

—Nadie tiene el poder de la vida y de la muerte. Son comportamientos primitivos, sin ninguna moral.

—Olvídate de eso. La ética solo existe en los discursos. Ni siquiera está en la enseñanza como tema prioritario. La gente va a lo suyo, a seguir con la vida que nos fue dada o elegimos. Solo el temor, no a las leyes sino al encarcelamiento si te pillan transgrediéndolas, impide que nos matemos unos a otros directamente. Ya lo hacemos indirectamente. Todos esos miles de millones de pobres seguirán en la miseria. Mi ética es más efectiva que la tuya. Por un lado colaboro económicamente con varias organizaciones dedicadas a eso de repartir alimentos y esperanzas. Y por otro, limpiamos el mundo de gente que sobra en las esferas de la criminalidad y que precisamente no viven en la indigencia. Y no somos únicos. Hay multitud de organizaciones como la nuestra. De hecho, estamos conectados con algunas de otros países. Intercambiamos trabajos.

—Es un discurso que no me convence. Porque no elimináis solo a los malvados sino a quien se os pone por delante. El ejemplo claro es lo ocurrido conmigo. Y estáis protegiendo al tal Álvarez aun en la sospecha de que haya sido un delincuente, quizás un asesino.

—A veces cometemos errores. Lo hicimos contigo por autoprotección. —Se

vinculó a una sonrisa conciliadora—. Y el pasado del señor Álvarez no nos concierne salvo que alguien nos lo reclame. Para nosotros es un miembro honorable de la sociedad.

Me embosqué en un silencio valorativo. Mi interlocutor era tal y como lo definió el inspector Óscar Colmenares. Estaba tocado de distinción. Parecía de esos pocos hombres que siempre están de buen humor y satisfechos de sí mismos. No era para menos. El sitio era espléndido, con un entorno de savia alimentada. No había humildades que hicieran languidecer la mirada. Un mundo donde reinaban la salud, el dinero, la belleza y la satisfacción. El estercolero general alejado, como si no existiera.

En ese momento se oyó el ruido de un coche. Un Ford Mustang blanco convertible modelo sesenta y cuatro del que salió la encargada de la tienda. Joder con la niña. Un coche de colección. De esos que se queda uno mirando y que popularizaron Anouk Aimée y el Trintignant en *Un hombre y una mujer*, de Lelouch. Caminó hacia nosotros con gracia felina mientras un tibio ábrego sumaba argumentos de agrado al escenario.

—Aunque ya os conocéis, os presentaré —dijo Rafael—. Carolina. No es solo la encargada de la tienda. Canadiense... y mi lugarteniente en la actividad «limpiadora». Es la persona a quien encargué que te visitara para invitarte a venir. Convendrás conmigo que no la arrojarias por las escaleras.

Ella me miraba, la sonrisa irradiando de sus ojos.

—Así que sabías quién era yo y me esperabas —señalé—. Podías haberte evitado el numerito con el de seguridad.

—Me encantó ponerle a prueba. Es usted muy convincente.

—No es necesario ese coche para llamar la atención. Tienes suficientes razones para que la gente te mire.

—Era de mi ex —dijo, ampliando la sonrisa—. Está totalmente renovado por dentro. El motor es de bajo consumo.

—¿Qué tal si comemos? —ofreció Rafael—. La hora aconseja y veo a Leonor haciéndonos señas.

—Vamos allá —dijo Carolina, cogiéndose familiarmente de mi brazo.

**Sierra Central, República Dominicana, agosto de 1959**

*Voy abriéndome paso por entre la aspereza  
al lugar donde está guardado mi retrato futuro.*

RAFAEL CADENAS

En la nocturnidad avanzaba con aprovechamiento. Por su larga estancia en el territorio había intimado con las enormes estrellas, que eran como las que siempre viera en su tierra alejada aunque no estaban en la misma posición. Sabía cómo guiarse con esos faros celestes que nunca desertaban de su puesto en el infinito. Pero en el breve contacto, aquellos hombres desesperados le habían enseñado a interpretar la brújula. Al haber elegido precavidamente la noche para desplazarse y buscar alimentos, el instrumento le permitió situarse sin error en su solitaria marcha, obviando el tener que buscar claros entre las frondosidades para mirar el cielo. Dejaba para el día los momentos de descanso, no muchos porque debía adelantar cuanto terreno pudiera. Durante esas horas claras no tenía problema de situación porque sabía que la isla estaba orientada en el mismo trayecto que el sol, como si fuera un camino hacia el paraíso imaginado. Además llevaba planos que el grupo invasor le dejó cuando las cosas empeoraron. Pero la progresión resultaba lenta debido a los rodeos que le obligaban las circunstancias. Los helicópteros seguían rondando y en la lejanía veía a las patrullas avanzar lentamente, sin cejar, así por las noches las luces de sus linternas. No le habían detectado a pesar de llevar perros, gracias a un líquido que usaban los invasores para descontrolar su olfato. Además, llevaba la guerrera de uno de los incursos caídos y también su gorra montañera. El color verde oliva hacía difícil que lo distinguieran durante el día en esas montañas cubiertas de bosques vírgenes.

El sol mandó sus trompetas de luz anunciando que reinaría un día más. Pero tardaría en aparecer. Tenía muchos minutos todavía hasta que se instalara desafiante. Gracias a su previsión al no deshacerse de la guerrera que cogió del soldado abatido, podía soportar el frío de las noches al usarla junto a la tomada del invasor muerto. Por el día, la temperatura cambiaba y entonces la guardaba en una de las dos mochilas. Tiempo después encontró un árbol derribado junto a un riachuelo. Formaba una especie de parapeto. Era un lugar adecuado para descansar. Se echó al mullido y húmedo suelo y se descalzó. Sus abarcas estaban muy castigadas. Como sus pies, a pesar de estar adiestrados en las caminatas por terrenos similares. En su momento probó las botas de los soldados abatidos. Ninguna se acomodó a sus grandes pies, por lo que hubo de seguir con las abarcas. Se quitó las tiras sangrantes colocadas días

atrás y metió los pies en el agua. Notó un gran alivio en las úlceras. Un rato después los extrajo, dejándolos secar al aire. Limpió con esmero el calzado, como la vez anterior. Luego miró en una de las mochilas, donde guardaba los alimentos que recogía por el camino. Sacó dos de los aguacates que cortó de un alto árbol dos días atrás trepando por su rugoso tronco. Se trataba de una fruta desconocida en la vieja tierra. Había aprendido tiempo atrás que tenía un alto valor alimenticio. Lamentó no haber podido cargar más porque no abundaban por la zona. Su pulpa estaba amarilla, de temporada. Le hubiera gustado comerse otra, pero tenía que ser cauto. Hasta entonces, y una vez acabadas las galletas de soda y el chocolate negro, se había alimentado de vainas de habichuelas y hierbajos.

Mientras comía hizo un cálculo. No tenía reloj, pero sabía calcular con mucha aproximación las distancias y las horas contando los pasos. En sus andanzas por los montes de Tineo y Narcea, y luego por el valle de Constanza, había caminado entre tres y cuatro kilómetros a la hora. Por tanto, llevaba recorridos unos treinta y cinco al día, tirando por lo bajo. O puede que treinta, qué más daba. Significaba haber dejado atrás no solo la provincia de La Vega sino mucho de la de San Juan. La muestra de ello podía ser el aguacatero que no se daba en la flora asilvestrada de Constanza por las bajas temperaturas, aunque sí los había visto en los patios de algunas casas como árbol de sombra.

Notó una sensación jamás tenida. Supuso que sería una señal de la lógica debilidad que le sobrevendría. Se acomodó y se durmió al instante.

Los sonidos de la noche, distintos de los del día, le despertaron. Había dormido sin sobresaltos más de diez horas. De un tirón. Aguzó los oídos. Ningún rumor de gentes. Cortó nuevas tiras de una de las camisas quitadas a los soldados que mató el primer día. Se envolvió los pies, asegurando los vendajes. Las abarcas no le produjeron los pinchazos que al llegar. Guardó las tiras usadas junto a las cáscaras de aguacates para no dejar pistas y se puso en pie. Se encontró bien. El descanso le había fortalecido. Retomó la andadura. Al poco llegó a un claro. Se asomó entre los árboles. Una carretera, más bien vereda, cruzaba de norte a sur. Avanzó sigiloso mientras oía un rumor de aguas. Un río con orillas desguarnecidas. Había cruzado antes el Grande, el Yaque del Sur y el Mijo, además de varios arroyuelos. Este bajaba con ruido, por lo que dedujo sería uno de los importantes. Miró el plano. Era el San Juan, que mucho más abajo se unía al Yaque del Sur. Estaba más o menos a la mitad de camino. Había avanzado menos de lo calculado. Le quedarían unos cien kilómetros para llegar al borde. Miró a ambos lados. Unas luces a lo lejos indicaban zonas habitadas. Por la situación podrían ser Hato Nuevo y La Maguana. Se quitó las abarcas y las tiras. Cruzó y siguió descalzo hasta alcanzar otra arboleda. Tomó un breve descanso mientras sus pies se secaban. Se calzó y continuó la marcha. Tenía que sobrevivir, alcanzar la frontera y allí establecer un plan para volver y recuperar lo



mucho que había dejado atrás. Su ira estaba apagada, no la necesidad de ajustar cuentas, aunque no sabía cómo ni contra quién. Pero al mismo tiempo notaba una disfunción desalentadora. Como si algo hubiera quebrado en su interior y nunca pudiera restaurarse.

## Constanza, segundo semestre de 1959

*Cuando vuelva su canto al polvo,  
de los caminos, plántenle un jardín  
con frutas mañaneras de un abril imposible.*

RENÉ DEPESTRE

—La señora Bea del Valle quiere verle —dijo la secretaria por el teléfono interno.

—Hágala pasar —concedió el director del Banco Agrícola después de pensárselo. Se puso de pie detrás de la mesa de su despacho y miró la puerta. Al parecer no había sido lo convincente que él creyó y por eso la mujer estaba allí de nuevo, sin duda con la monserga de su asunto. Procuraría esmerarse en su función ordenancista para que no hubiera más dudas.

Pero Bea no llegaba sola esta vez. Detrás aparecieron su cuñado José, el síndico municipal y el encargado de la colonia española. Demasiados contendientes. Se preparó para un duelo arduo.

—Como le dije, señora Del Valle, su cuenta es mancomunada. Para sacar dinero tienen que estar las firmas de usted, de su marido y de su cuñado. Necesariamente —recalcó, sintiéndose muy instruido en ese menester—. Su cuñado, desgraciadamente, murió. Pero no su marido, lo que no es de desear. Es decir, no hay certificado que atestigüe su defunción. Por tanto, es necesaria su firma o consentimiento para que usted pueda disponer de ese fondo.

—Déjate de pendejadas —dijo el síndico—. Es su dinero. Y lo necesita.

—Lo siento. No puedo hacer nada.

—Bueno —expuso el encargado—. Entonces tendré que ir a ver a Su Excelencia para explicarle esta vaina.

El director sintió de pronto un frío de camposanto. No era un misterio que el Benefactor tenía gran consideración hacia los colonos españoles y que concretamente distinguía a esa familia con una especial inclinación. De repente tuvo la seguridad de que sería defenestrado y sometido a escarnio, además de perder el empleo. Su caso serviría para que el Jefe se mostrara como hombre justo y sensible al dolor ajeno, corrigiendo los hechos reprobables que cometían funcionarios irresponsables y que desprestigiaban la bondad de su Régimen. Mierda.

—Bueno, bueno, no vamos a hacer de esto una cuestión de Estado —dijo, disimulando su angustia en un gesto conciliador—. Dígame de cuánto desea disponer. Tienen dos mil seiscientos veinte pesos con sesenta en su cuenta.

—Todo —dijo ella.

—¿Todo? Es mucho dinero. Pueden intentar robárselo.

—Como intentaba hacer usted —acusó José.

—Lo distribuiré entre personas de confianza, en pequeños importes. Estará tan seguro como aquí —aclaró Bea.

A la vuelta, Bea habló con dos de los colonos que aún seguían sin tener parcelas. Entendía que hubiera gente en esas condiciones, viviendo todavía de la limosna al cabo de cuatro años en vez de escapar de allí. Regresar a sus míseras casas de las desdichadas aldeas era peor que seguir esperando nuevos repartos. Les ofreció cuarenta centavos de peso por día para que la ayudaran, con lo que, unidos a la subvención propia, recaudarían un peso cada uno, cantidad muy superior a la de un obrero cualificado de la ciudad. Aceptaron gustosos y empezaron a trabajar.

La parcela había quedado muy castigada por la acción de los jeep y de las bombas. Bea no se dejó agredir por la pena al ver ese destrozo. Lo que tenía remedio no merecía desconsuelo. Fue como empezar de nuevo, pero con el amparo de la experiencia. Con los tres mulos la tarea fue más fácil. Hubieron de limpiar todo, quitando los hierros fragmentados y tapando los grandes hoyos. Luego quitaron las semillas perdidas y rehicieron los surcos. Un trabajo que empezaba recién alumbraba el día y que terminaba cuando el sol se escondía detrás de las lomas, con paradas breves para comer. Bea llegaba a casa extenuada y estrechaba al niño, que la fiel Sagrario atendía. Le despertaba para sentir sus risas y lloros. Y luego intentaban dormir, sabiendo ella que de su agotamiento emanaba una sensación dulce, la de haber cumplido un día más con la misión trazada.

No había repartido los pesos con nadie. Procedía de una tierra donde la gente era remisa en el gasto y cautelosa con el dinero. Lo ocultó en un hueco de la pared con doble fondo que Martín le enseñó. Era un lugar donde nadie miraría, como lo demostró el hecho de que no lo encontraron los militares cuando registraron toda la casa.

En los días cercanos al invierno ya tenían terminada la siembra y podían disponer de un tiempo antes vedado hasta que florecieran los frutos. Bea tuvo oportunidad de ocuparse y disfrutar de su hijo mientras por dentro iba creciéndole el hermanito que Martín le sembró el último día que le vio.

A diario iba con sus ayudantes a vigilar la parcela y limpiar los cepellones. A veces Bea se quedaba sola en el atardecer y veía cómo el amarillo sol se dejaba abrazar por algunas nubes sonrojadas de bermellón antes de ser engullido por el otro lado del mundo. Nunca temerosa de las anochecidas, cuando se encendían las infatigables bombillas celestes pensaba en su hombre y trataba de imaginar las asperezas a que estaría enfrentado, quizá desasistido de más ayudas que su solo vigor inigualable. Sabía que estaba vivo, lo sentía en sus palpitaciones. Luego preguntaba a la noche cuándo volvería a reposar en el laberinto de su cuerpo temblado de amor. Y

entonces notaba que las estrellas bajaban hacia ella para lavarse en sus lágrimas.

Una noche que no llevaba a *Viento* se encontró con dos autóctonos, sus colines colgando, que la rondaron un rato antes de decidirse a interpellarla.

—¡Pero qué hace usted, doña! ¡Cómo se le ocurre ir sola! La mata algún bandido.

A la vacilante luz del farol Bea miró los ojos taimados de los hombres. Sus pintas invitaban a la desconfianza pero no le estaban mintiendo. Hubo colonos que, al volver solos, fueron atacados y muertos para quitarles lo que llevaban, incluso las ropas.

—No voy sola. Siempre me acompaña alguien.

Los nativos miraron en derredor, el temor irradiándoles. Farfullaron unas palabras serviles y desaparecieron. Bea tuvo la certeza de que eran atracadores y que sus palabras les puso en fuga. Pero no les había engañado ni había experimentado ningún temor. Porque aunque nadie la acompañaba sentía en su interior que estaba protegida por una fuerza impalpable. Y esa fuerza la habrían sentido también los bandoleros.

**Toledo, enero de 2006**

La boda era en Toledo. Así lo propuso mi amigo Jesús Catalán Rafael cuando le mencioné que Carlos quería casarse. Él tiene mano mágica para dar relevancia a cualquier iniciativa.

—Nada. Se vienen para acá. Haremos que se case en el Ayuntamiento y que lo celebre en el Cigarral de las Mercedes. De categoría. Reforzarán sus recuerdos cuando sean viejos.

—Tu ciudad es una heladera en invierno —aduje.

—No más que Madrid. Y te aseguro que quedarán encantados.

Se trataba de cambiar un frío por otro. La idea les pareció buena a mi hijo y a Sonia. Y como eran los que se casaban no hubo porfía.

Carlos tiene una clínica terapéutica con un socio donde enderezan a la numerosa clientela. Y ella sigue en el periodismo, colaborando por libre con *Rolling Stone*, *Interviú* y otras. No tengo preocupación por ese lado. Son una pareja con armonía y ya me han hecho abuelo de dos críos que andan por ahí rompiendo lo que pueden.

—Dijiste que no te casarías —recordé a mi hijo días atrás.

—Dije que no lo haría si el matrimonio menguaba las libertades. De hecho estamos casados en la práctica y con Sonia eso no ocurre. Nada ha cambiado en lo de la confianza. Así que acepté que tuviera su gran día. —Lo que no sabía era que quien coarta las libertades son los hijos al reclamar nuestro esfuerzo continuamente.

Jesús se encargó de todo el ajetreo con su buen hacer. Así, ese día 15 la Sala Capitular del Ayuntamiento estaba a rebosar. El amplio salón del edificio de cinco siglos fue restaurado hace unos años para rescatar la nobleza de sus piedras. El color rojo de los lienzos que forran las paredes encuentra réplica en el carmesí de los sillones y transmiten ecos de tiempos de capa y espada. Arriba las cuatro arañas de cristal esparcían sus luces sobre los frescos pintados en el alto techo. Un viejo órgano situado en alguna parte puso aires litúrgicos en la ceremonia civil, que ofició el alcalde y apadrinaron Paquita, por parte de Carlos, y Teófilo, por parte de la novia, su padre.

Desde mi sitio, junto a Rosa y su hijo Miguel, contemplé el espectáculo, que en momentos puntuales me forzaron al desasosiego. Porque era un momento feliz para todos, protagonistas, familias e invitados. Pero efímero porque, más tarde, en el mismo día o al siguiente, o semanas más tarde, algunos o todos vivirían la otra cara de la moneda. Y es que la vida es como un péndulo; oscila de un extremo a otro continuamente, dejándonos lluvia o pedrisco, felicidad o amargura. No apporto nada nuevo con estas ideas pero no puedo soslayarlas por más que yo siempre esté mirando por el lado bueno de la ventana. Observaba a Paquita, tan radiante que

apagaba el protagonismo de la novia. Me veía a su lado, tanto tiempo antes, oyendo la música de su voz en el «sí, quiero» y sintiendo su emoción en eso de «lo que Dios une solo la muerte puede separar». O algo así. Ahora cada uno teníamos nuestro sitio lejos del otro y responsabilidades distintas. Mas ello no anulaba las intensidades vividas.

El regidor hizo un discurso al efecto, deseándoles mucha felicidad a los contrayentes. No aprovechó la oportunidad para animarles a la tarea de engendrar prole, como fue fórmula tradicional en la Iglesia de los tiempos primeros y no tan lejanos. Ocasiones en las que el mensaje empujaba a repoblar el mundo y a esparcir la fe. Todavía en la época de mis padres eso se aconsejaba por algunos curas como colofón a la ceremonia. Me di a pensar que acaso el juez, posiblemente laico, no querría meterse en esas camisas. O bien que desearles en público el mantenimiento de la especie en los tiempos que corren le connotaría con una tradición que su educación rechazaba. O simplemente omitió esa mención por conocer que los contrayentes tenían ya asegurada la descendencia por vía doble.

Luego tomaron la palabra un par de amigas de la novia, y así lo hicieron dos amigos del novio, para resaltar las virtudes de ambos. Unos discursos llenos de poesía y amistad trascendida que dieron ocasión a que muchos pañuelos salieran de sus escondrijos y ejercieran su principal función.

Y seguidamente, la música, los abrazos, los saludos y la rienda suelta a las conversaciones y al runruneo de los pies al arrastrarse por las alfombras. Enseguida todos a los coches para ir al jardín contratado.

El Cigarral de las Mercedes es casi un bosque, armonizando con unas instalaciones amplias y restauradas con respeto a los tiempos de su construcción. Un lugar que justifica el casarse, como segunda razón tras la imprescindible. Porque una decisión semejante, que la mayoría hace una vez en la vida, necesita de un recuerdo que golpee con la magia en los años postreros. Jesús tenía razón. Seguro que todos recordaremos esa boda en este entorno robado al paraíso, poblado de pinos carrasco, cedros del Líbano, madroños, laureles, olivos y encinas. Cinco hectáreas de bosque cuidado con unas vistas sin precio sobre el Toledo de siglos. El propietario, Fernando Lleida, tuvo tiempo para mostrarme lo que define su actitud empresarial: una placa enmarcada y hecha de azulejos, que advierte: «Y no olvidéis la hospitalidad pues por ella algunos, sin saberlo, hospedaron Ángeles. San Pablo de los hebreos».

Allí nos esparcimos para el aperitivo formando grupos cambiantes, a pesar de la tenue temperatura. A mi vera estaban Rosa y Diana, mi hermana, con su novio. Y más allá sus amigas Berta y Arancha también con sus parejas. Y cómo no, ahí aparecía Valentín, quien había venido expresamente desde su refugio en Australia con su Nuria.

—Ahora no podrás marcharte a lo sueco, como hiciste en nuestra boda, cabronazo

—dijo al vernos, mientras me daba fuertes palmadas en la espalda como si estuviera sacudiendo la alfombra.

—Lo hice para no quitarte la novia.

—Es algo que no te he perdonado —señaló ella, siguiendo la onda y besándome en la boca con delectación fingida ante la sorpresa de Rosa, ignorante del juego.

Los numerosos niños correteaban por entre las mesas con el decidido propósito de que sus padres abandonaran todo intento de mantener una tranquila velada. Mis nietos, Javier y Rodrigo no estaban entre los más calmados. A la tía paterna y a la joven cuidadora empleada les esperaba una velada movida. Afortunadamente, el dueño del bosque puso a uno de sus camareros de vigilante permanente. Le asignó la tarea de impedir que esa tropa menuda devastara el recinto. El hijo de Rosa había dejado de ser Miguelín. Ahora, con catorce años, andaba escalando estatura. Enseguida hizo grupo con otros adolescentes y se dedicaron a lo suyo.

No faltaban Sara y Javier, Antonio Vitoria y su chica; todo el mundo, incluidos el gran Ishimi y algunos de sus muchachos. El comisario Ramírez aportaba su presencia, junto a dos de sus hombres, ya innecesarios en cuanto a funciones de seguridad. Los tres llevaban pareja. La acompañante de Ramírez debía de ser la que le marcaba el destino actual. Se me acercaron. Hube de admitir que sus razones amorosas tenían fundamento. La chica merecía más de un suspiro. Para ser más exactos, rabiaba de belleza.

—Corazón Rodríguez —dijo, deslizando sus mejillas contra las mías, consciente del hormigueo que producía—. Rodolfo me habla de usted.

—Pues dile que te tutee —dije el chiste conocido. Se echó a reír y destapó nuevas esencias para la inestabilidad. No veía yo la argamasa que pudiera unir dos figuras tan discordes. No es que Ramírez sea un soponcio. Ahora camina erguido y ha recuperado su imagen. Pero hay mucha edad por medio para que aquello pueda mantenerse, al margen de la norma policial.

Llegaron Eduardo y Maite, con parte de su prole, ya superada la edad militar. Muchos amigos, algunos de los cuales no veía hacía tiempo. Todos renqueaban de algo aunque no eran momentos de exhibir los saldos negativos. Alfredo y Alicia aparecieron para agitar el numeroso grupo, él con sus melenas flotantes y su barba aunque ya el color blanco se había infiltrado en sus hebras. No perdió ocasión de empezar con los chistes, uno tras otro, provocando el consabido jolgorio.

—Bueno, y ahora el último. Dos amigos entran en un bar y el camarero les pregunta qué van a beber. «Agua», dicen los dos. «¿De qué marca?» «Yo quiero Lanjarón —dice uno— porque viene bien al riñón». Y el otro dice: «Yo Bezoya...»

Paquita y yo no habíamos vuelto a vernos desde la boda de Valentín. Ella me buscó. Nunca se ha comedido. Ya la había presentado a Rosa. Como siempre, estaba exultante de belleza, inmarchitables sus pecas juveniles. Me pidió que nos sentáramos

a una de las mesitas, cubiertos por el rumor de otras conversaciones.

—Siete años desde la última vez —dijo, envolviéndome con su encanto.

—Viéndote, resulta sorprendente. No es una lisonja decir que los años te esquivan. Los intimidas.

—No soy tan mayor para que me preocupen.

Sabía que era una frase al viento. Porque su aspecto siempre ha sido primordial para ella. Consideraba que las arrugas son enemigos a combatir sin tregua. La aterraba, incluso cuando su embarazo, descubrir las huellas que deja el viento en los cuerpos. Tan joven entonces.

—¿No me preguntas cómo me va en lo sentimental? —apuntó, llenándome del verdor de sus ojos.

—Carlos siempre me habla de ti.

—Entonces sabes que ahora no tengo acompañante. —Asentí con la cabeza—. Tú tampoco te has peleado con los años —dijo, armonizando ambos hechos sibilinamente.

—Tengo mi propia colección de cicatrices.

Paseó la mirada por los invitados. Sabía que buscaba a Rosa.

—Hace quince años que decidimos nuestra separación —dijo con todo el desparpajo. Me vino una sonrisa sin connotaciones acusadoras. No tenía intención de hacer puntualizaciones. Ella se sintió obligada a hacerlo—. Vale, fui yo. Pero comprendiste mis razones.

Otra petición de armisticio para los sentimientos profundos. Porque ambos sabíamos que nunca entendí sus razones, aun asumiéndolas.

—Tu Rosa... Es muy guapa. ¿Quién lo es más, ella o yo? —desafió, quizá solo para ambientar el encuentro.

—Ninguna mujer puede igualarte.

—Eso es todo menos una respuesta. Sigues sabiendo cómo enfrentar los retos.

—No es un reto ponderar tu belleza.

—En ocasiones he pensado en cómo habría sido nuestra vida de haber seguido juntos —dijo, tras sostener un pulso de silencio—. Quizás hubiera podido resultar. Pero íbamos a velocidades distintas.

—No pienso igual. El tiempo no lo cura todo pero permite la introspección. Lo de las dos velocidades no fue la causa. Ni el desamor.

—¿Qué crees que fue?

—La falta de amistad. El matrimonio se sostiene en la amistad, en la complicidad, en el descubrir juntos soles nuevos cada noche... —La miré, con los rescoldos apagados pero sin escatimar la ternura que me produce su presencia—. La amistad no solo alimenta el amor. Lo trasciende. —En ese punto apelé a mis mejores artes. Debía ser extremadamente cauto para evitar que cayera en la turbación—. La verdad es que



nunca fuimos amigos. La vehemencia nos absorbió.

Volvió la cabeza hacia Rosa y yo acompañé su mirada. La vimos hablar animadamente con Jesús Catalán, Titi, el profesor Jesús Fuentes Lázaro y otros amigos. Despreocupada, confiada, amiga.

—¿Y ella?

—Rosa es una verdadera amiga, mi compañera. Para siempre.

—¿Es vehemente?

—Sí. Lo es. Y desprovista de inhibiciones.

Me observó, el análisis en sus ojos. Pero no había reproches en los míos.

—¿Sabes? Creo que aquella vehemencia fue lo mejor de nosotros mismos. Es lo que más recuerdo. A veces pienso en aquel ardor magnífico. Entonces te echo de menos. Y pienso en lo malo que debe de ser la soledad. —Buscó el atenuante de una sonrisa—. No lo consideres una declaración de intenciones.

—Lo entiendo como un sentimiento ocasional, el brillo de un tiempo acabado. En cuanto a la soledad, despreocúpate. Nunca te rondará. ¿Y sabes por qué? —Agrandó sus ojos—. Porque te quieres mucho a ti misma. Eres tu perfecta compañera. Por eso nunca estarás sola.

—Supongo que eso es un cumplido —dijo, permitiendo que la sonrisa le volviera. Y, lo que son las cosas, la vi entonces como la amiga que siempre quise que fuera.

—Creo que hemos de atender a los otros invitados. ¿Te parece?

Asintió. Con un despliegue de gracia se puso en pie y caminamos un trecho hasta que cada uno buscó su grupo. Carlos estaba con Sonia, rodeado de amigos. Vinieron hacia mí. Les salí al paso.

—Mi novia preferida —dije, pasando los dedos por su rostro, apenas un roce.

—Mi suegro preferido —dijo ella, colgándose de mi brazo.

—¿Qué tal con mamá? —Los ojos de Carlos estaban llenos de sorna.

—La mayoría somos conscientes de que el tiempo funciona como las termitas, corroyendo. ¿Viste un portaaviones de cerca? Tan enorme y grandioso. Ninguna máquina construida por el hombre puede comparársele en poderío. Pero al cabo de los años pasa al desguace.

—Este es mi padre y sus ejemplos —dijo Carlos, mirando a su estrenada esposa—. Es su forma de decir que mi madre no acepta dejar de ser joven.

—No —dijo Sonia—. Está diciendo que vivamos cada día con la mejor disposición. Porque el futuro es el sorteo diario de una lotería desconocida. No sabemos qué nos puede tocar.

—¿Has visto? —señaló Carlos—. Es mi mujer. ¿Cómo no iba a casarme con ella?

Más tarde pasamos a una gran carpa donde se habían dispuesto numerosas mesas para seis comensales, todas uniformadas de blanco, con un menú ilustrado y un letrero indicativo. Los padres y padrinos ocupamos la mesa principal. El ágape fue

demasiado. Observé a la mayoría de la gente engullir después de haberse llenado la andorga opíparamente con los espléndidos aperitivos. No entendía que se pudiera comer tanto. Era como si tuvieran dos estómagos. O uno dividido en partes, como les ocurre a los rumiantes. Hubo tiempo y espacio para la tarta y los brindis con champán francés porque «esta boda no deberá tener igual en el mundo», dijo Jesús. Y doy fe de que lo fue. Al final barra libre y baile al tiempo que los fumadores ocupaban una parte abierta a un lado para lanzarse sus humos. Vi a Paquita destellar bajo los compases, disputada por animosos danzantes. Y a los novios bailar con todos, nunca ellos juntos, que tiempo tendrían en la vida para lloverse de caricias.

Salí con Rosa al exterior y caminamos en silencio por el suelo de gravilla, buscando aire límpido. Hacía frío y una ligera humedad se desprendía de los árboles. Estábamos solos. La música y los ruidos sonando más allá animaban de dicha la alta madrugada. Era un alivio poder respirar hondo sin tener ningún peligro acechando. Recordé a Rafael Molina. Un mes antes mi existencia dependía de un tris. Y ahora me había echado un amigo de excepción, alguien con el poder de decidir sobre la vida ajena. Mi padre afirmaba que deberían tenerse amigos hasta en el infierno. Si levantara la cabeza quedaría muy complacido al ver que finalmente asumí su consejo.

Estaba en un escenario parecido al de la boda de Valentín y Nuria, siete años atrás, con todos los seres queridos<sup>[7]</sup>. Ahora, además, tenía a Rosa. Como en aquella ocasión, noté que un soplo sutil turbaba la armonía de esos venturosos momentos. En realidad me ocurre siempre, cuando la felicidad se instala en el tiempo efímero. En esa ocasión la llamada era de Blanca, esa chica de estrella incierta. Sentía la necesidad de encontrarla y deseaba que el caso concluyera con una mejor segunda parte. Porque sería muy frustrante que esas dos hermanas hubieran tenido el mismo infeliz destino. Ahora que parecía estar libre de amenazas debería concentrarme en su búsqueda. Pero cierto escrúpulo me retenía.

—¿En qué piensas? —dijo Rosa.

Me miré en sus ojos y vimos brillar todos los paisajes que descubrimos juntos. Estaban allí, imperecederos, esperando nutrirse de otros nuevos hasta la eternidad. Nos abrazamos como siempre, como si fuera la primera y la última vez al mismo tiempo.

**Elías Piña, República Dominicana, otoño de 1959**

*Hoy las nubes me trajeron  
volando el mapa de España.  
¡Qué pequeño sobre el río,  
y qué grande sobre el pasto  
la sombra que proyectaba!*

*RAFAEL ALBERTI*

La realidad le mostraba que sus fuerzas no eran ilimitadas. Nunca estuvo sometido a una prueba en la que su vida fuera la apuesta, salvando lo pasado en La Victoria. Eran muchos los días sometido a acoso e incontables los kilómetros vencidos en parajes selváticos. Tenía que dar muchos rodeos para salvar accidentes de terreno y para despistar a los perseguidores. Durante las pasadas semanas no le habían sonado los timbres. Una noche se aventuró hasta una aldea y, como una sombra, arrojó con tres gallinas a las que estranguló en el acto para impedir el cacareo. No pudo evitar el alboroto de las restantes. Aunque huyó presto y no le vieron, sabía que era una pista clara para los acosadores. No por eso aumentaba el riesgo porque ellos aprovecharían cualquier indicio. Ya alejado, y a la luz de las estrellas, desplumó a una sobre una guerrera extendida en el suelo y se comió cruda una parte. Luego recogió los restos y los guardó para no dejar señales. Tuvo suerte de encontrar más tarde una cueva disimulada en la espesura. En ella permaneció más de una semana descansando hasta que sus pies curaron, siempre atento a los trinos de fuera sabiendo que si se interrumpían era señal de que alguien rondaba. Se alimentó de las gallinas crudas sin importarle que los últimos días la carne empezara a descomponerse.

Pero ahora, a los muchos kilómetros de la reiniciada huida, los pies habían vuelto a sangrarle y se le habían acabado las artimañas para engañar al estómago. El frío nocturno ya no concernía a su cuerpo abusado. El mismo agotamiento actuaba como sedante. Tenía ganas de dormir a pierna suelta, como siempre hizo cuando tenía el alma tranquila. Pero continuaba adelante a pesar de todas las lógicas físicas. No podía detenerse. Los que le perseguían eran gente determinada en su propósito, abandonados de palabras y coordinados en la acción inmisericorde. Él era un objetivo señalado y la posibilidad de diálogo quedaba fuera de ser considerada. Lo comprobó al ver el trato recibido por sus últimos compañeros. Llegó a un claro y vio un gran río. ¿Qué río era? No se paró a averiguarlo en los mapas. Lo cruzó, nadando en algún tramo. Salió. La zona estaba despejada de árboles, sin bosques en las proximidades. El paisaje había cambiado, en el aire no había vaharadas de humedad. Oyó ladridos

acercándose. Le extrañó porque no necesitaron perros en los días anteriores. Los guías debían ser rastreadores o nativos de esa zona. Se arrastró bajo unos matorrales, todas las sombras agolpadas. Esperó con indiferencia, ahuyentadas la rabia y la impotencia, solo el sentimiento del deber incumplido. Pensó en Bea, imaginando que volvía a caer en el laberinto de sus abrazos. Fueron llegando los ruidos, las exclamaciones y el resplandor de las linternas. No pasaron de largo. Vio separarse el ramaje y un estallido de luces convergió sobre él.

**Constanza, noviembre de 1959**

*Nada traduce toda la tempestad de mi alma.*

*MINERVA MIRABAL*

El niño crecía fuerte. Con frecuencia, desde los primeros albores, él la miraba con ojos heredados, fijamente, sonriendo. Había tanto de Martín en esas miradas que Bea experimentaba la sensación de que era él quien empujaba esos ojos claros. Entonces le cogía y le apretaba contra sí buscando el latido lejano.

Los primeros meses pudo darle el pecho. No necesitó hacerlo cuando volvió a trabajar la tierra. Sagrario se encargó de los biberones y ya con ocho meses la alimentación había dejado de ser especial. Pero ahora las circunstancias volvían a plantearle un nuevo reto. Estaba en el quinto mes de su segundo embarazo. Dentro de poco no podría hacer las labores de la huerta. Habló con los gallegos, que seguían a la espera.

—Lo entendemos. Pero es mucho el trabajo.

—Os pagaré sesenta centavos a cada uno por día, lo mismo que recibís de subsidio.

—De acuerdo. Seguimos contigo.

Trujillo había dejado de venir a Constanza, lo que preocupó a las autoridades locales ya que sus visitas eran un incentivo para el crecimiento de la zona. Sin embargo cumplió con ella. Pocos días después de la entrevista llegó una brigada de obreros que repararon los suelos, las paredes y el jardín; construyeron un lavadero, un pilón, un fogón y una letrina mejor que la original, a la que dotaron incluso de una taza que armaron sobre el agujero existente. Finalmente pintaron la casa por fuera y por dentro y llevaron nuevas camas, colchones y una estantería. Nunca la casa lució tan nueva, lo que acentuó con fuerza la ausencia de Martín y Polín.

De vez en cuando le llegaba una carta de Presidencia. El hermano del Benefactor le expresaba su simpatía y le transmitía la del Generalísimo. El texto básico repetía que su marido seguía sin ser encontrado a pesar de los esfuerzos de búsqueda. Era algo inconcebible para un país tan pequeño y militarizado como ese. ¿Trujillo le estaba mintiendo? Y si era así, ¿por qué razón?

Se acercaba el mes final del año y la vida transcurría sin alteraciones de la monotonía. Había un local en el pueblo donde podía verse la televisión y también un cine, el Angelita, adonde iban los colonos en ocasiones además de a las pulperías. Bea no participaba de ninguna de esas distracciones, atrapada por la ausencia golpeadora. Su escaso tiempo libre lo dedicaba a la lectura, aunque a menudo en las

hojas mudas las letras se fugaban dejando una blanca ventana. Entonces cerraba los ojos y notaba el cuerpo añorado sembrando fascinaciones dentro de sus piernas y de su boca anhelante.

—Vas a quemarte los ojos con esta luz de miseria —le decía Sagrario—. ¿Qué quieres, que el niño nazca sabiendo leer?

Un sábado por la mañana, cuando el rocío se deshilachaba en vahos plateados, se oyó un motor en la puerta de la casa. Ese ruido traía una avalancha de recuerdos agónicos.

—¿Alguien en la casa? —preguntó una voz femenina. Bea y Sagrario se miraron.

Se asomó. Delante de un coche grande con un hombre al volante había dos mujeres jóvenes, una con trenzas.

—¿Bea del Valle? —dijo la mayor. ¿Una nueva tentativa del Benefactor?

—¿Qué desea?

Era bella y llevaba una sonrisa iniciada que le invadía los ojos, oscuros como su cabello. No podía ser portadora de malas noticias.

—Soy Minerva Mirabal y esta es mi hermana María Teresa. ¿Podemos pasar?

Ya dentro, una vez sentadas, la recién llegada intentó poner gravedad en su rostro.

—Queremos conocer personalmente a la mujer que no cayó en las promesas del sátrapa.

—Explíquese —dijo Bea, sin saber a qué atenerse.

—Todo se comenta. Que rechazaste una casa y una librería en la capital. Que tu marido ayudó a la guerrilla venida de Cuba. Que tu cuñado murió. En nuestro país es difícil mantener quieta la lengua. Somos pocos habitantes.

Miró la pequeña librería y quedó admirada. Bea observó la misma sorpresa en su mirada que la tenida por Trujillo meses antes, salvando las distancias.

—¿Puedo? —pidió, acercándose. Cogió unos volúmenes al azar. Spinoza, *Tratado político-religioso*; Salvador de Madariaga, *Simón Bolívar*; Stefan Zweig, *Momentos estelares de la Humanidad*; Saturnino Calleja, *Cuentos*. Posó la mirada en Bea—. No imaginaba una campesina con esta afición a los libros. Disculpa, suena a desconsideración pero no lo es; solo que es infrecuente. —Su sonrisa y la forma en que lo dijo eliminó cualquier sensación menospreciativa—. Veo por su estado que no los tienes como adorno. El malvado tenía fundamento cuando te hizo la oferta, aunque su propósito fuera otro.

Con las horas caminando en el tiempo móvil, tuvieron oportunidad de conocerse mejor. Ella hizo unas tortillas y ensalada y la velada, en la que participaron Sagrario y el chófer, estuvo cobijada en una atmósfera de agrado y predisposición a la complacencia. Hablaron de muchas cosas, sobre España y Dominicana. Pero la mayor parte de la conversación se refirió al futuro de ese país. María Teresa intervenía en ocasiones pero fue Minerva quien acaparó casi toda la charla y la nimbó

de fogosidad, sin olvidar obsequiar al niño con una ración de carantoñas. Cuando la tarde había cambiado el sol de sitio se despidieron pero dejaron en Bea un sembrado de sensaciones nuevas. La sorprendente amistad declarada con una dominicana de clase alta y gran cultura constituyó un suceso que en sus cuatro años de estancia no había imaginado que pudiera llegar a su alcance. Nunca vio a una mujer tan comprometida políticamente para derrocar a un Gobierno y con tanta convicción en sus juicios. Y tampoco a ningún hombre. Ella no había escuchado discursos políticos ni mantenido contacto con nadie que estuviera integrado en movimientos libertadores. En su pueblo de España todos aceptaban a Franco. Era la normalidad, algo no sometido a discusión. El primer mensaje sobre la libertad de los pueblos lo obtuvo de don Manuel pero no con acento bélico sino desde una visión literaria. Ahora Minerva ponía vida y fuego a esa aspiración humana, según los mudos filósofos de los libros.

—La libertad soñada llegará pronto al país, aunque habrá sangre porque nada se consigue sin lucha. Al tirano le queda poca cuerda —sentenció—. Haremos posible que tu segundo hijo nazca en libertad.

Estuvo dándole vueltas antes de calmarse en el sueño. ¿Qué quería de ella Minerva? Trujillo no le había dado muestras personales de maldad. Gracias a las enseñanzas de don Manuel, no ignoraba lo que era tener a un país bajo una dictadura. Pero ella no había conocido otra forma de gobierno y no sabía si eso de la democracia, a pesar de lo mucho aprendido con su maestro, valía para todos los países. Era una pobre agricultora, con una cultura aún débil, que solo ansiaba la vuelta de su marido para continuar con su gran aventura personal sin meterse con nadie. No estaba construida para entender los vericuetos del proceder humano. Para ella la vida era simple, el reflejo de la que emanaba de su marido. A pesar de haber sido zarandeada por la incomprensión, no se hundió en el abatimiento de muchos. Ignoraba qué le ocurrió a Martín y dónde podía estar, pero el dictador no estuvo en los combates del mes de junio cuando él desapareció. A fuer de sincera debía aceptar que Trujillo se vinculaba a la mejor experiencia tenida desde que arribara a ese país.

—Quiero estar en la tierra de mi hombre. Cuando cojo un puñado y la hago deslizar entre mis dedos es como si él estuviera acariciándome. Por eso rechacé la oferta de la librería en la capital, no porque me pareciera un ofrecimiento perverso —dijo, ante la incredulidad y la admiración de las dos hermanas.

—No intento llevar el abatimiento a tu ánimo pero, ¿y si han...? Bueno. ¿Y si tu marido ha caído y te lo han ocultado? ¿Para qué anunciarlo? No ganan nada con ello. La muerte de un colono español por el Ejército no les favorece internacionalmente.

—Martín está vivo. Lo sé —afirmó Bea, eliminando cualquier reflexión.

También se extrañaron cuando les contó lo de don Manuel. Ya habitaba su casa desde agosto. Cierto era que llegó muy magullado y que necesitaba tiempo para

volver a caminar con soltura y recobrar su discurso. Apenas hablaba y sus ojos traslucían un horror impronunciado. Pero estaba en su hogar.

Les dijo lo del tercer mulo y que, al día siguiente de la visita del Generalísimo, recibió una caja con ropas y cosas para el niño. Y lo del arreglo de la casa. Pero a eso no le dieron importancia, tildando el hecho de mero gesto propagandístico.

—¿Eso paga el terror que te impusieron cuando lo rompieron todo y te llevaron a ver el cadáver de tu cuñado, al que ellos mataron, sin duda? ¿Ello paga la brutalidad de esos hombres? Reflexiona. No te contentes con cosas que para el tirano valen calderilla. Exige información sobre Martín. Por fuerza tienen que saber dónde está.

¿Podía lo perverso convivir con la bondad? Ella sabía lo que era la maldad desnuda, sin conexión con actos benignos. Pero Minerva llevó la confusión a su vida simple al volcar sobre ella un cúmulo de denuncias y apercibimientos. No solo le habló con detalle de las torturas que practicaba el Régimen hacia los disidentes políticos, cientos de personas martirizadas y sometidas a un futuro de desesperación. Le mostró su amarga situación.

—Soy abogada titulada pero no me dan la licencia profesional para ejercer. Mi padre era alcalde de un pueblo llamado Ojo de Agua, donde vivíamos. Lo cesaron y nuestros bienes fueron expropiados. Murió hace seis años a causa de las humillaciones y de los quebrantos de su mente y de su cuerpo. ¿Y sabes por qué? Porque un día, hace diez años, en una fiesta que daba el Gobernador de Santiago en el Palacio, coincidimos con el Benefactor. No ocultó la impresión que le produjo y desde ese momento inició un atosigamiento aparentemente amistoso que derivaría inexorablemente en una relación sexual, lo que siempre conseguía cuando ponía la vista en una mujer, fuera la que fuese. Pero yo rechacé al macho cabrío. Desde entonces vengo sufriendo espionaje, encarcelamientos y torturas, como mi familia y amigos. Un acoso que solo tendrá fin cuando caiga él con su Régimen. Ese es el asesino despiadado que te ha tendido su piel de cordero.

Bea pensó en todo ello. Admitió que en un sistema político de libertades no se habrían producido hechos como el del apresamiento injustificado de Martín en enero del año anterior. Ni la invasión pretendidamente liberadora de junio pasado, en la que misteriosamente él desapareció y Polín fue asesinado. Minerva aseguraba que había miles de muertos reclamando por todo el país.

Seguramente esa luchadora ilustrada tenía razón. Aportaba datos indiscutibles. El que ella hubiera sido afortunada con la especial inclinación de Trujillo no invalidaba que su Régimen, creado por él, mereciera la condena de los hombres justos.



**Madrid, enero de 2006**

—Espero que me traiga buenas noticias —dijo Juan Carballo Pereira por teléfono.

—Le daré lo que tengo.

Nos vimos al día siguiente en Kon-Tiki, situada en la plaza de San Juan de la Cruz, a un extremo de los Nuevos Ministerios. Es una cafetería con más de cincuenta años a la que no le desaparece el aire de modernidad. El local ofrece unas vistas abiertas donde puede uno buscar pausas contemplando la fuente central de enmarañados chorros y el movimiento de esa parte de La Castellana.

Dijo vivir en la misma plaza, en uno de los blancos edificios que rodean la iglesia, comprado de segunda mano. Prefirió que nos encontráramos allí y no en su casa «porque las paredes oyen». Era la segunda vez que le veía. La primera fue en mi despacho, dos meses antes, cuando contrató mis servicios. Apareció con aire inseguro, quizá consciente de su verbo simple y limitado. No ocultó que tenía ochenta y seis años. Incluso me pareció que lo dijo para que le tuviera en mayor consideración. Estaría sobre el metro sesenta y cinco y no muy ensañado de gordura, aunque se movía pesadamente, como si su mal interior le asediara las piernas. Despatarraba los ojos al hablar como si estuviera ante la policía. Le acompañaba un hijo, calculé que sobre la cincuentena, que aparentó estar pendiente de sus movimientos.

En esa primera ocasión confesó haber pasado la mayor parte de sus años en Venezuela regentando una red de tiendas de materiales para la construcción, después de unos comienzos duros. Decidió volver a España habiendo sobrepasado la edad de jubilación, por consejo de sus dos hijos. Aunque ya desde Carlos Andrés Pérez los Gobiernos venezolanos practicaban un intervencionismo en las empresas propiedad de extranjeros para evitar que sacaran del país sus fondos, él supo hacer a tiempo discretas transacciones a bancos de Florida, en Estados Unidos. Había puesto las empresas a nombre de sus hijos, nacidos en Venezuela, con lo que sus bienes estaban razonablemente seguros cuando llegó el huracán Chávez. Con el auge de la construcción en España decidió abrir en Madrid una tienda, que le reportaba grandes ganancias sin peligro y que llevaba el hijo acompañante. El otro seguía regentando los negocios allá, pero una parte de los beneficios estaban a nombre de él por contrato privado. Me contó que su mujer había fallecido semanas atrás. Y que fue entonces cuando se vio acosado por sombras que nunca antes le rondaron.

Ahora me miraba, con los ojos saltones y un punto de ansiedad.

—Bueno, usted me dirá.

—Encontré a esa mujer y a una de las hijas.

No había admiración en sus ojos, como dando por sentado que buscar personas

después de cincuenta años era lo normal para un detective. Pero su ansia resultaba inocultable.

—¿Dónde están? ¿Siguen en el pueblo?

—En realidad hay poco que contar. Solo ver —dijo, mostrándole las fotos donde moraban los restos de las dos mujeres.

Quedó mirándolas, tratando de interpretar lo que veía. Poco a poco fue entendiendo el mensaje. Ellas le miraban desde sus letras y fechas de extinción. Durante un largo tiempo solo oímos el murmullo de los otros clientes, sus conversaciones y risas. El mundo en funcionamiento. Despegó la mirada lentamente de las cartulinas como si las imágenes estuvieran tirando de sus ojos.

—¿Sabe qué les ocurrió?

—La mujer murió seis años después de que usted la dejara. La hija mayor tenía casi la misma edad que su madre cuando falleció —añadí, sin poder evitar el impulso de zaherirle—. En plena juventud. Podían haber vivido unos años más. Como usted.

—¿Sabe qué les pasó, cómo vivieron? —dijo, haciendo oídos sordos a la apostilla.

—¿Quiere saberlo, de verdad?

—No... —dijo, tras considerarlo durante unos momentos.

—¿Por qué no me dijo que buscaba a su mujer, la primera, y a sus dos hijas? —apunté, poniendo sobre la mesa otras fotos con su imagen perdida—. Por fuerza lo descubriría al indagar. Lo de que eran de un hermano suyo no se sostendría.

—¿Qué ocurre con la Blanca? —dijo, como si no me hubiera oído.

—Hay unas vecinas en Mellid, Irene Velasco y su madre, que llevan flores cada año a Carmina. Durante más de cincuenta años —recalqué sin hacer reparo en su pregunta—. Y un enamorado secreto deja flores a Paula desde hace casi cuarenta.

—Esa no es una contestación. No sé qué pretende con ese comentario —señaló el hijo.

—No es un comentario sino información —dijo, mirando a Juan, que movía la nuez como si fuera un pavo tragando.

—No me ha preguntado por qué las abandoné. Es usted hombre prudente.

—Intento serlo. No juzgo a la gente por sus hechos sino por sus intenciones.

—Contrario a la mayoría.

—Los hechos quedan pero los motivos dan las claves. Cuando los hechos son positivos, las motivaciones hablan por ellos. Cuando son infames, los móviles quedan ocultos. Es ahí donde entran los sicólogos, los siquiátras y, a veces, los jueces. Ellos investigan para tratar de encontrar los fundamentos.

—¿Y usted qué piensa?

—Prefiero no calificarlo.

—Hágalo. Necesito su sinceridad.

—Creo que es usted un perfecto cabrón. O lo fue.

—Eh, eh —exclamó el hijo, buscando que el gesto pareciera soliviantado—. Cuidado con las expresiones.

—Cállate. Tiene razón. Y es cierto que le mentí. —Me miró. En sus ojos vidriosos flotaba una nube—. ¿Recuerda lo que le dije en la primera entrevista?

—Que su hermano había perdido el contacto con ellas y necesitaba encontrarlas.

—Sentí vergüenza y el temor de que no aceptara el caso si me identificaba. Pero el propósito no varía. Necesito encontrarlas. Verá usted. Tengo un buen dinero. Mis dos hijos, este y otro que está en Venezuela, no están desamparados. Ellos tienen bastante. He vivido trabajando sin parar, ocupándome del día a día, obsesionado con hacer dinero. Pocas veces pensé en Carmiña y en las niñas, como si no hubiesen formado parte de mí. Nunca volví al pueblo ni pensé en hacerlo. Había borrado esa parte de mi vida como si jamás hubiera existido. Me olvidé de mi niñez, de mis padres y amigos, de todo, porque ello me traía la miseria de aquel terruño. Venezuela me estaba dando todo y era como si hubiera nacido allí y no en Lugo.

—No lo entiendo bien. Hay algo contradictorio porque siguió conservando la nacionalidad española; es decir, su vínculo con la tierra que realmente le vio nacer.

—No puedo explicarlo, no soy hombre instruido. Hoy sé que sin darme cuenta seguía unido al terruño. Lo que quiero decirle es que una noche, muerta ya mi segunda mujer, vi cosas terribles, no sé si soñaba o las veía en la oscuridad. Las he seguido viendo. La Carmiña y las niñas están ahí, reclamándome todo lo que ignoré durante años. No me persiguen, solo me miran... —Dedicó unas lágrimas al asunto y luego trasteó con ellas—. Por eso tengo la necesidad de reparar el mal que hice. Debo hacerlo, debo hacerlo...

—Creo que es algo tarde —dije, tras una pausa prolongada—. No hay posibilidad de que repare ese mal.

—Sí. Queda la Blanca. Ella recibiría lo destinado a las tres. Aún hay tiempo...

—El dinero no puede comprar un tiempo que se desvaneció.

—Lo sé, lo sé, pero es todo lo que puedo darle si pudiera verla, aparte de pedirle que me perdone... —Era curioso pero mostraba similar amargura que la esgrimida por Basilio Fraile. ¿Será que es un sentimiento común en los obligados de pesar cuando las horas empiezan a pasar como segundos? Sus ojos estaban llenos de súplicas—. ¿Qué sabe de ella?

—Nada. Se perdió en todos esos años.

—Debe seguir buscando. Me informaron de que usted saca pistas bajo las piedras.

—No crea todo lo que se dice. En cuanto a este caso, quizás es el momento de darlo por terminado. Le he dicho cuanto sé. No quiero hacerle gastar más dinero.

—¡No, no! ¿Qué dice? Debe continuar. No decida ahora, por favor, por favor. —Me agarró una mano—. Si la encuentra, tendrá usted... cien mil euros adicionales.

Piénselo.

—Cálmese. No lo estropee más. El precio contratado es suficiente. ¿Cree que es cosa de dinero?

—No lo sé... Pero es lo único que puedo ofrecerle para que no deje la búsqueda. Y mi dolor...

Le miré y luego al hijo, que mostraba un gesto extrañamente desacorde. En realidad yo venía estando presionado por un escrúpulo. Sucede porque me involucro más de lo debido en casi todos los casos que investigo. Una abertura que vulnera la norma profesional obligada. Pero así son las cosas. La cuestión es que me fastidiaba que ese padre desnaturalizado participara de un feliz resultado. Me incomodaba que sus deseos se cumplieran a través de mí, sabiendo ya el reguero de dolor que provocó.

—Lo pensaré. Mañana le digo algo.

**Constanza, junio de 1960 y meses siguientes**

*No te acerques a mi tumba sollozando.  
 No estoy allí. No duermo ahí.  
 Soy como mil vientos soplando.  
 Soy como un diamante en la nieve, brillando.  
 Soy la luz del sol sobre el grano dorado.  
 Soy la lluvia gentil del otoño esperado.  
 Cuando despiertas en la tranquila mañana,  
 soy la bandada de pájaros que trina.  
 Soy también las estrellas que titilan  
 mientras cae la noche en tu ventana.  
 Por eso, no te acerques a mi tumba sollozando.  
 No estoy allí.  
 No morí.*

*Citado por Tita Noriega*

Bea del Valle terminó de acomodar las flores sobre la lápida de mármol, donde resaltaba el nombre de Polín y las dos fechas entre las que discurrió su brevedad. El cementerio era pequeño y ya había algunos españoles sepultados allí. La mayoría de los túmulos presentaba una estela o una cruz en la tierra desnuda donde se esgrimían nombres y datas con letras delezables. Aquí y allá, desperdigados mausoleos y grandes losas de mármol con ángeles y palomas de quienes tuvieron mejores oportunidades en vida antes de hermanarse en el silencio. Ella solo había ido una vez a un cementerio, allá en su pueblo. Fue cuando enterraron a su madre, siete años atrás, cuando todavía la niñez se agarraba a su figura. Ni siquiera tuvo oportunidad para rezarla en su tumba una vez que supo que vendría a esta lejana tierra. Aquel camposanto era más grande, o así lo recordaba, como también recordaba que había panteones muy antiguos y ennegrecidos por el uso de los años.

A la salida, el Parque Central se abrió ante ellos. Sabían que en esa parte del mundo los fallecimientos no guardaban la gravedad que en España. El clima y las raíces mezcladas decidían que los sepelios derivaran en alegría para los deudos. La mañana, desasistida de nubes, invitaba a adherirse a esas formas de sentir las ausencias y dar un paseo por el verdor. Pero ella estaba atropellada de recuerdos, lo que indujo a sus hermanas, José y otros amigos a hacer causa.

Hacía un año de la tragedia. Bea hubiera deseado ir sola para dar suelta a sus

emociones, sujetadas siempre ante los demás para que no vieran su decaimiento. No era día festivo ni de celebraciones pero todos los cercanos quisieron estar en ese saludo a lo inmaterial. No pudo oponerse porque ellos, en su medida, también se vieron zarandeados por esa calamidad.

Un año sin Martín. El tiempo era lento para la espera y la desolación, aunque no afortunadamente para el convivir. La parcela que no dieron a los hermanos en su día, le fue ofrecida ahora a Bea a un buen precio porque la demanda cayó al faltar tantos colonos. Había pasado el momento de darlas gratuitamente. Era más grande, 60 tareas. La adquirió y la sembró de habichuelas. De trabajarla se ocuparon los dos gallegos, quienes seguían sin recibir tierras, a cambio de una parte de los beneficios. El esfuerzo fue recompensado con fructíferas cosechas en las dos parcelas.

Pero algo siniestro estaba atenazando el país desde las primeras amanecidas del año. La presencia de la policía se hizo atosigante. Vigilaban el pueblo, los caminos, las colonias, los campos. Los negros *cepillos* estaban por todos los sitios, amenazantes. A veces, casi siempre en las noches como si pertenecieran a la oscuridad, se detenían ante una casa y los agentes del SIM golpeaban la puerta para llevarse luego a personas y dejar en la población un sentimiento de terror. Cuando la tarde caía, nadie salía de sus casas como si fuera amenazar las plagas bíblicas. Supieron por cuchicheos que el detonante de la situación fue el descubrimiento por parte del SIM de una organización política llamada Movimiento 14 de Junio, creada en enero de ese año con el objetivo de derrocar al Gobierno. Eligieron ese nombre tan significativo en honor a la frustrada invasión dominicocubana del año anterior. Como si aquel acto tan disparatado hubiera sido un toque a rebato para conciencias adormecidas. Los líderes eran Minerva Mirabal y su marido Manuel Tavárez, entre otros. Todos ellos pertenecientes a la Junta Democrática y a sectores de la cultura, aunque la mayoría la polarizaban estudiantes de la Universidad de Ciudad Trujillo. Decían que sobrepasaban los seis mil afiliados. Susurraban que habían sido detenidas más de mil personas, en primer lugar los fundadores; que la mayoría fue sometida a torturas y que algunas se dejaron la vida en los feroces interrogatorios.

Pensó en Minerva, como muchas veces a lo largo de esos meses. No tenían posibilidad de mantener una correspondencia dada la fórmula arbitrada en la colonia. Ella, aunque de poco hablar, se relacionaba con otras mujeres inmigradas. Todas eran trabajadoras, de estudios muy primarios, que no renegaban de su condición y que procuraban sacar sonrisas de sus rostros desilusionados. Pero ninguna había del nivel cultural de la dominicana, incluso del de ella misma. Por eso, cuando Martín apareciera y las condiciones políticas mejoraran, imaginaba un futuro en el que quizá podrían verse ella y Minerva con más frecuencia, para fortalecer la amistad surgida de un destello.

Ahora temía por esa mujer. La vehemencia que exhibió durante su visita no era

solo verbal, como lo demostraba al haber creado ese Movimiento. Estaba firmemente decidida a luchar por una causa que a ella, dada su naturaleza pacífica y su condición de extranjera, le parecía tan irreal. Pero era consciente de que los líderes eran siempre los primeros en sufrir la represión.

Don Manuel no era hombre de armas. En la guerra civil no estuvo en las barricadas sino en las redacciones. Su cuerpo no estaba diseñado para la lucha física. Por eso su recuperación de la cárcel trujillista se hizo lenta, pero no su mente, siempre activa. Seguía recibiendo los periódicos *La Nación* y *La Información*, pero ya no le permitieron colaborar en ellos. Cuando le detuvieron se apropiaron de la radio y se le acabó el escuchar directamente las noticias que emitían desde Venezuela o Cuba. Pero tenía amigos. Era él quien le traía casi todas las noticias. Así supo que muchos jóvenes aterrorizados buscaron asilarse en Embajadas de diversos países y que la Iglesia había emitido una Carta Pastoral criticando los apresamientos y las torturas. También Estados Unidos, fiel aliado de Trujillo, mostró su malestar y presionó para que cesara ese estado de cosas y no se diera una situación como en Cuba, que devino en el régimen de Castro. Según don Manuel, Trujillo estaba aislado internacionalmente y decidió apostar por el desafío. El país era un inmenso campo de concentración donde solo los muy adictos y los infatigables *cepillos* se atrevían a circular.

En marzo de 1960 Bea había parido otro niño. Le puso el nombre de Polín. En cuanto pudo valerse, volvió a trabajar la huerta primera. Sagrario iba con ella en las mañanas pero no a trabajar sino a cuidar de los niños y facilitar que al pequeño pudiera darle la teta. Por las tardes acudía sola y agotaba las luces diurnas.

No tuvo conciencia exacta de la existencia de la corriente perturbadora que asfixiaba al país hasta que una noche, el otoño precipitado, notó que *Viento* se ponía alerta, una pata levantada. Se detuvo y percibió el rumor de pisadas. El foco de una linterna se proyectó sobre su rostro. Detrás aparecieron tres policías de uniforme junto a un paisano, que resultó ser el encargado de la colonia. Sujetó la correa.

—Hola, Bea. —Se volvió a los otros—. Es la dueña de esta parcela.

—¿Qué hace a estas horas por aquí, señora? —dijo uno de los agentes.

—Vengo todos los días a mirar los sembrados.

—¿No ha visto a nadie rondar recientemente?

—No.

—Estamos prendiendo a esos comunistas que cometen atentados. Damos seguridad a la gente de orden, como usted. Puede venir cuando quiera, sin temor.

Al día siguiente el encargado fue a verla.

—La policía acabó con los maleantes pero también prenden a los que protestan. No te confíes.

—Nunca he protestado.

—Lo sé. En tu caso buscan otra cosa. Te vigilan. Te caerán encima si Martín o alguien sospechoso se te acercara. Y no te fíes de la policía. Solo si los acompaña alguien de la colonia.

No iban a apartarla de su camino. Lucharía llegado el momento aunque no sabía con qué armas y aunque estuviera sola. A veces se sorprendía de ver la fuerza que sentía dentro de sí. Aquella adolescente que llegó cinco años atrás ya no existía. Ahora tenía dos hijos que cuidar y unas parcelas por las que apostar. Había conocido el amor absoluto. Su hombre volvería en cualquier momento para sosegar su espíritu y sus noches. Le estaría esperando para seguir construyendo juntos su mundo en ese país extraño del que solo conocía Constanza y las parcelas. Era cuanto necesitaba por el momento.

Y así siguió acudiendo a las tierras y acunándolas como si dentro de ellas su hombre le dictara lo irrenunciable.



**Madrid, enero de 2006**

En la oficina Sara y Antonio examinaban unas fotografías tomadas furtivamente por mi ayudante.

—Otro que cayó en el entusiasmo.

—Quién esta vez.

—El de La Caixa, el director de la agencia en la que estuvimos.

Informaríamos a la mujer sobre los movimientos del bancario y que ella decidiera. Nuestro trabajo no llegaba más allá.

Entré en el despacho y miré por la ventana. Según mi vecino de la agencia de viajes, no podría disfrutar de esa panorámica en el futuro. Pero la vida es así. Me senté y reflexioné sobre la disparatada proposición de Juan Carballo Pereira. Habíamos pactado una cifra razonable y no estoy subordinado a la codicia. El asunto no era de dinero. Se trataba de si yo estaba dispuesto a evitar que siguiera sufriendo, dándole oportunidad de recobrar el alma que desechó cuando se nutrió de perversidad, tantos años atrás. No soy el salvador de conciencias apesadumbradas. Pero eso significaba inmiscuirme en un mundo de sentimientos ajenos en el que no debía entrar. Además, el caso no estaba cerrado, en su sentido técnico. Lo estaría cuando encontrase a Blanca o su estela. Y yo nunca dejo un trabajo a medias. Asimismo, la promesa hecha a Irene Velasco requería lo mejor de mí mismo. No podía castigarla a la desilusión por consideraciones subjetivas. En definitiva, eran varios los impulsos que me obligaban a continuar en la batalla, a pesar de la repugnancia. Debía seguir buscando a Blanca. Pero aislé un compromiso interno: si lograba encontrarla, ella decidiría qué hacer respecto al hombre plañidero que rompió su niñez.

Sonó el teléfono.

—El señor Carballo, hijo; quiere hablar contigo —dijo Sara.

—Pásamelo.

—No pude estar a solas con usted y quizá no tenga tiempo para una reunión entre nosotros dos —dijo, sin preámbulo—. Así que el teléfono vendrá bien.

—Venga.

—Mi padre le ofreció todo ese dinero si encontraba a esa mujer. Está loco. Pero me contagió. Yo le doblo la cifra. Doscientos mil euros para que no la busque y se olvide.

—Mucho dinero por no hacer nada —respondí, tras dejar que flotara el conveniente silencio.

—Menos de lo que el viejo chocho daría a esa mujer si apareciera.

—¿Tanto te duele el repartir con tu hermanastra?

—Ella no es nada mío, ni siquiera ya de mi padre aunque ahora salga con esas. Los bienes que alegremente piensa repartir son parte de mi esfuerzo y el de mi hermano en estos años de trabajo. Dice que tenemos bastante. Nunca lo es. No tenemos obligación de compartírselos con esa hermanastra que ahora aparece como un fantasma. El viejo llorón no tiene ningún derecho a disponer del dinero a su antojo. Ni ella a recibirlo. Sería pagar una injusticia con otra.

Pausé la respuesta. ¿Dónde está el punto de equilibrio? ¿Tenía o no razón el hombre en su argumentación? En todo caso, ¿por qué mucha gente de dinero se niega a repartirlo cuando jamás llegarán a gastar ni una mínima parte de lo que atesoran?

—¿Me permites dar una opinión?

—Adelante.

—Cuando tú y tu hermano empezasteis a colaborar en las empresas, tu padre llevaba años luchando para sacarlas adelante.

—¿Dónde es que quiere llegar con esa vaina?

—Que lo obtenido en todos esos años primeros fue producto de su solo trabajo, no del vuestro. Supongo que vosotros lo habéis engrandecido. Pero lo de esos años iniciales en buena lógica debería ser para todos sus hijos.

—Usted debe guardarse sus opiniones. No entra en sus cometidos. Pero le diré que hasta su venida a España trabajamos como esclavos. Ninguna diferencia con el resto de los empleados. Nada diferente por ser hijos. Un tronco de dictador, eso es que fue. Y sigue en la misma lavativa. Ya usted lo vio, no deja opinar.

—¿Cómo sería el trato?

—La mitad por adelantado. Haríamos un documento, que elevaríamos a público, en el que daría por cerrado el caso y se comprometería a no seguir indagando el paradero de esa señora ni a facilitar a otros los datos y pistas conseguidos. Una declaración jurada. En ese momento recibiría la otra mitad.

—Tu padre puede contactar con otros investigadores, independientemente de ese documento.

—No le queda cuerda para eso. Le ha identificado a usted con el caso. Si lo deja, no se pondrá en otras manos.

—Te diré mi decisión.

—¿Cómo lo duda? —dijo, sulfurado—. Nunca habrá ganado un dinero tan rápido y con menos esfuerzo. —Mantuve una pausa para que se calmara. Bajó el diapason —: *Okéi*. Disculpe. Le llamaré mañana.

—No lo hagas. Te diré mi respuesta. Buenos días, señor Carballo.

## Constanza, noviembre-diciembre de 1960

*Hoy viene a ser como la cuarta vez que espero  
desde que sé que no vendrás nunca más.  
He vuelto a ser aquel cantar del aguacero  
que hizo casi legal su abrazo en su cintura...*

SILVIO RODRÍGUEZ

*Te vas.*

*Ahora que estoy*

*Con los dedos en flor.*

VANESA PÉREZ-SAUQUILLO

Bea del Valle leyó los periódicos que le trajo don Manuel. Daban cuenta de que Minerva Mirabal y dos de sus hermanas habían perecido en accidente de carretera. Señalaban que el automóvil en que viajaban se despeñó por un barranco debido a la mala visibilidad nocturna y a que el conductor, que tampoco había sobrevivido, no conocía bien la vía.

—Asesinato —afirmó don Manuel.

Bea no podía creer que mujer tan fascinante como Minerva hubiera dejado de existir. No tenía sentido, como no lo tenían las acusaciones del viejo maestro. ¿Cómo creer que un accidente semejante estuviera inducido por motivos políticos? ¿Qué testigos había? Los periódicos decían que hubo bomberos, policías y gente del Ejército en el lugar de los hechos. Incluso un médico forense y el ayudante del fiscal. Todos certificaron que las muertes se produjeron accidentalmente. ¿Por qué entonces la gente murmuraba?

—Algún día se sabrá la verdad —sentenció don Manuel.

Lo cierto es que un cúmulo de desgracias se estaba esparciendo por el país. Bea sintió que algo se adueñaba de sus permanentes esperanzas. Seguía sin noticias de Martín, a pesar de notarle dentro. Estaba vivo, pero ¿dónde? ¿Por qué no daba señales? Tanto tiempo, un año largo sintiéndole y añorándole. ¿Por qué escapó de esa manera? ¿Serían verdad los cargos que formularon contra él?

Los días siguieron persiguiéndose y Bea no permitió que ninguna enfermedad desbaratara su empeño de cumplir con la huerta. Iba cada jornada, incluso festivos, para darle todo su esfuerzo y cuidado, testimonio mudo de lo mucho que significaba para ella. Y visitaba la nueva, donde sus paisanos hacían una buena labor. Muchas veces, sobre todo en los atardeceres, oía arrullos misteriosos que interpretaba como

cantos que le enviaba la tierra agradecida.

Y las semanas fueron aproximando la Navidad, la segunda sin Martín y sin la sonrisa de Polín. Lo celebrarían para que los niños no crecieran en el vacío tremendo. Su hombre volvería y en los recuerdos del mayor no habría sitio de esa ausencia.

Pero una noche, cuando el año envejecido preparaba sus bártulos para el cambio de guardia, se despertó de golpe, gritando sin voz. Había soñado un sueño sin recuerdos, negro. Algo insólito porque sus sueños siempre eran placenteros y de lenta evaporación. No sintió el latido perenne. La pulsación que se hermanaba con la propia había desaparecido.

Salió al jardín, *Viento* a su lado. A través de las lágrimas miró las estrellas, buscando una nueva. Recordó una cita de *El Principito*, que le recitaba de memoria a Martín cuando en la parcela les llegaban noches limpias: «Me pregunto si las estrellas se iluminan con el fin de que algún día cada uno pueda tener la suya». Evocó aquellas noches en las que, tendidos sobre la tierra agradecida, se fundían de embrujo y pasión hasta que las estrellas cambiaban lentamente de sitio.

Martín se había ido, esta vez para siempre. Quizá nunca sabría dónde estuvo todo ese tiempo y en qué lugar respiró por última vez. Pero sí supo que en ese momento postrero su mente estaba llena de ella.

**Madrid, Agencia de Corazón Rodríguez, enero de 2006**

—Hay un hombre en la puerta —dijo Sara por el interfono—. Ha dado tu nombre. Dice que desea verte.

Salí del despacho y me acerqué a la puerta de entrada. En el monitor del vídeo-portero, instalado después de la intrusión de los dos asesinos, se veía a un hombre de mediana edad, bien vestido de gabardina y con un paraguas en la mano.

—¿Qué deseas?

—¿Es usted Corazón Rodríguez?

—Di qué quieres.

—Tengo que hablarle sobre Élide García. Téngame confianza.

—Abriré. Separa los brazos del cuerpo.

—Okéi.

Aunque Rafael Molina me aseguró que por su lado cesaban las hostilidades, no caí en el error de considerarme a salvo. Su promesa era creíble porque los bandidos tienen un código de honor. Pero nadie podía garantizarme que no hubiera un esbirro cabreado deseoso de actuar por su cuenta. Además, el tal Ángel Álvarez podía seguir en su propósito de hacerme la vida imposible. Así que dejé de ir relajado por el mundo hasta que el tiempo hiciera que los timbres no sonaran en mi cabeza.

Abrí de golpe, salí y le arrebaté el paraguas ante la tranquilidad del hombre. Examiné el objeto y luego se lo devolví. Le hice pasar.

—Es evidente que toman muchas precauciones —dijo mientras le palpaba para ver si cargaba arma o grabadora. Luego bajó los brazos sin mostrar ninguna animosidad.

—Una herencia de tu amigo. Ahora di quién eres.

—Me llamo José Augusto de la Cruz Alcántara. Soy diplomático y estoy en la Embajada de la República Dominicana en Madrid.

—Disculpa los modales, José Augusto. Pero el nombre de Élide García no es una feliz recomendación —señalé, dándole opción a que se achantara. No lo hizo—. Este asunto está siendo un verdadero incordio. Creía que podía olvidarme de él, que había acabado.

—Lo estará después de esta visita, si usted se presta a un acuerdo.

—¿Eres quien pone colofón a los asuntos?

—No. Intento cancelar este de forma satisfactoria. No tengo más asuntos similares.

—Dime qué deseas.

—¿Podemos hablar en su despacho? No será breve.

Manejaba modales calmos, lentitud en el hablar y en el andar. Daba pasos

cautelosos, asegurando una pisada antes de levantar el otro pie, como si estuviera en un campo de minas. No daba sensación de peligro aunque tampoco lo da el sapo antes de lanzar su lengua pegajosa y fulminante sobre el confiado insecto. Se quitó la gabardina y exhibió un pulcro traje. Disponía de buena estatura, que equilibraba con una generosa barriga. Buscó con la mirada.

—Allí —señalé el perchero.

Colgó la prenda y el paraguas y luego aceptó la silla frente a la mesa.

—Sé lo que hizo por Élido.

—¿Cómo lo supiste?

—En la agencia de alquiler me dijeron lo que ocurrió con el coche y dónde.

—Estuviste con él cuando lo alquiló.

—Sí. En el Hospital Da Costa me hablaron de usted. La Guardia Civil de Burela me dio su dirección.

—Es información reservada. ¿Cómo lo conseguiste?

—No fue difícil. Solo tuve que firmar un escrito. Ya le dije que soy diplomático en activo.

—¿Qué relación tiene un diplomático dominicano con un asesino venezolano?

—No mucha. No le conocía. Vino contratado de allá. Yo solo fui el enlace. —Se tomó una pausa efectista antes de proseguir—. ¿Qué le contó en el hospital?

—Vamos, hombre. ¿Para eso has venido?

—No. He venido para hacer un trato, además de mostrarle mi agradecimiento. Élido entró en investigación policial. Por sus antecedentes, imaginarán que traía una misión acorde con su profesión. Pero gracias a la discreción de usted desconocen el objetivo. Estuvieron en el Consulado de Venezuela para recabar pistas. No las consiguieron porque no encuentran familiares. También yo estuve en el Consulado y me lo informaron. Asumieron el acta de defunción y se encargarán de la cremación del cadáver o de su traslado a origen, si finalmente alguien lo reclama en plazo. Ahora está en el depósito. Si usted hubiera mencionado que llevaba un arma, la policía estaría ahora investigando de pleno y mucha gente buena se vería envuelta en situaciones comprometedoras.

—La policía da por hecho que llevaba un arma. Sospechan que la tengo yo, como sus cosas. En cuanto a lo de gente buena, ¿tú crees serlo?

—Lo soy. No le quepa duda.

—Me imagino que fuiste quien le facilitó la *Beretta* y supongo que el que me dijo «Entre» por el móvil y colgó. No son credenciales para un hombre bueno.

—Según qué circunstancias. Cuando se trata de justicia algunas acciones son válidas.

—Veamos si lo entiendo. Algún amigo dominicano contrató a ese asesino. Tú le diste dinero, quizá la dirección de ese Ángel Álvarez y el arma para matarle. No veo

la justicia por ninguna parte, además de que es un argumento manido. Solo los jueces pueden otorgarla, no un asesino profesional.

—Si me promete seguir conservando la discreción le puedo dar una información que creo le gustará obtener. Ese es parte del trato. Esto es un asunto secreto que debe permanecer en el pequeño círculo de quienes estamos al tanto. Usted sería un añadido de excepción por un azar del destino.

—Te equivocas. No tengo ningún interés en ese asunto. Además, suena como un chantaje.

—No lo es. La base de este trato radica en que las cosas de Élido no han aparecido. Ni el pasaporte ni el celular ni la computadora. Ni el arma, por supuesto. En el coche siniestrado solo se encontró una maleta con ropa. La policía no está desencaminada. Solo usted pudo recoger esas cosas ya que fue quien lo llevó al hospital de Burela. El hecho de que aún continúen sin aparecer significa que el tema tiene algún atractivo para usted, ya que no interés. Por eso las conserva. No es, pues, un chantaje sino la oportunidad de que conozca el misterio de algo que le afectó. Y sus motivaciones.

El hombre hablaba no solo con amabilidad sino con el convencimiento de quien se sabe maestro en el arte de persuadir.

—No las conservo por ese motivo sino por algo indefinido. Quizá por seguridad. ¿Cuál es la otra parte del trato?

—Que me entregue las cosas de Élido, la pistola incluida. Son pruebas. Debo intentar evitar que por cualquier imprevisto, o porque usted mismo lo decidiera, caigan en poder de alguien con menos escrúpulos o en manos de la policía, lo que daría chance a una investigación que llevaría la intranquilidad a esa buena gente que antes mencioné. Obviamente, una vez que le cuente, usted no tendría ya motivos para seguir conservando esos objetos.

El hombre se mostraba como un verdadero diplomático. Sin ansiedad, sin impaciencia. Su verbo era agradable y racional. Parecía ser lo que representaba. Me cameló. No era frecuente observar a alguien con la magia necesaria para transformar un asunto espinoso en algo asumible.

—No hago tratos sobre asuntos como este. Pero te ofrezco algo a considerar. Me cuentas la historia y si es digna, si es merecedora de consideración, te entregaré lo que pides.

Me miró en profundidad.

—Es usted un hombre extraño. Comenzaré. No deberá grabar nada. ¿Podría decir a su secretaria que me trajera un café y agua?

## Constanza, junio y meses siguientes de 1961

*Serás raíl en un cristal de invierno.*

*Y, como todos saben,*

*El raíl permanece.*

VANESA PÉREZ-SAUQUILLO

La noticia corrió como el viento aunque la mayoría no lo creyó. ¡Trujillo asesinado! Imposible. ¿Quién podía querer matar al gran Padre de la Patria? Además, él era inmortal. ¿Acaso no era el mismo Dios en la tierra? ¿Podía Dios morir? Pero las noticias fueron llegando con tenacidad. Decían que le habían ametrallado el 30 de mayo cuando iba en su Chevrolet del 57 por la avenida de Washington a San Cristóbal. *La Nación* sacaba en portada su edición del día siguiente con una gran foto de Trujillo con gafas negras, quizá para urgir al luto entre los lectores, y un titular acusatorio: «Rafael Leónidas Trujillo muere asesinado». En el interior volvía a establecer la indisolubilidad entre el dictador y el país: «... una mano criminal ha atentado contra la integridad de la Patria al atentar contra la vida del Generalísimo y Doctor Rafael Leónidas Trujillo Molina, que encarnó y dirigió durante una vida de sacrificios consagrada por entero a la Patria...». *El Caribe* no le iba a la zaga en su titular: «Cae vilmente asesinado el Benefactor de la Patria». Y en su editorial: «... el repúblico insigne, que logró para nuestra República las más extraordinarias y brillantes conquistas de progreso y civilización, ha muerto, pero solo en su manifestación corpórea...».

A partir de ese momento el país quedó paralizado. La corriente de terror que existía se agravó, tanto en las ciudades como en los pueblos. La gente se recluyó en sus casas. En las calles no se veía un alma. Ranfis Trujillo no se conformó con la búsqueda de los magnicidas directos para que la justicia imperara. Militares y policías vigilaban los edificios, las calles, las carreteras, los montes y los valles para aprehender y eliminar a cuantos tuvieran relación con el asesinato, siquiera de forma involuntaria. Incluso con quienes manifestaran simpatías por el movimiento subversivo y disidentes, aunque estuvieran en contra del empleo de medios violentos. Nadie escapaba a esa corriente que mantenía en vilo a toda una nación.

¿Qué sería del país? ¿Cómo se podría subsistir sin el amparo del Gran Benefactor? En pueblos y ciudades cundía el mismo sentimiento de desolación y estupor que embarga a los niños cuando muere el padre de familia. Dos generaciones de dominicanos habían crecido bajo su tutela y muchas almas sencillas pensaron que el mundo acabaría. La desaparición del Jefe fue absolutamente sorpresiva tanto para



los que sufrieron como para los que medraron durante la Era. De repente, todos quedaron sin guía.

El presidente Balaguer hizo discursos reiterativos señalando que nadie de bien debería sentir preocupación. La estabilidad seguiría reinando en el país merced al buen hacer de los poderes públicos y de la población sensata. Pero con el paso de las semanas las autoridades se volvieron nerviosas. No importó que los seis presuntos participantes directos del asesinato fueran apresados y sus nombres divulgados por los medios de comunicación. Los vividores del Régimen ya no parecían tan arrogantes porque el terror primario fue disipándose y ahora el temblor cambiaba de lado. Poco a poco pero con fuerza imparable llegaban las voces de los marginados. La vida continuó a trompicones. Una comisión de la OEA llegó para verificar el estado político del país, que según Ranfis no tendría cambios porque se seguiría la senda marcada por el fallecido.

Las bodegas estaban llenas de productos agrarios debido a que el país había caído en el aislamiento internacional impuesto por la OEA en agosto del año anterior; aislamiento que cubría los aspectos diplomático, político y económico. No había exportación y muchos productos se pudrían al no tener salida. Bea no logró que la cosecha le fuera comprada. A los estrictos funcionarios no les alcanzó la confusión reinante. No hubo acciones directas contra los colonos españoles pero ellos comprendieron que se había producido un cambio irreversible. Escasearon muchas cosas, entre ellas los combustibles, aunque eso no afectó a Bea ya que no tenía tractor. Pero no fue ajena a la preocupación por el futuro. Una minoría consciente no albergaba dudas de que el país saldría adelante a pesar de las estructuras que el trujillismo había creado en tantos años de poder dictatorial. Pero la incógnita era si esos cambios les perjudicarían. Hubo reuniones entre ellos y prevaleció el argumento de que debían mantenerse al margen de cualquier manifestación y esperar acontecimientos. Por el momento la tempestad tronaba fuera de las colonias.

Bea estaba al tanto de las noticias por conducto de don Manuel. Sin dejar de acudir a la huerta, mantenía conversaciones con su mentor. Admitió que Trujillo cometió muchos de los crímenes que le imputaban. Pero en su caso particular, el Benefactor había cumplido con ella. O eso creía, al menos. Seguía costándole trabajo relacionarle con la desaparición de Martín.

—No lo comprendes —se lamentó don Manuel—. No era el presidente pero controlaba el Órgano Ejecutivo, el Congreso, las instituciones judiciales y policiales, la banca... Y, por supuesto, el Ejército. Nada se movía sin su conocimiento y mandato. Tenía el país en un puño. No creo que no supiera el destino de Martín.

A mediados de año llegó al país una delegación del PRD, que meses más tarde lideraba Juan Bosch. En el ínterin una gran protesta de mujeres se concentró frente a Palacio para pedir la liberación de los presos políticos, acto al que siguió una huelga

general multitudinaria. El presidente Balaguer se reunió con dirigentes de Unión Cívica Nacional y poco después fueron liberados casi todos los reclusos políticos, entre ellos los del Movimiento 14 de Junio. El país caminaba de forma imparable hacia otra forma de Gobierno.

Ranfis, el heredero natural del poder, actuó con la ferocidad que le suponían unos y otros. Pero cuando la sed de venganza se calmó con la ejecución de la media docena de conspiradores confesos, realizados por él mismo, según decían, en un lugar llamado Hacienda María, pareció que no tendría fuerzas para seguir en el enorme empeño de vengarse de tantos traidores a la memoria de quien tanto les dio. Con treinta y dos años, en plena posesión de facultades y con una considerable fortuna cubriéndole las espaldas, debió de admitir que su camino estaba en el disfrute de la vida, cosa que venía haciendo con su admirado amigo y excuñado Porfirio Rubirosa, el *play boy* legendario por sus relaciones amorosas con afamadas artistas del celuloide estadounidense y por sus matrimonios con bellas y millonarias mujeres norteamericanas. Era más gratificante que conducir la nave de amotinados en que se había convertido el país. Cuando el fin de año se acercaba decidió romper con un tiempo que no le concernía. Y buscó el exilio, como el resto de la familia y altos implicados del Gobierno y las Fuerzas Armadas.

Los bienes de los Trujillo fueron inmediatamente incautados por el Estado. A partir de ese momento se desató una furia antitrujillista. Las múltiples estatuas del dictador fueron derribadas y los agentes del SIM perseguidos y encarcelados. No hubo noticias de linchamientos, pero nadie dudaba de que estaban teniendo lugar. Los colaboradores menos directos del Benefactor intentaron capear el temporal pero muchos buscaron la seguridad en otros países. Era un momento de reivindicaciones y de clamar venganza. Ello dio lugar a un absentismo laboral festivo que afectó a escala nacional. Solo la capacidad camaleónica de Balaguer y otros, conscientes del momento crítico, evitó con su entrega y trabajo que el país fuera al colapso.

La marea de convulsión alcanzó a los colonos como un movimiento telúrico. Pasaron a ser los «españoles de Trujillo». Ya no eran los celebrados campesinos que modernizaron la agricultura y que aportaron modelos de producción agrícola, sino los usurpadores de tierras. Los terratenientes que las perdieron en el reparto alentaron a los campesinos propios y ajenos a su ocupación, sin diferencias entre las expropiadas y las que salieron de las talas. Una corriente de antiespañolismo se adueñó de Constanza. «¡Fuera los españoles de Trujillo!» «¡Quisqueya para los dominicanos!» Con el correr de los días la convivencia fue agravándose. Por la noche, y con total impunidad, los nativos mochaban los alambres, quemaban los sembrados, rompían los tractores, mataban los perros. Por el día soltaban búfalos, que campaban libremente por los descampados cuando se estableció la colonia y que desaparecieron con el reparto de tierras. Ahora los trajeron de donde estuvieran para que se comieran

las plantas y los frutos. Era difícil vigilar esas extensiones en las noches, que se habían vuelto peligrosas para los colonos que permanecían de guardia.

Hicieron reuniones de urgencia y entonces apreciaron la magnitud de los ataques. Pocas plantaciones habían quedado indemnes. Hubo colonos que recibieron agresiones físicas, algunos con heridas graves de colines. Los robos de mulos y ganado se hicieron corrientes. Grupos envalentonados se presentaban en las casas, cuando los hombres estaban en la faena, y amedrentaban a las mujeres con gritos y amenazas mientras enarbolaban colines. Pusieron denuncias pero la mayoría quedó sin concretarse en detenciones por lo que flotó la sospecha de que algunos policías permitían ese vandalismo. Decidieron la creación de brigadas de vigilancia con perros, porque los nativos en general tenían miedo de esos animales. Las provocaciones y ataques se redujeron pero la situación de animosidad persistió. Un grupo fue comisionado para viajar a la capital y exponer al presidente Balaguer y a la Embajada española las condiciones insoportables de vida a que estaban siendo sometidos. El problema no era vital para el Gobierno, inmerso en el gigantesco problema de construir un país nuevo después de tantos años de mandato totalitario. Al contrario, y dado que se postulaba una consulta popular para dotar al país de un sistema democrático, todos necesitaban los votos de esos campesinos envalentonados. Ellos eran más importantes que unos extranjeros advenedizos que se lucraron con prebendas de un tirano.

Recibieron una oferta consistente en que quien quisiera podía dejar la parcela y la colonia a cambio de 2.100 pesos. Les darían transporte hasta la capital y, los que desearan retornar a España, el viaje en barco pagado. Al paso de los días muchos aceptaron, sobre todo quienes formaron familias casándose entre españoles, no así los que se casaron con dominicanas y tuvieron hijos. Fueron yéndose poco a poco. También los dos gallegos que la ayudaban. Recogieron sus familias y sus bártulos y dijeron adiós a lo que había sido su hogar durante seis o siete años. Atrás quedaban sus esfuerzos y sus ilusiones, pero eran jóvenes y empezarían en otro sitio. Ahora sobraban casas, que albergaron a algunos dominicanos, aunque la mayoría quedaron cerradas en espera.

Emilia y su marido también optaron por la marcha. Unos buenos amigos, colonos que abandonaron tiempo atrás, habían logrado pasar a Venezuela. Estaban bien establecidos en Barquisimeto, en una granja grande. Les ofrecieron irse con ellos porque necesitaban gente de confianza. Irían allí.

—No voy con vosotros —decidió Sagrario.

—Piénsalo —dijo Emilia—. Allí hay más oportunidades, más gente. Aquello es otra cosa.

—Me quedo con Bea. Me necesita.

—Nosotros también.

—Sí, pero Bea está sola. Además, no es el fin del mundo. Quién sabe qué pasará en unos años.

—Que se venga ella también. Allí hay sitio para todos.

—Nunca abandonará esta tierra sin saber qué le ocurrió a Martín y dónde está su cuerpo.

—Debes irte con ellos —opinó Bea, más tarde, cuando se lo notificaron—. Estarás mejor y encontrarás quien sepa apreciar tus virtudes.

—¿Es que no me quieres a tu lado? —dijo Sagrario, con los ojos arrasados.

—¿Cómo dices eso? Eres parte de mí. Pero eres joven y tienes que vivir tu propia vida.

—No quiero saber nada de los hombres. Me quedo contigo. Mi vida está junto a la tuya.

No fue una despedida fácil para las hermanas. Cuando el autobús se perdía bañado en polvo solo hubo tiempo para el llanto. Era como la disolución de algo, el afán atosigado de renunciadas.

Bea siguió en el trabajo de las huertas mientras Sagrario cuidaba el hogar. Reparó las alambradas, los sembrados y las acequias. Rendía de sol a sol, sin hacer renuncia de las pasiones que en ella sembró su hombre. No pudo encontrar quien la ayudara. Ya no había desocupados y nadie a quien acudir. Era mucha la tarea que hacer en las dos parcelas, así que se vio obligada a desatender la comprada un año antes.

A menudo dejaba de faenar y se acercaba al borde, donde espiaban los árboles. Siempre hallaba consuelo en esos gigantes vegetales porque Martín le enseñó a amarlos. Al principio buscaba en ellos el sonido perdido, el latido que dio sentido a su vida. Ahora, después de los meses transcurridos sin percibirlo, se confortaba con el vigor que transmitían de su propia naturaleza. Cuando pasara más tiempo, si tenía oportunidad, compraría una parcela lejos de la colonia pero en una parte de Constanza, en la zona alta. Nunca abandonaría esa tierra. Construiría una casa y daría nombre a cada árbol de la parcela, porque serían suyos para siempre. Y cada mañana los saludaría uno a uno, sin prisa, gozando de sus mensajes sin voz hasta que el tiempo se rindiera.

Un atardecer vio a tres hombres hurgar en los alambres. Soltó a *Viento* y los intrusos escaparon. Guardaba los mulos en el jardín y, como estaba sola, cada mañana se llevaba uno de ellos a la parcela, regresando con él al anochecer con algunos frutos en las alforjas. Con *Viento* suelto no temía ningún ataque.

Una madrugada sintió ladrar al perro y el ruido de forcejeos. Salió a medio vestir empuñando el colín. La verja estaba abierta. A la luz de las estrellas llegó a tiempo de avistar la salida de dos mulos jalados por cuerpos difuminados. Dos sombras más se agitaban entre gruñidos y denuestos. Se acercó rápida. Un gemido la espeluznó. Llena de furia inédita lanzó su mano armada hacia delante. Sintió el impacto, el metal

abriendo tajo en carne. La sombra gritó. La otra le prestó ayuda y escaparon. Bea salió a la calle, detrás. Los intrusos huían, uno apoyado en el otro, dejando pista de sangre. Pudo distinguir sus mulos trotando en la lejanía. Entró. No habían podido llevarse al tercer mulo. Buscó a *Viento*. Tenía un gran tajo en la cabeza y sus ojos se habían apagado.

## Segunda parte

## Madrid, Agencia de Corazón Rodríguez, enero de 2006

—Para comprensión de la historia debo empezar por decir cosas que son de conocimiento general, aunque siempre hay pasajes no conocidos por la mayoría. La historia de mi país, desde la independencia, está marcada fuertemente por Trujillo. Nunca nadie tendrá tanta significación como él. Aún ahora hay gente que lo conoció y que piensa que su Era fue la que proporcionó el mayor esplendor a nuestra República. Están equivocados. Fue un régimen despótico, corrupto y sin libertades. Más de tres décadas en las que la vida humana no tuvo ningún valor para quienes se opusieron al sistema. Pero en la otra parte de la isla de La Española había otro régimen aún peor, el de François Duvalier, llamado también Papa Doc. Las atrocidades que ese hombre hizo en su pequeño país no son para contar. Bástese decir que se estima en treinta mil las personas que fueron eliminadas durante cada uno de los dos regímenes en sus respectivos países. Pero mientras Trujillo lo hizo en treinta y tres años, François Duvalier solo necesitó catorce. Más aún: su hijo, llamado Jean-Claude aunque más conocido por Baby Doc, prolongó el régimen de torturas y asesinatos hasta el año ochenta y seis. En total, veintinueve años de mandato despiadado en el que los victimados haitianos fueron sesenta mil. Es decir, en un período de tiempo similar, las dictaduras de los Duvalier padre e hijo masacraron al doble de ciudadanos que la dictadura de Trujillo.

»En teoría, y sin entrar en detalles, ambos regímenes eran iguales. Ambos salieron de unas urnas fraudulentas, por presiones de los respectivos ejércitos; ambos se hicieron dictaduras anticomunistas, ambos estuvieron apoyados y financiados por Estados Unidos, ambos gozaban del beneplácito de la Iglesia, a la que hacían constantes donaciones, y, para el orden interior, ambos se sostenían por siniestras organizaciones policiales: el SIM en Quisqueya y el MVSN en Haití. Y una cosa más y no menos importante: ambos eran racistas. Pero aquí viene la diferencia. Mientras Trujillo quería blanquear la raza, Duvalier deseaba lo contrario: que la raza única o hegemónica, al menos entre la clase gobernante y la élite burguesa de Haití, fuera negra. Quería una raza afro pura. Así que mientras Trujillo asesinaba haitianos, el otro perseguía y eliminaba no solo a los blancos sino a los mulatos y zambos.

»En diciembre del cincuenta y ocho los dos dictadores se reunieron en un punto fronterizo dominicohaitiano situado entre las localidades de Jimani y Malpasse y firmaron un acuerdo por el que ambos regímenes se comprometían a no permitir acciones subversivas en contra del otro en sus respectivos territorios, y que todas las acciones de los exiliados políticos que incitaran a la violencia serían castigadas con severidad. Era un acuerdo para ser cumplido cuando conviniera porque en realidad a ambos dictadores les interesaba socavar el país visceralmente enemigo. Sus teorías

sobre la raza eran irreconciliables. Solo fueron razonablemente fieles al acuerdo a partir de la llegada de Castro a Cuba, enemigo común por su programa de exportar la revolución comunista a toda América.

»Dada la imprecisa frontera, nunca cesaron las escapadas al otro lado de personas perseguidas. Cuando los interceptaban y convenía, los devolvían a cambio de un evadido de la parte contraria. Puede uno imaginarse el destino que esperaba a esos desgraciados. No ocurría así con aquellos que podían desfavorecer la imagen del otro país sin parecerlo o cuyas profesiones, valga decir médicos o arquitectos, sirvieran al país receptor. Esos eran amparados con artilugios legales que los justificaban. Así que cada uno devolvía o retenía a los escapados en función de sus intereses.

»Todo lo que le cuento a partir de ahora procede de testimonios orales, no contrastados pero de verosimilitud aceptada. Todo hila con la lógica y con la veracidad de lo que afirmaron aquellas personas que vivieron esos hechos.

»En mil novecientos cincuenta y nueve hubo una invasión dominicocubana por las localidades de Estero Hondo, Maimón y Constanza. Fue un fracaso. Por diversas causas, algunos españoles que Trujillo había llevado como colonos se adhirieron a la invasión. Nunca habrá documentos que lo atestigüen, como no los hay de los campesinos muertos por el ejército de Trujillo durante esa invasión, ya fuera por causa de los bombardeos indiscriminados sobre campos y aldeas o fusilados por sospechas de haber ayudado a los invasores. Se trataba de que la incursión estuviera aislada de adhesiones internas. La consigna era mostrar que no tuvieron ninguna asistencia por parte de la población, ya fuera nativa o asimilada. Pero las familias de aquellos desaparecidos guardaron la memoria. Y cuando llegó la democracia, que nunca fue estable y que provocó una nueva intervención gringa en el sesenta y cinco, intentaron averiguar su paradero en la esperanza de que siguieran con vida, o, en su defecto, el testimonio de dónde echaron sus cadáveres.

»Aquí, de su guerra civil de ustedes, pueden encontrarse restos enterrados en campos o cunetas. Allá no es posible porque a muchos los desaparecieron arrojándolos a alta mar desde aviones o barcos.

»Uno de esos españoles de Constanza, que gozaba de un interés especial y sorprendente por parte de Trujillo desde su llegada, se adhirió al grupo invasor por causas nunca sabidas. El dictador apostó por la lógica y tuvo certeza de que intentaba llegar a Haití. Así que ofreció a Duvalier cambiar al español, si finalmente llegaba allá, por uno de los escapados políticos que se guarecían en Ciudad Trujillo. El dictador haitiano aceptó, anotó la descripción del fugitivo y dio las instrucciones para que lo cogieran vivo si se presentaba en la frontera, lo que sería una hazaña sorprendente. ¿Alguna duda hasta ahora?

—Varias —dije—. Pero una en particular. ¿Cómo hicieron ese trato los dos dictadores? ¿Volvieron a verse?



—Nunca lo hicieron desde el acuerdo suscrito en la frontera. Utilizaron el teléfono. Tenían línea directa, como los rusos y los gringos. Y hablaban en español porque Trujillo no sabía el francés y el otro, como la mayor parte de los haitianos, usaba el español con frecuencia.

»El colono español consiguió llegar a Haití a pesar de todo y fue detenido por los Ton-tons Macoutes de la milicia denominada Volontaires de la Sécurité Nationale, el MVSN que antes mencioné. —Optó por una interrupción, no supe si para dar dramatismo al relato o si alguna emoción gusaneaba en su memoria—. Pero no fue devuelto a Ciudad Trujillo.

—¿Qué eran esos Ton-tons?

—Una policía secreta, sin uniforme la mayoría pero todos con anteojos negros. Estaba compuesta por miles de hombres, muchos de ellos reclutados entre simples delincuentes. No recibían remuneración del Estado, por lo que se financiaban ellos mismos a través de la extorsión y el crimen. Cuando paraban a alguien por la calle, lo normal era que el interpelado se defecara encima de puro miedo. Tan terribles y descontrolados eran que el mismo Duvalier no se fiaba de ellos y decidió rodearse de una policía de confianza llamada Guardia Presidencial.

»Es oportuno señalar que el coronel Johnny Abbes, el sagaz e implacable jefe del SIM, no fue consultado por Trujillo, solo informado del acuerdo establecido entre los dos mandamases. Él debía simplemente ejecutar la orden. El haitiano elegido por Trujillo era uno de los capitanes que participaron en la intentona para derrocar a Duvalier ocurrida dos años antes y que costó un elevado número de muertos en Haití. Le tenía en la prisión atenuada de la Base de San Isidro porque le dio importantes informes sobre asuntos militares del otro país. Pero no le merecía ninguna consideración porque era un militar y se sublevó, algo imperdonable para Trujillo y su escala de valores, en la que el espíritu castrense, sea del ejército que fuere, estaba en lo más alto. Así que entre el blanco admirado y el desertor negro, Trujillo no tuvo dudas.

»Duvalier y Abbes eran amigos desde que este ayudara y financiara al haitiano para conseguir el poder en mil novecientos cincuenta y siete, y después de que, más tarde, como consejero de Seguridad de su Gobierno, le asistiera en la creación de la MVSN, remedo del SIM. Además viajaba con regularidad a Puerto Príncipe, donde siempre lo recibían con grandes muestras de afecto. En uno de esos viajes, Duvalier confirmó a Abbes el acuerdo hecho con Trujillo sobre el colono español.

»Aunque Abbes fue siempre fiel servidor del Jefe, era lo suficientemente avisado para percibir que el Régimen no podría durar muchos años más después de la impaciencia que empezaban a mostrar los gringos y la Iglesia. Tenía treinta y cinco años y no estaba dispuesto a que la marea de la renovación lo arrastrara. Para esa fecha Duvalier recién había cumplido el medio siglo mientras que Trujillo estaba al

borde de los setenta.

»Abbes era consciente del odio que le profesaban sus compatriotas, tanto por parte de las clases atemorizadas como de los chupones del Régimen. Para estos últimos era un advenedizo, con el máximo poder amedrentador del país después de Trujillo. Al contrario que en Haití, donde era una persona respetada. En caso de que Quisqueya reventara de odios, él debería optar por el lugar donde sus espaldas estuvieran cubiertas.

»Abbes jugó a ganador a espaldas de su Jefe. Ofreció a Duvalier la entrega de un profesor complotado en el intento de golpe de Estado que antes mencioné, además del capitán del Ejército ofrecido por Trujillo. Sabía del odio del jefe haitiano por el humanista exiliado. La condición que puso era que no devolvieran al español sino que lo encarcelaran. Dirían que llegó agonizante a Haití y que murió allí. ¿Razones? ¿Quién puede saber lo que anida en una mente perversa? Testimonios orales de viejos colaboradores señalan que Abbes tenía obsesión por el asunto de Constanza. Quería saber lo que realmente pasó allí, asumiendo personalmente el interrogatorio del colono, no desde la condescendencia presumible de Trujillo sino con los métodos que le eran propios. Sentía una bronca especial hacia el maldito español porque fue la causa de que en ocasiones el Jefe cuestionara su eficacia en el alto cometido asignado. Por culpa suya recibió apercibimientos de Trujillo, no exentos de visos amenazantes lo que significaba la pérdida de su confianza. Y debía pagarlo caro.

»Y eso es lo que ocurrió. El español fue capturado en la frontera y llevado a la cárcel de Fort-Dimanche, una prisión más tenebrosa incluso que la de La Victoria de Ciudad Trujillo, a pesar de su festivo nombre. Está considerada como el Auschwitz de Haití. Miles de personas fueron confinadas allí sin pasar antes por ningún juzgado. Ningún juez intervino nunca en esos encarcelamientos. Fueron incontables los que murieron por hambre, enfermedades y torturas. Allí Abbes mandó torturar a ese colono español y luego lo mató. Trujillo nunca supo de ello. Los acontecimientos se le precipitaron y dejó de pensar en los españoles.

—Lo que cuenta no es solo interesante, sino tremendo. Pero debe de haber una relación, que no veo.

—Después de la muerte de Trujillo, Abbes viajó a varios países, España entre ellos. Era un país donde algunos elefantes venían a morir. Pero luego volvió a Haití, no sin dejar a buen recaudo la mayor parte del dinero sacado de Quisqueya: unos doscientos mil dólares de entonces. En Puerto Príncipe se ocupó de asesorar al MVSN. Y un día del sesenta y siete desapareció, con toda la familia. Algunos dicen que murió junto a su mujer e hijos, asesinados por los Ton-tons, que quemaron luego la casa. Incluso se mostraron fotos de unos cuerpos calcinados, totalmente irreconocibles. Pero hay contradicciones porque su vivienda, situada en la acomodada comunidad de Pétionville, nunca se quemó. Un día apareció vacía. El pájaro había

volado. Lo cierto es que Abbas siguió vivo porque alguien retiró el dinero del banco español. Solo pudo retirarlo él, o alguien que lo tuviera a su nombre, lógicamente con su autorización. No volvió a aparecer con ese nombre.

—No me digas que ese Abbas es el misterioso Ángel Álvarez.

—Ese canalla hizo mucho daño, se llenó de crímenes. En la lista de malvados fue incluso superior a su Jefe ya que Trujillo ejerció su crueldad durante tres décadas y ese individuo lo hizo en tan solo seis años. Algunos miembros de esas familias que destrozó, y que no estaban dispuestos a que escapara al castigo humano, buscaron su pista durante años. Y esas pistas parece que lo identifican. Solo lo sabremos de forma exhaustiva cuando puedan cruzarse sus huellas dactilares, algo realmente difícil porque el tal Álvarez apenas sale de casa y dicen que siempre lleva guantes, lo que es prueba de que las oculta. —Puso el gesto de quien acaba de presentar su tesis doctoral—. Bien. Eso es todo.

Le contemplé en silencio y él se dejó hacer. Parecía más delgado después de haber desembuchado todo eso.

—Ahora que no está Érido, ¿vais a contratar otro pistolero?

—No lo sé. No depende de mí. En cualquier caso, disculpe, pero no es de su incumbencia.

—Cierto. Pero, aunque solo sea para apaciguar la brizna de curiosidad que esta historia me ha creado, ¿por qué no me dices quién o quiénes son esos obstinados perseguidores del tal Álvarez o Abbas? En honor a la verdad casi me matan por él.

—No se lo puedo decir. Y, de nuevo le pido disculpas. No es algo que le deba interesar. Ya no tiene nada que ver con usted.

Estuve considerando el asunto. Tenía razón. Como Rafael Molina. No me incumbía. Además, estaba cansado de soportarlo. Si ese era el final debería dejarlo en ese punto. Y es lo que hice. Saqué lo requisado a Érido y se lo entregué. Todo. En su bolsa. La cogió sin abrirla.

—Solo una pregunta —dijo, sin apretar la mirada, como un perfecto embajador. Me dio la sensación de que no esperaba que soltara las pertenencias con tanta facilidad—. ¿Qué pensaba hacer con estas cosas?

—No lo sé. Quizá mi subconsciente esperaba que alguien como tú viniera a por ellas.

## Santo Domingo-Constanza, febrero de 2006

Desde el aeropuerto de Santo Domingo fuimos al hotel Meliá. Anocheceía. En previsión de que luego no tuviéramos tiempo, dimos un paseo hasta la zona colonial. Hacía calor pero el aire marino permitía tener una respiración acompasada. Caminamos por la avenida George Washington, custodiada por altas palmeras. Sus hojas parecían dialogar secretos con la brisa mientras las olas batían con fuerza a nuestra derecha. Casi nadie paseaba por el Malecón, pero en la mano de Rosa no noté un pulso de inquietud. Las luces de los coches ponían vida en la casi ausencia. Dejamos atrás el Obelisco Macho, con focos apuntando sus pinturas a lo *graffiti*, y el Obelisco Hembra. Rosa señaló dos carros tirados por pencos circulando entre tanto coche moderno. La visión destelló y me retrotrajo hasta mi niñez. Entonces, aunque ya habían dejado de ser habituales, todavía los carros eran siluetas del paisaje madrileño, en cuyas calles no circulaban muchos coches; sí viandantes atiborrando las aceras.

En la esquina de la fortaleza Ozama subimos por la calle Las Damas, se dice que la primera construida en el Nuevo Mundo, y nos acercamos a ver la estatua de Colón, situada en la parte lateral izquierda de la Catedral Primada. Unas luces entristecidas no alcanzaban para independizar las sombras. Más adelante, en la calle Duarte, abordamos un taxi para que nos devolviera al hotel.

—Estos paseos solos por las ciudades viejas no los aconsejan las guías de turismo —dijo Rosa durante la cena—. Siempre recuerdo lo que nos ocurrió en Caracas<sup>[8]</sup>.

—Nunca tuvimos incidentes en ningún sitio, salvo aquella vez. Pero lo resolvimos.

—Por tus recursos. Pero si el cántaro va mucho a la fuente...

—Si no se pasea por las ciudades nunca se entra en ellas. Conozco gente, no poca, que cuando viaja de negocios al extranjero nunca sale del hotel salvo para ir en taxi a las visitas profesionales. Aeropuerto, hotel, empresas; ese es el plan. Como si no hubiera ciudades que los sustentaran.

Al día siguiente hicimos las gestiones requeridas, lo que nos llevó toda la mañana. Después de almorzar alquilamos un coche con chófer. Quería que viajáramos con seguridad por una carretera de montaña que, según decían, necesitaba una buena reparación. Había unos mosquitos minúsculos, como cabezas de alfiler, que el conductor llamó jevenes y cuyas picaduras pueden causar fiebre. Avisados, nos habíamos untado repelente de insectos. El aire acondicionado dejó el bochorno y los insectos al otro lado de los cristales. El coche enfiló la autopista Duarte, de moderno trazado, que cruza de sur a norte hasta Santiago conectando las dos principales ciudades del país. Menos de una hora tardamos en alcanzar Bonaó. Unos kilómetros

adelante el chófer giró a la izquierda y tomó la carretera 12 a Casabito. Comenzamos una subida continua por curvas cerradas que serpeaban entre bosques acosadores de verdor.

—Parece Asturias —musitó Rosa.

El sol fue mitigándose hasta que desapareció, engullido por una niebla abierta que derivó en llovizna al tiempo que la temperatura descendía. El chófer conectó las luces y el limpiaparabrisas a la vez que cambiaba el aire frío por la calefacción. Circuló despacio por la pista mojada, rebotando en los baches. De vez en cuando la bruma se abría y permitía ver, a izquierda y derecha, simultaneándose, unos espeluznantes precipicios como bocas de monstruos esperando el alimento. Aunque era la carretera que llevaba a Constanza, cincuenta kilómetros desde el cruce, el tráfico era escaso.

—Dicen que van a transformarla en una vía moderna. Pero así llevamos desde Trujillo —se lamentó el conductor—. Lo único que han hecho hasta ahora es ponerle parches.

A la derecha apareció un monte continuo que escalaba hasta desaparecer en la niebla. Era una masa abigarrada y aparentemente impenetrable, de verdor chorreante, que se mantuvo durante el resto del viaje.

—Es la Reserva de Ébano Verde, un terreno muy protegido porque es un árbol único en el mundo. Solo vive en Constanza y está en vías de extinción —aseguró el conductor.

Kilómetros más allá surgieron los picos de una construcción singular. Es la ermita de la Virgen de Altagracia, y el lugar es denominado Alto de la Virgen. Hay un mirador con bancos y un templete. El chófer dijo que tenía que bajar porque era la Virgen de los Camioneros, su antigua denominación, y nos pidió que le acompañáramos. La Virgen está en varias pinturas y figuras; la central, un pequeño busto con las manos juntas en el rezo. Había muchas velas encendidas, a las que se unió la de nuestro chófer. Supusimos que alguien se encargaría de cuidar aquello. El mirador no cumplió con su función. Todo estaba cubierto por una capa de nubes, el paisaje atrapado, la vida ocultada.

Más tarde pasamos un puente de hierro sobre un arroyo rumoroso que descendía de la niebla.

—Arriba hay un balneario con dos preciosas cascadas. La gente se lanza, como si fueran peces voladores. Dicen que las aguas son milagrosas.

Un momento después entramos en una carretera de tierra emplazada a la derecha, que escalaba entre el verdor inagotable. Era El Arroyazo. Fueron apareciendo huertas, zonas de cultivo de flores, casas de madera derrengadas, campesinos con aspecto humilde cuidando gallinas. Y, luego, más arriba, hermosas casas de madera de distintos diseños. El chófer preguntó a unos lugareños. Subimos un poco más hasta alcanzar la urbanización.

El chalé está casi en la cúspide. Es de dos plantas, grande, con el porche orientado hacia el sur, la parte por donde llegamos. No está cercado por muros ni alambradas sino abierto, como si hubiera nacido a la vez que los enormes pinos que acechan por la parte de atrás. Un letrero en madera clavado a un lado poetiza el nombre: EL REFUGIO DE LAS BRISAS. Rosa y yo bajamos del coche, ella escudada en un chaquetón impermeable y yo en mi habitual cazadora de cuero. Avanzamos unos pasos y nos paramos frente al soportal. El calabobos tenía aspecto de no dejarlo. No hubo necesidad de hacer sonar el claxon. La puerta principal se abrió y apareció un mocetón rubio, en la cuarentena, sujetando un pastor alemán. Detrás, una mujer de edad calculada. Cerraban el comité de recepción otras dos mujeres, dispares en edades y formas.

—¿Se extraviaron? —dijo una de ellas.

—No, espero.

—¿Españoles?

—Sí.

—Si buscan alojamiento, no lo hay por aquí. Dejaron atrás un balneario.

—No buscamos hospedaje.

La mujer central, no podía ser otra, bajó los escalones y se nos acercó. Era de estatura media, delgada, y su rostro armonioso transmitía afabilidad. Un apunte de sonrisa parecía surgirle de forma natural.

—Si podemos serles útiles, estamos a su orden.

—Me llamo Corazón Rodríguez y ella es Rosa, mi compañera —presenté, mientras le daba la mano. La suya era rugosa, áspera, clamada de trabajos—. Desearíamos hablar con ustedes.

—Yo soy Bea del Valle. Síganme, por favor. Aquí llueve y hace frío.

Entramos y pidió que nos quitáramos los chaquetones, que colgó de un perchero. Nos pasó a un salón-librería bien dotado de medios para combatir el frío y el tedio. Miré las estanterías, con la atracción que siempre me reclaman los libros. El conductor quedó en el coche. No quiso entrar a pesar de que ella le invitó a hacerlo. Fue el momento de las presentaciones. El hombre era su hijo y se llamaba Martín. Me sacaba unos centímetros y tenía el cuerpo sólido y equilibrado. La mujer de edad parecida, su esposa, de nombre Lluvia. Tan sugerente patronímico hizo que prolongara su contemplación unos segundos más. Tenía el cabello de brillos negros, como recién duchados o como si le brotaran amagos de rocío. Su blanco rostro no estaba atormentado de soles sino rezumante de tersura. Sin duda que el nombre fue una elección acertada o bien que su cuerpo hubiera ido adaptándose al frescor renovado. La tercera mujer, Sagrario, fue presentada por Bea como su hermana mayor, aunque sus facciones y cuerpos no tenían ningún parecido. El perro obedecía a *Viento*.

—Siéntense, por favor. Permítannos ofrecerles algo de beber.

Pedimos unos cafés y Lluvia se encargó. En el ínterin observé a Bea sin insistencia. La había reconocido nada más verla. Filamentos de plata fulgían en su bruno cabello y el cristal de sus ojos no estaba mancillado por la acción del tiempo. Podía admirarse con nitidez el azul verdoso de su iris.

—Por estas fechas no suele hacer este tiempo, sino soleado. Por eso han venido mis hijos —dijo Bea, con voz llena de registros y aparente disposición a deshacer barreras—. Ellos viven en Santo Domingo pero vienen siempre que pueden. Martín es ingeniero agrícola y trabaja en el Ministerio de Agricultura y Minas. Lluvia es abogada. —Hizo un gesto con la mano—. Este sitio es muy hermoso. Estamos a casi mil doscientos metros de altura. Lástima de día. Hubieran podido ver la magnífica vista, con los valles del Tireo, de la Culata y de Constanza. Y las llanuras estallantes de flores multicolores. Pocos sitios tan bellos habrá en el mundo.

Era curioso, pero parecía mostrar desinterés en saber los motivos de nuestra visita. Por un momento tuve la impresión de que nos estaba esperando. La vinculé a una interpretación viciada por el oficio. En realidad, lo que mostraba era la satisfacción de quien se congratula con visitas que aportan aire distinto y que permiten ejercer de anfitriona agradecida.

—¿Vienen de España? —preguntó Lluvia.

—Sí.

—Un viaje muy largo. Y sorprendente. Casi todos los turistas extranjeros van a la costa oriental, a Punta Cana o a Samaná. Nadie se pierde en estos parajes salvo los ecologistas.

—No somos ni una cosa ni otra.

—Entonces esperamos que les sea bonito, busquen lo que busquen —dijo Lluvia.

—En parte, ya hemos sido pagados —aseguró Rosa—. No es que este sitio sea único en el mundo, pero tiene la belleza de mi tierra. Es como volver a ella.

—¿De dónde es que es?

—De Asturias.

—Mi marido era de allí —dijo Bea, mirando a su hijo, que se mostraba impasible aunque no me descansaba de su mirada.

—Busco dos cosas. Una creo haberla encontrado. No tengo claro lo de la segunda.

No hicieron preguntas. Se limitaron a mirarme. Eran las clásicas miradas que surgen cuando llega un desconocido e introduce una inquietud en la armonía. Les eché un rápido vistazo. Bea mostraba sosiego así como el hijo; Lluvia, sorpresa en calma. La más cauta, diría que incómoda, Sagrario, como si intuyera la invalidación del feliz discurrir. Tampoco el perro me quitaba ojo. No había tiempo para más aplazamientos.

—Bien —dije, mirando a Bea—. Estoy aquí para decirle que su padre de usted me encargó buscarla. Quiere verla.

Hubo un silencio repentino. La súbita quietud que provoca lo inesperado. Mis ojos estaban fijos en Bea, teniendo a los demás en el campo visual periférico. Ninguno parecía capaz de emitir sonido. Todos observando a la mujer.

—No entiendo lo que dice, señor —dijo ella.

—Nuestros padres murieron hace mucho —introdujo Sagrario.

—Quizá sí los de usted, pero el padre de ella vive.

Noté el congelante efecto de lo imprevisible en Bea y en Lluvia. El gesto de Sagrario expresaba otra cosa. Y me resultó satisfactorio que Martín no abandonara su parsimonia. Puse empeño en atenuar mis palabras con un gesto apaciguador.

—Usted, Bea, en realidad se llama Blanca y su apellido es Carballo Pondal, no Del Valle Pondal. Sagrario sí es Del Valle Pondal porque no es su hermana sino su prima. Usted, Bea, mejor dicho, Blanca, tuvo una hermana natural llamada Paula a quien no volvió a ver desde los dieciséis años. ¿He cometido algún error? —Dejé flotar un silencio reparador antes de concluir—. Quizás es un momento inadecuado, pero siempre lo es cuando se destapan secretos.

Bea se levantó, se sentó junto a Sagrario y la abrazó. La imagen hizo que me sintiera desmenuzado, como la calderilla que antaño y durante los bautizos echaban los padrinos a la chiquillería.

—Sagrario es mi hermana. Más que eso: una madre, una amiga.

—No lo pongo en duda. No pretendo deshacer nada. Pero no es su hermana biológica. Lo saben. Y por eso usted tiene aún un padre, que no es el de Sagrario.

—Diga todo lo que tenga que decir —habló Martín, con el mismo sonido que hace el trueno al incubarse.

—Usted y Paula fueron abandonadas por su padre —añadí, mirando a Bea—. Las abandonó, dejando también esposa, hacienda y país. Nunca dio señales de vida. Hasta ahora. Está vivo. Quiere expiar su culpa, verla antes de morir y pedirle perdón.

—¿Quiere pedirnos perdón, a mí y a Paula? ¿Dónde está ella? ¿También la encontró? —dijo, esperanzada.

—Ella... no está —dije, con renuencia. Y en ese momento Bea soltó el manantial contenido. Sin duda que habría pensado en la hermana muchas veces hasta que el recuerdo quedó en los archivos profundos de su mente. Ahora, de repente, yo le había hecho rescatar su imagen de los pliegues adormecidos. Noté que en ese momento la estaba viendo tal como la última vez en La Coruña. Pero, al mismo tiempo, le estaba haciendo experimentar la desilusión de lo imposible. Yo había traído a Paula a la luz para volver a enterrarla. Toda una vida en unos segundos. No podía alargar esa situación.

—Lo siento, señora Del Valle. Perdóneme, pero le ruego que me escuche. Usted



es quien decide lo que debe hacer. Tiene todo el derecho de ignorar a su padre o verle e increparle por su comportamiento. Hay tres opciones, que dejo en sus manos. No tiene que decidir ahora, por supuesto.

—Qué opciones —gruñó Martín, y por un momento creí que era *Viento* quien emitió el ruido.

—Puedo decirle a su padre que no la encontré —señalé, enfrentando su mirada—. Puedo decirle que la localicé pero que ella rechazó el verle. En ese caso tampoco le diría dónde vive. Y, finalmente, pudiera ser que Bea aceptara un encuentro con él.

—Entiendo que usted es un detective privado.

—Sí.

—Uno de esos fisgones que van por ahí chismeándose —añadió, sin mover las manos de las rodillas, lo que a mi entender establecía una oportunidad para que el diálogo terminara sin violencia.

—No lo es —dijo Rosa—. La prueba es que les da tres alternativas y serán ustedes quienes elijan la que más les convenga.

—Cierto —dijo Bea con voz recuperada—. De serlo, no nos daría esta posibilidad.

—Bien —dije, levantándome—. Volvemos a Santo Domingo.

—¿Tienen hotel? —inquirió Bea, sin levantarse.

—Sí —dijo Rosa.

—¿Vuelo cerrado para España?

—No.

—Necesito saber más. No pueden, no deben irse así —rogó—. Por favor, disculpen la brusquedad y acepten nuestra hospitalidad. Quédense. Lo que han traído es muy fuerte. Denme oportunidad de analizarlo. Martín puede llevarles mañana o cuando sea.

—Hay una buena habitación para huéspedes —añadió Lluvia, bosquejando una idea en la turbación—. Y sabemos guisar bien. No echarán de menos el hotel. —La nuera perfecta.

—A lo mejor mañana sale despejado y pueden ver los valles —sugirió Bea con voz exangüe.

Miré a Rosa.

—No tenemos pijamas ni...

—En el vestidor tenemos de todo, y también en los baños.

—Vale —dijo Rosa, con los ojos brillantes. La conocía bien. No lo aceptaba por ver esos montes solamente. Entendía que era necesaria una conversación más amplia para que la tensión desapareciera y que afloraran las mejores disposiciones. Las mujeres se merecían algo más. Convine con gesto de aceptación.

—Martín, por favor, paga al chófer y despídele.

—Lo haré yo —dije.

## El Arroyazo, Constanza, febrero de 2006

La habitación era acogedora, con ventanas que daban a la parte de atrás, y disponía de cuarto de baño incorporado. Un tubo metálico cruzaba del suelo al techo y desprendía el grato calorcillo incubado en la chimenea del salón. Un sistema tentacular y práctico para mantener toda la casa a la misma temperatura. Los cristales estaban llorando. Al secarlos, al otro lado aparecieron acosadores árboles con sombreros de niebla. Todos los sonidos estaban apagados.

Ni siquiera en la residencia de Llanes había tanta embriaguez de aromas. O acaso sí. Pero estos eran distintos, como si estuvieran naciendo para nosotros junto a un mundo nuevo. En la noche volvimos a aferrarnos al estupor mutuo. Todavía tengo que inaugurar goces en el cuerpo de Rosa y descubrir nuevos frutos en el éxtasis de impensados ocasos. Siempre es el primer día con ella, quizá porque con frecuencia estamos en cotidianidades distintas. Sumidos en el intercambio inacabable de ofrecimientos deleitosos vimos llegar los primeros intentos de las claridades y escuchamos cantar los gallos, que en el campo son como campanadas de iglesias sin paredes. Y luego sentimos el desperezo de la casa en lo cotidiano.

El desayuno fue madrugador. Parecía que todo el mundo había estado velando la noche. Estuvo abundoso de frutas y aromas. Rosa y yo simulamos un apetito ausentado, concedores de que a los anfitriones les gusta que los invitados no estén cargados de remilgos. No sorprendí un solo gesto de desacuerdo, como si todos se hubieran juramentado en dejar lo serio para la ocasión propicia. El sol seguía amordazado y la niebla casi abatía la visión de la primera línea arbórea. Después de las banalidades el asunto fue abordado por Bea con una suavidad exquisita, como si buscara un equilibrio en su alteración.

—No he podido dormir en toda la noche. Usted ha despertado muchas cosas — señaló, avalando lo que impregnaba sus ojos.

—La vida es un tren que discurre en una sola dirección. Pero nuestro caminar no es lineal. Por eso, en ocasiones, volvemos a encontrarnos en la misma estación de partida —dije, procurando que no sonara petulante.

—¿Qué pasó con Paula?

—No lo sé —mentí con la convicción de un graduado en esa asignatura—. Vi dónde descansa. Alguien debe recordarla con cariño porque hay flores frescas en su lápida.

En ese momento sonó el ruido de un coche. Al poco, una nueva pareja abordó el salón entre saludos de rigor. Él era una copia menor que Martín. La mujer era de color azabache. Cuando se quitó el abrigo mostró un cuerpo esbelto pugnando por salirse del vestido y llenarlo todo de efervescencia aun cuando estaba en una edad

intermedia desligada de estropicios. Si bien que para las mujeres hermosas no hay fecha de caducidad en lo de provocar tumultos.

—Mi otro hijo, Polín, y su mujer, Yvonne Legendre —presentó Bea. Correspondí con nuestros nombres.

Él apretó mi mano con firmeza, como queriendo indicar que a pesar de no tener los argumentos musculares de su hermano poseía el mismo nervio. Yvonne tenía en los ojos engarces esmeraldinos y su boca estaba secuestrada de sensualidad, sin artificio de maquillaje alguno. Fui consciente de su tremendo atractivo cuando apretó sus labios contra mis mejillas. No hacía ofrecimiento de su seducción, que expresaba con naturalidad. Cuando nos dijeron que era médico cardióloga me sorprendió mucho. Su estampa no era precisamente un antídoto contra las taquicardias masculinas.

—Han hecho el viaje expresamente desde Santo Domingo para verles —dijo Lluvia—. Yvonne mostró gran interés en conocerles cuando les dijimos por teléfono que estaban aquí y el encargo que traen.

Yvonne y Polín vivían en la capital también. Él era ingeniero industrial y trabajaba en una empresa de proyectos. Habían engendrado cuatro hijos, que estudiaban en la Universidad como los tres hijos de Lluvia y Martín. La conversación no tardó en entrar en el asunto motriz

—¿Cómo dio con nosotros, con tantos años por medio? —dijo Bea.

—En Mellid busqué la casa donde vivieron. No existe. Hay una vecina, Irene Velasco, una amiga suya de la niñez...

El tiempo retrocedió velozmente en los ojos de Bea, que hurgó en sus recuerdos.

—¡Irene...! No es posible...

—Me dijo que a la muerte de su madre, usted y Paula fueron a vivir a casa de los Valadouro, unos familiares que residían en La Coruña. Los busqué. Alguien los recordaba. Al año más o menos Paula marchó a Madrid. Pude seguirle la pista, pero no a usted. Alguien dijo que había venido para América con dos primas, hijas de los Valadouro. No sabían adónde. Pero mencionaron que por esas fechas muchos decidieron emigrar a la vez al mismo sitio, «como si se hubieran descubierto minas de oro». Una emigración similar no podía ser producto de la coincidencia. Era algo organizado. Solo la destinada a la República Dominicana respondía a esas características. Así que investigué. —Todos estaban pendientes de mis palabras, como esos niños que para dormir en las noches necesitan el cuento del abuelo—. Me puse en comunicación con la Embajada de España en Santo Domingo y con la de la República Dominicana en Madrid, ya que esa emigración fue fruto del acuerdo entre los Gobiernos de entonces. Finalmente conecté con el Archivo General de la Nación, que es quien en este país conserva esos documentos. Por correo electrónico les dije lo que deseaba y concerté una cita. Ayer por la mañana estuvimos allí y aprecié las

bondades del carácter dominicano. Todo fueron facilidades. Así que Rosa y yo pudimos ver esos archivos.

»No resultó muy difícil ya que ustedes no regresaron a España, con lo que descartamos buscarles entre ellos. Los mil trescientos y pico restantes quedaron en varias colonias. Miramos los procedentes de Galicia. No teníamos sus nombres, solo el apodo de la familia, que en los documentos no constan. Pero entre los provenientes de La Coruña encontramos una familia compuesta por tres hermanas, una de ellas casada, de apellido Del Valle. Llegaron a Constanza en la tercera expedición de mil novecientos cincuenta y cinco. Coincidían las fechas, más o menos. Un amigo gallego me dijo que Valadouro significa Valle del Oro en castellano y en las listas solo había una familia Valle. No había espacio para las dudas. Un amable funcionario del Archivo General llamó al Ayuntamiento de Constanza. Así supimos dónde encontrarles por estar empadronados en esta localidad. Sagrario —la miré, y así hicieron todos— es una integrante de Casa Valadouro. —Volví la vista a Bea—. Pero usted es de Os Trabada, de Lugo.

—Parece que se ha movido usted —dijo Lluvia, una pausa por medio.

—Algo me sorprende: que les permitieran salir tan jóvenes de España.

—Decían que la edad mínima requerida era de veinticinco años, aunque no había referencia de ello en el Convenio de Emigración —señaló Bea, volviendo de una pausa admirativa—. Quien decidía la lista definitiva era la Embajada de la República Dominicana en Madrid, adonde llegaban los aspirantes que el Gobierno español seleccionaba. Pero la selección estaba mediatizada por el delegado de Inmigración del Gobierno dominicano, que recorrió las provincias que le interesaban y que hizo valer sus preferencias no solo en las Diputaciones sino a través de las parroquias. No se anduvo por las ramas. A las autoridades españolas les daba lo mismo quiénes viajaran, siempre que no hubiera denuncias interpuestas y se cumplieran los requisitos. Los seleccionadores dominicanos, tras las dos primeras expediciones, buscaban que fueran más mujeres que hombres, cuanto más jóvenes mejor para tener un mayor recorrido en lo de la procreación. En la práctica vinieron muchos adolescentes, como yo.

—¿Cómo resolvieron lo del parentesco?

—El Convenio hablaba solo de ascendientes y descendientes directos —intercedió Sagrario, con voz forzada de reminiscencias—. El párroco de allá entendió la necesidad de que ella viajara con nosotras. Aparte del cariño que nos tomamos, no podíamos dejarla sola con los viejos, teniendo en cuenta que no había noticias de Paula. Sería imperdonable que ella no tuviera la oportunidad que se nos presentaba y quedara creciendo en la pobreza que no deseábamos para nosotras. Lo arregló del modo más insospechado. Nos dijo que había presentado el Certificado de Nacimiento de una hermana nuestra que murió de niña. La hizo pasar por ella. En la Diputación

no miraban si los candidatos correspondían con sus documentaciones; no tenía sentido hacerlo. Por otra parte, se daba por hecho que todo lo que viniera de los curas tenía la máxima credibilidad por cuanto ellos eran depositarios de la moral y la respetabilidad. —La miró sin extremar la entonación, señalando un hecho irrefutable—. Si alguna vez fue Blanca, durante toda su vida ha sido Bea.

—No es malo vivir dos vidas. Y posiblemente fue acertada la decisión de venir aquí —dije.

Todos se miraron. Sin duda que pensaban que el encontrarse allí, con una felicidad sin menoscabos visibles, se debía a aquella decisión.

—Habló de Irene —recordó Bea—. ¿Cómo está?

—Con ganas de verlas, bueno; de verla. Todos los años desde que usted marchara ha estado llevando flores a la tumba de su madre. Sin faltar ninguno.

—¿Qué me dice? ¿En serio? —exclamó, con gesto de desconcierto. Movié la cabeza—. Es sorprendente que hiciera eso y sin embargo no contestara mis cartas.

—¿Sus cartas? Ella solo recibió tres, que guarda como un tesoro. Pero las escribió Paula.

—¿Tres cartas, dice? Yo le escribí muchas cuando Paula marchó a Madrid. Pensé que ellas estarían escribiéndose. Dejé de hacerlo porque no me contestó. Como Paula. Nunca me escribieron.

—Irene no supo nunca que Paula fue a Madrid —aclaré—. Siempre creyó que estarían juntas en La Coruña. Por eso siguió escribiendo a Monte Alto. Ninguna carta le fue devuelta por lo que entendió que llegaron a destino. No tuvo respuesta ni volvió a saber de ustedes dos.

—Pero eso es imposible. ¿A Monte Alto? No recibí ninguna carta suya desde la marcha de Paula —dijo, totalmente confundida—. Incluso, a pesar de ello, le escribí desde la colonia para que me diera noticias de Paula, porque mi hermana se olvidó de mí... Irene no me escribió, no lo hizo... —Dirigió la mirada a Sagrario, que esquivó los ojos—. ¿No es verdad, hermana? Tú eras quien controlaba la correspondencia.

—Así es... —contestó la interpelada, parpadeando—. Nunca se recibieron más cartas, ni de Paula ni de esa Irene. A lo mejor cuando vinimos para acá...

—Pero tus padres nos las hubieran reenviado aquí —adujo Bea—. Ellos escribían regularmente, y nos daban noticias.

—No dijeron nada de ninguna carta de nadie —afirmó Sagrario, intentando ser convincente.

Empezó a rondarme algo absurdo por la cabeza. La miré.

—¿No le comunicaron sus padres que dos años después de su marcha, Paula regresó a Monte Alto para llevarse a Blanca a Madrid?

Esta vez la sorpresa de Bea le hizo levantarse. Todos miraron a Sagrario, que se volvió furibunda hacia mí.

—¡No lo dijeron! ¡Quién es usted para hurgar en nuestras vidas! ¡Váyase! ¡Déjenos en paz! —gritó, antes de lanzarse hacia las escaleras y desaparecer en el piso superior.

Vi a Bea tambalearse. Me levanté para auxiliarla pero Martín, con una velocidad desconcertante, se nos adelantó a todos. La abrazó en silencio y luego le dio un vaso de agua.

Los hysterismos no me conmueven, sí los sentimientos agredidos. Son expresiones diferentes. Como las mostradas por Sagrario y Bea en ese lance. Fui consciente de que estaba conmocionando el ritmo de esa familia y trastocándoles su pasado. Deseé que de ello no se derivara la rotura de su convivencia. Porque intentaba armonizar unas vidas alteradas en su origen, no marcarlas de infelicidad.

De repente se oyó un estruendo por allá arriba. No fue provocado por Sagrario sino más en lo alto. La porfía de las nubes antes de deshacerse en llanto. Al momento otro estampido. Y luego un aluvión de repiqueteos sobre el tejado del porche y la arboleda. La naturaleza no tenía nada que ver con el asunto pero agudizó la incomodidad.

—Bueno —inicié—. Creo que debemos...

—No —dijo Bea, extrañamente calmada—. Disculpen. Son muchas cosas para ella. Luego subiré a tranquilizarla. Pero dígame. ¿Es cierto que mi hermana fue a buscarme?

—Sí. Quiso llevarla con ella. No creo que se olvidara de usted. Y puedo asegurarle que Irene tampoco.

Bea buscó el consuelo de un asiento y quedó absorta mientras la lluvia fustigaba.

—Menos mal que hemos llegado antes —dijo Yvonne, tras un silencio prudencial, distendiendo—. Nos hemos librado del chaparrón.

—¿Siempre es así? —dijo Rosa, adhiriéndose a la intención.

—Más o menos. Como en Galicia y Asturias, ¿no?

—En cierto modo, sí. ¿Conoce Asturias?

—Nunca estuve en España. Pero es lo que dice Bea.

La miramos. La mujer estaba realmente afectada, con la mirada perdida.

—No hemos estado en España ninguno —dijo Polín—. Mi madre tampoco volvió. Ni siquiera mostró intención. Nos extrañaba porque nos hemos criado oyendo esa música. Era una contradicción: mencionar tanto una tierra y no querer volver a verla. Ahora entendemos por qué. Al parecer, mi tío Polín siempre hablaba de Asturias. Mi padre hablaba menos. En realidad dicen que hablaba lo imprescindible.

—Como tu hermano, entonces —sonrió Rosa mirando a Martín, que no había vuelto a sentarse—. Debo decir que, sin menoscabo hacia ti, me ha impresionado. Nunca vi un hombre de su estatura tan bien proporcionado.

Ni por esas él alteró su posición. Bea nos miró, como si la mención de su marido

la hubiera sacado de la estupefacción. Con voz apenas audible regresó a la plática y puso el dato necesario.

—Es igual que su padre, el fiel reflejo. Pasan los años y apenas cambia. Como si siempre fuera a estar en los veinticuatro años que tenía mi hombre cuando desapareció...

Ahí Rosa debió haberse limitado a poner cara de circunstancias y dejar correr el asunto. Pero no se resignó a que la acosaran las incógnitas. Bueno; era uno de mis defectos y se le había pegado.

—Veinticuatro años... ¿Puedo preguntar qué ocurrió?

Bea se miró en el hijo, que rompió la mudez con gesto de quien debe pagar un impuesto nuevo.

—No lo sabemos.

—¿No lo saben? ¿Cómo es eso? —remachó Rosa, más atenta a aportar un consuelo tardío que a la desazón que estaba provocando.

—En realidad... —inicié.

—Desapareció una tarde, cuando todo parecía indicar que la vida volvía a ser lo maravillosa que soñamos siendo niñas —dijo Bea, la mirada viajando a un mundo de su sola propiedad. Hablaba montada en poesía, pero no por lo que dijo sino por su voz pausada, reveladora de infatigables dialécticas internas. Luego añadió—: ¿Qué saben de la historia reciente de este país?

—Algo leímos sobre esa emigración de Trujillo...

—Por él estamos aquí. Él nos trajo, nos pagó todo. Fue fallida para miles, que decidieron regresar a España. No lo lamentamos quienes nos quedamos. Los que marcharon dirán que fue un gran fracaso, que no les dio todo lo prometido en los contratos. No les faltará razón. Para los que quedamos, menos de doscientos en Constanza, el fracaso fue la muerte del dictador, aunque pueda parecer una barbaridad. Lo fue, al menos en los años de transición. De los que decidimos seguir, pocos habrá que renieguen de haber venido a pesar de los duros trabajos pasados. Sin duda que Trujillo es responsable de todo lo malo que se le atribuye. La Historia ya le juzgó por sus crímenes. Pero nadie puede poner en duda que con los españoles, por las razones que fueran, tuvo siempre el mayor compromiso.

—Se puede adivinar que a ustedes no les fue mal —señaló Rosa, tras una consensuada pausa. Se azaró—: Disculpe; quiero decir, al margen de la pérdida de su marido.

—Nunca lamenté el haber venido —dijo Bea, el perfume de su voz enseñoreándose en el ambiente—. No hubiera conocido a mi Martín. Fue aquí, en Constanza. Supe que era el hombre soñado cuando lo vi, tan arrogante que nada podía comparársele. No había otro igual en toda la colonia. Nos casamos en mayo del cincuenta y ocho. Desapareció en junio del cincuenta y nueve. Solo catorce meses de



unión. Tan pocos y tanto en ellos... Jamás pude ver nada parecido en otros hombres, ni antes ni después...

Rosa me miró. Tal compromiso de fidelidad a pesar de tantos años nos trajo a la memoria el amor de aquellos inolvidables Manín y Pedrín hacia la Xana de sus vidas. El mismo sentimiento imborrable<sup>[9]</sup>.

—Nunca puse otro hombre en mi vida —continuó Bea mirando a sus hijos—. Ellos le han amado a través de mí. Y aman lo que él y su tío Polín amaron: esta tierra. Ahora Martín ha decidido, y Lluvia a su lado, quedarse a trabajar la tierra que les perteneció. Él ha pedido una excedencia en el Ministerio y ella en su bufete. Medirán sus apetencias de futuro mientras encauzan el trabajo.

—Supongo que es la que les dieron al venir y que la tienen arrendada —sugirió Rosa.

—Sí y no. Verán. Juan Bosch volvió del exilio meses después de la muerte de Trujillo y de que su familia abandonara la República. Era fundador del Partido Revolucionario Dominicano y con él hizo campaña electoral. La base de su discurso era la Revolución Agraria. Con ella deseaba captar los votos de los campesinos apelando a sus duras condiciones de vida. Eso redundó en gran perjuicio para los españoles que quedábamos. Se presentaba en los pueblos donde había colonias y en sus mítines decía que la tierra debía ser para los dominicanos. Algo sorprendente porque era hijo de español. A partir de ese momento se nos hizo la vida imposible. En principio venían en grupos no violentos que nos exigían la devolución de las parcelas. Cierto es que muchas fueron expropiadas por Trujillo para dárselas a los españoles. Era un robo aunque racionalmente tenía sentido porque ellos no sacaban rendimiento a la tierra y la tenían muerta. Pero otras salieron de las grandes talas que se hicieron a tal fin. Y otras fueron compradas. Fueron meses muy malos porque se produjo un vacío legal. Los títulos de propiedad de las colonias fueron invalidados y la hostilidad de los nativos se hizo insoportable.

—Nuestra madre no dejó que la amilanaran —terció Polín—. Aguantó sin desmayar, a pesar de que solo contaba con la tía Sagrario. Mostró mucho valor en aquellos momentos de tremenda reivindicación social. Porque lo primero que hizo Bosch, cuando fue elegido presidente en febrero del sesenta y tres, fue promulgar una nueva Constitución y empezar la Reforma Agraria prometida, por la que se prohibía a los extranjeros la propiedad sobre las tierras y en la que se calificaba el minifundio como antisocial y antieconómico. Las incautaciones ya eran legales.

—Los del PRD, ya en el Gobierno, venían en camiones del Ejército y simplemente tomaban ocupación de las parcelas —prosiguió Bea desmayadamente—. Nos quitaron a la fuerza la tierra que tanto trabajaron mi hombre y su hermano. Practicaron el mismo latrocinio que condenaban. Quisieron que aceptara la cantidad establecida para compensar las incautaciones. La rechacé. Ni por un millón la hubiera

cedido. Tenía otra comprada por mí y esa no pudieron arrebatármela. Con ella, Sagrario y yo hemos hecho frente a los años que vinieron. Nos hemos ganado la vida, aunque con mucho esfuerzo. Años de trabajos sin pausa... Cuando nos abandonó la juventud decidimos venderla.

—El Gobierno actual está devolviendo las propiedades a quienes fueron expropiados injustamente —añadió Polín—. Nunca es tarde. Mucho ha bregado Lluvia en las reclamaciones legales. Porque la tierra de mi padre no le fue desposeída a nadie; solo a los árboles. Ahora ya es nuestra otra vez.

—Aunque Martín y Lluvia se ocuparán, yo iré mientras pueda moverme —afirmó Bea—. Quiero volver a oír el susurro de esa tierra que despertó gracias al tremendo esfuerzo de mi hombre y de su hermano.

—Bosch estaba equivocado —dijo Lluvia—. Porque la tierra es para quien la trabaja, sea de donde sea, y más si ese campesino se integra en el país y lo ayuda a mejorar con su aportación. La tierra de Martín y Polín es una de las mejores gracias al amor con que la trataron cuando la recibieron. Es un minifundio productivo. Por eso los que se la apropiaron han luchado tanto para que no se nos devolviera.

Parecía que no quedaba mucho por decir salvo volver a lo del padre de Bea. Y de nuevo Rosa dejó de medir los tiempos. Como luego me contó, una inquietud indefinida le hizo insistir. Pero es así como, sin intención precisa, algunos secretos son desvelados. Una pregunta inocente o un comentario simple pueden poner en marcha los detectores internos. No tanto para la mayoría de las personas como para quienes nos dedicamos a la investigación. Nuestros oídos son antenas conectadas a un archivo procesador de alguna parte del cerebro. Es algo que funciona independiente de la voluntad.

—No nos dijo qué les pasó a Martín y a Polín. Perdona la interrupción de antes.

—Se lo diré. Estaban en la parcela el catorce de junio del cincuenta y nueve. Nunca olvidaré la fecha. Ese día un grupo invasor dominicocubano desembarcó de un avión y atravesaron nuestra parcela. Todo el Ejército de Trujillo les siguió. Nunca sabremos con exactitud lo que ocurrió pero Polín fue muerto y mi Martín desapareció. Los militares insistieron en que estaban conchabados con esos guerrilleros y que mi Martín se había unido a ellos. Era absurdo, irreal. Una burda falsedad. Porque aseguraron que a Polín lo mataron los invasores, algo contradictorio si hubieran estado confabulados con ellos. Lo desesperante es que mi hombre nunca apareció. ¿Por qué? Si todos los expedicionarios incursos aparecieron, muertos, heridos o agotados, antes o después, ¿por qué mi Martín no?

—¿No consiguió ninguna pista?

—Después de la muerte de Trujillo se hicieron esfuerzos para democratizar el país. Fueron tiempos de gran convulsión. Hasta hubo una guerra civil en el sesenta y cinco, que aprovecharon los gringos para justificar una nueva invasión. En las

elecciones generales del sesenta y seis ganó Joaquín Balaguer, que ya había sido presidente dos años con Trujillo y fiel colaborador durante las tres décadas de la Era. ¿Qué se podía esperar de él? En todo ese tiempo mandé escritos a los gobiernos de transición. No recibí respuesta. Escribí también a la Asociación Dominicana de Derechos Humanos y al Comité de madres, esposas y familiares de muertos y desaparecidos. No era un asunto propiamente dominicano. ¿Qué importaba la desaparición de un colono español cuando tantos muertos dominicanos se producían cada día? La Embajada de España se desentendió al dar por válido que se alió con los invasores golpistas. Me sentí impotente y desilusionada. Dejé de luchar en ese frente. La prioridad estaba en sacar a mis hijos adelante. Mi tiempo no daba para seguir en la inútil búsqueda. —Movié la cabeza—. Nunca sabré si Trujillo tuvo participación directa en lo ocurrido a mi hombre, aunque no hay duda de que fue consecuencia de su Gobierno. El caso es que mi Martín desapareció. Y los protagonistas de aquel régimen tampoco están. El tiempo les cubrió a todos.

En el silencio subrayado, el batir del agua fuera se hizo estruendoso.

—¿Saben cómo es el proceso de duelo con los desaparecidos? —continuó Bea—. No existe la oportunidad de rezar ante su cadáver ni el ritual del entierro y el funeral. En general, las familias viven en la esperanza indefinida de que algún día regresará el ausente, aun cuando la lógica de los años les advierten de lo vano de esa expectativa. No es mi caso. Sé que Martín nunca volverá porque noté cómo se despedía de mí, en mi interior. Y, aun existiendo la posibilidad, si bien remota, no quiero encontrar sus huesos. Tengo su imagen hermosa y fresca y no un único sitio donde rezarle. Está en todos los sitios, en cada rincón, entre mis árboles, cuando me miro al espejo, cuando contemplo a mis hijos... Y ello me hace feliz.

No era fácil hablar tras una confesión tan hermosa. Pero, al cabo, Yvonne lo hizo.

—Me equivoqué. No es un chaparrón.

La miré sin subterfugios. Había advertido una reiterada observación de ella hacia mí. Como si quisiera adoptarme en sus grandes ojos. Ahora esa mirada sonaba como una advertencia.

—Disculpa. Tu nombre. No suena a dominicano.

—¿Cómo tienen que ser los nombres dominicanos? —desafió, la mirada ahora imperiosa.

—Es dominicana, como yo —dijo Polín, lo que establecía una verdad chocante, cuando menos. Él, blanco áureo y ella todo lo contrario. Cal y obsidiana, por separado. Y sin embargo tan iguales en la armonía.

—Nació en Santo Domingo pero de padres haitianos, refugiados cuando Divalié —dijo Bea—. Un profesor y humanista. Un gran hombre.

No solo me miraba Yvonne sino todos los demás con excepción de Bea y Rosa. A la vez, sin disimulos, como temiendo o esperando algo. En ese momento me volvió la

sospecha de que me estaban esperando. Y de inmediato supe por qué.

## Constanza-Santo Domingo, febrero de 2006

El viaje de vuelta a Santo Domingo lo hicimos en el coche de Polín, un Jeep Grand Cherokee WK de color rojo. Con él al volante, viajamos Yvonne, Rosa y yo. En el chalé quedaron Bea, Lluvia y Martín. Y Sagrario, que no bajó a despedirnos. Las condiciones atmosféricas no habían cambiado. El hombre conducía con soltura por la resbaladiza pista, amparado en un silencio cómplice. Fuera se había enseñoreado la lluvia y el limpiaparabrisas no desmayaba. Ni siquiera hablamos al circular por la despejada autopista Duarte. Como si nadie tuviera ánimos de buscar desazones. Paramos a la entrada del hotel.

—Si tenéis un tiempo podemos conversar —dijo Yvonne, enfocándonos las luces de su blanca dentadura.

—Lo tenemos, claro que sí. Podéis dejar el coche aquí. Lo llevarán al aparcamiento. Sois nuestros invitados al almuerzo.

Buscamos una mesa discreta en el restaurante del hotel. La comida fue distendida, mundana, incluso jocosa. Pero el tema rondaba y al final de los postres salió a relucir.

—Así que tu padre era el español que supuestamente se unió a los invasores del catorce de junio y que caería en manos del dictador haitiano —dije sin rodeos, mirando a Polín—. El mismo que Duvalier no devolvió a Dominicana por acuerdo con el tal Johnny Abbes. —Me volví a los absorbentes ojos de Yvonne—. Y me imagino que tú eres la hija del profesor de Humanidades que el citado Abbes entregó a Duvalier a cambio de retener a Martín. Todo según versión de José Augusto de la Cruz Alcántara.

—Sí —aceptó ella ante el estupor de Rosa, a quien no había tenido tiempo de advertir—. Mi padre se llamaba Emmanuel Legendre y tampoco apareció nunca.

—Está claro que Bea ignora estos hechos de Haití. Se lo habéis ocultado.

—Consideramos que para ella es mejor no saberlo. De esta forma solo imagina un horror, no dos. Por eso intenté advertirte con la mirada, para evitar que hicieras un comentario comprometedor.

—José Augusto os apercibió de mi posible llegada.

—No. Él nos habló de todo lo que ocurrió en España y de la gran participación que tuvo «un detective llamado Corazón Rodríguez». Pero no pensamos que ese detective vendría acá. ¿Para qué? Era un asunto que en nada te concernía aunque te vieras involucrado sin quererlo. Lo lógico es que, resuelta tu curiosidad con lo informado por José Augusto, lo dieras por zanjado. Cuando Lluvia nos llamó desde El Arroyazo para decirnos que estabas allí, quedamos tan sorprendidos como ella y Martín al presentarte. No quedamos menos sorprendidos cuando, ya aclarado que no llegabas por eso, supimos el motivo de tu presencia. Es una coincidencia asombrosa

que al mismo tiempo estuvieras investigando un caso que afectaba a la familia.

—También fue una sorpresa para mí, aunque debería estar acostumbrado. Casi siempre surge algo novedoso.

—¿Vosotros contratasteis a Élideo García? —preguntó Rosa, intentando ponerse en situación.

—Sí. Y no es tan terrible como puede parecer.

—No lo digo por eso. Sé por Corazón lo que hizo ese Abbes.

—¿Quiénes estáis en el asunto? —dije.

—Estábamos, es el tiempo verbal correcto. Nosotros cuatro y unos cuantos amigos más, cuyos nombres no hacen al caso. Obviamente Bea y Sagrario ignoran la trama. No tienen ni idea.

—¿Qué ha ocurrido para que lo señales como tiempo pasado?

—Recibimos noticias. El asesino murió.

—Vaya. Entonces, será posible establecer su verdadera identidad con la autopsia.

—No hubo autopsia porque falleció en casa y el médico dictaminó que por causas naturales. Lo incineraron.

—Quedarán sus papeles, sus cosas. Algún testimonio se puede obtener de lo que dejó —señaló Rosa.

—No. Su identidad real permanecerá en la intimidad de la familia porque, como Ángel Álvarez, no estaba señalado por las autoridades ni españolas ni venezolanas. Era un ciudadano normal, que cumplía con la comunidad. Nadie investigaba oficialmente su pasado.

—O sea, que se llevó su misterio.

—No. Se llevó la posibilidad de la confirmación oficial. Y nos dejó la amargura de no haberle dado su merecido. Porque estamos convencidos de que era el carnicero del SIM.

—¿Desde cuándo lleváis con esto?

—Desde niños, de forma inconsciente, cada uno por su lado. Polín se crio en Constanza y yo en Santo Domingo —señaló Yvonne—. El asunto propiamente dicho lo iniciamos él y yo al poco de conocernos en la Universidad. Desde el primer momento sentimos que algo nos atraía, al margen de las evidentes razones —rio—. Cuando llegamos a la intimidad, columbramos que nuestros padres pudieron haber estado unidos en el final de sus vidas porque ambos desaparecieron por las mismas fechas y por el acontecer de la invasión del 14 de junio. Hablamos con amigos de acá y de Haití. Y de repente salieron muchos contando sus propias tragedias, las de sus familias; personas que iban perdiendo el miedo que les atenazaba durante años. Así supimos del protagonismo de Abbes en las torturas y muerte de nuestros padres, entre tantos desdichados. Estábamos por los ochenta. No teníamos medios para seguir en la investigación. Ni para averiguar, si los datos se confirmaban, qué fue de ese criminal.

Así que nos conjuramos para, en su momento, cuando nos fuera posible, seguir con el proyecto.

—Terminamos nuestros estudios —añadió Polín—. Nos casamos, empezamos a trabajar y a engendrar hijos. Un día, hará unos cinco años, nos vimos con el tiempo y dinero necesarios. Rescatamos la promesa y empezamos a movernos con intensidad. Volvimos a contactar con los animosos de la Universidad, algunos de ellos ya grandes amigos. Buscamos más datos. La información obtenida relativa a Abbes fue exhaustiva. Su culpabilidad era aplastante. Uno de los mayores criminales de la historia moderna.

—Fueron momentos inolvidables —continuó Yvonne—. Estábamos allí, dolientes, clamando justicia y sabiendo que era imposible de conseguir por los cauces legales. Entonces fue cuando Fidencio, uno de los más pausados del grupo, propuso que aplicáramos nosotros la justicia que reclamábamos, en el caso de que el asesino siguiera vivo. Remachó con un argumento inolvidable: «Es del todo conveniente y apropiado que hagamos esto, como dijo Abraham Lincoln».

—Nos adherimos a la idea sin oponer reparos. Iniciamos un plan de búsqueda. Pagamos a informadores. Supimos que cuando el asesino escapó de este país a la muerte de Trujillo, se embarcó para Europa, donde residió hasta el sesenta y seis en que volvió a Haití. La lógica decía que España era el mejor sitio donde podía estar. Se le siguió la pista. Se había movido en el terreno del comercio, donde hizo sus primeros contactos. Y allí volvió cuando tuvo que abandonar Haití a toda prisa.

—No hay que extenderse en esto. Solo había que buscar a alguien que llevara a cabo la ejecución. Y llegamos a Élideo García. Ya sabéis lo que siguió.

—Bea dijo que no le importa el lugar donde puedan estar los restos de su marido. ¿Es tu punto de vista? —dijo Rosa, mirando a Polín.

—Me gustaría hallar sus huesos, ver en ellos una huella tangible de mi propio ser. Porque fui engendrado el mismo día de su desaparición. Pero desharía el mundo de mi madre, la magia que la rodea en su recuerdo. Está bien así.

—¿También piensas lo mismo respecto a tu padre? —Rosa se dirigía a Yvonne.

—Hemos estado en Puerto Príncipe. En las afueras está Fort-Dimanche, Fuerte Domingo en español. No es el lugar feliz que dice su nombre sino una cárcel atroz donde miles de personas fueron torturadas y asesinadas. Recorrimos las celdas con una delegación de Derechos Humanos, que pretende llevar a los tribunales a los torturadores que aún viven. Solamente el verlas se aprecia que lo hecho por los Duvalier fueron crímenes de lesa humanidad, organizados y sistemáticos. Fuera de las murallas hay un montículo cubierto de maleza. Es una inmensa fosa común, que ningún Gobierno piensa en abrir. ¿Para qué? No es la única fosa común de Haití. Nadie pisa ese monte porque dicen que está lleno de espíritus reclamando justicia. Seguramente mi padre y Martín estén allí. Me contento con esa idea.

Rosa es una mujer fuerte. Pero miraba a Yvonne admirada del sosiego de que hacía gala. Polín rompió la pausa.

—Tengo que ponderar tu discreción. No dijiste nada de tus certidumbres delante de mi madre, ajena totalmente al complot. No se te escapó una sola insinuación cuando adivinaste nuestro papel. Y tu honradez. José Augusto, que está en esto porque algunos de sus familiares fueron asesinados también, destruyó todas las cosas de Élide García pero nos hizo llegar el dinero que portaba. No era poco. Se lo entregaste a José Augusto. Otro se hubiera quedado con él.

—No creas que no lo pensé. El pago a tanto acoso. Pero me quedé con el de los matones. No me resultó tan mal.

—Bueno... Propongo un brindis por la memoria de vuestros padres —ofreció Rosa—. Allá donde estén.

Mientras cumplíamos con las copas pensé en lo recién hablado. José Augusto me dijo que con su visita acababa el caso iniciado de improviso en Puente de los Santos. No fue exacto. Era ahora cuando podía afirmarse que terminaba de verdad. Y con la satisfacción de hacerlo pleno de sentido.

Más tarde en la habitación, mientras Rosa pasaba al baño, yo me sumergí en una encrucijada de cogitaciones.

—Dime en qué piensas —dijo cuando salió. Se había duchado y conducía la toalla de un lado a otro de su cuerpo desnudo, haciendo destellar las zonas que no tapaba. Luego dejó la toalla y se me acercó. Todo desapareció de golpe. La realidad del mundo era ella, su cuerpo inabarcable. Vio las luces de mis ojos y levantó una mano—. Luego, *honey*. Primero cuéntame qué has descubierto.

—Tendrás que cubrirte. Si no, será imposible.

Fue al baño y volvió envuelta en un albornoz.

—No descubro nada si te digo que no hay vidas totalmente lineales —dije, intentando aplacar la taquicardia—. En el caminar de la mayor parte de los mortales hay recodos donde van guardándose nuestros tropiezos. En muchos casos, además, quedan jirones de eso que llamamos alma.

»Paula y Blanca tuvieron la niñez truncada, y también su adolescencia. Basilio Fraile me dijo que Paula era mujer ahorrativa. Amaba a su hermana y fue a por ella a La Coruña, no creo que para inducirla a su profesión de entonces. Por lo que me contó Irene, Blanca era muy afanosa para el estudio a pesar de las duras condiciones. Ya ves qué biblioteca tiene en el chalé. Seguramente querría enviarla a alguna institución de Madrid y pagarle los estudios.

—Quizás al principio. Pero ¿por qué descartas lo de agregarla a su actividad? Si como te contaron era un negocio exquisito, rentable y artístico, parecería lo más lógico integrarla en el mismo. Además, la forma en que lo ejercitaban les permitiría estar años sin desgastarse.



—Te lo concedo. Aunque no duró mucho, al parecer. En cualquier caso, deseaban estar juntas. Pero sus proyectos fracasaron. Y ello ocurrió porque Sagrario cortó el nudo que las unía. No me cabe duda de que esa mujer quiso borrar toda posibilidad de un reencuentro entre las dos hermanas. Fíjate hasta dónde voy en mis sospechas: creo que interceptó y rompió no solo las cartas de sus padres donde informaban de las que Irene y Paula enviaban, así como de la visita que Paula hizo a Monte Alto, porque eso quedó claro cuando dio la espantada. Creo que también destruyó las que Paula enviaría directamente a la colonia, una vez que supo, quizá por los padres de Sagrario, el lugar de Dominicana donde estaba residiendo su hermana.

—¿Por qué crees que Sagrario hizo eso?

—No lo sé. Pero sospecho que Bea sí lo sabe, o lo adivinó.

—Su sorpresa y dolor ante tus revelaciones me parecieron genuinas. Casi se desmaya.

—Cierto. Pero hay algo entre ellas. Algo que posibilitó que Bea se repusiera a los pocos momentos. Supongo que tendrán una buena charla sobre ello.

—¿Cómo Paula iba a recuperar a su hermana, si estaba en este país?

—Si le hubieran llegado las primeras cartas, las que escribió a Monte Alto, Blanca no habría venido. Seguro que en ellas le decía que estaba ahorrando y que iría a recogerla. Las dos se hubieran reencontrado y vivirían en la felicidad de tenerse una a la otra, como siempre quisieron. No pudo ser. Pero Paula no cedió cuando le dijeron que Blanca estaba en América. Siguió ahorrando y doy por seguro que se puso en comunicación con la Embajada de esta República en España. La lógica lo dice. Y si no llamó por teléfono sería por imposibilidad técnica en aquellas fechas.

—¿Cómo iba a conseguir que su hermana volviera?

—Haciendo que Blanca solicitara el viaje de vuelta a España según las condiciones del contrato; es decir, de forma gratuita. Y en última instancia, si eso se complicaba, pagándole el viaje.

—Pero Blanca se enamoró de Martín nada más verle. Ese amor sería más poderoso que la llamada de su hermana. Sé lo que es eso. —Sonrió y empecé a perder el sosiego.

—Quién sabe. Lo cierto es que la primera posibilidad se truncó. Sagrario anuló las opciones que a Blanca correspondía tomar. Solo le dejó la de este país. Lo mismo le sucedió a Paula. La agresión que sufrió con ácido pudo ocurrirle igual si Blanca hubiera estado viviendo con ella. O no. Porque cuando una persona vive en compañía, el hecho trasciende a los conocidos y las violencias se reducen. No es una ley exacta porque la mente humana es incontrolable y hay locos en todos los sitios. Pero en la mayoría de los casos funciona así. En realidad, las vidas son un enigma. Una cosa tengo por cierta: no existe el destino, eso de los caminos marcados de antemano por un poder sobrenatural. No recibimos pautas al nacer. El destino lo

hacemos nosotros al elegir las variables que nos ofrece la vida. Lo digo siempre. Paula y Blanca son ejemplos. No tiene lógica decir que su destino era el de no volver a verse más.

—En eso nunca estaremos de acuerdo del todo. Pienso que el destino es el que me hizo conocerte. Y el mismo destino que unió los últimos momentos de Martín padre y Emmanuel Legendre.

—Se encontraron en un mismo punto de la historia por decisión del tal Johnny Abbes. ¿Qué tenía ese tío de prodigioso, qué de providencial? El que los descendientes de Martín y Emmanuel formaran luego la hermosa familia que hemos visto no entraba en los planes del torturador. Es el resultado de los remolinos que da la vida. —Me levanté y empecé a quitarme la camisa, mientras ella dejaba caer el albornoz—. Pero hay un punto que nunca te discutiré. No sé si nuestro encuentro estaba dictado o surgió del albedrío. Lo que puedo afirmar es que fue algo tan magnífico como el Big Bang.

# Epílogo

**Fort-Dimanche, Port-au-Prince, Haití, diciembre de 1960**

*Sin árboles, sin brisa, sin un trino,  
Sin la esperanza feliz de un labio enfrente,  
Sin una sola voz en el camino.*

*TORCUATO MIGUEL DE LA CONCEPCIÓN*

Sintió una vibración en las sienes, como una campanada lejana. Le trajo el recuerdo de cuando era niño y el aire limpio de las montañas difundía los tañidos de las iglesias distantes. Era como la reverberación insistente de una advertencia, allí dentro, sonando. Supo que era la señal de lo definitivo. De todas formas ya era demasiado tarde para seguir en la esperanza. Habían pasado tantos meses que dejó de contar. Algunos de los que llegaron recientemente dijeron que estaba finalizando el año sesenta. Más de un año desde su captura y confinamiento en una prisión que denominaban Fog Dimosh o algo así. Había algunos con más años allí. Pero con él se habían cebado. Mucho tiempo de torturas y subalimentación que le dejaron sin apenas carnes y medio ciego por la reiterada reclusión en celdas sin luz y la nula higiene. Oía hablar a esos hombres oscuros, cuyos sonidos al principio no entendía. Luego aprendió sus palabras, que vinieron a ser poco variadas y muy repetidas. Eran hombres llorosos, desesperados, aunque algunos mostraban un aguante diferente y repartían consejos y frases que los definían como hombres instruidos. Todos pertenecían a la categoría de convictos políticos, gente que el régimen de un tal Divalié no toleraba.

Todavía en los primeros meses aguantó, su fortaleza en espera. Así pudo resistir las incomprensibles torturas de aquel blanco rechoncho llamado Abbes, y al que nunca pudo espachurrar de un puñetazo porque siempre lo mantuvo con grilletes en manos y pies mientras asistía a las brutalidades. Y aguantó el salvajismo de esos negros musculosos que risoteaban como locos y le tundían a vergajazos, a salvo de lo que les podría hacer si no estuviera amarrado. Hasta hace poco aún confiaba que se produjera un nuevo milagro y lo enviaran de vuelta a casa.

Volver a casa, volver a Bea. Tan lejos de sus posibilidades. Cuando lo capturaron junto al río desconocido y vio que los soldados eran negros y que hablaban una lengua que no entendía, se confortó al creer que había llegado al país de la libertad imaginada, el país donde quería llegar, porque tenía el convencimiento de que los negros eran gente de bondades, personas solícitas y serviciales como las que vivían en Constanza. Pero la crueldad de sus captores, Tooto Macut les llamaban, superaba a la sufrida en aquella prisión del otro lado. Durante semanas le habían sometido a

torturas con bastones eléctricos, silla eléctrica y perros amaestrados. Llegó a pensar que le castrarían, como hicieron con otros según contaban. Ahora quedaba poco del hombre que fue, vencido por las llagas y la debilidad. Porque como decía uno de los fantasmas sin rostro, cuanto más robusta es una persona antes padece las secuelas de las infecciones y el hambre.

En ocasiones les dieron celdas algo holgadas, solo para seis u ocho. Pero las más de las veces eran para cuarenta presos y, como en La Victoria, tenían que mantenerse de pie, siempre descalzos y medio desnudos, orinándose unos a otros. Todos eran negros o mulatos, de vez en cuando algún blanco. Les superaba en más de una cabeza, por lo que destacaba como un faro. Ello hacía que sobre él cayeran los focos de las linternas cuando por las noches abrían las puertas para llevarse a los que habían muerto y que seguían parados, tiesos como garrotes, o a los que iban a interrogar. A algunos de estos tenían que arrastrarlos por el suelo, incapaces de caminar por el terror. Nunca volvían, aunque lo hacían otros en una rueda sin fin. Siempre se oía gritar a hombres o mujeres a todas horas, lo que también llegó a ser una costumbre.

Reunió sus últimas fuerzas para lo inevitable. Y qué más daba. Era de tierra de osos y sabía que atacaban cuando se veían acosados, el temor desvanecido. Había llegado a ese punto de retorno cero. Cuando la puerta se abrió y citaron su nombre y el de otros dos, estaba preparado y en paz con todo. Los guardias eran tres, uno armado de fusil y los otros con porras. No adoptaron ninguna precaución. Era impensable que ninguno de esos desgraciados, muertos en vida, hiciera algún movimiento agresivo o de resistencia. Mientras el del fusil cerraba al golpetazo, los otros dos iniciaron los movimientos para atarles las manos con las cuerdas que llevaban. Era la prueba de lo que les esperaba. Uno de los compañeros de Martín se desplomó y empezó a gritar de terror y a revolverse. Los de las cuerdas se agacharon sobre él para reducirle mientras el tercero miraba la escena sonriente, el arma desmayada. Martín le cogió del cuello y le incrustó el rostro contra la pared, quebrándoselo. Cogió el fusil y con la culata machacó el cráneo a otro, que empezaba a mirar qué ocurría. El tercero se incorporó medio alelado. Era imposible lo que estaba viendo. Martín le golpeó el rostro y siguió haciéndolo hasta deshacérselo. Luego miró a sus compañeros, que habían enmudecido y le contemplaban atónitos. Soltó el arma. Se arrodilló, para recobrar las fuerzas. Nunca se sintió tan débil. ¿Qué habían hecho con su vigor y con su vista? No tenía incógnitas que resolver, ni siquiera ira. Solo una inmensa tranquilidad. El pasillo estaba vacío y una luz mortecina lo pintaba de inhumanidad. Se puso en pie sobre las ulcerosas plantas y echó a andar trabajosamente hacia la salida, sin prisa, indiferente, seguido por los dos presos. Hacía tanto que no caminaba que sus piernas estaban atrofiadas. Salió a un patio grande. Unas luces esquinadas dejaban un boquete de sombra en medio por el que se precipitaba el cielo. El aire fresco de la madrugada le acarició la piel. Meses y

meses sin salir de las celdas y de pronto ese aire a su alcance. Aspiró hondo y sintió que los pulmones se le abrían llenándole de dolor y haciéndole recuperar la sensación aún no borrada de su recuerdo. Notó que tenía lágrimas, aunque nunca las había usado, ni siquiera cuando mataron a Polín. A saber en qué escondrijo de su cuerpo estaban. Las sintió bajar hacia la boca y las sorbió, aún en él la necesidad de no perder agua. Su vista se clarificó y pudo escarbar en las estrellas que creía perdidas. Estaban allí, esperándole. Las reconoció. Le llegó con ímpetu la cita de un escritor francés que Bea le recitaba en las noches claras, allá en la huerta. Señalaba que las estrellas se iluminaban para que todos tuvieran una. Ahora volvía a verlas, como en aquellas noches de caricias ardientes. Miró buscando la suya.

Oyó gritos ladrados y el golpear de botas en el pavimento. De pronto se encendieron varios focos y la luz secuestró la noche. Vio un despliegue de Tooto Macut por delante, apuntándole con sus armas automáticas. Se dirigió hacia ellos con indiferencia viendo correr hacia él a Bea en los verdes perennes de Constanza.

**Constanza, febrero de 2006**

*... Hemos dejado huellas por todos los caminos  
y algunos de nosotros ya no estamos.*

*JACQUES VIAU*

Bea entró en el dormitorio de Sagrario. La encontró sentada en el sillón mirando la lluvia a través de los cristales. Donde tantos años hubo serenidad ahora había sofoco de tristeza flotando junto a los latidos de un reloj de pared. Se aproximó a la ventana y acarició con la vista sus gigantes del bosque. Luego se sentó en la cama y miró en su interior. Tras una pausa, comenzó a desgarnar los zumos de su nostalgia.

—Cuando mi padre marchó quedé muy afligida. Tenía nueve años. Ese día se me acabó la niñez, tal y como la conocía hasta entonces. Mi hermana, a pesar de sus once años, había dejado el mundo de las providencias, aunque no su sonrisa. No la perdió nunca a pesar del duro trabajo que tuvo al asumir el mando de los trabajos de la huerta a medida que nuestra madre iba extinguiéndose. Ella siempre me confortó con su cariño y sus palabras de ánimo. Cuando seis años después nuestra madre nos dejó supimos que estábamos solas ante todas las incógnitas. —Parecía estar recitando las lecciones aprendidas en los años pequeños—. Los padres de Irene nos ayudaron mucho. Comíamos en su casa, se desvivían. Irene y algunos hermanos nos ayudaban en la huerta pero estábamos viviendo una vida prestada. Dormíamos en la misma cama, yo temerosa de todo. Entonces Paula me juró dos cosas: que superaríamos todas las dificultades y que nadie nos separaría... Cuando marchó a Madrid desde tu casa de Monte Alto, me aseguró que buscaba un buen futuro para las dos. Sería solo una corta separación hasta acomodarse en la capital. Prometió que volvería a buscarme. Mientras, me escribiría... —Movié la cabeza en un gesto de incredulidad—. He estado todos estos largos años acusándola de haberme olvidado, creyendo que había repetido el abandono de mi padre. ¡Y hoy me entero de que ella nunca me olvidó, que intentó volver a mí...!

Buscó el refrendo de una pausa. Solo se escuchó el tictac del segundero. Sagrario seguía mirando la ventana.

—Rompiste esas cartas —prosiguió—, las de tus padres que indicaban la visita de Paula, las otras que ella escribiría a la colonia, las de Irene... Y aunque me imagino la razón no por ello es menos monstruoso lo que hiciste. Porque una cosa es tu naturaleza diferente y otra tu conducta. Sé cómo eres casi desde el principio de conocerte, aunque no podía hallar explicación a un comportamiento semejante, algo tan desconocido para mis pocos años. Tus miradas, tus atenciones, tus caricias

sobrepasadas, que supe atajar inconscientemente porque ignoraba que esas cosas pudieran existir. Toño me lo explicó. Me habló de tu condición sexual, mantenida tan en secreto que nadie más que él se dio cuenta. No te dejó solo porque le enganchara aquella funcionaria sino porque... Pero eso en modo alguno justifica la terrible crueldad que tuviste conmigo.

Sagrario se volvió hacia ella. Tenía brochazos negruzcos bajo los ojos, cauces por donde debieron correr las lágrimas hasta el agotamiento.

—Cuando te vi por vez primera al llegar a la huerta, supe que no podría amar a nadie más que a ti —dijo, mirando en la distancia de su recuerdo—. No podía dejar de verte, oírte, sentirte. Me alegré cuando Paula marchó a Madrid porque así me tendrías solo a mí... Hice todo eso. Sí. No quise que nadie te me arrebatara. Evité que pensaras en aquella tierra pobre y en aquel dolor. Quise que solo vivieras la vida que tenías aquí, conmigo, rezando para que un día compartieras mi amor. Cuando conociste a Martín, le odié, como a todo aquel que tuviera sentimientos de posesión hacia ti. Pero luego el tiempo se impuso y acepté las cosas. Sigo amándote pero ya sin fuego... Pero no todo fue malo por haberte traído. Gracias a ello conociste a Martín.

—Martín no tiene nada que ver. Surgió, como pudo no surgir. Son tus actos. Impediste que yo volviera a estar con Paula. Te hablé de ella muchas veces, de nuestra niñez, de nuestros sueños. Oíste mi sufrimiento cuando me lamentaba de su silencio. Años y años. ¿No se te partía el corazón?

—No me importaba. Te tenía a mi lado y eso era más fuerte que cualquier otro sentimiento. Cuando los años me impusieron la razón, ya era tarde. No me sentí capaz de confesar. Hubiera abierto una nueva herida...

—Ya se ha abierto. Y no es por ese detective. De un modo u otro las cosas acaban saliendo a la luz.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé, con sinceridad.

—Quizá deba irme con Emilia a Venezuela...

—No. Esta es tu casa, tu hogar, tan tuyo como mío. Están los años compartidos, tu abnegación. Criaste a mis hijos... No les diré nada de esto. Resolveré las dudas que hayan podido causarles las palabras del detective. No quiero que se menoscabe el cariño que te tienen. Pero las cosas no podrán ser iguales. Al menos durante algún tiempo. Noto que ha surgido una barrera invisible.

Sagrario se levantó y apoyó la frente en el cristal mojado, quizá deseando que algo de humedad saltara a sus ojos agostados.

—Me arrepiento de lo que hice, aunque me permitió estar a tu lado todo este tiempo. Eres lo que más amo en el mundo. Te pido perdón por el daño que os causé a ti y a Paula. —Parecía hablar a la imagen que reproducía el cristal—. No somos



niñas. Tengo setenta años. ¿Crees que esa barrera es infranqueable?

—No lo sé. Cada vez que nos miremos saltarán nuestros frenos interiores. Dejemos que las nuevas sensaciones encuentren cauces que permitan albergar brisas cicatrizantes. Quizás algún día...

**Madrid, febrero de 2006**

En la calle de la Reina busqué a Basilio Fraile. Era mediodía y lucía un sol mentiroso, pero la temperatura no era mala. El hombre apareció en el portal arreando a su pierna deteriorada. En su rostro había un gesto de cautela.

—Usted otra vez. ¿Qué quiere ahora?

—Desearía que tuviéramos otra charla, si le parece.

—No sé si me apetece. El otro día me revolvió el cuerpo cuando me hizo recordar aquella época.

—Me dijo que fue la más feliz de su vida.

—Sí, pero...

—En realidad no le revolví el estómago. Vive usted con ese lastre.

—¿Cómo dice? —sopló, poniéndose en guardia.

—Estoy seguro de que cuando me escuche le interesará.

—Le costará cien pavos.

—De acuerdo. Pero tendrá que ganárselos.

—Vale. Vamos al café...

—Si no tiene inconveniente podemos ir a la plaza de Vázquez de Mella y sentarnos en un banco.

—No joda. Estamos en invierno.

—No quiero que nadie nos oiga. Lo comprenderá cuando me escuche. Además es un día soleado. Un poco de aire no nos sentará mal.

La plaza es un lugar renovado y con cierta actividad, con un aparcamiento subterráneo saturado ocupando el centro. Nos sentamos junto a la fuente sin agua, coronada por un busto de mármol blanco del insigne orador a quien dedicaron la plaza. Unos cabizbajos gorriones buscaban darse calor entre las desguarnecidas ramas. Basilio se acomodó las ropas y mostró su desacuerdo por el lugar elegido refunfuñando por lo bajo. Luego me miró, con el mismo aire desafiante de la vez anterior.

—Dispare. Dígame qué quiere ahora.

—El asunto es que le doy vueltas a las cosas cuando no encajan con la lógica. Los flecos me quitan el sosiego. Usted debe de saberlo bien porque le observé y sé que también le da al magín.

—Vaya al grano.

—Vi la lápida y lo que escribió en ella. ¿Es normal un amor tan prolongado hacia alguien con quien no se tuvo noviazgo ni matrimonio ni un lazo enganchado a la niñez? El suyo le llegó un día, de golpe, cuando la vio, sin que ella le diera promesa ni lo alimentara. Y dura cincuenta años, más de la mitad de su vida. ¿Cómo es

posible? —Me miró y vi la alarma invadiéndole—. Fue usted quien le ofreció matrimonio a Paula —solté de golpe. El hombre llevaba un abrigo y una bufanda enrollada al cuello. Noté que se estremecía, como si le hubiera dado una corriente eléctrica. Me miró de lado, como las lagartijas.

»Ella le rechazó porque no le gustaba usted, porque no le pareció el marido adecuado o porque le agradaba esa vida de lujo en la que se situaba como dominadora de hombres. Por la causa que fuera. A usted, tan enamorado de ella como me confesó en la cita anterior, se le hizo insoportable que retozara con otros hombres. Entonces, en un ataque de ira, le arrojó el ácido. Fue usted el miserable cabrón que lo hizo.

—Qué, qué dice...

—Nadie más que usted pudo hacerlo. Hubieran detectado la botella si la hubiera llevado un cliente. Allí habría licor suficiente para que nadie tuviera que llevarlo, además de que a nadie le permiten ir con bebidas a lugares donde precisamente constituyen una importante parte del negocio, sea bar, restaurante o sala de fiestas. Usted tenía acceso a todos los lugares de la casa, igual que las criadas y las lavanderas, por lo que tendría la misma libertad para el tránsito interno. Y era un hombre de confianza, como dijo de sí mismo. También me resultó curioso que recordara con exactitud la marca del coñac, un detalle absolutamente nimio ante esa conmoción. Y no encajaba lo del descuartizamiento. No porque no dejara de hacerse en esos y estos tiempos sino porque esa gente de alcurnia y tan alta posición se lo dijeran a usted, un simple ordenanza al fin y al cabo. Algo tan tremendo no se pregona, se guarda en secreto, a no ser que usted hubiera sido el despedazador —le miré—, cosa que descarto. Pero no fueron esos datos inconsistentes los que me hicieron sospechar sino su actitud cuando hablaba de esa chica. Una cosa era sentir pena en el recuerdo y otra mostrarse tan desgraciado. El horror que me contaba llevaba un sello propio.

»No descuartizaron a nadie. En cambio me imagino que a usted le dieron una paliza, le arrancaron la oreja que le falta, además de desgraciarle el ojo. Qué menos podían hacerle. Lo extraño es que no le hubieran matado, cosa que habría ocurrido si ella hubiera tenido chulo. Ese período de tiempo posterior, que usted dijo haber estado fuera, lo pasaría en el hospital, como ella. Y quizás en la cárcel bajo algún cargo buscado para tal fin. La única verdad que dijo referente a ese suceso es que fue ocultado para evitar el escándalo.

»Cuando aquello usted ganaba un buen dinero con las propinas, quizá no tanto como las chicas pero no les iba a la zaga. Entonces se daban propinas a todo el mundo. Conozco a un hombre que estuvo de portero de recepción del hotel Plaza, en el Edificio España. Hizo una fortuna con los generosos pluses que daban los extranjeros. Es decir, usted no tenía oficio, pero sí dinero, lo que daba, lo que da, seguridad, aparte de que no procedía de familia humilde. Y esa seguridad le hizo

apostar por hacer su esposa a aquella desafortunada chica creyendo que en el fondo deseaba ser rescatada de esa vida por alguien puro como usted creía ser. Pero ella le rechazó —insistí, hurgando en la herida—. La ira es mala consejera. Su acción determinó que ambos perdieran su salud, su trabajo y su futuro.

»No es amor lo que le embarga y le hace llorar. Es arrepentimiento por algo tan execrable. Acude con su ramo de flores a esa solitaria tumba esperando expiar su imperdonable culpa. Y seguramente habrá dispuesto en testamento que cuando muera inhumen allí sus restos para estar junto a ella en la eternidad

»Y ahora dígame si hemos elegido bien sentándonos aquí en vez de en un bar. Y si cree haberse ganado los cien euros.

Le miré. Las lágrimas le bajaban hasta la boca absorbida. Habló con voz insegura. —¿Qué... qué saca usted con esto?

—Verá. No le diré por qué buscaba a esa mujer pero sí que su trayectoria, la de ella, es conmovedora. En la niñez alguien quebró su camino natural, la vida sencilla. Tuvo una segunda oportunidad en su juventud para conseguir la felicidad que todos anhelamos. Pero usted le truncó el recorrido. La destruyó. Y de qué manera.

El hombre se derrumbó. Se cubrió los ojos con las manos y gimoteó.

—No pude soportar que hozaran en su cuerpo. Si le privaba de la belleza vendría a mí. Por eso lo hice. No me importaban sus cicatrices. ¡Tanto la quería...! ¿Cree que he tenido una vida feliz desde entonces? ¡Tantas veces le he pedido a Dios que me perdone, que me lleve junto a ella...! Incluso pensé en suicidarme...

Le miré. Sentí que un sentimiento de piedad se iba anteponiendo al asco que me inspiraba.

—No lo hizo, porque en su religión el suicidio es un pecado y Dios no le permitiría estar junto a ella en esa eternidad. Pero ¿sabe? —Me miró con ojos atormentados—. A pesar de ello no creo que pueda estar a su lado. Usted tiene sitio reservado en un lugar más caluroso.

Como en tantas ocasiones noté gravitar todas las penas del mundo ante la irracionalidad humana. El día seguía frío. Me levanté y me adentré en el tráfago.

## Madrid, febrero de 2006

Volvieron las ardillas al parque de El Retiro. Algunas incluso han perdido el miedo y corretean como saetas buscando la comida que les echa la gente. Quizá llegue el momento en que se las considere tan intocables como a las palomas o a las cigüeñas. Bea, Lluvia, Yvonne, Martín y Polín estaban admirados. En su país estos roedores no andan por los parques. Sagrario quedó en El Arroyazo. Por lo visto adujo que alguien debía quedarse para cuidar de la casa y del perro. Bea me había versionado tan poco convincentes razones, pero no era asunto mío.

Era una mañana soleada de sábado y algunos niños rompían el sosiego de los inmensos árboles. Estábamos junto al monumento a Alfonso XII y nos llegaba una falsa brisa húmeda como si la enviara un gran lago y no el sencillo estanque acordonado. Rosa aportaba su innegable capacidad para la distensión aunque no noté impaciencia ni nerviosismo en nuestros visitantes.

Habíamos estado el día anterior en el cementerio de La Almudena. Ya el verde y los brochazos dorados habían deshecho el manto aceroso del invierno. Se veían muchas flores nuevas en las tumbas, como si hubieran renacido ellas mismas desde los recuerdos.

Llevé a Bea y al grupo ante el nicho de Paula, apartándome a un lado con Rosa. Y luego vi que los demás se retiraban para dejar sola a la madre. En realidad, ¿qué era para ellos lo que había tras esa lápida? ¿Qué afectividad podían tener hacia quien nunca vieron ni sintieron? Ocurre igual cuando acompañamos a alguien conocido en el testimonio de respeto ante una tumba que nos es ajena. Solo aportamos nuestra presencia y consideración, pero vacía de emociones. Incluso, a veces, cuando miramos las lápidas de nuestros allegados nos parece estar contemplando algo irreal, y solo la extracción de recuerdos nos sitúa en las coordenadas del sentimiento. Bea, sin embargo, estaba experimentando algo inusual. Volvía a ver a la hermana añorada. Y, aunque inexistente, allí estaban todos los pensamientos e imaginados saliendo en tromba, humanizando la fría piedra. Aunque no como lo soñado, uno de sus deseos se estaba cumpliendo. Y ya sabía dónde encontrar los ecos de las risas lejanas compartidas.

Y ahora esperábamos a Juan Carballo, que apareció en silla de ruedas en el extremo del sendero. La empujaba un joven trasatlántico y a su lado estaba el hijo descastado. No supe interpretar si la silla era por necesidad o por inspirar lástima. Se pararon a unos metros, dudando. El anciano se incorporó titubeante y requirió un bastón. Bea se apoyó en mi brazo y me llevó hacia él, cuyo rostro, aunque pintado por las luces y sombras del sol filtrado, traslucía su emoción fustigante. Nos detuvimos a dos pasos.

—Siéntese —dijo Bea, sin soltarse de mi brazo. Su voz era suave, sin acritud—. Estará mejor.

—Hija... Quiero decirte...

—No se acerque. Ahórrese el discurso. No soy su hija. Solo me engendró. No le conozco.

Noté que la desilusión dilapidaba el caudal de esperanza que traía. La parte soleada de su rostro emblanqueció.

—Te cuidé en la niñez... Yo...

—Ni siquiera tengo buenos recuerdos de esos años. Sí sé que le necesitaba. Quería tener padre como en las demás casas. Y en las que faltaban era porque habían muerto, no por abandono, como usted hizo. No le tengo ningún cariño. Tampoco le odio. —Se volvió y llamó a Martín y Polín, que se acercaron—. Son mis hijos, sus nietos. Quiero que los vea bien. Porque gracias a usted fui a América y los he podido tener. El destino me los dio, como me dio a su padre.

—Entonces..., algo bueno hice por ti...

—Usted no tuvo nada que ver con ello.

—Pero has venido a verme... Significa que me has perdonado...

—Solo vine a darle las gracias por lo que se derivó de su maldad, no el perdón. Nunca lo tendrá. Para ello debían estar aquí mi madre y Paula. Usted las mató. No le deseo ningún mal pero no volveremos a vernos.

—Espera, espera... No puedo deshacer lo hecho. Te suplico que me perdones... Déjame que te compense...

—No puede comprar un perdón inútil. Porque nada puede apaciguar lo que le corroe por lo que hizo.

Tiró suavemente de mi brazo y me integró al grupo, que echó a caminar con indiferencia. Me detuve y volví la vista al hombre despreciado. Daba pasos temblorosos, la mano extendida.

—Señor Corazón, venga, por favor... —Fui hacia él—. Haga que vuelva, dígame que me llame, le daré...

—Olvídelo, padre —habló el hijo, con la satisfacción agolpándose en sus ojos. El buitre sobre los despojos de un hombre acosado de alucinaciones—. ¿No ve que no hay nada que hacer? Ya la ha visto. No quiere saber nada de usted. Déjelo estar.

—¿Usted cree, señor? —dijo, mirándome implorante.

—Mi trabajo terminó. En este asunto no tengo ninguna autoridad. Puede que su hijo tenga razón.

—¿Ves? Ya te dije —señaló el citado.

Juan Carballo lo estaba pasando muy mal; totalmente desprotegido de la vitalidad e indiferencia hacia los demás que debió de tener en su vida de trabajos. Él era el origen de tragedias que nunca conocería. Sin duda que merecía el castigo que debería

arrastrar hasta el agotamiento de sus días. Pero el hijo de latido feliz que tenía al lado quizá no se merecía ese final tan satisfactorio a sus intereses.

—Haré algo por usted —dijo al anciano. Saqué una tarjeta y apunté en ella. Se la di—. Esta es la dirección de Blanca y sus teléfonos. Llámela. Escríbala hasta donde pueda. Nunca hay que perder la esperanza.

**Mellid, Melide, mayo de 2006**

La primavera exhibía una musculatura no habitual en la provincia. El calor se veía incrementado por el gran atasco del tráfico rodado. Era el día de mercado semanal y las calles del centro estaban negadas para los automóviles. El grupo lo formábamos los mismos que en el parque de El Retiro. Parecíamos esos turistas que se cuelan en todos los lugares, que es la única manera de sentir el pulso de los pueblos. Nos cruzaban peregrinos con sus báculos y sus equipajes de cansancio y polvo. Me adelanté y llamé a la puerta, que se abrió al poco. Irene Velasco encendió su mirada.

—Señor Corazón...

No dije nada. Ella miró al grupo agolpado, del que se destacó Bea. Luego corrieron una hacia la otra. No lo hacían en el espacio sino en el tiempo enorme, intentando unir la distancia de medio siglo. Hice un esfuerzo de imaginación y vi la escena a velocidad retardada, notando que a cada zancada se deshacían paquetes de años. Y a cámara lenta las vi abrazarse, imaginando las exclamaciones y los llantos en el sonido ausente de la hipnosis temporal.

Volví en mí, al tiempo real. Ellas se habían fundido en una sola estampa. Como si no les quedara margen y temieran separarse. Pero el tiempo no les había caducado. Tenían mucho por delante porque ahora todo era grano, erradicada la paja de los tiempos copados por la juventud equivocadamente inacabable. Ahora vivirían la esencia de los perfumes, no el líquido que las contiene. Y esa savia renacida les borraría las largas horas inclementes.



## Agradecimientos

Abánades Herráiz, Óscar, inspector del Cuerpo Nacional de Policía de la UDEV Central.

Correa Pérez, Roberto, médico pediatra, de Ponferrada, y gran aficionado a la Historia.

Francis Cabral, Fidencio Edmundo, ingeniero civil, residente en República Dominicana.

Gallego Pita, César, restaurador, dueño del restaurante Coral de La Coruña.

Hidalgo Girón, Antonio, arquitecto técnico y especializado en descubrir lugares de la España aún oculta.

López Mourelle, Mariña, licenciada en Derecho y coruñesa apasionada.

Magallón de Sebastián, María Teresa, médico, especializada en Traumatología y lectora impenitente.

Momparler Sánchez, Juan, oficial de la Unidad Central de Protección de la Comisaría General de Seguridad Ciudadana.

Murillo Gómez, José Ramón, comisario jefe de la Comisaría de Arganzuela.

Ramírez Santana, Oneyda Mercedes, médico-cardióloga, residente en República Dominicana.

Silva Del Pozo, Ramiro, diplomático, embajador en varios países, Caballero de la Real Orden de Isabel La Católica, residente en Ecuador.

Salcié, Antonina, médico odontóloga y colaboradora del Consulado de Dominicana en Madrid.

Sánchez Caravaca, Nuria, licenciada en Criminología y Grafóloga diplomada.

Vilariño Fernández, Yolanda, de la panadería Da Cunha del barrio de Monte Alto de La Coruña.



JOAQUÍN M. BARRERO, nace en Madrid, de ascendencia asturiana, ya iniciada la Guerra Civil. Analista químico, fue emigrante en Venezuela antes de sentirse captado por el mundo del comercio internacional, lo que le llevó a viajar por gran parte de Europa, América del Norte, África, Oriente Medio y toda Iberoamérica, impregnándose del horizonte cultural que ve en esos periplos.

Desde temprana edad ha cultivado todo tipo de lecturas con incidencia en la literatura de viajes, el thriller, la Historia, en especial el estudio de la de España. De su voracidad por el conocimiento representa una prueba su biblioteca, de más de seis mil títulos.

Abandonó su trabajo para escribir, haciéndolo a edad avanzada. Sus novelas son de tipo histórico policíaco, que con escritura sencilla y buen léxico, tienen una buena documentación histórica y magníficas descripciones geográficas.

*El tiempo escondido* (2005), es su primera novela publicada, para cuya finalización necesitó cuatro años. *Le siguió La niebla herida* (2007) en la que aparece el mismo personaje de nombre curioso que en la anterior: El detective privado Corazón Rodríguez. En *Una mañana de marzo* (2009) entremezcla la actual realidad con la Rusia estalinista y los niños españoles enviados a este país, además de las penurias del Madrid de los años 40. En *Detrás de la lluvia* (2012) debe buscar a un hombre acusado de cuatro asesinatos que se alista en la Legión y luego en la División Azul, huyendo de un implacable que le busca para matarle. También debe encontrar a un

niño que busca un tesoro que no existe, y que de adulto es echado del hogar al que nunca regresará, ni para reclamar su parte de herencia; dos destinos perdidos en el misterio que el detective Corazón Rodríguez debe encontrar, indagando de nuevo en tiempos desvanecidos.

En *La tierra dormida* (2014), dos hermanos asturianos se embarcan en La Coruña, rumbo a República Dominicana, en 1955. Ambos jóvenes forman parte de los cinco mil campesinos españoles que, acuciados por la miseria, acuden a la llamada del dictador Trujillo, que busca trabajadores expertos para los yermos campos de su país. Cincuenta años después, el detective Corazón Rodríguez es testigo de un intento de asesinato, convirtiéndose en objetivo de una peligrosa mafia internacional. Su única escapatoria es esclarecer la trama en que se ha visto envuelto antes de que los sicarios le encuentren. Y la clave puede ser algo que sucedió muchas décadas atrás.

# Notas

[1] *Una mañana de marzo*, del mismo autor y la misma editorial. <<

[2] *Una mañana de marzo* por el mismo autor y la misma editorial. <<

[3] *Una mañana de marzo* por el mismo autor y la misma editorial. <<

[4] *Detrás de la lluvia*, del mismo autor y la misma editorial. <<



[5] *Una mañana de marzo*, del mismo autor y la misma editorial. <<

[6] *El tiempo escondido*, del mismo autor y la misma editorial. <<

[7] *El tiempo escondido*, del mismo autor y la misma editorial. <<

[8] *La niebla herida*, del mismo autor y la misma editorial. <<

[9] *El tiempo escondido*, del mismo autor y la misma editorial. <<